

LA
CAMPANA DE MARRUECOS.

MEMORIAS DE UN MÉDICO MILITAR.

POR EL DOCTOR

D. Nicasio Landa y Alvarez de Carralio.

Segundo Ayudante médico que fué del cuartel general del ejército de Africa;
Primer Ayudante interior y segundo efectivo del cuerpo de Sanidad Militar;
Caballero del Agulla Roja de Prusia;
premiado con la medalla de plata del Instituto Médico Valenciano
por la misma campaña.

MADRID.

IMPRESA DE MANUEL ALVAREZ,
calle de la Espada, núm. 6.

1860.



g. l. n. 20.

LA
CAMPANA DE MARRUECOS.



LA CAMPAÑA DE MARRUECOS.

MEMORIAS DE UN MÉDICO MILITAR.

POR EL DOCTOR

D. NICASIO LANDA,

Ayudante médico que fué del cuartel general del ejército de Africa;
Segundo Ayudante del cuerpo de Sanidad Militar;
Caballero del Aguila Roja de Prusia, etc.

MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL ALVAREZ,
calle de la Espada, núm. 6.

1860.



A LAS MADRES

DE LOS QUE COMPONIAN EL EJÉRCITO DE AFRICA.

Nadie hizo en aras de la pátria tan costoso sacrificio como el que hicisteis vosotras, al darle la sangre de vuestras venas y el fruto de vuestras entrañas; al darle vuestros hijos.

Nadie tiene, pues, tanto derecho á saber cuántas penalidades han sufrido esos seres tan queridos, y cómo se ha procurado remediarlas; cómo se ha suplido, en lo posible, vuestra ausencia en aquellos momentos terribles en que hubiérais querido restañar con vuestros lábios la sangre de sus heridas ó reanimar en vuestro amoroso regazo sus pálidas frentes, marchitas por el dolor.

Por eso os dedico estas Memorias, seguro de que nadie agradecerá tanto como vosotras el bien que se haya hecho; que nadie deplorará más el que se haya dejado de hacer.

Micasio Landa.

18 JY63

PRÓLOGO.

Terminada gloriosamente esa campaña de seis meses, breve pero esplendente periodo de nuestra historia contemporánea, durante el cual la nacion española ha mostrado el sublime espectáculo de un gran pueblo en que todos los corazones laten acordes, todas las cabezas se ocupan por un solo pensamiento, todas las voces se levantan unisonas, todas las miradas se fijan en un punto y todos los brazos se estienden en una direccion, viviendo así todos de la vida de cada uno y cada uno de la de todos, realizándose la fusion más completa, la identificacion más absoluta, el acuerdo más armonioso de los pensamientos, las opiniones y las voluntades; terminada, repito, esta época gloriosa, subsiste todavía vivo en los ánimos el interés por todo aquello que á la guerra de Africa se refiera : que no se ha estinguido aun ni se estinguirá tan presto el impulso eléctrico que agitaba á los pechos españoles.

No habrá hoy aquella avidez intensa que se sentia

cuando durante el curso de esta epopeya los ánimos pasaban de la ansiedad más devoradora al entusiasmo más frenético, suscitado por los boletines de nuestro ejército; pero aún quiere el pueblo conocer todas las peripécias de ese gran drama, que entre la magnitud de los acontecimientos y su rápida sucesion, han debido quedar oscurecidas. Natural y lógica es esta modificacion del sentimiento; tras de la tésis el análisis; tras de la exaltacion del entusiasmo, la reflexion tranquila; tras del estruendo de las salvas y aclamaciones populares, la narracion sencilla de los detalles, conmovedores siempre para el que con afectuoso interés los saborea.

Hasta ahora no hemos tenido tiempo sino para sentir; llegado es ya el de razonar. Hasta ahora no hemos podido sino aclamar triunfos sobre triunfos y victorias sobre victorias; tiempo es de ver ahora por qué medios los hemos conseguido y qué dificultades se han atravesado, para que así podamos perfeccionar aquellos y allanar estas.

Todos los diversos cuerpos que reunidos forman ese acordado organismo que llamamos ejército, contribuirán á esta tarea, cada cual en su respectiva esfera. Pero si en todos es importante este exámen analítico, en pocos tanto como en el de Sanidad militar.

Esta benéfica institucion, una de las últimas que se desarrollan en un ejército, viniendo á ser como el sello de su perfeccionamiento y el barómetro del estado de civilizacion de las naciones, habia decaido no poco en nuestra pátria, con todo de haber tenido en ella su cuna

cuando el génio de la Católica Isabel, al derrocar la última media luna que permanecía cubierta bajo el sol de España, creó también el servicio sanitario de los ejércitos, fundando en los reales de Santa Fé el primer hospital de sangre.

Y á fé que si desde la region celeste donde mora, ha podido su cabeza de reina estasiarse ante los nuevos triunfos que contra el poder musulman han alcanzado las armas españolas, cumpliendo su testamento, también su corazon de madre se habrá inundado en santo júbilo al contemplar cómo ha crecido y aumentado la benéfica institucion que ella fundára, y cuánta sangre y cuántos dolores economiza hoy.

Bastante bien restaurada por la necesidad, durante la última guerra de sucesion, solo ahora, en efecto, solo en esta campaña ha podido ejercer sus funciones contando con los medios suficientes para poder entrar en parangon, si no en lucha, con las instituciones análogas de otras naciones europeas. Ahora, pues, que empieza á reconocerse su importancia, es cuando conviene estudiar los auxilios que necesita, si ha de alcanzar la perfeccion apetecible; aprovechando para ello las lecciones que en esta campaña haya suministrado la esperiencia.

Pero este estudio, en cuyo vasto horizonte se comprenden las investigaciones científicas sobre las causas, origen, esencia, tratamiento y preservacion de la epidemia que ha afligido al ejército, sobre los perfeccionamientos y simplificacion de los métodos quirúr-

jicos que en los hospitales de heridos hayan podido obtenerse, sobre la mejor organizacion del servicio sanitario en sus estensos ramos del personal facultativo y auxiliar, de las tropas de sanidad, de los medios de transporte, de la organizacion de hospitales ambulantes, flotantes ó permanentes, y de otros mil detalles que en tan vasto cuadro tienen su lugar, este estudio repito, es muy superior á mis escasas fuerzas para que yo le intente: que tan grande empresa, para ingénio más fecundo que el mio debe hallarse reservada.

Doliame, sin embargo, la idea de no poder tributar un público homenaje de entusiasmo al heroico sufrimiento de nuestros soldados, despues de haber presenciado tan de cerca sus privaciones y sus miserias, sus tribulaciones y sus padecimientos, sus angustias y sus dolores; de no poder ofrecer tampoco á la consideracion del país los incesantes desvelos, el santo entusiasmo con que el cuerpo de Sanidad ha procurado llenar su mision benéfica en los campos africanos.

Y tanto más sentia esto, cuanto que el carácter peculiar de los servicios de esta corporacion, hace que no se presenten nunca á los ojos del público con la brillantez que rodea á los de otras del ejército, y que pasen generalmente desapercibidas. Todos repiten el nombre justamente glorioso del que sable en mano arranca al enemigo un estandarte, y nadie se acuerda de los oscuros soldados sanitarios, que marchan serenos para arrancar á un enemigo feroz algo que vale más

que todos los estandartes, el cuerpo lacerado de un héroe mal herido.

Habia además otra circunstancia que me impulsaba á escribir. Yo he tenido la suerte de asistir á esta campaña desde su principio á su fin, sin que ni un solo día me haya visto obligado á darme de baja: he visto sólo al primer cuerpo en el Serrallo y reunido á todo el ejército en Vad-Rás: he podido presenciar de más cerca ó de más lejos casi todas las acciones de guerra y visitar todos los campamentos que el ejército ha tenido: he podido ver todos los hospitales de sangre, todos los flotantes, todos los de Ceuta, los de Tetuán y los del litoral. He tenido á mi cargo un hospital de coléricos y después otro de heridos, y he desempeñado mi servicio en cuerpos, en estados mayores y en hospitales de mar y tierra. Parecíame, pues, que este concurso de circunstancias, meramente casuales pero raras, me ponía en el deber de referir de la manera que me fuere dable, todo aquello de que había sido testigo ocular; y venciendo las sugerencias tímidas del amor propio, me he determinado á dar al público esta relación, llevando así alguna piedra para el edificio que no puedo levantar.

No es, pues, una obra dogmática y científica la que presento al público, sino solo una narración sencilla, sacada del libro de mis memorias, cuyas páginas desordenadas he tenido que escribir ora bajo el lienzo de la tienda, ora sobre la silla de mi caballo, ora en la sala de guardia de un hospital, ora en el camarote de un buque, consignando día por día las impresiones,

ya tristes, ya entusiastas, que en mi ánimo producian los objetos y las escenas grandiosas ó terribles que ante mis ojos pasaban.

Libre así de las obligaciones que una obra puramente científica me impondría, no hay para qué advertir que me limito á consignar hechos sin deducir teorías, apuntando unicamente algun ligero juicio: que si hablo algo de los combates no tengo la pretension de describirlos, ignorante como soy en táctica, sino solo de referir los episodios que de ellos he presenciado.

Mi único objeto en esta obra es ensalzar el heroico sufrimiento de nuestros soldados y magnificar la abnegacion de que tantas pruebas ha dado el cuerpo de Sanidad; así como mi única pretension es, la exactitud y veracidad de los hechos que en ella se refieren.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

DEDICATORIA.—PREFACIO.

CAP. I

El grito de guerra al moro.—Entusiasmo nacional.—Marcha de las tropas.—Mi embarco en Alicante.—El vapor *Provence*.—Un misionero.—La Santa Bárbara.—La oracion de la tarde.—Adios á España.—Geb-el-Tarek.—Calpe y Abila.—Arribo á Ceuta.—El campo infiel.—Topografía del país conquistado.—Temperatura.—El campamento del Serrallo.—Las tiendas.—La alimentacion.—Libertad del soldado.—Buena salud.

CAP. II.

Accion del 24 de Noviembre.—Un hospital de sangre.—Mi primera cura.—Los goces del médico.—Los decapitados.—Por qué no habia prisioneros.—Mala noche.—¡El cólera morbo!—El 25 de Noviembre.—La procesion de las kabilas.—Otro combate.—Hospitales ambulantes.—Un *bon*

mot.—El reducto de Isabel II.—Combate encarnizado.—Victoria completa.—Herida del general Echagüe.—Los cadáveres en el campo.—Conducta de los médicos.—Heroismo de los sanitarios.—Falta de camillas.—Nuevo uso de las mantas.—El hospital del Serrallo.—Triste espectáculo—Situación aflictiva.—Oportuno auxilio.—Celo de los presidiarios.—Traslación de los heridos.—Entierro de los cadáveres.—Orden del día.—Primera evacuación de heridos.—El vapor *Cid*.—La comida de los enfermos.—¡El cólera á bordo!—El cloroformo.—Estraño contraste.—Arribo á Málaga.—Incendio del vapor Génova.—Otra vez en el Serrallo.—Acción del 30 de Noviembre.—La tribu de Anyera.—Valor cristiano.—El ayudante Ferrer.—El inspector Anel.

CAP. III.

Desembarco del ejército.—Descansa el primer cuerpo.—El cólera crece.—Apuros en Ceuta.—Creación de hospitales.—Distribución de estos.—Servicio farmacéutico.—Servicio administrativo.—Acúmulo de enfermos.—Evacuaciones á España.—Trabajos de los médicos.—Las noches de guardia.—El cólera en los médicos.—Primeras víctimas.—Llegada de nuevos profesores.—El parque sanitario.—Las hilas y vendajes.—Caridad de las patricias españolas.—Los practicantes.—Desembarco del tercer cuerpo.—Recrudece el cólera.—Más combates.—Los heridos.—Los proyectiles esféricos.—Las amputaciones.—Conducta de los médicos en el campo.—Heroismo de los camilleros.—Cura del primer prisionero.

CAP. IV.

Primero de Enero.—Emprende el ejército su marcha.—

Mi instalacion en el vapor *Barcelona*.—La batalla de Castillejos.—Entrada de los heridos.—Delirio marcial.—La cura de los heridos.—Las hemorráguas.—Llegada á Cádiz.—Desembarco de los heridos.—El hospital del Puerto de Santa María.—Vuelvo al África.—Un temporal en el Estrecho.—La escuadra de operaciones.—Los hospitales de tiendas.—Los hospitales flotantes.—La accion del 4 de Enero.

CAP. V.

Campamento del Cerro de la Condesa. - Las lagunas de sanguijuelas.—Paso de las lagunas.—Marcha calurosa.—Montenegron.—Temporal del S. E.—Retirada de la escuadra.—Naufragio inminente.—Salvacion.—La bahía de Ceu-ta.—Una tempestad en el mar.—Buen tiempo.—Regreso de la escuadra.—Dificil desembarco.—La playa del hambre.—Sufrimiento del ejército.—El cólera decrece.—Campamento del rio Azmir.—La accion del 12 de Enero.—Victoria del Cabo-Negro.—Entrada de heridos en el *Barcelona*—Llega la division Rios.—Marcha de la escuadra.—¡Tetuán! ¡Tetuán!—Toma del fuerte Martin.—Desembarco de la division Rios.—Un entierro interrumpido.—Situacion de los heridos en el hospital flotante.—Salida para Málaga.—Los hospitales militares.—El hospital de San Julian.—Nostálgia de Africa.

CAP. VI.

Campamento del Rio Martin.—El mercado.—Recrudescencia del cólera.—Evacuaciones de coléricos.—Sus malas condiciones.—Medidas paliativas.—Su ineficácia.—Aspecto de la vega de Tetuán.—Dias hermosos.—Noches serenas.—Llegada de Muley-Ahmet.—Combate de los llanos de Te-

tuán.—Caballería sanitaria.—El regimiento de Zaragoza.— Médicos heridos.—Herida del señor brigadier Dolz.—La reputacion del médico.—Carga final.—Los muertos en el campo.—Los heridos.—El prisionero Eliu Said.—Los voluntarios Catalanes.—Preparativos de batalla.

CAP. VII.

El 4 de Febrero.—Otro Levante—Gran batalla.—El servicio sanitario.—Rasgos notables de algunos médicos.—Una amputacion sobre el campo.—*La España Médica* y el *Medical Times*.—Calma el viento.—La barra del rio Martin.—Tetuán se rinde.—Las huertas.—Una ciudad saqueada.—Nobleza de nuestros soldados.—Los hebreos y los moros.—Sangriento misterio.—Embárcanse los heridos.—El cólera á bordo.—Arribo á Cádiz.—Trasbordo de los heridos.—La gratitud del soldado.—Entusiasmo popular.—Regreso á Tetuán.—Adios al mar!

CAP. VIII.

Consagracion del priixer templo católico en Tetuán.— Llegada de nuevos facultativos.—Su escasez en España.—Relevo del personal en los hospitales flotantes.—La casa de Mohamet Barischa.—El canto del Muezzin.—Un hebreo con el cólera.—Caridad de nuestros soldados.—Nueva fase de la campaña.—Los campamentos de Tetuán.—Malas condiciones de esta ciudad.—El hospital de los moros.—La casa del Rey.—El consulado inglés.—Los barracones de la Aduana.—El Mayor Vila.—Defectos administrativos.—Estado sanitario del ejército.

CAP. IX.

Llegada de los tercios Vascongados.—Inspeccion de su parte sanitaria.—El personal.—El material.—Su plana mayor médica.—Estado atmosférico.—Incertidumbre.—Salida de la señora duquesa de Tetuán.—Llegada del primer cuerpo á Tetuán.—La accion de Samsa.—El hospital de sangre.—Mi extravío en la sierra.—Feliz encuentro.—Grandioso panorama.—El pueblo de Samsa.—Llego á Tetuán.—Los heridos.— Los oficiales extranjeros.—Los parlamentarios marroquíes.—Traje de sus soldados.—Chispazos del cólera.—Nuevas alarmas.—Los mogataces del Riff.—Preludios de guerra.—Renovacion del material sanitario.—Las artolas.— La silla-mochila.—El repuesto del cuartel general.— ¡A Tánger!

CAP. X.

Levántanse los reales.—Aspecto de los campamentos.—Marcha del ejército.—Empieza el combate.—Carga del Cuartel general.—Los primeros heridos.—Los voluntarios Catalanes.—Un hospital de sangre.—Me agrego al general Prim.—Paso del puente de Buceja.—Las tiendas enemigas.—El monte de los Olivos.—Combate desesperado.—Muerte desastrosa.—Lucha en el aduar de Amsál.—La guardia negra.—Los cohetes á la Congreve.—Terrible desgracia.—Una amputacion en el fuego.—Alto en Vad-rás.—El descanso del médico.—Mi expedicion nocturna.—El aduar de Amsál.—Un hospital provisional.—Revista fúnebre.—Horrible espectáculo.—Un resucitado.—La agonía de un héroe.—El cadáver de un jefe.—¿Qué es la gloria?—Solferino y Vad-

rás.—Juicio de los extranjeros.—Conducta de los oficiales de Sanidad.—Sufrimientos del soldado.—Los heridos en Tetuán.

CAP. XI.

Descanso en Vad-rás.—Bandera blanca.—Los fugitivos de Tetuán.—Terrible escena en el campo moro.—El cañonazo de leva.—Aprestos de batalla.—El Cheblí.—La conferencia de la paz.—Consulta médica de Muley el Abbás.—Aspecto y traje del kalifa.—La herida y su tratamiento.—Recuerdo histórico.—Una carta de Muley Soliman.—¡Viva la paz!—Regreso á Tetuán.—Los moros de paz.—Un *tubibb*.—Sus instrumentos quirúrgicos.—Regreso á España.—Licenciamiento de los buques hospitales.—Abundancia en el parque.

CAP. XII.

La medicina arábica.—Su pasado ilustre.—Averroes.—Atraso actual científico.—Una conversacion con Hassem el Kammed.—Médicos del ejército marroquí.—Su manera de retirar heridos.—Isaac Abucasis, médico hebreo.—La vacuna en Tetuán.—Los médicos de Fez.—La ciencia sin la caridad.—Drogas árabes.—Visita al campamento de los moros.—La tienda de un jefe.—Visita de los enfermos moros.—El fatalismo.—Observancia del ayuno.—Cura de una herida.—Refresco.—Un ayudante de Muley el Abbás.—La vida patriarcal.—Triste estado de la medicina árabe.—El islamismo y la civilizacion.—Buena salud en Marruecos.—La higiene del Korán.—Sencillez de costumbres.—Frugalidad.—Reflexiones sobre estas circunstancias.

CAP. XIII.

El mes de Abril.—Recrudescencia del cólera.—Aumento de hospitales en Tetuán.—Las mezquitas.—La casa del Santon.—Los Barracones.—Nuevas víctimas del cuerpo de Sanidad.—Fumigaciones en Tetuán.—Cambio de campo del segundo cuerpo.—Utilidad de esta medida.—Inaccion.—Tres religiones.—La Semana Santa en Tetuan.—El Ramadán de los moros.—La Pascua de los hebreos.—Anécdota.—Hermoso aspecto de aquel país.—Paseos por las huertas.—Suicidio frustrado de un moro.—Aumenta el calor.—Llegan los plenipotenciarios.—Última entrevista con Muley l'Abbás.—Un descendiente del Profeta.—Preparativos de marcha.—Adios al África.—Desembarco en Alicante.—El triunfo en Madrid.—Conclusion.

FIN.



LA CAMPAÑA DE MARRUECOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

El grito de guerra al moro.—Entusiasmo nacional.—Marcha de las tropas—Mi embarco en Alicante.—El vapor *Provence*.—Un Misionero—La Santa Bárbara.—La oracion de la tarde.—Adios á España.—Geb-el-Tarik —Calpe y Ablla.—Arribo á Céuta.—El campo infiel.—Topografía del pais conquistado.—Temperatura.—El campamento del Serrallo.—Las tiendas.—La alimentacion.—Libertad del soldado.—Buena salud.

El sufrimiento de los españoles habia llegado á agotarse; el caliz de su paciencia rebosaba; estériles habian sido todas las negociaciones diplomáticas, estrellándose contra la fé púnica del bárbaro africano, alentada en secreto por los modernos Fenicios. España iba á apelar al juicio de Dios, y solicitando su poderosa proteccion, fiaba á la santidad de su causa y al esfuerzo de sus hijos el desagravio de su honra.

El dia 22 de Octubre de 1859, hizo el general O'Donnell, en nombre de S. M., la solemne declaracion de guerra al Imperio de Marruecos, en el seno de la Representacion Nacional y en medio de los frenéticos aplausos de un pueblo entusiasmado, el grito de guerra al infiel! volvió á resonar desde los

picos de Sierra-Nevada hasta las cumbres del Pirineo, desde Covadonga á Monserrat, y á tan heróico apellido se estremecieron de placer en sus tumbas las sombras ilustres de Pelayo y del Cid, de la Católica Isabel y de Fernando el Santo.

Íbamos á reanudar la gloriosa historia de cuatro siglos, interrumpida desde la rendicion de Boabdil el Chico; íbamos á devolver á los sectarios del Profeta la visita que á nuestra pátria habian hecho las bandas de Tarif; las espadas de Toledo iban á cruzarse otra vez con los alfanques de Damasco: íbamos á reverdecer los laureles de las Navas y el Salado, de Granada y de Lepanto; y al evocar tantos recuerdos de triunfo y de gloria, el entusiasmo del pueblo español no veia obstáculos, ni abrigaba dudas, ni reconocia imposibles.

¡Oh, qué hermoso espectáculo era el que entonces presentaba nuestra amada pátria! ¡y cuán orgulloso se sentia el que tenia la honra de contarse entre sus hijos! ¡quién podia oír con indiferencia el grito de *¡guerra al moro!* que, como el *Dios lo quiere* de Pedro el Ermitaño, removia las más nobles fibras del corazon, inflamando en sacro fuego á nobles y pebleyos, ricos y pobres, hombres y mujeres, ancianos y niños! Entonces comprendimos muy bien el entusiasmo de los cruzados, porque todos lo sentimos.

En las cátedras del Espiritu Santo y en la tribuna de las Córtes resonaban los nobles acentos del más puro patriotismo; y ya las afortunadas legiones á quienes la pátria encomendaba su honra se encaminaban á las costas, entre los vivas y abrazos del entusiasmo popular, mientras la religion hacia descender sobre ellas la proteccion del Dispensador de las victórias, entre las bendiciones que los ungidos del Señor daban á sus banderas.

Yo escuché aquel grito de guerra y entusiasmo, entre las rocas ceñidas de bosques, coronadas de niebla del monte Ara-

lár y de la sierra de Andía; vi estremecerse aquellas montañas nunca pisadas por el infiel y pintarse el entusiasmo y la ira en las severas facciones del fiero eskalduna, descendiente de los vencedores del Miramamolín en las Navas. Pocos días después alcanzaba la deseada honra de formar parte del ejército de Africa, y el 17 de Noviembre me embarcaba á bordo del *Provence*, en la bahía de Alicante.

Este hermoso vapor era veterano; habia trasportado tropas francesas á Crimea y á Italia y estaba ya acostumbrado á sentir sobre su cubierta el arrastrar de los sables y el crujir de los cascos de los impacientes caballos; allí nos encontramos reunidos una porción de oficiales y gran número de soldados, todos de diferentes cuerpos; iban además dos brigadas de acémilas: y aquella pintoresca variedad de trajes, me hacia pensar en las bandas de aventureros, que nunca han faltado en España para seguir en la más temeraria empresa á un Colón, á un Cortés, á un Pizarro. Íba conmigo el primer ayudante don Eduardo Calleja, y llamaba la atención entre tantos pintorescos uniformes un pasajero que vestía los negros hábitos talares; era un sacerdote, un misionero, que servía una pobre parroquia en las montañas de Cataluña; al oír el grito de guerra comprendió que en Africa habria muchos dolores que consolar, algunas almas que ganar para el cielo, é impelido por el espíritu del que *transiit benefaciendo*, habia repartido á los pobres su escasa hacienda y tomando el báculo del misionero, se venia con nosotros al Africa, no sabiendo si al día siguiente tendria lo necesario para su sustento, pero rico de fé y de caridad: ¿cree V. que los soldados españoles me negarán una cucharada de su rancho el día que yo la necesite? decia con la plácida serenidad del que sabe que Dios dá de comer á las avejillas del aire que ni siem-

branni tienen graneros, y que Él es quien viste, con más lujo que el de Salomón en su grandeza á los lirios de los campos.

El cargamento del buque guardaba armonía con la índole de sus pasajeros; consistía en millón y medio de cartuchos de fusil, que á popa y á proa llenaban la cala, en cuyo centro ardían las hornillas del vapor: íbamos, pues, al borde de la catástrofe más espantosa; estábamos á dos minutos de la eternidad; pero poseídos todos de mayores ideas, no nos detuvimos á parar mientes en ese peligro problemático, cuando tantos mas seguros nos disponíamos á arrostrar, ni nadie perdió el sueño por la idea de dormir sobre un volcán.

Había llegado la hora de zarpar y el vapor exhálaba su vibrante silvido; oíase el monótono y melancólico canto de los marineros que levaban el ancla, acompañado por el intercadente estridor de la cadena, cuyos eslabones recojían: todos estábamos reclinados sobre la barandilla de popa, contemplando por última vez á la madre pátria: el sol sepultaba en el seno de Anfitrites su radiante disco, y sus postrimeros rayos iluminaban con purpurinas tintas las rocas calizas, donde se asienta el castillo de Santa Bárbara, á cuyos pies descansa Alicante. El mar estaba terso y unido como la superficie del cielo, y entre la neblina crepuscular empezaban á brillar dos luces en ambos extremos de la media luna que forma el golfo; eran los faros del Cabo Huertas y el de Santa Pola.

Entonces llegó á nuestros oídos el tañido de las campanas de Alicante, como si fuere la voz de la ciudad que nos daba su Adios! era el *Angelus*, era la oración de la tarde, porque estábamos en la hora poética del Ave María: «Ave María en la tierra y en los mares, la mas celeste de las horas es digna de tí ¡Oh María!» estrofa CI del canto III del *D. Juan*.

A esa voz de la pátria, á ese tañido de la campana, en cuyas últimas vibraciones venian envueltos todos los puros recuerdos de la infancia, todas las amorosas lecciones de una madre, sentiamos agitarse en el fondo del alma la melancolía que tiene todo Adios! sentiamos la necesidad de orar, y alzando los ojos al santuario de Nuestra Señora del Mar, que desde allí se contemplaba, saludamos con las palabras de Gabriel á la *Stella Maris*, y rogamos á Dios por el feliz éxito de la empresa á cuyo servicio poníamos nuestras vidas.

Hermosa era aquella oracion, dicha por un misionero, sobre la cubierta de un buque que leva el ancla, y respondida por los que con el sable en la cintura se aprestaban á dejar su pátria, tal vez para siempre, yendo á arrostrar mil peligros en extraños climas.

¡Cuánta paz y cuan dulce serenidad infundió la oracion en nuestros ánimos! ¡Cuánto hizo brotar en ellos de aspiraciones sublimes, de propósitos entusiastas! Todos entrevian glorias adquiridas y peligros vencidos, estandartes de Castilla clavados en moruno adarve, cruces sobre medias lunas; y todos juraban morir mil veces antes que volver sin honra á aquellas costas que empezaban á borrarse entre las tinieblas de la noche. Es que cuando se quiere hacer algo que sea grande, es preciso esperarlo solo de Dios.

Fijamos por última vez nuestras miradas en las innumerables luces que brillaban en Alicante y su bahía, y al esclamar como Byron: «¡Adios España, adios para mucho tiempo!» cada uno en lo íntimo de su alma se despidió de todas las afecciones que dejaba en la madre pátria, de todos los seres queridos que hasta entonces habian endulzado su existencia, de todos los lugares en que había amado; concentró entonces todos sus cariños en su bandera, sus pasiones

en la gloria, sus facultades en el cumplimiento del deber, adquiriendo su alma en este duelo de toda esperanza, el templé espartano de que tantas pruebas ha dado nuestro ejército en esta dura campaña.

Después de haber hecho escala en Málaga, seguimos nuestro rumbo al África, y al amanecer del día 21 pude contemplar el estrecho que separa aquella parte del mundo, del continente Europeo. La roca de Geb-el-Tarik aparecía como desprendida del Continente, cual un inmenso areólito caído en el Mediterráneo; los marinos la llaman el hombre muerto por cierta vaga semejanza que desde allí representa su perfil; yo recordaba entonces que allí fijó su planta y dejó su nombre el precursor de la invasión Agarena que ahora devolvíamos, Tarik; pero al pensar quien fuera su actual poseedor, volví los ojos á mis compañeros de viaje, y ninguno de ellos había podido mirar con sangre fría aquel padron de vergüenza; todos murmuraban amenazas, todos formulaban esperanzas, que al fin se realizarán más tarde ó más temprano.

Estábamos ya frente á las columnas de Hércules, Calpe á nuestra derecha y al frente Abila; representadas hoy por dos faros, aquel en la punta de Europa, este en el cabo de la Almina, que con sus luces señalan la entrada del Estrecho, á los que saben que merced á España hay algo más allá: *plus ultra*.

Allí estaban frente á frente España y Africa, eternas enemigas, semejantes á dos campeones que se contemplan mutuamente antes de lanzarse al combate, y no pude menos de notar el contraste de su aspecto, que en aquel mismo sitio hizo esclamar á Biron

«Cuán dulcemente ríela la luna en las costas de España
 mientras que enfrente las sombrías
 y gigantescas montañas de la Mauritania, proyectan sus
 negras sombras desde su cima hasta la costa.»

(*Childe Harold, estrofa XXII, canto II.*)

A un lado las pintorescas costas de Algeciras y Málaga, sembradas de blancas casitas y rodeadas de velas, que surcan sus aguas; al otro los negros bosques de Sierra Bullones que bajaban á morir en las desiertas bahías de Benzú y de Punta Leona. Allí la luz de la civilizacion y del cristianismo, aquí las tinieblas del islamismo y la barbárie.

Habíamos tocado ya el término de nuestra travesía; el *Provenza* se mecía en las aguas de Céuta, y la antigua Abila, la más preciada de nuestras colonias africanas, una de las antiguas joyas de Portugal, la que ha resistido incólume mil embates de la infiel morisma, se presentaba ante nuestros ojos con sus casitas blancas y sus jardines, sobre los cuales se mecen las palmeras del desierto; pero encerrada en un cinturón de antiguos murallones, que dán á su belleza el aspecto frío y silencioso de una plaza sitiada.

Contemplaba yo aquel perfil, que desde las blancas alturas del monte de las Monas iba descendiendo entre ondulaciones cubiertas de bosques hasta el Otero, última colina cuya suave pendiente viene á morir en las arenas de la playa, y siguiendo sobre los baluartes de la muralla Real, vuelve á remontarse en aquella estrecha lengua de tierra, donde se asienta la ciudad, para formar las siete colinas que los romanos llamaban *Septem fratres*, de donde los moros han hecho *Septa* y *Céuta* nosotros, hasta terminar en las cónicas alturas del monte Hacho, que perpetuo vigía y nuevo Argos

tiene siempre fija sobre el campo infiel su glacial mirada.

Apenas salté á tierra en el reducido muelle, donde se apiñaban en revuelta confusion los sacos de harina con los cajones de pólvora, los efectos de guerra y los bastimentos que diariamente llegaban de España, supe que ya el primer cuerpo de ejército se me habia adelantado, cruzando tres dias antes las aguas del Estrecho, y habia celebrado los dias de nuestra Reina, entrándose por tierras agarenas, conquistando en su magestuosa marcha todo el terreno que tan obstinadamente nos negaba el mal aconsejado Mohamed-el Katib é inaugurando gloriosamente la campaña de Africa con este primer triunfo y esta primera conquista (1). Al oir tan faustas nuevas, sentí el gozo inmenso que sentian todos los españoles, aunque hubo de mezclarse con el sentimiento que me causaba el no haberme hallado en tal empresa, por más que mi insignificancia me pusiera á salvo de que algun otro Enrique IV pudiera decirme: «ahórcate Crillon: hé vencido sin tí». *Pends toi Crillon, j'ai vaincu sans toi.*

Ganoso de que tal disgusto no se repitiera, trasponia poco despues los recintos fortificados de la plaza, y despues de atravesar fosos y puentes levadizos, entre callejones de negras murallas, pudieron espaciarse mi ánimo y mi vista al verme en el campo del moro. Todo allí era interesante para el que llegaba de España; el cuerpo de guardia en construccion, *teterrima belli causa*; el Otero, testigo de tantos agravios inferidos á nuestra honra; la línea divisoria, donde se enardecia el ánimo al contemplar roto y tirado por el suelo el pilar de piedra que sostenia nuestro escudo de ar-

(1) En la toma del Serrallo cupo la suerte de extraer la primera bala de la campaña de Africa al segundo ayudante D. Valentin Sanchez, en un soldado de Cazadores de Cataluña.

mas; las ruinas de la casa de Jadú, y á un lado los derruidos cubos y cortinas de Céuta la vieja; más allá la blanca mezquita, Marabut venerado del muslim, pero tomada, aun antes de declararse la guerra, por los cazadores de Madrid, y al cabo el Serrallo, informe conjunto de ruinosas paredes, dominado por un arabesco torreón, sobre el cual flotaba al viento majestuosa la bandera de oro y fuego, cuya vista nos llenaba de orgullo.

Allí tuve el honor de presentarme al Excmo. Sr. General Echagüe, de cuyo Estado Mayor iba á formar parte, y de abrazar á mis compañeros, quedando instalado en la tienda de Sanidad del cuartel general, que estaba situada delante de la puerta del Serrallo, y donde iba á inaugurarse para mí un género de vida completamente nuevo. Tenia allí por compañeros á los primeros médicos D. José Forns y D. José Lejalde, personas muy habituadas ya á los lances de la guerra durante la civil; y fué para mí fortuna el hacer mis primeras armas al lado de profesores tan consumados en la práctica militar.

El estudio del terreno en que el ejército había sentado sus reales, reclamaba antes que nada mi atención, para dedicarla luego al género de vida y orden de alimentación que tenían nuestros soldados; datos indispensables para el médico.

Estábamos poco más ó ménos en el centro de un triángulo isósceles, cuya vértice truncado estuviere en Céuta, bañados por el mar ambos catetos, y cuya base formára el monte de la Mona: el área comprendida entre estas líneas era muy accidentada: al terminar la sierra de Bullones sobre el boquete de Anyara, forma la pata de ganso en que concluyen todas las cordilleras, limitadas en la parte que aquí describimos, á nuestro frente, por el monte pelado que llaman

de la Mona, que, muy elevado, desciende hasta la bahía de Benzú, y á nuestra izquierda por otra cordillera ménos elevada, que corre en declive hasta la punta de Castillejos. El terreno comprendido entre estos dos nérvios es una série de montículos, que formando gargantas paralelas á la base dicha, van en gradual pendiente hasta concluir por las colinas del Otero en la muralla real de Céuta: la mayor elevacion de estos montículos corresponde al centro, teniendo sus vertientes á los mares de uno y otro lado, entre cuyas quebradas corren varios arroyos de escasa importancia, alimentados casi esclusivamente por las lluvias, y cuyo álveo torrencial suele variar en muchos sitios de un invierno á otro, como lo patentizan las diferentes hendiduras que lo surcan. Los principales de estos arroyos son, de la parte del Mediterráneo, el del Cañaverál, que formaba el antiguo confín de España, el de Juan de Briera, el de las Colmenas y el de las Bombas, que constituye el término conquistado en esta guerra: de la del Estrecho desembocan el arroyo de Fez, antiguo lindero, el de Benite, el del Medio, el del Infierno, el de Cepo y el de Benzú, actual límite. Los manantiales de agua son escasos. La vejetación en todo este terreno era feracísima y muy rápida, pues podian verse en una misma planta flores, frutos verdes y frutos secos: desde el Otero hasta el Serrallo todo era prado, donde crecía abundante el palmito, palmera enana, el tomillo, el lirio, la espadaña y los zarzales; desde el Serrallo arriba todo estaba revestido de enmarañados bosques de encina y alcornoque; alrededor del Serrallo crecían, como muestra de que estábamos en un clima cálido, colosales pitas y chumberas; formando el seto vivo del jardín donde antes se recreaba el jefe, *Al-Kaid* de aquella fortaleza.

La temperatura era la que corresponde á un lugar montañoso y elevado situado entre dos mares, esto es, muy vária y más que todo húmeda: estábamos en el mes de Noviembre, y al paso que el calor se hacia sentir de dia con bastante intensidad, por la tarde se coronaban de nubes las cumbres de Sierra Bullones, siendo muy frecuentes los aguaceros torrenciales: por la noche la temperatura bajaba de una manera considerable, de suerte que las oscilaciones diarias entre su máxima y mínima eran muy estensas.

Nuestro campamento formaba un cuadrilongo que se extendia desde la Mezquita hasta el Serrallo, ocupando dos cumbres paralelas y la cañada que las divide. La altura mayor, que es la del Serrallo, está á 480 pies sobre el nivel del mar. Delante del Serrallo teníamos el barranco llamado del Intierno, que constituia una trinchera natural, y en su fondo comenzaba la montaña cubierta de bosques, en cuya cumbre, á 1120 piés sobre el nivel del mar, se habia construido el reducto de Isabel II: no existia entonces ninguno de los que despues se han ido levantando en el lomo de esta montaña, y aun aquel estaba muy lejos de haber adquirido la solidez que hoy ofrece. A la derecha de este reducto, mirando al enemigo, descendia la cumbre para volver á repecharse y de nuevo á declinar hasta el mar, formando un cono en cuyo vértice se levantaba la *Casa del Renegado*, coronada tambien con el pendon español.

Desde estas alturas, fronteras entonces de nuestra ocupacion, paralelas al monte de la Mona, bajaba el monte hasta una cañada donde habia algunas casas de labor, que algo fortificadas, demostraban la poca confianza que recíprocamente se inspiran aquellos naturales; y luego empezaban á empinarsé colinas y rocas superpuestas, sembradas

tambien de bosques, hasta concluir en los pelados riscos del tantas veces nombrado de la Mona.

Las tiendas eran una vivienda completamente nueva en nuestro ejército, al que durante las guerras anteriores nunca habian faltado pueblos en que alojarse con mayor ó menor estrechez; pero este recurso era completamente ilusorio en el pais despoblado y salvaje en que habíamos puesto la planta. Se habia adoptado para la tropa la tienda-abrigo, invencion del vencedor de Isli, que habia convertido en tienda el *sac de campement* en que antes se metia para pasar la noche el soldado francés: estas tiendas, cuya descripcion hoy dia es de todo punto innecesaria, incómodas en sumo grado, puesto que no es posible estar en ellas si no á gatas ó acostado, eran, sin embargo, un recurso precioso que preservaba de la lluvia al soldado.

Las tiendas de oficiales eran de dos clases; las unas cónicas y de bastante capacidad, y marquesinas las más, pero en cambio de las comodidades que su interior ofrecia, tenian el inconveniente de no ser tan impermeables ni resistir tan bien al embate del viento como las del soldado; la lluvia calaba el lienzo á poco que durára, y ¡cuántas veces hemos tenido que agarrarnos al palo central, como el náufrago á un mástil, mientras el huracan azotaba con furor el débil lienzo!...

La cama del soldado consistia en las hojas de palmito que alfombraban su tienda, y los oficiales se acostaban sobre una capa de paja ó heno, pues raro era entonces el que tenia cama de campaña: la manta en aquellos, la manta y un gabán impermeable en estos, les servian de cobertor y no habian menester más, una vez que ni unos ni otros se despojaban de sus vestidos para dormir.

En punto al régimen alimenticio estaba muy ganancio-

so el soldado con motivo de la guerra, ya no eran solo vegetales y tocino los que constituian su rancho; tenia café, azúcar, arroz, tocino ó bacalao, carne y vino; al fin, tenia yo la satisfaccion de ver al soldado comiendo carne, reforma cuya necesidad tanto habia recomendado algunos meses antes (1): lástima que esa necesidad solo se haya reconocido para campaña y haya dejado de atenderse desde que las tropas han vuelto vencedoras á su pátria.

Tambien habia ganado mucho en su régimen de vida: no tenia allí esas largas revistas de policía, de armas ó de vestuario con que en guarnicion se molesta al soldado, teniéndole siempre sujeto á la ociosidad más trabajosa: vivia al aire libre, como antes de ser soldado, y nó encerrado en las salas de un cuartel ó un cuerpo de guardia. Sus ocupaciones estaban en armonía con aquellas á que desde niño estaba habituado; cortar leña del vecino bosque, traer agua de la fuente escondida en el barranco del Infierno, guisar su rancho al aire libre, escavar la tierra en derredor de su tienda, tomar parte con el hacha ó la azada, en los trabajos de fortificacion, y por las noches, agruparse en torno del fuego del vivac, á escuchar las historias, ora alegres, ora pavorosas, que el más leído ó el más decidor de la compañía refería al amor de la lumbre; todo esto era para el soldado, vivir como cuando en su aldea se dedicaba á las campes- tres faenas de la labranza, y el trabajo ejecutado con esta libertad no le pesaba en lo más mínimo.

Solo el servicio de trinchera era penoso, aunque indispensable: no teniamos entonces atrincherado nuestro campo, pero cada batallon iba por turno á guarnecer por 24 horas

(1) Memoria sobre la Alimentacion del soldado.—Madrid, 1859.

el reducto de Isabel II, y otro se apostaba de sol á sol, en el sitio donde despues se construyó el reducto Francisco de Asís, retirándose por la noche á su campamento. ¡Y era triste, en efecto, el servicio de trinchera! Pasar una larga noche que parece eterna, en lo alto de un monte, inundados por la lluvia, metidos en el fango hasta las rodillas, sufriendo un frio glacial, y en la tension moral que produce la expectation del peligro; escudriñando con penetrante vista las tinieblas para vislumbrar entre ellas al enemigo, que se sabe nos está acechando desde el vecino bosque; sentir cuán lentas transcurren las horas en medio de la oscuridad, el frio y el silencio solo interrumpido por el disparo que alguno de los escuchas hace al ver atravesar por entre los jarales un blanco fantasma: ¡oh, cuán gratos son, despues de una noche de esas, los primeros arreboles de la aurora, y cuán dulce resuena entonces en los oidos el poético toque de diana, cuyos acordes saludan con los ruisñores y los gilgueros la aparicion radiante del astro del dia!

Pero tambien alguna vez ví á esa hora bajar de la trinchera, baldados y con las estremidades paralizadas, á los que, rendidos de cansancio, se habian entregado al sueño en los húmedos y frios fosos del reducto Isabel.

Tal era entonces la situacion higiénica del primer cuerpo de ejército, y tal su estado sanitario en aquellos dias; estado bastante favorable, pues el ejércitose veía libre de la epidemia que le habia afligido mientras estuvo de observacion en Algeciras, y de la que felizmente no habia aparecido caso alguno desde su salida de España; pudiéndose creer que ya no tendríamos que lamentar pérdidas tan sensibles, como las del Brigadier Barcaiztegui y del Coronel Latorre; pero ¡ay! qué de muy distinto modo lo habia dispuesto

la inescrutable Providencia, para aquilatar más y más el valor de los españoles, que de seguro hubieran triunfado con sobrada facilidad, á no haber tenido otros adversarios que los que podían morir al filo de sus bayonetas.

CAPÍTULO II.

Accion del 24 de Noviembre.—Un hospital de sangre.—Mi primera cura.—Los goces del médico.—Los decapitados.—Por qué no habia prisioneros.—Mala noche.—¡El cólera morbo!—El 25 de Noviembre.—La procesion de las kabilas.—Otro combate.—Hospitales ambulantes.—Un *bon mot*.—El reducto de Isabel II.—Combate encarnizado.—Victoria completa.—Herida del general Echagüe.—Los cadáveres en el campo.—Conducta de los médicos.—Heroismo de los sanitarios.—Falta de camillas.—Nuevo uso de las mantas.—El hospital del Serrallo.—Triste espectáculo.—Situacion alictiva.—Oportuno auxilio.—Cielo de los presidiarios.—Traslacion de los heridos.—Entierro de los cadáveres.—Orden del dia.—Primera evacuacion de heridos.—El vapor *Cid*.—La comida de los enfermos.—El cólera á bordo!—El cloroformo.—Estraño contraste.—Arribo á Málaga.—Incendio del vapor *Génova*.—Otra vez en el Serrallo.—Accion del 30 de Noviembre.—La tribu de Anyara.—Valor cristiano.—El Ayudante Ferrer.—El Inspector Anel.

El dia 24 de Noviembre, estaba yo disfrutando buenamente de mi tienda, y viendo cuán copiosamente llovía en África, cuando á cosa de las dos de la tarde, vino á alertarme el arrebatado grito de *¡ya están ahí!* y no tuve necesidad de preguntar quiénes eran los que *ya estaban*, al oír los disparos de nuestras avanzadas. Erán los moros que, siguiendo su costumbre de atacarnos, como terciana, cada dos dias, se venian despues de comer el *abcuxcuz*, á disparar sus espingardas sobre la gran guardia que, como ya he

dicho, montaba durante el día un batallón en la altura donde después se construyó el reduto *Francisco de Asís*.

El General marchó al sitio del combate; las tropas designadas para entrar en fuego, subían alegres y presurosas, en apoyo de la guardia atacada; las demás estaban en formación delante de sus tiendas; los oficiales llevaban además del sable un báculo, indispensable apoyo para andar por entre aquellas breñas; las compañías de Sanidad conducían sus camillas, los oficiales Médicos iban con ellas trayendo á su lado el botiquín; y á mí me correspondió quedar con el Sr. Forns, encargado del hospital central de segunda línea, que en tales casos se constituía en el Serrallo. Aquel día le instalamos en una de las cuadras que están á espaldas de este edificio; abrimos allí el botiquín de brigada, prepararon vendajes los practicantes y quedamos esperando sin saber nada de la acción: solo oíamos las detonaciones, y veíamos coronarse de humo las alturas.

Pronto se nos presentó una camilla donde venía un soldado que había recibido una bala en el antebrazo derecho; era el primer herido que yo veía en África, y pedí al señor Forns que me dejara curarlo: la herida podía llamarse de *suerte*, pues la bala había penetrado en las carnes, sin romper hueso ni herir ningún vaso importante; así que con bastante facilidad pude extraerla, haciendo una incisión por el lado opuesto á su entrada.

Entonces sentí esa satisfacción profunda, esa singular alegría, que solo le es dado sentir al Médico militar. Al desempeñar con lucimiento una función del servicio, los oficiales de otros cuerpos del ejército, solo pueden experimentar el contento de sí mismos, que resulta del deber cumplido y el amor propio realzado, pero en el de Sanidad se

me á esos dos elementos, el placer inmenso é inefable de que inunda el alma una buena accion, una obra de caridad: ventaja inestimable del Instituto á que tengo la honra de pertenecer, y que compensa con usura la brillantez que le falte.

Estas consideraciones me alhagaban al contemplar en mis manos aquella bala ya inofensiva, y no se estrañe mi sencillo orgullo, pues era el primer proyectil de arcabuz mauritano que estraía. Bien hubiera querido conservarle como perenne recuerdo, pero el herido juraba que le habia de devolver al través del cañon de su fusil á los bellacos que se le habian enviado; y yo se le dí, admirando á aquel hombre que herido y operado, en vez de ceder á la debilidad física, recrecia de ánimo y se olvidaba del dolor para volver á la lid con indómito denuedo.

Mientras tanto seguian entrando heridos: todos traían ya hecha la primera cura, practicada en los hospitales de primera línea, en el sitio mismo del combate, por los Médicos de su batallon, y allí no teníamos más que rectificar los vendajes y ejecutar las operaciones urgentes, dejando las que no lo fueran para el hospital de tercera línea, que era el de Céuta: no hubo que hacer en esa tarde ninguna operacion quirúrgica de importancia, pues todas se limitáron á la reduccion de fracturas y extraccion de proyectiles.

Un desgraciado entró, á quien no hicimos cura alguna: traía una herida penetrante de bala en el cerebro con salida de esta víscera; el estertor bronco que caracteriza á estos heridos, nos dió á conocer bien pronto, que la ciencia allí tenia que declararse dolorosamente impotente y dar paso á la religion; pero aun me faltaba presenciar algo de más lastimoso que esto.

Noté que tres camillas pasaban de largo por delante de la puerta de nuestro improvisado hospital, y saliendo á cerciorarme, supe que se dirijian al cementerio; me detuve á examinarlas y ví con horror, un cabo y dos soldados ferozmente decapitados: en uno de ellos colgaba la cabeza por algunas leves adherencias, los otros dos carecian de ella.

Se necesita ser español y haber fijado los ojos en ese atroz espectáculo, para comprender toda la furibunda compasion, todo el rabioso dolor, toda la sed de venganza que se encendió en mi pecho, al mirar aquellos cadáveres, en los cuales á falta de facciones podia suponer las del amigo más querido; al ver aquellos cuerpos, que en fuerza de no tener espresion, espresaban más dolor que el velo que cubria el rostro de Ifigénia; al pensar en las supremas angustias que habian acompañado la última hora de aquellos desgraciados! Aquellos cadáveres no tenian más nombre que el de españoles; y al ver patente la ferocidad salvaje de nuestros contrarios, al pensar que tal vez aquellas nobles cabezas serian paseadas como bárbaro trofeo; que sus apagados ojos dirijirian desde la punta de una lanza su inerte mirada; que tal vez aquellas cabezas serian insultadas, sin que pudieran escupir al rostro de sus verdugos.....; Oh! entonces comprendí perfectamente, por qué no teníamos prisioneros.

Poco despues vinieron otros soldados que traían en sus manos alguna cosa envuelta en un pañuelo ensangrentado: eran las cabezas de nuestros mártires, arrancadas con la vida á los caribes que entre ahullidos feroces las llevaban. Los bravos que habian lavado en sangre nuestra afrenta y castigado el crimen apenas cometido, iban piadosamente á depositar aquellas cabezas junto á sus truncados cuerpos en

la tierra que bendecía fervoroso el Misionero que habia encontrado en el *Provence*.

El sol se ponía y el choque habia terminado; la España escribía en sus anales una victoria más; el enemigo huía á la desbandada, y los intrépidos batallones que lo habian arrollado, bajaban á descansar en sus tiendas de las rudas emociones del día. Entonces empezaban á echar de ver que habia estado lloviendo toda la tarde y que el agua habia calado sus ropas. Todos los heridos estaban curados al terminar la accion, y antes de que anoheciera fueron trasladados al hospital de Céuta: eran como unos 50 y los muertos 8; proporcion muy dolorosa, debida á los que fueron decapitados.

La noche fué mala, pues continuó lloviendo á chuzos y el viento se llevó algunas tiendas; ¡qué descanso para el que habia pasado el día batiéndose y tenia que volver á combatir al siguiente! Pero como si no fuera bastante la fúria de los desencadenados elementos y la salvaje ferocidad de los moros, teníamos ya otro enemigo inaccesible como aquellos, y cruel como estos: aquella noche enfermaron dos soldados, y la súbita descomposicion de sus facciones demostró una enfermedad terrible, cuyas primeras huellas no puede ver el médico sin espanto. Ya el día anterior habian sido atacados otros dos con análogos síntomas; sin embargo, aun se habia abrigado una duda, aun no habia del todo muerto la esperanza; pero los dos casos de esta noche demostraban de una manera inexorable al médico, que el cólera-morbo habia comenzado á visitar las tiendas de nuestros soldados, llevando una muerte sin gloria á los bravos que respetaba el plomo marroquí. Insignificante aparecia entonces este mal, pero en las condiciones en que el ejército estaba colo-

cado, era seguro para nosotros que lejos de detenerse había de cobrar intenso vuelo; como se propagan las llamas de una antorcha lanzada entre las mieses.

Amaneció el día 25 de Noviembre sereno y despejado, y todos estábamos muy lejos de creer que ese día fuera señalado por un combate; le habíamos tenido la víspera, y los moros hasta entonces nunca habían atacado dos días seguidos. Fuíme, pues, por vía de paseo á la gran guardia del que hoy es reducto Francisco, á visitar á mis amigos del batallón Cazadores de Madrid, á quien aquel día correspondía ese servicio, y desde aquella altura pude divisar un espectáculo sorprendente: los moros se aprestaban á la pelea; por entre las rocas del boquete de Ányara, bajaban en procesion largas filas de hombres envueltos en jáiques grises ó blancos y precedidos de un añafil y un tambor, cuyos desapacibles sonos más bien parecían preludio de alguna campestre romería que de hélica función: esta especie de música me recordaba de todo punto á las *dulzainas* de las montañas de Navarra y de las demás de España; que no parece sino que todas las del mundo conservan en las costumbres de sus moradores, grandes señales de parentesco y de comun origen.

Con avidez estaba contemplando yo por vez primera el aspecto de los moros; pero no había entonces tiempo que perder en esto, pues ya brillaban por el próximo bosque los largos cañones de las espingardas, y era indudable el ataque que preparaban. Deseando, pues, buena suerte á los Cazadores de Madrid, me apresuré á regresar al cuartel General del Serrallo. El General Echagite, avisado oportunamente del designio del enemigo, había salido ya á hacer un reconocimiento, acompañado del jefe de Sanidad, señor Weyler; los demás profesores de la plana mayor queda-

mos aguardando órdenes: en esto comenzó el fuego por las alturas, y recibimos una orden escrita con lápiz por el jefe de Sanidad, para que el Sr. Forns y yo fuéramos á instalar un hospital de sangre en el reducto Isabel: se cargó inmediatamente en una acémila el botiquin de brigada, y acompañados por los practicantes, de los cuales cada profesor tenia uno designado, nos incorporamos á la brigada de vanguardia, que entonces subia al sitio del combate; iba tambien con nosotros el Sr. Lejalde, llevando á su disposicion otro botiquin de brigada y practicantes.

Preparados así, marchábamos subiendo la sierra, cuando á poco trecho encontramos una larga fila de camillas que bajaba por el camino del hoy reducto Francisco: los moros, guarecidos por el bosque, habian aprovechado, como siempre, de una manera funesta su primera descarga sobre nuestros soldados, que á pecho descubierto los esperaban. La brigada de vanguardia se habia detenido para romper el fuego, y aprovechando entonces un escarpe del terreno, al que daban sombra algunos corpulentos árboles, instalamos un hospital de sangre y comenzamos á curar á los heridos, que aflúan continuamente. Pero teníamos orden de ir al reducto Isabel, y así dispuso el Sr. Forns que el primer Médico Lejalde se quedara encargado de aquel hospital, siguiendo con él los movimientos de la brigada, mientras nosotros íbamos al reducto, aunque ya era preciso hacerlo sin el amparo de ninguna fuerza, atravesando bosques en que tal vez se abrigaba el enemigo. Yo fuí el encargado de dar cuenta de esta disposicion al Sr. Brigadier Lassaussaye.

Mucho habia oido hablar de la intrépida sangre fria que distinguia á este jefe; pero en aquella ocasion pude convencerme de que nada se exajeraba esta cualidad. Estaba el hoy

General Lassaussaye en el punto más avanzado, á pocos pasos de la guerrilla; los cazadores estaban aparapetados trás de los árboles, mientras aquel se ostentaba á caballo y con un gaban blanco, como quien desafía la puntería de los tiradores marroquíes: dile cuenta de mi comision, y despues de oirla con calma, encontró oportunidad de decir un *bon mot*, á pesar de las balas que con deplorable frecuencia pasaban sobre nosotros, y cuyo silvido de víbora escuchaba yo por vez primera: ¿con que quiere V. ir al reducto? me dijo, ¿no vé V. que *hay moros en la costa*? Y al decir esto señalaba sonriendo á los grupos de moros que se veían salir del bosque entre el reducto y la gran guardia, y que merced á la espesura, podian muy bien correrse hasta el mismo barranco del Infierno. Sin embargo de esta observacion, haciéndole yo presente la órden recibida, autorizó la marcha.

Fuimos, pues, el Sr. Forns y yo con el botiquin, practicantes y nuestros asistentes, todos armados, atravesando breñas y jarales, con el oido y la vista siempre atentos, pero sin ningun tropiezo, hasta la planicie rasa donde estaba el reducto, en el que entramos por fin. Muy oportuna era nuestra llegada; toda la plaza interior del reducto estaba llena de heridos, y los jóvenes Médicos Sr. Torrecilla, del batallon de Cataluña, y Pardiñas, del de Simancas, habian agotado sus respectivos botiquines. Hasta llegamos á tener que romper la mochila sanitaria del primero, para entablillar algunas fracturas, que aquel dia menudeaban. Con el mismo objeto y para que sirvieran como de gotieras, me ocurrió utilizar las cortezas del alcornoque que habia visto abundaban en el monte.

Mientras curábamos sin cesar, el foso iba cegándose de cadáveres; tronaban á nuestro alrededor los cañones del re-

ducto, y nos ensordecia tambien á veces la salvaje algarabia con que los moros se animaban al combate. Aquella gritería horrible era capaz de imponer pavor en el ánimo más esforzado, y contrastaba con la magestuosa serenidad con que nuestros batallones aclamaban á la Reina en compacto ¡viva! al acometer á la bayoneta por los bosques donde se ocultaban sus enemigos. Aquel dia se habian reunido, para intentar un grande esfuerzo, otras tribus además de la de Ányara, y se batian con el valor feroz que inspira á los musulmanes la promesa de que *el paraíso está á la sombra de las espadas*.

Despues de curar á todos los heridos que habia en el reducto, y cuando ya nuestras tropas habian empezado á hacer perder terreno al enemigo, salimos al campo á recojer y curar otros nuevos, hasta debajo de la casa del Renegado, donde los habia tenido en no pequeño número el regimiento de Borbon; y por fin, á la caída de la tarde pude recrearme viendo marchar derrotados á los que tan ufanos venian por la mañana á reconquistar su venerada mezquita, profanada por la planta de los cristianos.

En una de las salidas que tuve que hacer del reducto, encontré en una estrecha vereda dos caballos muertos: estaban el uno tras el otro y ambos heridos en el testuz, de manera que su muerte debió ser súbita; pero ¡cual seria mi angustia al reconocer que uno de aquellos caballos era el que montaba nuestro General! Felizmente supe pronto que se habia salvado providencialmente, aunque á la descarga que seis moros emboscados habian hecho sobre él, una bala le llevó la estremidad del dedo índice de la mano derecha.

El batallon de Cazadores de Madrid, habia sido aquel dia el blanco predilecto de los ataques de la morisma; lle-

gando á verse completamente envuelto por una nube de enemigos, y obligado á batirse cuerpo á cuerpo de una manera desesperada, hasta que la llegada de los cazadores de Alcántara pudo librar á ese heróico batallon de una total derrota. Su jefe el Coronel Piniés habia muerto; el Comandante Ochotorena, mi paisano y amigo, estaba herido, é igual suerte habia cabido á un gran número de oficiales: los cadáveres que yacían en el sitio de la lucha, mostraban sobrado bien lo rudo de esta: allí estaban tendidos en revuelta confusion moros y cristianos, conservando unos y otros impresa en sus facciones la espresion de la última idea que al morir agitára su mente. Los cristianos tenian desfigurados sus rostros con horribles heridas de cortante gumía, y los moros acribillados sus cuerpos á bayonetazos; la palidez marmórea de algunos, manifestaba á las claras, que el hierro enemigo habia penetrado en su corazon.

Yo contemplaba con intensa pena aquellas víctimas oscuras, cuyo nombre nadie sabe: que han dado á su pátria cuanto podian darla, la han dado su vida, sin que la historia pueda grabar en duradero mármol su ignorado nombre: solo alguna madre en algun oscuro rincon de España, deramará eternas lágrimas y pasará enlutada sus solitarios dias.

Contemplaba tambien la robusta contextura de los moros; aquellas formas atléticas, aquellos músculos de acero cubiertos con una piel bronceada, espuesta siempre á los ardores é intempéries del cielo, sin otro vestido que la *chilaba* rayada; aquellos rostros fieros con su cráneo afeitado, la barba escasa y áspera, la nariz aguileña y los pómulos salientes, que caracterizan la raza africana, y pintada en aquel semblante la sonrisa sardónica del que ha exhalado su pos-trer aliento viendo abrirse las puertas del paraíso y pregu-

tando ya la belleza sobrehumana de las huríes verdes, que el Profeta promete á los guerreros que mueren peleando por el Korán.

Debo consignar en honor de la verdad, que no reconocí entre los cadáveres ninguno de raza sajona, como entonces se dijo y escribió; pues tengo para mí que el entusiasmo de los caritativos admiradores de aquellos salvajes, nunca llegó al punto de acompañarles más que con la buena intencion en sus arriesgadas empresas.

Todos los oficiales médicos habian cumplido con su mision entrando en fuego con sus batallones; pero merece especial mencion el Sr. Sastre y Storch, que con el suyo de Cazadores de Madrid, se vió envuelto entre la morisma, y reducido á tener que defender arma en mano su persona, demostrando una vez más la bravura y serenidad que el mismo batallon habia tenido ocasion de apreciar ya en las calles de Madrid y en la toma de la Mezquita y casas fuertes.

Las compañías sanitarias prestaron su servicio de una manera heroica; á donde quiera que habia un herido allí se lanzaban á retirarlo, siendo algunos sanitarios víctimas de su ardiente celo: así, para retirar al Sr. Comandante Ochotorena, hubieron de avanzar hasta tres camillas, cayendo heridos los que llevaban las dos primeras.

Al terminar la accion en el boquete de Ányara, por la completa dispersion del enemigo, todos los heridos estaban curados. Grande habia sido su número y escaso el personal facultativo; pero la actividad y el celo habian obrado prodigios.—Quinientos heridos de todas clases, desde el general hasta el soldado, habian recibido los auxilios del arte en el punto é instante mismo en que sus ojos se volvian á buscar-

los. Mas el cuerpo de Sanidad que tenia celo y ciencia por su parte para socorrer á los heridos, carecia de medios de transporte proporcionados á la multitud de desgracias que habia que lamentar: las secciones sanitarias de los batallones trabajaban de continuo, llevando los heridos hasta el Serrallo por entre las rocas y los matorrales, y apenas los depositaban en el hospital de segunda línea, volvian al fuego en busca de otros; pero ¿qué eran ocho camillas por batallon, cuando habia algunos de estos, como Madrid y Alcántara, que tenian cada uno pasados de 100 hombres fuera de combate? Aunque los soldados sanitarios hicieran tres viajes, lo cual era muy difícil, resultaba que faltaban camillas para las cuatro quintas partes de los heridos; era preciso, pues, inventar algun medio de transporte que pudiera suplir esa falta; y en efecto, tendidos en su propia manta, que cuatro soldados sostenian por sus puntas, fueron trasladados al Serrallo la mayor parte de los heridos. Aquellos á quienes sus heridas no impedian andar, bajaban apoyados en el hombro de algun compañero; y haciendo este piadoso oficio con un pobre soldado herido, y llevándole su carabina y forniture, ví bajar del reducto al Sr. de Llano Ponte, rico propietario Asturiano, que movido de su entusiasmo habia ido á África, encontrando ocasion de ejercer su caridad con los héroes de la patria.

Cuando llegamos al Serrallo empezaba á cerrar la noche: el salon principal de este edificio, donde se hallaban las oficinas del Estado Mayor, estaba convertido en hospital, al cargo de los Sres. Farinós y Banús; aquella sala se habia llenado pronto de heridos, entre los cuales se divisaba en un rincon, sobre su cama de campaña, al General Echagüe. El patio y la entrada estaban tambien obstruidos por ellos; y

no teniendo ya donde ponerlos á cubierto, se habia ido colocando á los restantes en filas alrededor de las paredes, por la parte exterior del edificio.

El suelo estaba lleno de heridos, curados todos, pero todos dolientes, todos espuestos al frio de la noche, todos sufriendo el temible relente de aquel clima. A la luz de las hachas de viento con que se iluminaba aquella escena de desolacion, se sentia sobrecogida el alma al ver la palidez de aquellos rostros contraidos por el dolor, al ver aquellos desgraciados que se envolvian en su pobre manta transidos por el frio de la noche, más sensible para ellos en el estado nervioso que sigue á las heridas: todos exhalando ayes de dolor, más ó menos comprimidos por el sufrimiento; los fracturados, que eran muchos, no pudiendo contener el grito punzante de dolor que les arrancaba cualquier movimiento, y esto formaba un coro de lamentos capaz de desgarrar un corazon de bronce. Asemejábase aquel ruido triste, continuo y suplicante al balido de las ovejas retenidas en el redil. ¡Oh! cuán grandes y terribles son las pruebas á que ha estado sometido el soldado español!

¡Y cómo hacer cesar esta angustiosa crisis! Era preciso llevar á los hospitales de Ceuta todos aquellos desventurados; pero la falta de camillas volvia á hacerse sentir. Todos los soldados sanitarios, á pesar de estar rendidos con su incesante trabajo de aquel dia, iban ya llevando heridos por el áspero camino que entre breñas y jarales conducia á Ceuta; los heridos que podian cabalgar, iban ocupando todas las acémilas del primer cuerpo, llevándolas un soldado del ronزال y yendo otro ú otros dos al lado para sostener al desvalido ginete; pero todavía quedaban en el Serrallo muchos, cuya ansiedad crecia á medida que veian agotarse los medios

de transporte , sin que les llegára el turno de ir á descansar en cualquiera parte de los peligros y dolores de todo un dia...

Nuestra situacion no podia ser más aflictiva ; cuando en esto sentimos un gran ruido de cadenas y vimos aparecer delante de nosotros algunos centenares de hombres membrudos, dispuestos á aceptar el trabajo más penoso ; era el presidio de Céuta que, avisado por el general, venia en masa á auxiliarnos : ¡ feliz y oportuno socorro! gracias á él, en pocos instantes estaban todos los heridos en marcha para Céuta , aunque llevados en las mantas, sostenidas cada una por dos parejas encadenadas (mancuernas). Al ver marchar al último, no hubo ninguno de nosotros que no respirára con más holgura ; porque, como decia con toda propiedad el General Gaset , aquellos heridos nos estaban pesando en el corazon.

Pero ; qué celo, qué humanidad desplegaron aquellos desgraciados criminales, rechazados por la sociedad de su seno! La ternura que mostraban sus rudas facciones, borraba en ellas el estigma del crimen ; la ansiedad con que todos se lanzaban á porfia, como temerosos de quedarse sin *trabajo*, y la atencion con que escuchaban y solicitaban nuestros consejos, para levantar los heridos de la manera que menos dolorosa les fuera , daban á entender que hasta en los corazones más criminales vive siempre imperecedero el germen del bien , y que basta una ocasion para que esplayándose, oscurezca y borre todos los malos instintos que antes prevaleciéran. ¡ Oh! yo sentí en tan conmovedores momentos amor y gratitud hacia aquellos miseros presidiarios, porque su tostada y envilecida frente se iluminaba entonces con algun reflejo de esa pura luz que brilla en la de las hermanas de la Caridad.

Aquella interminable comitiva atravesó, á la luz fatídica de las antorchas, por las calles de Céuta consternada, hasta depositar en las camas del hospital de los Reyes y de las iglesias de San Francisco y de Jesus y María, su doliente carga; mientras en las zanjias abiertas entre los derruidos muros de Céuta la vieja, se daba sepultura á los cadáveres de unos 100 españoles, que en aquel memorable dia habian inmolado su vida por su pátria y por su fé. Allí yacen ignorados, sin que una piedra recuerde la memoria de su heroismo; Triste condicion del soldado! que me hace ver cuán bellamente esclamaba David, para ponderar el olvido en que yacia, *sicut vulnerati dormientes in sepulchris, quorum non est memor amplius* (1).

Pero Dios los vé y él habrá concedido celeste recompensa á su heróico sacrificio!

Tal fué el encarnizado combate del dia 23 de Noviembre, en que un puñado de españoles, no solo arrostró, sino que rechazó el furioso embate de un enemigo, que en número cuatro veces mayor, le asaltaba con toda la energía de un pueblo salvaje y aguerrido que defiende su independendencia, sus hogares y su religion: jornada terrible, que basta para cubrir de gloria al primer cuerpo de ejército y al General que lo mandaba.

Estaba yo á la mañana siguiente leyendo la órden del dia, en que nuestro General, á consecuencia de su herida, resignaba el mando en el General Gaset, y daba las gracias al ejército por su comportamiento de la víspera, órden que leia con satisfaccion, por los elogios con que en ella se ensal-

(1) Salmo 87. Como los heridos que duermen en los sepulcros, y de quienes nadie se acuerda.

zaba al cuerpo de Sanidad (cosa que con frecuencia se olvida y ha olvidado despues, casi siempre), cuando fui llamado al Estado Mayor. El General Echagüe postrado, como ya he dicho, en su cama de campaña, me dió la órden de conducir á Málaga los heridos que en disposicion de embarcarse se halláran en los hospitales de Ceuta, pues con el acúmulo de la vispera estaban atestados, y era urgente tener camas para subvenir, así á los heridos que pudieran ocurrir, como á los coléricos que lentamente iban en aumento.

Inmediatamente me trasladé á Céuta, á donde yase estaba organizando la salida de enfermos y heridos, hasta el número de 160; pero el estado del mar no nos permitió embarcarnos hasta las cuatro de la tarde. A esa hora, y provisto por la Administracion militar de las raciones en crudo para mis enfermos, me trasladé con estos en grandes chalanas al vapor mercante *Cid*, digno nombre del buque que iba á llevar los heridos del día 25. Los oficiales heridos, entre los cuales se contaba mi amigo el Teniente Torres, de Cazadores de Madrid, se acomodaron en los camarotes destinados á los pasajeros, y la tropa ocupó la cubierta, protegida por un toldo, despues de llenar la segunda cámara con aquellos cuyo estado de salud era más delicado; aunque debo advertir que todos se habian escojido entre los convalecientes ó heridos poco graves.

Apenas las ruedas del vapor empezaron á azotar las olas que pocos dias antes surcaba yo en direccion contraria, hube de ocuparme de que se preparára la comida de los enfermos, puesto que reasumia en aquel hospital las funciones de sanidad y de administracion: tomando, pues, por auxiliar á un sargento primero, que iba entre los convalecientes

más adelantados, hice que con el arroz, carne y galleta que se me había entregado, se dispusiera la comida desde luego, el caldo que pudiera necesitarse durante la noche, y una sopa para el desayuno del día siguiente. No fué muy fácil esta tarea, careciendo de utensilio y no siendo bastante capaz el que pudo prestarme la cocina del buque: y también fué difícil su distribución, porque la mayor parte de los soldados no traían, como procedentes del hospital, sus cazuelas de lata; pero al fin se remedió la necesidad del mejor modo posible, y mis pobres soldados, envueltos en sus mantas, se tendieron sobre cubierta para pasar resignados la última mala noche, con la dulce esperanza de verse al día siguiente en la madre patria. Como todos ellos iban en buen estado, también yo pude consagrar algunas horas al descanso.

Cuando la aurora arbolaba el cielo, estaba yo sobre cubierta contemplando aquel bello espectáculo y el de las costas de España, que no había presumido volver á ver tan presto: pero al mirar á mis enfermos que descansaban tranquilamente, vi que uno de ellos se quejaba de grande malestar; sus facciones estaban algo desencajadas, el pulso apenas si pude percibirle, la piel glacial, la punta de su lengua también fría como el mármol; ¡oh, era indudable, el CÓLERA estaba á bordo!....

No trataré de describir la honda amargura en que se sumió mi espíritu á tan lúgubre descubrimiento, al ver á tan horrible enemigo, pronto á arrebatarme aquellas 160 vidas de que yo era entonces responsable; dolores son estos reservados al médico y que solo él comprende en toda su estension. Solo yo conocía el peligro, y era urgente que no se revelara á los ojos de nadie; que el triste espectáculo que iba

á representarse no pudiera herir la imaginacion débil de los heridos y enfermos, porque sus consecuencias hubieran sido funestas. Pedí, pues, al Capitan del buque una habitacion, á donde pudiera retirar un herido que se *agravaba*. Tal vez él sospechó la verdad, pero no me la preguntó: todo el buque estaba ocupado; solo quedaba disponible un gabinete dedicado á las señoras, y allí me encerré con mi enfermo, ordenando que me dejarán solo con él.

Estábamos en alta mar; faltaban aun algunas horas para llegar al puerto; no tenia botiquin: únicamente traia en la escarcela mis instrumentos quirúrgicos, inútiles en aquella ocasion; y aquel hombre iba agravándose de minuto en minuto.... Entonces recordé que mi querido amigo D. Eduardo Sanchez Rubio, director de *La España Médica*, me habia regalado á mi salida de Madrid un frasco de *cloroformo*, que yo llevaba en el bolsillo. Pensé en la opinion, sostenida por algunos, de que el cólera no es sino una fiebre intermitente perniciosa de un solo acceso; asocié esta idea al nuevo tratamiento de las intermitentes por el cloroformo, ensayado con tan buen éxito por mi compañero el segundo ayudante Poblacion, y concebí la esperanza de que aun podia hacer algo por la vida de este soldado; encontrando así en medio de aquel desierto líquido, un arma con que atacar al terrible morbo. Ya habia abrigado preventivamente al enfermo con dos mantas, para escitar la reaccion, y mandado hacer en la cocina abundante infusion de té; comencé, pues, desde luego á administrarle esta bebida, poniendo en cada taza ocho gotas de cloroformo, y repitiéndola con frecuencia. Los síntomas del mal continuaban, sin embargo, arreciando en intensidad; la voz del herido se estinguia, y los calambres vinieron á hacer más

doloroso su martirio: entonces me dediqué á hacerle fricciones secas en las estremidades, no queriendo que nadie más que yo viera aquel cuadro, contagioso por imitacion.

Y era extraño contraste, por cierto, el que entonces ofrecia aquella escena, con el gabinete en que pasaba. Aquellos sofás de terciopelo, aquellos espejos y alfombras, todo aquel lujo, consagrado á la coquetería del bello sexo, se habia trocado en cámara de agonía de un soldado colérico.

Al fin pareció que la naturaleza, solicitada con los medios que para favorecer la reaccion habia yo puesto en juego, lograba contrarrestar las fuerzas del mal, y un período de calma benéfica vino á infundirme cierta esperanza de triunfo. Pero yo no podia estar tranquilo, y á cada instante temia ver entre mis enfermos alguna otra víctima de este mal, cuando felizmente, y sin que mis temores se realizáran, el *Cid* dió fondo en la bahía de Málaga.

Aceleradamente salté á tierra á dar cuenta de mi comision, teniendo el honor de presentarme al General Ros de Olano, á quien despues de entregarle los pliegos del General Echagüe, que anunciaban á España la victoria del 25, hice presente la novedad ocurrida á bordo. Llamada en el acto la autoridad superior civil, se dispuso el aislamiento del colérico; y mientras yo contemplaba satisfecho cómo mis pobres heridos sentian la delicia de pisar el pátrio suelo entre músicas y vítores, y cómo el pueblo malagueño, con lágrimas de entusiasmo y compasion, se disputaba el honor de llevar sus camillas, veía tambien otra lancha cubierta, que solitaria se deslizaba por las ondas. Era el desgraciado colérico que transportaban al lazareto, acompañado por un practicante de sanidad militar, que voluntariamente iba á encerrarse con él.

Creo que mis lectores tendrán una satisfacción en saber que este espirante enfermo se salvó de la muerte; pero hubo en los demás que yo conduje, hasta otros tres casos, cuyo resultado ignoro. Su aparición hizo que se sospechára en Málaga la verdad, que excepto á S. E. el General, á todos oculté rigurosamente.

Hasta el dia 29 no hubo ocasion de embarcarme para regresar á mi puesto; ese dia esperaba la llegada del vapor *Génova*, en el cual iria á Céuta; pero apenas habia fondeado, ocurrió su horroroso incendio, que no es de este lugar describir. Málaga estaba consternada al ver arder dentro del puerto aquel almacen de pólvora y granadas, y todos los ánimos estaban poseidos de la mayor inquietud, temiendo á cada instante una catástrofe espantosa.

Encontrábame á la sazón con el Sr. Brigadier D. Antonio Ulibarri, y ambos fuimos al muelle á presenciar aquel luctuoso espectáculo, teniendo allí ocasion de prestar los auxilios de la ciencia á algunos soldados ingenieros que habian salido contusos. Apenas la popa de aquel hermoso vapor devorado por las llamas se sepultó bajo las ondas, me embarqué en el *Cid*, llevando conmigo algunas docenas de artolas para el transporte de heridos, y al dia siguiente me encontraba muy temprano en mi tienda del Serrallo.

Llegaba muy á tiempo, pues ya los moros, rehechos de su derrota del 25, venian en mayor número y con redobladó brio, á arrollar al puñado de cristianos que habia invadido su hogar natal. Muy criminal, en verdad, fué la tribu de Ányara, porque ella con sus insultos, con sus asechanzas y investidas, fué el origen y causa de esta guerra, y como decia un moro, *Alá se lo tomará en cuenta en el dia de la retribucion*; pero es justicia reconocer que eran unos

bravos é infatigables adversarios; semejantes á nuestros padres, tenian un *no importa* para cada derrota, y en cada revés cobraban nuevo aliento, para venir á morir en los fosos de nuestros reductos ó agarrados á las bocas de nuestros cañones. Hoy esa tribu mal aconsejada y temeraria ha dejado de existir; sus aduares han sido arrasados y los huesos de sus guerreros salvajes, blanquean los barrancos de Benzú. ¡ Terrible castigo de su obcecacion !

Venian, pues, el día 30 lanzando ahullidos y serpenteando por entre los robles, con el cuerpo doblado y el andar torcido á manera de las hienas; más si cuando los soldados del primer cuerpo estaban solos, habian bastado para vencerlos, ¿ qué seria ahora que detrás de sus tiendas se extendian los campamentos de otros dos ejércitos cristianos, y que desde lo alto del reducto de Isabel II dirigia el combate el General en jefe del ejército, D. Leopoldo O'Donell?

Así, la victoria del último día de Noviembre fué tan completa como la anterior, sin ser tan reñida y sin que nos costára tantas víctimas: solo tuvimos unos 200 heridos y 30 muertos; y no experimentamos la escasez de medios de transporte, que tanto se habia hecho sentir en la del 25. Este día entró tambien á dirigir el servicio sanitario el Médico en jefe del ejército D. Leon Anél, y los hospitales se constituyeron de la misma manera que otras veces: tampoco hubo necesidad de ejecutar operacion quirúrgica de importancia sobre el campo, fuera de la extraccion de proyectiles y reduccion de fracturas.

No quiero pasar aquí en silencio una escena interesante que en este día me conmovió hondamente dando á conocer los felices resultados que producía el sentimiento religioso, con que la mayoría del ejército venia animado á esta contienda.

Cerca del hoy reducto Francisco, me presentaron en una camilla un cabo, á quien traian al parecer mal herido y próximo á la muerte; él así lo creia, al menos; pero lejos de temerla, decia con voz resuelta que se miraba dichoso al morir por la religion de Jesucristo; invocaba sereno á Nuestra Señora del Pilar, y recordaba que una hermana suya rogaria por él en un convento de Aragon; sus ojos brillaban de entusiasmo, todo su rostro se ennoblecia con la apacible expresion del mártir, y de seguro aquel hombre hubiera muerto feliz. Mientras tanto sondaba yo su herida y adquiria la conviccion de que no era mortal: cuando así se lo manifesté, recelé de mi dicho; pero al asegurársele bajo mi palabra de honor, aquel héroe cristiano me abrazaba con lágrimas de gozo, como si algo me debiera.

Todos los jefes y oficiales de Sanidad cumplieron su deber como siempre; pero merece especial mencion el ayudante del cuartel general D. Antonio Ferrer, quien cuando no tuvo heridos que curar, tomó puesto de soldado en las guerrillas del regimiento de Granada, sacando, como testimonio de su arrojo, agujereado por una bala su gaban. El General en jefe premió este hecho, concediendo sobre el campo al Sr. Ferrer la cruz de S. Fernando de primera clase.

Una desgracia casual fué la única que hubo de sentir el cuerpo de Sanidad: despues de terminado el combate y cuando el cuartel general bajaba del reducto Isabel II, el Sr. Inspector Anél, fué lastimado en una pierna por uno de los caballos que delante iban del diestro; lo que le obligó á guardar cama, aunque felizmente no resultó lesion considerable.

Así concluyó con el mes de Noviembre el primer período de la campaña, en que el primer cuerpo pudo alcanzar

cinco victorias en doce días y conquistar para siempre el terreno que se estiende delante de los muros de Céuta; dando así á conocer al Africa y á Europa, que no habíamos degenerado de aquellos soldados que supieron reconquistar su nacionalidad en la edad media y su independencia en la presente; señalando el camino del triunfo á las otras legiones que habian de desembarcar en aquel suelo, y exaltando el entusiasmo nacional al presentar en sus primeros boletines este brillante prelude del drama de la guerra, que tantos triunfos auguraba. Vamos ahora á recordar los tristes sucesos del mes de Diciembre, que por los estragos de la epidemia, vino á ser el mes negro para el ejército de África.

CAPÍTULO III.

Desembarco del ejército.—Descansa el primer cuerpo.—El cólera crece.—Apuros en Cádiz.—Creación de hospitales.—Distribución de estos.—Servicio farmacéutico.—Servicio administrativo.—Acúmulo de enfermos.—Evacuaciones á España.—Trabajos de los médicos.—Las noches de guardia.—El cólera en los médicos.—Primeras víctimas.—Llegada de nuevos profesores.—El parque sanitario.—Las hilas y vendajes.—Caridad de las patriotas españolas.—Los practicantes.—Desembarco del tercer cuerpo.—Recrudece el cólera.—Más combates. Los heridos.—Los proyectiles esféricos.—Las amputaciones.—Conducta de los médicos en el campo.—Heroísmo de los camilleros.—Cura del primer prisionero.

Habiendo desembarcado en Cádiz entre los días 28 y 30 de Noviembre todo el segundo cuerpo de ejército, mandado por el General Zavala, y el de reserva, que acaudillaba el General Prim, á una con el General en Jefe y su Cuartel, se decidió que el primer cuerpo descansara de las continuas molestias y duras fatigas que por tanto tiempo habia arrostrado, relevándole el segundo en las posiciones avanzadas que ocupaba. Así, el día 2 de Diciembre levantamos nuestro campamento, separándonos de las tapias del Serrallo, á las que profesábamos ya cierto cariño, y nos trasladamos al Otero de Nuestra Señora, en cuya colina, desnuda de bosque

plantamos las tiendas, encontrándonos de este modo en una posicion mas saludable, libre de trabajo y servicio el soldado y seguros todos de descansar sin alarma por las noches.

El cuerpo de reserva acampó entre el glásis de la muralla real de Céuta y el Otero, ocupando la parte que mira al Sur, y el cuartel del General en jefe se colocó en la parte Norte de la colina del Otero. Estos campamentos carecian de algo por entonces, y no se hicieron otros especiales para los caballos, dejando que cada cual tuviera el suyo al lado de su tienda. Esta considerable reunion de hombres y su continuo movimiento, hacia cada vez más llano el camino del Serrallo y de los reductos, que al principio solo era un estrecho sendero. Ibase tambien destruyendo la escesiva frondosidad del sitio, merced al continuo gasto de leña, y á la par se iba adelantando en la construccion de los reductos.

Los moros no volvian ya, segun su acostumbrada constancia, escarmentados sin duda por los últimos golpes; pero en cambio el cólera crecia furiosamente, causándonos diariamente más bajas de las que hubiéramos sufrido por término medio en los combates. El cuerpo de Sanidad tenia que combatir á este enemigo, mil veces más temible que los moros de Ányara, y allí se carecia de la mayor parte de los recursos que en caso tal se necesitan.

Sin duda no se habia previsto esta calamidad, á pesar de ser bien sabido que es compañera inseparable de los ejércitos modernos, y de que se habia iniciado su desarrollo en el de observacion: ello es que en Céuta no habia dispuesto otro hospital que el de los Reyes, y la única medida preventiva que se habia adoptado era la de dotarle de un médico mayor y dos profesores más de su asignacion en tiempo de paz. Ni se habia acopiado en Céuta utensilio y

material de hospitales, ni contratado enfermeros, ni aun designado los edificios que á aquel uso pudieran destinarse; en suma, la calamidad del cólera encontraba muy desprevenida á la Administracion de nuestro ejército, que no habia contado tal vez con que todo él fuere á desembarcar en un mismo puerto.

La posicion no podia ser más crítica, y bien la pintan los siguientes párrafos de una comunicacion escrita el dia 28 de Noviembre por el Subinspector Martrús, jefe de los hospitales de Céuta, que en atencion á lo *terrible y extraordinario* de las circunstancias, pide se le faciliten todos los medios, sean de la clase que fueren: «Sin cabos de sala, poquisimos »enfermeros, los cuales desaparecen instantáneamente; agoviados todos los empleados por el ímprobo trabajo y cayendo enfermos muchos practicantes, me veo solo y aislado, »sin poder atender á las innumerables y urgentes reclamaciones que de todas partes se me hacen.» Propone se improvisen hospitales para 2500 camas con 25 cabos de sala, 200 enfermeros, los correspondientes empleados de Administracion y 20 profesores por lo menos con 100 practicantes; y concluye diciendo «la urgencia es del momento; la situacion triste por demás, tanto que si para *esta noche* no se me facilita más localidad con las respectivas camas y servicio, los dolientes, si continúa el ingreso como hasta ahora, quedarán en el suelo, sin abrigo, sin asistencia y en el estado más lastimoso.»

Tal era la situacion cuando desembarcaron el Cuartel General y los dos cuerpos de ejército, suceso que si bien nos suministraba el auxilio de la presencia y autoridad del General en Jefe, del Jefe de Sanidad y un gran número de profesores, hacia crecer las necesidades hospitalarias con aquel

considerable aumento de tropas, que aunque llegaban en el mejor estado sanitario, no tardaron en verse afligidas por la epidemia que dieztaba las filas del primer cuerpo. En efecto, el día 29 de Noviembre las invasiones llegaron al terrible número de 254, y á 62 las defunciones, y en los primeros de Diciembre no bajaban aquellas de 120 á 170 diarias.

No era ciertamente responsable el cuerpo de Sanidad del conflicto en que entonces se hallaba el ejército, puesto que en nuestro país hay una tendencia deplorable, servil imitación de Francia, á limitar á las prescripciones científicas el papel del médico en los hospitales militares, encargándose la Administracion de instalarlos, organizarlos y servirlos, como si en todo lo que se refiere al soldado enfermo, en todo lo que más ó menos directamente pueda influir en su restablecimiento, hubiere algo que no estuviese de lleno incluido en las atribuciones del cuerpo de Sanidad: como si hubiere algo en un hospital que pueda dispensarse de las prescripciones omnímodas del intendente de la salud; como si para el médico hubiera algo indiferente cuando se trata de enfermos.

Pero á pesar de la lógica, tales son los hechos, y no podría hacerse cargo alguno al médico militar que se limitara á examinar sus enfermos, formulando, cruzado de brazos, la ordenacion y aspiraciones de la ciencia, por más que le viera falto de todos los recursos y asistencia necesarios en su estado. ¡Qué médico, empero, puede resignarse á ese papel pasivo! Así, entonces el cuerpo de Sanidad que no podía menos de mirar con paternal cariño las necesidades del soldado enfermo, reclamó con energía medidas tan radicales como eran necesarias en el estado á que llegaban las cosas, y trabajando sin descanso, pudieron hacerse nuevos milagros y organizar hospitales como si brotáran del centro de la tierra.

¿No habia localidad? Las tropas de la guarnicion saliendo á acampar al Otero, cedieron á los enfermos sus cuarteles. ¿No bastaba esto? El clero de Céuta salió de las iglesias, convertidas en hospitales, para volver á entrar en ellas, si no á celebrar el oficio divino, á auxiliar á los moribundos con los sublimes consuelos de la religion. ¿No habia utensilios? Las tropas dejaban el suyo, que no habian menester mientras vivieran en el campo, á sus hermanos enfermos. ¿No habia enfermeros? Allí estaban los presidiarios, dispuestos á arrostrar todos los peligros de la epidemia; consagrados á ejecutar los trabajos más repugnantes y penosos. ¿Faltaban médicos? Sobraba abnegacion y entusiasmo en los que allí habia, para redoblar sus esfuerzos si la carga se duplicaba; y los que estaban destinados á prestar su servicio en los Estados mayores, entraron sin vacilar á desempeñar el rudo y oscuro trabajo de los hospitales.

Así quedó remediada la necesidad, del modo más satisfactorio que las circunstancias permitian, mientras llegaba de España el material y personal de hospitales, que con toda urgencia se reclamaba. Los hospitales se iban improvisando como por encanto, merced á la iniciativa del médico en jefe, que, aunque postrado en el lecho por su contusion del dia 30, estaba con su mente atento á todas partes, secundado eficazmente por el Sr. Martrús, jefe infatigable, cabeza organizadora, modelo de una actividad incesante, que sabe comunicar á todos sus subordinados; persona, en fin, que durante toda la campaña ha estado al frente de los hospitales de Céuta, y á quien debe mucho el ejército de África.

Así, en las primeras semanas del mes de Diciembre quedaron instalados los hospitales de Céuta, en la forma que demuestra el siguiente cuadro.

Hospitales.		Profesor encargado.		Camas.	
Coléricos.	Los Reyes	Jefe local.	Mayor, D. José Parejo	707	
		Primeros médicos	{ D. Miguel Terreros		
			{ D. Nicolás Pinelo		
		Auxiliares	{ D. Juan Castillo.	80	
		Segundo Ayudante.	{ D. Antonio Tamayo		
		Primer Médico	{ D. Nicasio Landa.		
		Idem	{ D. Antonio Garcia Baiget	70	
		Idem	{ D. Tomás Merino.		
		Segundo Ayudante.	{ D. Narciso Oliveras	600	
		Primer Médico	{ D. Juan Francisco Quilez		
	Segundo Ayudante.	{ D. Miguel Miñanas			
Id. convalecientes.	La Trinidad		{ D. Santos Jimenez y Villa- nueva	100	
	Contraguardias	Primer Ayudante	{ D. Pedro Requesens		
	Barracones		{		
	Bergantín <i>Destino</i>	Primer Ayudante	{ D. José Sumsi.	200	
	El Casino (para of.)	Jefe	{ Mayor D. Fulgencio Farinós		
	Heridos		Primer Ayudante	{ D. José Sumsi.	350
			Id. id.	{ D. Benito Cortada.	
			Id. id.	{ D. Eduardo Calleja	450
			Primer Médico	{ D. José Parés	
	Total camas.			2582	

El hospital del Palacio Episcopal no llegó á tener más que un corto número de enfermos.

Los del Teatro y Casas Consistoriales no llegaron á ocuparse.

El Jefe de los hospitales de la plaza de Céuta, era el Subinspector D. ANTONIO MARTRÚS.

Con decir que todos estos edificios eran iglesias ó cuarteles, á escepcion del primero, dicho se está que se hallaban muy lejos de reunir las condiciones que la higiene desea para los hospitales; pero la ley suprema de la necesidad no nos permitia escrupulizar mucho en tales materias.

El servicio farmacéutico de todos estos hospitales estaba á cargo de la botica militar que, confiada al Sr. D. Juan de Tapia, existia aneja al hospital de los Reyes. Allí confluían, despues de pasada la visita, los practicantes de farmacia de todos los hospitales, con sus libretas, y puede calcularse en qué enorme cantidad tenian que hacerse todas las preparaciones, con solo saber que esa farmacia era la única que habia en Céuta, y que de ella se tenian que servir, no solo los dos mil enfermos y heridos de los hospitales, sino tambien los muchos que, militares y civiles, existian diseminados en la poblacion; solo el gasto de agua para la tisana atemperante, constituia ya una dificultad séria; júzguese por aquí de lo demás.

Ayudaban al Sr. de Tapia en su ímproba tarea algunos de los farmacéuticos destinados á cuarteles generales, tales como el jóven D. Epifanio Chillida; de modo que, á pesar de lo apurado de las circunstancias, nunca llegaron á faltar ni las medicinas ni la buena calidad de estas, y los profesores de los hospitales tuvieron ámplia facultad de recetar

cuanto creyeren necesario. Mas para la brevedad en el despacho, que tan interesante era, y no siempre se lograba, hubiera sido de desear, que se establecieran una ó dos oficinas más de farmacia en locales separados, en vez de concentrar todo el trabajo en una sola.

La Administracion Militar se encargó de sus habituales funciones en todos los nuevos hospitales, escepto en el de los Reyes, que de antemano estaba servido por contrata; para lo cual se dotaron aquellos establecimientos de contralores y administradores, procedentes casi en su totalidad de los factores ó agregados, aunque bajo la direccion de un Comisario general de hospitales, y de uno ó dos oficiales de Administracion, que vigilaban el servicio.

La alimentacion que se daba á los enfermos era lo buena que permitian las circunstancias; el suministro de camas y utensilios escasísimo, como ya hemos dicho en un principio; habiendo llegado hasta el punto de que los coléricos carecieran de vasijas. Todo se fué remediando con el utensilio que se hizo traer de la Península; pero en punto á enfermeros, cuyo oficio continuaron prestando los confinados del presidio, preciso es confesar que dejaron mucho que desear; habia en ellos valor para arrostrar impávidos el contagio y vivir en la atmósfera de un hospital; pero carecian todos ellos de instruccion, y su frecuente relevo de los hospitales hacia que nunca pudieran llegar á adquirir las cualidades que les faltaban.

Con esa continua creacion de hospitales se habian satisfecho las exigencias ostensibles del estado sanitario; pero no de una manera amplia y desahogada; antes por el contrario, teniamos el dolor de verlos siempre llenos, y de hallarnos siempre al borde de una crisis angustiosa con los

nuevos invadidos, que día y noche constituían un reguero de camillas en todo el camino de los campamentos á la plaza. Era preciso estar continuamente haciendo evacuaciones de enfermos, para sacar de los hospitales á los barracones y al bergantín los nuevos convalecientes, haciendo así huecos para otros desgraciados : era preciso estar á cada paso contando las camas vacantes y calculando la intensidad del mal, para que nunca nos hallára desprevenidos ; habia dias en que antes de enfriarse la cama de un convaleciente, ó tal vez de un muerto, estaba ya ocupada por un nuevo enfermo. En este continuo peligro, nada preocupaba tanto al cuerpo de Sanidad , como el temor de que llegára el vergonzoso y terrible momento en que un desgraciado colérico tuviera que quedarse en medio de la calle ; y á impedirlo á todo trance se encaminaban todos sus esfuerzos, que, gracias á Dios, no fueron vanos.

Para que pueda formarse idea de lo apurado de la situación, véase el siguiente cuadro de las evacuaciones de enfermos, que se hicieron para desahogar los hospitales de Ceu-ta en los de Málaga y Algeciras; y téngase en cuenta que, á pesar de su frecuencia y el número en que se hacian, no daban otro resultado que el equilibrar el ingreso, pero sin dejarnos nunca en una posición tranquila y desembarazada.

**Evacuaciones de enfermos y heridos de los hospitales de Cádiz
á los del litoral.**

Meses.	Días.	Heridos.	Enfermos.	Total.
Noviembre.	26	60	100	160
Id.	29	40	32	72
Diciembre.	7	72	108	180
Id.	11	174	82	256
Id.	14	69	77	146
Id.	17	72	19	91
Id.	21	109	90	199
Id.	23	50	21	51
Id.	28	51	233	264
Id.	29	15	71	84
Id.	31	41	185	226
	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	11	711	1018	1729

La primera de estas expediciones marítimas es la que he descrito en el capítulo anterior: en las siguientes no permitió la escasez del personal que á cada una de ellas acompañara un facultativo; los convalecientes, que todos se hallaban en buen estado, hacían su corta travesía al cargo de uno ó dos practicantes de confianza, y no hubo ningún motivo para lamentar esta medida.

El trabajo de los profesores encargados de hospitales era abrumador; con el continuo movimiento de las enfermerías, en una enfermedad tan ejecutiva como el cólera, era preciso pasar todo el día en el hospital. Yo, que no era de los más sobrecargados de trabajo, tenía á mi cuidado de 70 á 80 enfermos, á los que se agregó á veces alguna otra visita, tal como la del bergantín *Destino* ó la del batallón provincial de Málaga, además de los oficiales enfermos, á quienes todos teníamos que asistir en sus alojamientos de la población: así es que pasaba todo el día en mi hospital, pudiendo decirse que la visita duraba todo él.

Siempre recordaré aquella iglesia de San Francisco, en cuyas capillas y naves se estendian alineadas las camas de mis pobres enfermos; aquella sacristía convertida en sala de oficiales, el cancél en comisaría de entradas, donde tantas veces he tenido que sentarme á descansar y refrescar el ánimo, en compañía del Sr. Hoyos Limon, quien además de ejercer el cargo de Administrador general de todos los hospitales de Céuta, tenia á su cuidado los de San Francisco y del Casino. Aquella nave, donde aun se percibian las últimas emanaciones del incienso; aquellas capillas, donde en vez de los murmullos de la oracion, solo se oían los quejidos del dolor, donde al paso que yo prodigaba los auxilios de la ciencia en un lado, se veía en otro dar los consuelos de la religion á dos respetables Sres. Canónigos, que dejando las cómodidades de su prebenda, se habian voluntariamente convertido en capellanes de coléricos; y aun para que todo fuera extraordinario, tenia entre mis enfermeros presidiarios, dos negros encargados del fúnebre oficio de sacar los cadáveres, y cuatro ó cinco malayos venidos del Archipiélago Filipino, quienes para su propia inteligencia, hubieron de numerar en caracteres chinos las camas del hospital.

¡Y cuán tristes eran para nosotros las noches de guardia! Habia establecidas tres guardias de Médicos para el servicio nocturno de los hospitales, una para los heridos y dos para los coléricos en los Reyes y la Plaza de África: en aquellas noches pesaba sobre el facultativo de guardia la terrible responsabilidad de que los coléricos no quedáran en la calle. Era preciso recibir y colocar á los recién venidos en las camas vacantes, cuyo número se agotaba por momentos: desde la una de la noche hasta el toque de diana calmaba algo, por lo general, este movimiento, y podía el Médico de guar-

dia sentarse á descansar en el cuarto de profesores. ¡ Cuántas noches he pasado en aquel hospital de los Reyes, contemplando, con la vista fija, el jardín, florido en Diciembre é iluminado por los tÍbios rayos de la luna; oyendo, en medio del silencio de la noche, los desgarradores ayes de algun mártir de los calambres, el débil grito de *agua!* exhalado por algun colérico, ó el fúnebre estertor de un moribundo, que oprimian mi ánimo, pensando en la esencia de ese terrible mal, y pidiendo á Dios que ilumine nuestras inteligencias, para que podamos descifrar el enigma cuya solucion ha de sepultar en el hátrato la asoladora esfinje del cólera-morbo.

No estaban exentos del terrible influjo de este mal los que le combatian: el primer invadido del cuerpo de Sanidad fué, el segundo ayudante de Borbon D. Antonio Somojil, que hubo de ser trasladado á Céuta, sufriendo un ataque que por espacio de muchos dias le tuvo al borde del sepulcro; pero salvándose, no sin haber sufrido el periodo algido. Pocos dias despues fluctuaban entre la muerte y la vida, en el hospital de la Catedral, los segundos ayudantes D. Damián Mayo y otro cuyo nombre no recuerdo.

El dia 22 bajaban del campamento de la Concepcion dos camillas, en la una venia el cadáver del jóven D. Isidro Sastre y Storch, Ayudante médico de los Cazadores de Arapiles, arrebatado á su brillante porvenir por un ataque de cólera fulminante, dejando sumido en el dolor á su hermano, el Médico de los Cazadores de Madrid; la otra camilla se detuvo á la puerta de mi hospital: venia en ella el Médico mayor D. José Roger y Pedrosa, atacado tambien por el mismo mal, de una manera tan grave, que á pesar de mis esfuerzos y de los de todos los comprofesores que inmediata-

mente acudieron, á las pocas horas habia dejado de existir. Estos dos ilustres profesores fueron los primeros héroes que sellaron con el sacrificio de la vida su amor á la humanidad, los primeros mártires de la ciencia en el ejército de África; pero por desgracia no fueron los últimos.

Aquellos dias recrudecía la intensidad del mal y pocos fueron los facultativos que con mayor ó menor fuerza dejaran de sentir su influencia; los Sres. Ferrari, segundo Ayudante de Infantería, y Molins, de Artillería, fueron los que en más grave riesgo tuvieron sus vidas, los Sres. Alegret y otros varios acudieron á tiempo á la colerina, y el Sr. Anel, no bien repuesto de su contusion, se vió atacado por la enfermedad reinante, que vencida felizmente por una pronta reaccion, le dejó, sin embargo, en un estado de gravísima debilidad, de la que tardó mucho en reponerse; pero á la flaqueza de su físico suplía la fuerza de su moral, y desde el lecho continuaba ocupándose incesantemente de la salud del ejército, antes que de la suya propia.

Al mismo tiempo un gran número de practicantes eran en los hospitales víctimas de su asiduo celo en la asistencia de los coléricos, habiendo fallecido siete de los mismos.

Otros varios profesores militares estaban postrados en los hospitales, por antiguos achaques ahora renovados ó por enfermedades comunes. En este número se contaban: el Mayor D. Manuel del Valle, el primer Ayudante D. Tomás Solér, el segundo D. Ramon Maspons y algun otro que no recordamos; pero en cambio, á últimos del mes llegaban diariamente nuevos profesores de la Península, para encargarse de los improvisados hospitales y relevar á los que teniendo funciones que desempeñar en el campamento, necesitaban seguir á las tropas el dia en que estas se pusieran en marcha. Llega-

ban tambien en gran número los practicantes, que tanto habian escaseado al principio, y así pudo dotarse de este personal á las planas mayores de los cuerpos de ejército y á los hospitales de Céuta; pero es sensible que la premura con que era preciso reclutarlos en Madrid y Sevilla, no permitiera asegurarse bien de la idoneidad de todos, á pesar de que se les sometia á un breve exámen; así que, á vuelta de aventajados alumnos de cuarto ó quinto año de la Facultad, que venian á África impulsados solo por su patriótico entusiasmo, se encontrába alguno que otro que jamás habia tomado una lanceta; nueva prueba de lo necesaria que es la organizacion de esta plana menor en tiempo de paz, si se la quiere tener buena en tiempo de guerra.

Tambien eran contiúuas las remesas de material que iban llegando, las cuales se recibian en el parque de Sanidad que al cargo del primer médico D. Antonio Moreno Sanjurjo, se estableció en el hospital del Rebellin. De allí se atendia á la reposicion del material de curacion de los cuerpos y brigadas; y como la esperiencia habia hecho ver que eran insuficientes las ocho camillas que tenia cada batallon, se distribuyeron dos más á cada uno de ellos.

Era verdaderamente prodigiosa la actividad con que se habia creado para esta campaña el material sanitario, de que tan escaso habia andado hasta entonces nuestro ejército, limitado á una camilla cualquiera y un mal botiquin por batallon.

Dos meses antes de inaugurarse la campaña, se habia instalado en el hospital Militar de Madrid el primer parque de Sanidad, al cargo del infatigable jefe D. Santiago Rodriguez, secundado por un oficial notable por sus conocimientos en el ramo de construccion de instrumentos quirúrgicos, é in-

ventor de una pinza sacabalas, al primer Ayudante D. Francisco Javier Anguís, y publicado como real decreto el reglamento que habia elaborado la Direccion. Se consignó á este departamento un crédito de 400,000 reales, para que se empezára por construir 8 furgones de ambulancia, 8 atalajes, 400 camillas, unas del sistema Anel, otras del austriaco, 50 artolas para el transporte á lomo de los heridos y 50 carteras de curacion para los practicantes; asi es que muy pronto pudo dotar del material necesario al ejército de observacion que se formaba en Algeciras.

Pero segun los acontecimientos se precipitaban, ibase viendo que la guerra habria de tomar mayores proporciones; y á medida que se decretaba la formacion de nuevos cuerpos de ejército, era preciso aumentar el material sanitario. Un oficial de la Direccion, D. Elías Polin, fué comisionado á París para adquirir allí los grandes furgones de ambulancia, el tren de artolas para el transporte á lomo, las tiendas hospitales y demás efectos que la urgencia del tiempo no permitia construir en España. No era la primera comision de este género que se confiaba á este oficial, y supo desempeñarla con todo el celo é inteligencia que le son características. Otro oficial de la misma Direccion, el Sr. D. José de Luxán, fué a establecer un parque sucursal en Alicante, á donde confluian las remesas de Madrid y París para distribuirse á Málaga y Algeciras; y mientras tanto seguian construyéndose como por ensalmo camillas para campaña y para hospitales, botiquines de batallon y de brigada, arcones de repuesto, ora farmacéutico, ora quirúrgico, carteras de curacion para los practicantes, botiquines de mochila, maletines de Sanidad, etc. etc. Todos los oficiales del Cuerpo se ocupaban en esta patriótica tarea, desde el segundo Ayudante que

arreglaba el botiquin antes abandonado de su batallón, hasta la Junta Superior Facultativa, que en sesión permanente estudiaba los modelos extranjeros y discutía los más aceptables, y el Excmo. Sr. D. Nicolás García Briz, que como Director general era el centro de impulsión de todo este saludable movimiento, y cuya incansable laboriosidad é inteligente, iniciativa, que aplaudía unánime la prensa, le hicieron acreedor á que en nombre de S. M. se le dieran las gracias.

Pero son tan considerables las cantidades de efectos de curación que consume un ejército en campaña, que difícilmente hubieran podido reunirse, si el benéfico impulso de las hijas de España no hubiera venido á ofrecer sus dones en los altares de la patria. En efecto, mientras los hombres, al oír resonar el clarín de Marte, que desde las cumbres del Pirene hasta las de Sierra-Nevada llamaba á la guerra, solo pensaban en triunfos, en conquistas, en laureles, las mujeres, en cuyo pecho compasivo arde siempre el fuego de la caridad, pensaban que también habría dolores y martirios, y mientras los guerreros afilaban sus armas, ellas empezaron á reunir el lienzo que había de restañar la sangre de los heridos.

¡Hermoso espectáculo el que entonces presentaron las patricias españolas! Tal vez no haya en España ni una sola que haya dejado de tomar parte en esta bienhechora tarea. Las recepciones del buen tono tuvieron ya por objeto *hacer hilas* en vez de *hacer música*: al entrar en uno de aquellos aristocráticos salones, cuyas reuniones se dedicaban antes al placer, sentíase el dulce ambiente de la caridad y el patriotismo; veíase á las damas más bellas y elegantes, agrupadas en torno de un velador, tomar de las bandejas de plata que la señora de la casa les ofrecía, el lienzo que desfilachaban sus alabastrinas manos, y pensando en los dolores que alivia-

rian, llenábanse de júbilo infantil al ver henchido de hilas su lujoso canastillo, saliendo de estas reuniones mil veces más satisfechas que cuando se cantaba ó se bailaba. Este mismo consolador espectáculo era de presenciarse en todas las reuniones de la clase media, y en las más íntimas de la familia; y aun en la pobre cabaña de apartada aldehuela hubiérais podido sorprender á alguna mujer, que sentada junto á las cenizas del hogar deshacia una de sus escasas sábanas, mientras en voz baja recitaba sus oraciones, y al contemplar despues las vendas é hilas que habian salido de sus manos, arrasábanse sus ojos, exclamando: ¡Quién sabe si servirán para mi pobre hijo!

Los resultados de este noble entusiasmo fueron verdaderamente colosales, como lo prueba la enumeracion de las infinitas arrobas de hilas que de todas las aldeas, de todas las ciudades, de todas las provincias se remitian al ejército de África. La Direccion de Sanidad, deseosa de que estos donativos dieran el resultado apetecido, giró varias instrucciones por conducto del Ministerio de la Gobernacion, para la mejor construccion de los vendajes y para que concentrándose en los gobiernos de provincia, pudieran desde allí afluir á los parques de Sanidad, que despues de haber surtido abundantemente los botiquines del ejército, han quedado todavía repuestos para largo tiempo.

Apartemos por un momento la vista de los hospitales de Céuta, para mirar el estado de los campamentos en este mes. Nuestras tropas seguian acampadas en el orden que describimos en el comienzo de este capítulo, sufriendo las inclemencias de aquel inconstante cielo, sin más abrigo que el de un mísero lienzo, y diezmadas por la epidemia. Empezaba esta á presentar un movimiento de descenso, cuando el dia 14

desembarcó en Céuta el tercer cuerpo de ejército á las órdenes del General Ros de Olano, y con este aumento de poblacion de 12,000 hombres no aclimatados, tuvo el cólera nuevas víctimas en que cebarse y arreció nuevamente su intensidad. Acampó este cuerpo en el sitio que se denominó *la Concepcion*, situado al Sur del Otero, en unas colinas suaves no pobladas de bosque, que vienen á terminar en la playa, y lo hizo atrincherándose y adoptando todas las reglas recomendadas en los campamentos, para lo cual venia sin duda mejor dispuesto que otros, por el tiempo que habia permanecido en Málaga.

Para que nuestros soldados no tuvieran punto de reposo, asi como antes á los moros se agregaba el cólera, ahora al cólera se agregaban los moros, que tenaces y obstinados, no desistían de su empeño por hacernos desalojar los reductos, y á cada tribu que llegaba con el pendon de la guerra santa, á cada jefe ó santón que venia á su campo, intentaban un nuevo esfuerzo, que á ellos les valia una nueva derrota, pero que siempre á nosotros nos costaba, como no podia menos de ser, algunas víctimas. Las acciones sostenidas en el boquete de Ányara y reductos, ó en los trabajos del camino de Tetuán, en los dias 9, 12, 15, 17, 20, 22, 25, 29 y 30, fueron otras tantas victorias para nuestro heroico ejército. Providencial fué, sin duda alguna, porque sabido es que la fortuna en la guerra está sujeta á azares vários, pero ni en uno siquiera de tantos combates vino á quedar la victoria dudosa, siendo una de esas batallas que celebran ambos campos; en todas fueron patentes los laureles para España; todas empezaban por un ataque del enemigo á nuestras trincheras, y todas concluian por ir en su persecucion á demasiada distancia de aquellas, hasta que harrido por las bayone-

tas, iba disperso á ocultarse entre las montañas. Semejante á esas rocas que se alzan en medio del mar, resistiendo en lucha secular el fiero embate de las olas que marchan pujantes, hasta que al llegar á sus piés se estrellan y deshacen en blanca espuma que lleva el viento, así el ejército cristiano, de pié en las alturas del Serrallo, resistía el continuo empuje de todos los fanáticos guerreros del Moghreb.

No puedo describir estas acciones, porque mi destino en Céuta me privó de la honra de poder acompañar en ellas á nuestros soldados; pero cuando el ruido de las descargas anunciaba un combate, todos los profesores de hospitales de coléricos, concurrían á los de heridos para auxiliar á sus compañeros en aquellos primeros momentos de apuro, y todos, por desgracia, teníamos ocasion de restañar la sangre de nuestros soldados.

Así, el 9 de Noviembre salía yo acompañando al Excelentísimo Sr. Gobernador de Céuta, Sr. Gomez Pulido, para recibir á los heridos en las puertas de la Muralla Real, cuando vimos venir á uno en tan grave estado, que hube de acompañarle hasta la casa de dicho Sr. Gobernador; era el Sr. Coronel Aldanesi, que al frente del regimiento de Castilla, habia recibido un balazo en el vientre. Aunque la bala habia sido estraída en el campo de batalla, por el oficial Médico del regimiento, la herida como penetrante era gravísima; pero al fin logró salvarse, á pesar de que habia tambien perforacion intestinal. Con gusto insertaria aquí la historia clínica de este interesante caso quirúrgico, si no me hubiera propuesto describir solo á grandes rasgos los hechos culminantes de la campaña. En este dia 9 se inauguró el hospital de oficiales del Casino, siendo los primeros que en él entraron los Sres. Capitan Jimenez y Coronel Pita.

El día 15 nos reunimos en el hospital de las Heras, para auxiliar al Sr. Parés; en pocos momentos se vió llena una sala de cien camas que entonces se abría, y mientras nosotros rectificábamos ó renovábamos las curas, que por bien que se hagan en el campo (y bien se hacían), siempre se alteran y aun deshacen cuando la traslación es larga, los padres capuchinos de la misión de Tánger administraban los Santos Sacramentos á todos aquellos que les señalábamos como gravísimos.

De este modo los Médicos destinados al servicio de heridos, no estaban menos sobrecargados que los de coléricos. Las operaciones y curas que habían de practicarse, dieron ocasion de mostrar á todos ellos, que no se ha olvidado el cuerpo de Sanidad de que su principal misión es la quirúrgica; los Sres. Sumi y Calleja tuvieron ocasion de practicar algunas amputaciones de extremidades, entre ellas una de muslo, con tanta maestría como buen éxito. Sin embargo, se notaba con satisfaccion que el proyectil esférico y de menor calibre que de onza, usado por los marroquíes, pocas veces determinaba indicacion de amputacion; lo que unido á la proverbial sobriedad de los Médicos españoles en el uso del cuchillo, hacia que el número de amputaciones en los hospitales fuera relativamente reducido, y que aun no se hubiera practicado ninguna en el campo.

No parece sino que el proyectil esférico sabe deslizarse al través de las regiones más importantes del cuerpo, resbalando sobre los huesos, contorneando las arterias y venas, para salir por el opuesto lado sin causar ninguna lesion irremediable, mientras la bala cilindro-cónica destroza cuanto encuentra á su paso. Al extraer á algun moro la bala de nuestras carabinas, he podido apreciar esta notable diferen-

cia, así como la mayor dificultad que su estracción ofrece. También nuestros enemigos debieron apercibirse de esta desventaja, y trataron de remediarla de una manera que demuestra bien su rencoroso instinto, pues en la acción del 9 de Diciembre nos encontramos con que la mayor parte de las balas habían recibido dos ó tres cuchilladas, que las dejaban irregulares y puntiagudas, haciendo más grave su herida y más difícil su estracción; pero felizmente este trabajo de cortar las balas una por una, exigía demasiado tiempo para que los moros pudieran entretenerse en él, y gracias á esto no le vimos repetido.

Y ya que de la forma del proyectil me ocupó, no puedo menos de emitir una reflexión que entonces me ocurrió, por más que sea de la competencia del arte militar. ¿No es un atraso el uso del proyectil cilindro-cónico, y no sería razonable volver al esférico? Si el objeto de la guerra *regular* no es matar, sino desarmar ó inutilizar al enemigo, este objeto se logra perfectamente con el proyectil antiguo, pues desde luego produce la baja del herido, que solo en casos muy excepcionales puede continuar en la línea de combate. ¿A qué, pues, ese encarnizamiento innecesario, que hace matar cuando basta herir? La única objecion admisible será la de que esa forma de proyectil sea necesaria para la precision y alcance del arma; pero aun esta puede destruirse, si se considera que la precision depende más del tirador que del arma, como lo prueba lo certeras que han estado las espingardas; y en cuanto al alcance, creemos que si bien es muy importante en la artillería, y sobre todo en la de posicion, lo es mucho menos en las armas portátiles, cuya condicion de distancia, que solo se concibe teóricamente en llanuras inmensas, queda inutilizada por cualquier accidente

del terreno, que permita la aproximacion del contrario.

Dejando esta digresion y volviendo á nuestros hospitales, debo consignar tambien , que merced á nuestra buena suerte y á la vigilancia higiénica , se pudo lograr que no se desarrolláran enfermedades hospitalarias , tales como el tífus en los de medicina y la gangrena en los de heridos , á pesar de que las condiciones de los edificios y el forzoso acúmulo de enfermos, hacian muy temible la aparicion de esos nuevos azotes.

En todos los combates de este mes siguieron los oficiales Médicos de los nuevos cuerpos de ejército, la práctica establecida en el primero, de curar sobre el campo de batalla, haciendo la más completa abstraccion del peligro que en ello hubiera. A todos se les vió en su respectivo puesto acudir, bajo el silvido de las balas, á restañar la sangre de nuestros soldados, y nunca ví yo entrar en los hospitales de Céuta herido que no trajera ya hecha la primera cura, estraido generalmente el proyectil y puesto el vendaje ó apósito apropiado. A pesar de este celo, no tuvo el Cuerpo por estelado que lamentar la menor desgracia, pues una bala que fué á dar al primer Médico Villa y Soto, solo fué para hacer constar el honroso sitio en que se hallaba, sin causarle más daño que una leve contusion.

Los soldados sanitarios seguian dando continuas pruebas de la abnegacion heroica que ya en otra ocasion hemos tenido el placer de elogiar: dígalo sino el siguiente hecho ocurrido en presencia del General Gaset: en la reñida accion del 15, estándose tiroteando algunos Cazadores de Madrid con una masa de moros á muy corta distancia, un sargento se dejó llevar de su arrojo, y cargando solo al enemigo, vino á caer herido en la mitad del trecho que separa-

ba á los combatientes. A cada momento temia el desgraciado ser presa de los moros, y sabida es la horrible suerte, los feroces suplicios que en tal caso le esperaban. Se necesitaba mucha resolucion para penetrar en aquel infierno de balas, con la casi seguridad de ser herido ó muerto, sin lograr el apetecido resultado; más hé aquí que sin pasar mientes en tal riesgo y atentos solo á su deber, cuatro sanitarios de Madrid se adelantaron con su camilla, ponen en ella al herido y salen maravillosamente sin la menor lesion. ;No parece sino que Dios queria proteger especialmente la vida de los que en medio del marcial fragor, marchaban con faz serena á ejercer la caridad! ;Qué hermosa, qué evangélica es la inscripcion que llevan las camillas—Anél! En ellas se dice al soldado: «HOY POR TÍ, MAÑANA POR MÍ,» y esta reflexion les dá nuevo brío para salvar á sus desgraciados compañeros.

La caridad que allí se ejercía era la caridad cristiana, que no reconoce enemigos; y el lápiz del eminente artista Mr. Iriarte encontró en uno de esos combates una escena muy interesante que copiar: era el Ayudante D. Cesáreo de Losada que, puesto de hinojos en el reducto de Isabel II, curaba al primer prisionero moro, á Bucell, con tan amorosa solicitud como si un cuarto de hora antes no hubiera estado haciendo fuego con su espingarda, acaso al mismo que entonces le curaba; y ;oh poder de la dulzura! aquel salvaje, que hubiera tal vez sufrido el tormento con faz serena, se enternecia al verse objeto de tantos favores por parte de sus enemigos; de aquellos nazarenos en cuyo ódio le habian amamantado.



CAPITULO IV.

Primero de Enero.—Emprende el ejército su marcha.—Mi instalacion en el vapor *Barcelona*.—La batalla de Castillejos.—Entrada de los heridos.—Delirio marcial.—La cura de los heridos.—Las hemorragias.—Llegada á Cádiz.—Desembarco de los heridos.—El hospital del Puerto de Santa María.—Vuelvo al Africa.—Un temporal en el Estrecho —La escuadra de operaciones.— Los hospitales de tiendas.—Los hospitales flotantes.—La accion del 4 de Enero.

Lució la primera aurora del año 1860, y con ella el momento de que el ejército español emprendiera su movimiento de invasion hácia el interior del imperio marroquí. Apenas el sol mostró su radiante disco sobre las montañas del Riff, dorando con ardientes reflejos la azulada estension del Mediterráneo, tres cuerpos de ejército (los 2.º, 3.º y 4.º) dejaron las vertientes de Sierra Bullones, para emprender por las arenas de la playa esa marcha homérica, cuyas jornadas son otras tantas victorias, y que apreciada en todo su valor ha de ser una de las más brillantes páginas de nuestra historia militar.

Desde lo alto de la torre de mi hospital contemplaba yo este movimiento, y no podia menos de envidiar la fortuna de los que marchaban: de los que dejaban con alegría aquellos

sombrios campamentos del Otero y de la Concepcion, tan entristecidos por la epidemia y los temporales de Diciembre; de los que iban á sentir nuevas emociones, á contemplar nuevos horizontes, á ceñir el laurel de nuevas victorias, mientras el primer cuerpo quedaba solo otra vez en las alturas del Serrallo, donde tanto habia sufrido. Pero mi buena suerte hizo cesar el sentimiento que tales reflexiones me causaban, presentándome ocasion de compartir las penas y glorias del ejército que avanzaba.

En efecto, las diez de la mañana serian, y ya habian llegado á nuestros oidos los lejanos ecos de las primeras descargas de Castillejos, cuando un aviso urgente me hizo presentarme en el alojamiento del Sr. Director de Sanidad del ejército. Le encontré levantado, aunque todavía se revelaban en su semblante las huellas del mal que habia padecido, y me anunció que con aquella fecha me trasladaba del cuartel General del primer cuerpo, al General del ejército; ordenándome además, que con todo el personal y material necesario me transportára inmediatamente al vapor hospital *Barcelona*, para atender á los heridos que pudieran resultar de la accion que se estaba dando.

Media hora despues, habia reunido á los practicantes que servian en mi hospital, recibido del parque un botiquin de farmacia, con dos cajones de hilas y vendajes, enviado mi caballo por tierra al Cuartel General, cerrado mi exigua maleta, abrazado á mis amigos, entregado mi hospital al señor Cortada, y estaba embarcándome en el vapor *Vigilant*, pequeño, pero veloz como una saeta.

El cielo estaba despejado y la mar serena; así que pronto doblamos el cabo de la Almina, y dando la vuelta al peñon del Hacho, bajo las baterías que defienden sus aproches,

nos hallamos muy pronto en la bahía de Castillejos, en medio de la escuadra de guerra y mercante, que iba acompañando á nuestro ejército; allí estaba el vapor *Barcelona*, y desde luego me trasladé á él con todo el personal y material sanitario.

A poca distancia de nosotros se estaba empeñando la gloriosa batalla de Castillejos; estábamos fondeados delante del campamento enemigo, cuyas blancas tiendas contemplaba yo, comprendiendo la codiciosa mirada con que las había visto el General Prim; las lanchas cañoneras, mandadas por el señor D. Miguel Lobo, tomaban parte en la acción, lanzando incesantes granadas sobre el campamento y las masas enemigas; y por último, desde allí presenciábamos el episodio más importante y más costoso de la jornada, viendo aquella doble colina llena de cadáveres, que el regimiento de Córdoba disputaba á los moros.

No pude detenerme á contemplar mucho este terrible y grandioso espectáculo, pues conocí que tendríamos bastante que hacer y era preciso prepararlo todo: recorrí las salas del buque hospital, cuyas 200 camas estaban ya dispuestas; la Administración había enviado como contralor del buque á uno de sus más entendidos oficiales, el Sr. Ibañez, con un Administrador y treinta enfermeros: yo distribuí las salas á mis practicantes, dejando la de oficiales al Sr. Bravo, alumno de quinto año de la Facultad, y mientras el Sr. Ribot, bachiller en farmacia, abría el botiquin y preparaba los antiespasmódicos y astringentes para todas las salas, yo abrí los cajones de las hilas y vendajes, que por cierto eran excelentes, y procedían del donativo hecho por las señoras de Orihuela, y empezamos á disponer los aparatos de curación para cada una de las salas.

No bien terminaban estos aprestos, cuando ya atracaba á nuestro costado un bote de guerra que nos traía heridos, y aquí empezaba la batalla para nosotros. El primero que entró fué el Coronel de Húsares, Sr. Tasara, con el muslo atravesado por una bala; despues de él vino el Sr. D. Ramon Zabala, sobrino y ayudante del General Zabala, herido en una mano, y despues siguieron entrando oficiales y soldados, sin intermision. Apenas una lancha vacía se apartaba de la escala, cuando ya se acercaba otra, en cuyo fondo iban tendidos los heridos graves, mientras que los que no lo eran tanto venian sentados; y otra y otras, cargadas tambien de heridos, aguardaban su turno, sosteniéndose con los cabos que les echaban los marineros del *Barcelona*. Así, en menos de una hora, me encontré con 20 oficiales y 137 soldados á bordo, de manera que no teniamos punto de reposo. Colocado en lo alto de la escala los habia visto subir trabajosamente, y habia ido atendiendo desde luego á los que se presentaban con accidentes de más gravedad, mientras los demás se iban colocando en sus literas al cuidado de los practicantes y ayudados por los enfermeros: la mayor parte venian ya curados; pero la proximidad del sitio de la accion hizo que bastantes de ellos pudieran venir al vapor á recibir la primera cura. Todos los demás heridos de aquella jornada, habian podido ser trasladados á Céuta por tierra, á pesar de que la distancia era ya algo crecida.

Uno de los oficiales que habian entrado á bordo no venia herido, pero su estado era peor que el de muchos de estos, pues se veía privado del uso de su razon; la exaltacion del combate y el calor del dia, le habian producido una fiebre nerviosa que tenia terribles paroxismos. Con la mirada estraviada y fiero el rostro, unas veces victoreaba con esten-

tórea voz á España y á la Reina; otras se despedía para siempre de su esposa y de sus hijos, para prorrumper luego en una carcajada convulsiva, que imponía pavor. Era imposible tener á este desgraciado en la cámara de los heridos; el Capitan del buque, Sr. Calsimiglia, le cedió su propio despacho, y allí le coloqué al cuidado de un cabo de granaderos que le habia acompañado.

¿Estaba en el caso de sangrar á este enfermo? Tal parece á primera vista la indicacion, más yo creí que la congestion cerebral, que así lo parecia, no era nada sanguínea, y que en aquel desencadenamiento del sistema nervioso y desgaste de la inervacion, no debia privarle de sangre, puesto que *sanguis nervorum frenum et vita*. La oscuridad completa, las compresas de agua fria á la frente, el éter, y sobre todo el ópio al interior, lograron calmar aquella orgía, por decirlo así, de los nervios, y despues de un período de postracion y otro de descanso, despertó en plena salud, no pudiéndose dar cuenta de si salía de un sueño, ó si era obra de encantamento, aquella trasmutacion que en su derredor veía.

Me encontraba, pues, encargado de la curacion de 157 heridos, y esta inmensa responsabilidad hubiera abrumado mi ánimo y oscurecido mi inteligencia, á no haber adquirido ya en el Serrallo y en Céuta esa sangre fria que tan necesaria es para el Médico militar en tales casos, si ha de mostrarse activo sin atropellarse y sereno sin ser impasible. Felizmente pude dar cima á mi tarea, merced al eficaz curso que me prestaron mis practicantes. Todo entró en calma despues de la confusion inherente á la repentina entrada de los heridos, y remediados ya los accidentes de más urgencia, pude visitar uno por uno á mis pacientes, tomando

al paso los datos para la estadística que durante la campaña ha llevado el Cuerpo de Sanidad, con toda la posible exactitud.

No hubo, felizmente, necesidad de practicar grandes operaciones; mi tarea se limitó en este punto á la estraccion de unos 30 proyectiles, de los que solo uno merece especial mencion. Se trataba de un soldado que tenia la herida en lo alto y en medio de la frente, y no ofrecia ningun síntoma alarmante en su estado general: el proyectil estaba alojado en la sien izquierda, entre los tegumentos y el cráneo, y para lograr su estraccion, no solo tuve que hacer mayor incision de la ordinaria, sino que por la falta de elasticidad del cuero cabelludo hube de hacer la incision crucial. La bala estaba completamente aplastada, y no era más que un segmento de esfera, cuya base tenia las dimensiones de una peseta. Este aplanamiento debia haber procedido de un violento golpe; y sin embargo, no habia fractura del cráneo, ni fenómeno alguno de conmocion; era preciso que aquella cabeza fuera de bronce, pues no de otro modo sabia darme razon de este hecho singular, hasta que tomé en mis manos el ros del herido, y aquí se descifró el enigma; en su chapa era donde se habia aplastado la bala, que luego penetró por la frente y se deslizó bajo la piel, hasta el punto de donde la habia sacado.

Varias hemorrágias se manifestaron, pero todas pudieron cohibirse con los astringentes y el taponamiento, sin necesidad de recurrir á la ligadura. En todo el curso de la campaña se ha observado esto mismo, pues rara vez eran heridas las arterias de alguna importancia; que no parece, como ya he dicho, sino que resbalaban bajo las balas esféricas. Hubo, sin embargo, aquella noche algunas hemorrágias que llega-

ron á ponerme en cuidado; eran de heridas de la boca, que son las más difíciles de cohibir. No es fácil taponar en esta cavidad; el aflujo de la saliva disuelve el coágulo apenas se forma, y la sangre que corre hácia las fáuces provoca la tos, que á la vez aumenta la hemorragia, sofoca al herido y apura al médico. Uno de los heridos que se hallaban en este caso era el Teniente Quesada, mi compañero de viaje en el *Provence*, y sobrino del General de marina de su apellido; pero así en este como en dos soldados que se hallaban de la misma manera, logramos parar la hemorragia con los astringentes y la compresion.

Mientras tan ocupado andaba yo con mis pacientes, el buque hospital habia levado el ancla é iba surcando las aguas del Estrecho. El Contralor habia hecho preparar un caldo para los heridos, y yo tambien tomé una taza, porque, lo mismo que ellos, habia permanecido en ayunas todo el dia. Poco despues, todo estaba en calma en aquel asilo de héroes dolientes, y cuando á las dos de la noche recorrí las salas del sollado, sentí una satisfaccion inefable al contemplar dormidos á casi todos mis heridos. El sueño vencía al dolor. ¡Tanta habia sido la fatiga de aquella jornada memorable! ¡Tanta la necesidad de descanso que tenian aquellos infelices! Pero al paso que oía la respiracion tranquila de los que dormian, hube de escuchar tambien el estertor de tres desgraciados que tenian el cráneo deshecho y al descubierto la masa cerebral; dos de ellos durmieron aquella noche el sueño eterno, sin haber podido ni aun pronunciar su nombre.

A las nueve de la mañana siguiente, Cádiz aparecia ante nuestros ojos, hermosa cual Vénus cuando salió de las ondas; sus casas de mármol se destacaban brillantes sobre el purísimo azul del cielo, más blancas que las espumas con que el

Occéano festonea sus muros, coronadas por innumerables terrados, sobre los cuales se eleva magestuosa la cúpula de la Catedral; y si tan bella me parecía á mí la antigua Gades, juzgad cuán dulce impresion sentirían los que habiendo estado la víspera tan cerca de la muerte, en tierra de moros, veían entonces ante sus ojos á su amada pátria, que tan seductora y galana les abría sus brazos. Todos los que podían moverse estaban sobre cubierta, contemplando ávidos aquel risueño espectáculo y aguardando impacientes la hora de pisar el suelo natal.

Mientras tanto salté en la falúa de Sanidad y fui á dar parte de nuestra llegada á S. E. el General Rios, quien desde luego se trasladó al buque hospital, que habia dado fondo en Puntales, y allí estuvo presenciando la larga y penosa operacion de izar uno por uno á los heridos por la escotilla, para traspardarlos á un vapor, que por su poco calado pudiera atracar al muelle, cosa que no podia hacer el *Barcelona*.

La mitad de los heridos fué al hospital del Puerto de Santa María, y la otra mitad, con todos los oficiales, á los de Cádiz: yo acompañé á estos últimos, viéndolos llevar en triunfo hasta el hospital de *San Juan de Dios*, donde las damas gaditanas ayudaban en su benéfica tarea á las hijas de San Vicente de Paul.

Al dia siguiente visité á los que habian ido al Puerto de Santa María, admirando de paso el hospital militar que se acababa de instalar, y que, merced á la inteligencia é incansable celo de los señores oficiales médicos, D. Julian Somovilla y D. Hermenegildo Gallego, y al patriótico desprendimiento de los habitantes del Puerto, habia llegado á ser el mejor de los hospitales del litoral que yo he visitado. Ningun otro llenaba tan bien todás las condiciones higiénicas nece-

sarías en estos establecimientos; ninguno tan capaz y tan grandioso; ninguno tan abundante en todas sus dependencias, donde los enfermos, no solo encontraban bienestar, sino hasta lujo.

Aquella misma tarde salimos para el África otra vez; pero la mar estaba picada y el tiempo presentaba muy mal cariz, así que á duras penas pude encontrar un bote que se arriesgára á llevarme á bordo. Era un bote que con su vela latina iba columpiándose sobre las olas, completamente acostado por la banda de estribor; de manera que íbamos embarcando agua salada, amen de la que sobre nosotros lanzaban las espesas nubes, y temiendo zozobrar á cada instante; así que este pequeño viaje bastó para hacerme comprender todos los riesgos de los antiguos navegantes, y me hizo gozar al poner el pié sobre la anchurosa cubierta de un vapor de hélice. Pero ¡ay! que los vapores, así como las lanchas, no están exentos de graves molestias y peligros, cuando el soplo de Eolo agita la cabellera del mar.

Reclinado sobre la barandilla, contemplaba el grandioso espectáculo del mar alborotado bajo un cielo tormentoso; miraba una estension mate y sombría, melancólica imágen del infinito, y entre la neblina que envolvía la naturaleza como un agrisado mantó, solo veía los pálidos destellos del faro de Cádiz, cuando dije «adios» otra vez á mi amada pátria.

El temporal fué arreciando: las ondas de los dos mares luchaban bravías encajonadas entre África y Europa, como si tratáran de forzar y hacer más anchuroso aquel estrecho paso, y sobre las empinadas montañas flotantes en que el mar encorvaba su robusta espalda, saltaba nuestro leve buque cual indómito corcél en las praderas del Nuevo Mundo. Pero al lado de esta grandiosa poesía ocurrían escenas har-

to prosáicas: todos los *terrestres* que constituían el personal del hospital flotante, andábamos dando tumbos por la cámara, víctimas angustiadas del mareo, oyendo con dolor, á manera de terremoto, el rodar de los muebles y el agudo chasquido de la vasijería del hospital, que á impulsos del balance se hacia añicos.

Rayó la aurora, por fin, y pudimos columbrar el castillo del Hacho, marchando directamente á entrar en Céuta para tomar á bordo al primer médico D. Jose Serra, que venia á ser jefe del buque hospital *Barcelona*, y al de la misma clase D. Matías Nieto, que lo iba á ser igualmente del *Torino*; despues de lo cual proseguimos el viaje hasta incorporarnos á la escuadra de operaciones.

Al dejar nuestro ejército el amparo protector de las murallas de Céuta y al internarse en un país enemigo, despoblado y salvaje, en el cual no habia de hallar otros recursos que los que consigo llevára, habia encontrado en la ciudad flotante, que bordeando la costa le acompañaba como solícita hermana, todo lo necesario para atender á sus cuantiosas necesidades. ¡Gallarda era aquella escuadra de vapores mercantes, que en posde los de guerra se ostentaba! Habia un buque para cada uno de los víveres que constituyen la racion de etapa; otro para las municiones de infantería; otro para las de artillería; otro para el parque de ingenieros; otro para los efectos de hospital; otro para los caudales; en fin, aquella escuadra era una hermosa prueba de la grandeza de la Nacion española.

La asistencia sanitaria de un ejército que iba á marchar por un país montuoso, en un clima rudo y en una estacion desapacible, llevando además entre sus filas la invisible guadaña de una epidemia, era uno de los problemas más

difíciles de resolver, y más indispensable al mismo tiempo; pues un ejército invasor y espuesto á combates diarios, debia hallarse siempre desembarazado de enfermos y heridos, so pena de condenarse á la inmovilidad. Harto crecida era ya la *impedimenta*, sin que á ella se agregára un convoy de heridos y enfermos, tan á riesgo de perderse donde no teníamos segura nuestra retaguardia, y con un enemigo que tanto habia demostrado su ignorancia de las leyes de la humanidad y de la buena guerra. Esta atencion, tan importante bajo el punto de vista humanitario, como bajo el estratégico, se satisfizo plenamente con los hospitales de tiendas y los hospitales flotantes.

Los primeros (cuyo empleo se presuponía habia de ser siempre accidental y transitorio, en los casos en que la mar no permitiera trasladar los enfermos á los segundos) consistian, por cada cuerpo de ejército, en dos grandes tiendas marquesinas de las que usa el ejército francés, capaces de contener 26 enfermos cada una. La plana mayor de Sanidad de cada cuerpo de ejército, era la encargada de esas tiendas-hospitales, y llevaba, además del personal de practicantes, el material correspondiente de cirugía y farmacia, tanto para el hospital como para reponer los botiquines de brigada y batallon, surtiéndose á su vez, cuando fuere necesario, del repuesto de Sanidad que llevaba el Cuartel General del ejército. Llegado el caso de emplear esos hospitales, hacian en ellos el servicio de enfermeros los soldados; pero hubiera sido más conveniente, que siempre acompañára á cada plana mayor una seccion de sanitarios instruidos. Estos hospitales se instalaban constantemente á la inmediatecion del respectivo Cuartel General, y se distinguian por una bandera amarilla.

Para el servicio de hospitales flotantes, completamente nuevo entre nosotros, pero indispensable hoy en toda guerra exterior, se habian destinado cuatro hermosos vapores de hélice, de los que habia contratado nuestro gobierno. Estos eran el *Barcelona*, español, de la compañía hispano-alemana, de 4,000 toneladas; el *Torino*, piamontés, de la compañía Tras-Atlántica, de 2,000; el *Cataluña*, de la matrícula de Barcelona, medía 1,500; y el *Ville de Lyon*, francés, que era el mayor de todos, pues tenia 2,500 toneladas. Los dos primeros se destinaban para los heridos y enfermos comunes, y los otros dos para los epidemiados: todos ellos se habian habilitado para hospitales, aplicando á sala de oficiales los camarotes de popa, y disponiendo en el sollado, por medio de tablones, dos órdenes de literas, sobrepuestas las unas á las otras, y provista cada una de un colchon, dos sábanas, cabezal y manta: así, el *Barcelona* tenia 200 camas, 500 el *Torino*, 300 el *Cataluña* y 600 el *Ville de Lyon*. Se habia aprovechado la capacidad todo lo posible, hasta el punto de que si hubiéramos llevado entonces uno de estos buques al Golfo de Guinea, y topado con algun cruce-ro inglés, el Tribunal mixto de Sierra Leona, al ver la disposicion del sollado, nos hubiera condenado como negros, con arreglo á los tratados.

La Administracion tenia en ellos una provision de arroz, galleta y carne en lata, para el alimento de los enfermos; pero diré de paso que estos víveres, aunque de buena calidad por lo general, agradaban poco á los enfermos, que venian del campamento hastiados de ellos. Habia en cada buque su contralor, administrador y personal de enfermeros: algunos de estos, los del *Barcelona*, eran paisanos reclutados entre la gente levantisca de la playa de Algeciras; en el *To-*

rino prestaban este servicio presidarios de Cádiz, y no llegó á organizarse en los otros dos.

El servicio facultativo estaba desempeñado por uno ó dos profesores en cada buque, con un farmacéutico ó un practicante de farmacia y cinco de medicina: también la falta de personal hizo que el jefe superior hubiera de dotar este servicio con los oficiales médicos de las planas mayores, interin llegaban otros de la Península. Así en el *Torino* estaba como jefe facultativo el Sr. Nieto, y como primer médico el segundo ayudante D. Juan Bustelo; en el *Cataluña* el primer ayudante D. Ramon Hernandez Poggio, con el farmacéutico D. Galo Gil, y en el *Ville de Lyon* el Sr. Cañizares, primer ayudante médico. El material sanitario de todos estos hospitales era igual al del *Barcelona*, y consistía en un botiquin de farmacia, algunos cajones de hilas y vendajes, procedentes, de donativos y 10 camillas ordinarias: después recibieron del parque de Cádiz cuatro grandes botiquines, que constituían una completa oficina farmacéutica, y una caja excelente de amputaciones.

La organización teórica de estos hospitales bastaba á llenar desembarazadamente las necesidades del transporte y asistencia de enfermos y heridos, y respecto de este punto el cuerpo de Sanidad había propuesto todo lo necesario, más la práctica no vino á realizar completamente tan cumplido programa. Los dos únicos hospitales flotantes que funcionaron, desde que el ejército salió de Cádiz hasta que acampó en el Río Martín, fueron el *Barcelona* y el *Torino*; los otros dos, después de estar habilitados de hospitales y dotados de personal y material sanitario, se distrajeron de su sagrado objeto para emplearlos en el transporte de las tropas de la división Ríos; y aun aquellos, al volver de los puertos del litoral,

venían casi siempre abarrotados de municiones, material de guerra y pasajes militares. En el *Barcelona* se ha llevado de Cádiz, no solo cureñaje del tren de batir, sino también municiones de infantería; objeto á que nunca debiera destinarse un hospital.

En atención á esto, la administracion dejó de colocar su personal en los dos hospitales de enfermos, resultando de aquí que cuando en una ocasion tuvo el *Cataluña* que recibir unos cuarenta heridos del Cabo-Negro, los oficiales de Sanidad destinados al mismo, hubieron de desempeñar por sí solos las funciones administrativas, buscándose víveres y enfermeros.

Al organizarse estos hospitales se pensó en que su personal facultativo saliera del Cuerpo de Sanidad de la Armada, y aun creo que este se brindó gustoso á cubrir este servicio; más debieron cruzarse algunas dificultades, puesto que al cabo no se realizó esta idea. Hubiera sido conveniente, en mi opinion, que todo el personal, así de plana mayor como de la menor, destinado al servicio de los hospitales flotantes, se encontrara habituado á la vida de mar, para que así hubiera podido proceder con más desembarazo en todas ocasiones; porque cuando hay enfermos ó heridos que reclaman pronta asistencia, es preciso que nadie de los que han de prestarla se halle mareado, que todos tengan el pié marino y no vayan dando traspies sobre cubierta, apenas hay un poco de mar.

También se sintió en estos buques-hospitales la falta de personal eclesiástico que pudiera, con los sublimes consuelos de nuestra religion, endulzar la agonía de los desgraciados que en ellos fallecian; apenas pude, en el primer viaje que he referido, observar esta falta, me apresuré á ponerla en conocimiento del venerable y malogrado Sr. Vicario General

Castrense; pero no le fué dado remediarla, por más que le doliera, en atencion á que no tenia ni un solo Capellan que dejára de estar empleado en sitio donde hacia tanta falta como en el hospital.

Pero sin perjuicio de tornar á ocuparnos de los hospitales flotantes, volvamos los ojos á nuestro ejército, que ya en el mismo día de mi arribada, que fué el 4, habia tenido que sostener un combate más, despues de adelantar su campo hasta el cerro de la Condesa. El vapor *Torino* habia recibido los heridos que de él resultaron, quedando con ellos en bahía, pues su escaso número dejaba todavía disponible la mayor parte de las literas que contenia este hermoso hospital.

CAPITULO V.

Campamento del Cerro de la Condesa.—Las lagunas de sanguijuelas.—Paso de las lagunas.—Marcha calurosa.—Montenegron.—Temporal de Levante.—Retirada de la escuadra.—Naufragio inminente.—Salvacion.—La bahia de Céuta.—Una tempestad en el mar.—Buen tiempo.—Regreso de la escuadra.—Difícil desembarco.—La playa del hambre.—Sufrimientos del ejército.—El cólera decrece.—Campamento del rio Azmir.—La accion del 12.—Victoria de Cabo Negro.—Entrada de heridos en el *Barcelona*.—Llegada de la division Rios.—Marcha de la escuadra.—¡Tetuán! ; Tetuán!—Toma del fuerte Martin.—Desembarco de la division Rios.—Un entierro interrumpido.—Situacion del hospital flotante.—Salida para Málaga.—Los hospitales de Málaga.—Nostálgia de Africa.

El ejército, saliendo y avanzando de los Castillejos, habia sentado sus reales en el cerro de la Condesa : las colinas que bajo este nombre, recuerdo de la dominacion portuguesa, se comprendian, son poco elevadas y están cubiertas de vegetacion de prado con algunos palmitos y jarales; se hallan próximas á la playa y delante de ellas se estiende el terreno pantanoso que ocupan las lagunas llamadas de Tetuan, muy conocidas por ser un rico criadero de sanguijuelas medicinales. Al pié de dichas colinas corre el rio Manuel, que bajando de Sierra Bullones viene á perderse en las lagunas dichas, y cuyas aguas proveyeron á las necesidades de nuestro ejército.

Este habia tomado campo, como hemos dicho, sobre las

colinas, sitio no malsano; pero algunos batallones del tercer cuerpo estendian sus tiendas por la falda de aquellas, hasta tocar en la orilla de las lagunas; inconveniente que no hubiera sido difícil evitar. La artillería acampaba en la playa y la caballería entre esta y la infantería.

El día 6 se movió el ejército para el famoso paso de las lagunas, que es uno de los movimientos estratégicos más brillantes de esta campaña. A mis ojos de médico, ninguno puede comparársele, pues jamás se obtendrá un resultado tan grande con una pérdida tan insignificante. Dos caminos se presentaban á nuestra eleccion: el uno era una estrecha lengua de arena, cortada en algunos puntos por trozos de roca y encerrada entre las lagunas y el mar; el otro consistía en dirigirse por la orilla derecha de las lagunas, para flanquear por la espalda el Montenegron. Calculando el enemigo que habíamos de adoptar este último, nos aguardaba acampado en el fondo del valle. Nuestro General le confirmó y mantuvo en esa creencia, haciendo que el Cuerpo Ros tomara posiciones que simuláran la intencion de ataque por la derecha, mientras el segundo Cuerpo, dirigido por el General García, que habia emprendido su marcha á la madrugada, atravesaba el desfiladero que hemos descrito: con él iban los siempre infatigables ingenieros, abriendo y allanando el camino, para que pudiera pasar nuestra artillería, y mientras tanto el General en Jefe, desde lo alto de un cerro, contemplaba el feliz éxito de su hábil estratagemata.

Aquel dia acompañaba yo por primera vez al Cuartel General: el cielo estaba despejado y el sol lucia esplendoroso. Desde la altura donde estábamos sentados contemplaba las lagunas, que brillaban como espejos en primer término, balanceándose sobre sus tranquilas aguas los juncos, espa-

dañas y nenúfares. En el fondo de aquel verde anfiteatro veíamos relucir las blancas tiendas del enemigo, y entre los bosquecillos de las montañas, se descubrian algunas enjalbegadas casitas. La naturaleza estaba en calma, todo en silencio, como si no se halláran dentro de aquel valle dos grandes ejércitos.

Al cabo llegaron á nuestros oidos algunas detonaciones y divisamos una columna de humo en el Montenegron: era que ya los españoles le dominaban; que el paso imposible se habia superado; que la cuestion estaba resuelta. El cuartel general salió al galope, y yo, que aquel dia me encontraba desmontado, emprendí á pié, con la compañía de carabineros, el camino abierto por nuestros soldados.

Era este, como ya he dicho, un arrecife de arena, angostado á la izquierda por las olas del mar, y á la derecha por un escarpe de rocas calcáreas cubiertas de impenetrables jarales, que venian á ser como un valladar de las lagunas. El dia era caluroso; á pesar de que comenzaba el mes de Enero, los rayos del sol de África reverberában en la floja arena, donde se sepultában nuestros piés, haciendo esto que la marcha fuera enormemente fatigosa: *et vestigio cedens, œgre molliabantur pedes*, que decia Curcio. No pude menos de acordarme entonces de los Hebreos en sus viajes por el Desierto; y cuando sentado á la sombra de una roca logré almorzar un pedazo de galleta y un poco de aguardiente que me dió un soldado, comprendí que los placeres de la civilizacion, valen muy poco al lado de los que en la sencilla satisfaccion de una necesidad, se encuentran en la vida de los campos.

Sali al fin de aquel arenal, y aun llegué á alcanzar al re-

gimiento de la Princesa y á los Cazadores de Alba de Tormes que, aparapetados entre los escalones naturales de rocas del Montenegron, rechazaban á los moros, que demasiado tarde venian á disputarnos el paso. Pronto desistieron estos de su vano empeño; con lo que á media tarde el ejército plantó sus tiendas bajo el Montenegron, en un terreno calcáreo de escasa vegetacion y próximo á la playa, teniendo la satisfaccion de reconocer que solo dos heridos nos habia costado esta hermosa jornada.

Al amanecer del siguiente dia, estaba yo sobre la cubierta del vapor *Barcelona* observando cómo nuestro ejército continuaba su movimiento, sin ser molestado: el cielo estaba cubierto de sombríos nubarrones, algo picada la mar, la atmósfera pesada y calurosa, y los marinos andaban inquietos y desasosegados augurando, por señales ciertas, que no habia de tardar en levantarse el viento del E., tan temido en aquellas costas. Dispuso el General Bustillos, jefe de la Escuadra, que en caso de que tal sucediera, fuéramos á buscar refugio en la bahía de Céuta, llevando á remolque una lancha cañonera; y á poco de recibida esta orden llegó el caso de ponerla por obra.

A la primera bocanada del Levante, todos los buques transportes levaron ancla, partiendo precipitadamente en demanda de un abrigo, y el ejército, que marchaba hácia el rio Azmir, vió con acerba pena desaparecer entre la tempestad las chimeneas de aquellos vapores que se llevaban sus víveres, sus municiones, sus hospitales, y contempló desiertas y alborotadas aquellas aguas, tan concurridas y sosegadas poco antes. La marina de guerra quiso hacer frente al temporal, y le arrostró bravamente al principio; pero pronto hubo de desistir de tan temeraria lucha, é irse tras

de los transportes, no sin haber sufrido algunas pérdidas y considerables averías.

Nuestros soldados, pues, quedaban aislados en medio de un país enemigo y cayendo sobre ellos todos los elementos desencadenados; no parecía sino que hasta la mar y el cielo se conjuraban á una contra nuestra empresa. El ejército cristiano tenia que sufrir nuevas penalidades, tal vez horribles privaciones; no habia acabado de recorrer aun la senda de espinas que conduce al templo de la gloria, y por grande que fuera nuestra confianza en Dios, no podíamos evitar que en ciertos instantes de abatimiento y pesadilla, cruzáran ante nuestros ojos el espectro sangriento del rey D. Sebastian y los despojos de la *invencible Armada*.

Pero si trabajos se iban á pasar por tierra, no menores nos aguardaban en la mar, y no poca parte de ellos le tocó á mi buque. He dicho que habíamos de remolcar una lancha cañonera, y ya la teníamos amarrada á popa, cuando al echar á andar, hubo de enredarse en el hélice el calabrote que la sujetaba, y arrollándose este iba á estrellarla sobre nosotros. Quebrábanse cual si fueran de caña los remos con que procuraban evitar el choque los de la cañonera, hasta que lograron cortar el calabrote á hachazos, dejándola salir sola y á la ventura.

Nuestra situacion era aun más crítica; el hélice, envuelto en aquella gruesa maroma, estaba inutilizado y no daba vueltas: nos veíamos, pues, sin propulsor, mientras el viento, que arreciaba, nos iba impulsando hácia la costa, que apenas distaria ya 60 brazas, y podíamos calcular el breve tiempo que nuestro buque habia de tardar en estrellarse en las rocas.

¡Qué aspecto tan lúgubre presentaba entonces á mis ojos

aquella inhospitalaria costa! Veía solitario y desierto el camino que la víspera habia recorrido, si fatigado, alegre, con nuestros soldados; solo de trecho en trecho alguna columna de humo indicaba la marcha de nuestro ejército; pero no se veía brillar una bayoneta, ni moverse un ser viviente en aquella vasta estension desolada. El Montenegron mostraba entre la niebla su oscura mole, y allá en las empinadas cumbres, divisábanse las blancas chilabas de los beduinos, que se aprestában á merodear por el campamento abandonado. ¡Estaríamos destinados á ser la codiciada presa de aquellos feroces habitantes!

Yo instaba porque saltáramos á tierra, pues contaba con que ochenta hombres que disponian de dos cañones, podian muy bien abrirse paso hasta incorporarse con la retaguardia del ejército; pero los marinos no se deciden tan presto á abandonar su buque. A todo esto la lluvia nos azotaba el rostro; el vapor salia por la válvula, produciendo un continuado feroz silvido; toda la tripulacion se agitaba áfanosa, y las banderas á media asta y cojidas con un nudo por la mitad, demandaban auxilio. Era aquel uno de esos momentos supremos en que ví patentes todos los horrores del naufragio, del cautiverio y del martirio; y como cristiano no pude menos de elevar mi mente á Dios y mi corazon á la que los ángeles saludan con el nombre de *Stella Maris*.

Poco despues, la tripulacion que habia empezado á pescar con gárrios el calabrote que nos servia de rémora, logró sacarlo, por fortuna, pues á veces cuesta un día entero esta operacion; pudo cortarse y aun cuando todavía quedaban unas cuatro brazas dentro del hélice, nos encontramos en disposicion de bogar; al mismo tiempo pasó á nuestro costado un vapor de guerra, que habiendo visto nuestras señales ve-

nia á darnos socorro , pero felizmente no le necesitábamos ya.

A las cinco de la tarde fondeábamos al abrigo del peñon del Hacho , y nos aferrábamos con las dos anclas para resistir el temporal, que seguia desatado. La bahía estaba atestada de buques , cuyos elevados mástiles se agitaban á impulso del viento, como débiles cañas que dobla el vendabál. Las cadenas de las anclas crujian-sacudidas por las olas : á cada paso era de temer que se rompiéran todas ellas y los buques se despedazáran chocando unos con otros : á cada instante era posible que perdiendo un buque sus amarras, viniera á pasarnos por ojo. El *Cid* perdió las suyas é impulsado por el viento, tuvo que salir á alta mar , donde anduvo perdido. Las ondas del mar se elevaban formando montañas ambulantes , que al romperse embravecidas en volcanes de espuma, barrian los adarves de la muralla de Céuta. Las chalanas y los botes se hacian pedazos contra el muelle : era , pues, imposible saltar á tierra , y mientras tanto nuestro buque se balanceaba de una manera espantosa y las angustias del mareo venian á hacer más intolerable nuestra posicion.

Esta tortura se prolongó tres interminables dias con sus tres noches, más eternas aun, concluyendo con una crisis, digno epílogo de tal drama. Á las cinco de la mañana del dia 9 estalló una tormenta que me permitió conocer toda la horrible grandeza que ostentan estas luchas gigantescas de los elementos, cuando el hombre tiene que sufrirlas desde un frágil leño. Nuestro buque, gran vapor de hierro con 300 toneladas de lastre, se balanceaba, juguete de las olas, como si fuera una leve pluma; mi camarote se columpiaba recorriendo un cuadrante como una péndola, pues el buque unas veces se sumergía en el agua hasta la borda y otras ense-

ñaba la quilla. *Navem interea, formidabili vicissitudine, modo attollebant ad usque sydera, immaniter assurgentes undæ; modo magno omnium horrore dehiscentes, ad usque tártara deprimebant.*

Los relámpagos deslumbradores que continuamente incendiaban las tenebrosas nubes; el poderoso rugido del trueno, que retumbaba con siniestro eco en el ámbito estenso de la bahía; los mil estraños ruidos de á bordo; el crujir de las cuerdas, el golpear del timon, el rechinar de la máquina, el azotar de las olas y el chasquido del granizo, que caía espeso sobre cubierta, imponían pavor al ánimo más esforzado; y mientras tanto las olas barrian la cubierta, y el agua empezaba á inundar nuestros camarotes. ¡Oh! ¡cuántas gracias daba á Dios de que esto sucediera cuando el hospital estaba completamente vacío, porque horrorizaba el pensar lo que hubieran tenido que sufrir los heridos que con tal temporal hubiéramos tenido á bordo!

Nihil violentum durabile: con esta tempestad de 4 horas concluyó el temporal de Levante de tan funesta recordacion para el ejército de África, y el tiempo y la mar comenzaron á calmarse, pero no fué posible saltar á tierra hasta el día 10. El primer médico D. José Serra hubo de quedarse enfermo en Céuta, á consecuencia del horrible mareo que acababa de sufrir, y yo me dispuse para volver con la escuadra á donde estaba nuestro ejército, por cuya suerte teníamos vivas inquietudes. Vinieron en el *Barcelona* algunos pasajeros, entre los que tuve la satisfaccion de encontrar á los escritores D. Carlos Navarro y D. Pedro de Alarcon, que con los Viedma, Nuñez de Arce, Lafuente y Caunedo, eran en este ejército representantes de las letras, nunca en España reunidas con las armas. Al pasar por el sitio donde tan

apurados nos veíamos tres días antes, pude contemplar el casco de la goleta de guerra *Rosalía*, que las olas destrozaban contra las rocas, víctima del mísero desastre de que á nosotros nos libró la Divina Providencia.

Al cabo fondeamos en la rada Norte de Cabo-Negro, frente á la desembocadura del Rio-Azmir, á cuya derecha se veían las tiendas de nuestro ejército; pero la mar estaba tan gruesa todavía, que era imposible desembarcar nada, y fué preciso pasar el día á bordo.

Al siguiente día 11, todavía habia grandes rompientes en la playa, y creían los marinos que era sumamente peligroso el intentar vencerlas, pero yo no pude dominar más mi anhelo de verme entre el ejército, y embarcándome con el contralor Sr. Ibañez en un bote sin timon, que bien podia llamarse cáscara de nuez, tripulado por dos enfermeros que voluntariamente quisieron acompañarnos en esta aventura, logré, aunque á costa de algun remojo, ser uno de los primeros que desembarcaron en la playa, que desde entonces se llama *playa del hambre*. En ella estaba el General en jefe, activando con su presencia el desembarco de víveres para aquel ejército que se encontraba sin ninguno; soldados y marinos con las piernas desnudas y metidos en el agua hasta medio muslo, tiraban de los cables para atraer á la playa las barcasas llenas de comestibles que estaban al otro lado de la rompiente, y este rudo trabajo se desempeñaba con grande alegría, viéndose pintada en todos los rostros la satisfaccion del que acaba de salir de un grave peligro.

No era pequeño, en verdad, el que se habia corrido: además de la lluvia incesante y la tempestad que habia tenido al ejército sumido en un lodazal, las raciones llegaron á agotarse, pues aunque las sacaron para cinco días, sabido es

que la imprevisión natural del soldado las concluye mucho antes: sin embargo, solo un día llegó á carecerse de galleta, y cuando ya se disponia un convoy que fuera á Céuta por tierra en busca de víveres, el humo de los vapores que doblaban el cabo de la Almina, vino á disipar tan horrible ansiedad, siendo para nuestro ejército como la paloma que con el ramo de oliva volvió al Arca de Noé.

Tambien en este penoso período habia habido que sostener un combate, el del día 9, y habia llegado la ocasion de emplear los hospitales de tiendas, en los cuales encontraron asilo y asistencia los ciento cincuenta y tantos heridos de ese día, hasta que á nuestro regreso pudieron pasar al vapor hospital *Torino*.

Sin embargo de este grave concurso de causas deprimentos, el soldado español habia sabido conservar en tan angustiosa crisis la jovialidad que le caracteriza, presentando, como suele decirse, al mal tiempo buena cara; y tal vez se debe á esto el que, á pesar de tan ruda prueba, no acreciera la epidemia ni se manifestáran nuevas enfermedades en este período. El cólera continuaba haciendo víctimas; pero habia disminuido mucho su intensidad desde la salida del Serrallo, y se iba acercando cada vez más el momento en que pudiera perder el carácter epidémico.

El sitio en que estaban acampadas entonces nuestras tropas era una llanura desigual, limitada al Sur por el curso del pequeño rio Azmir ó Capitanes, que allí desemboca en la mar; y al Oeste por una laguna formada con las aguas del mismo rio: á lo largo de la playa se encontraban grandes depósitos de algas marinas que dejaba la resaca, y el terreno, que era muy arenisco en las inmediaciones de aquella, estaba en su mayor parte cubierto por abundante vejetacion

de prado, que más allá llegaba á tomar el carácter de monte bajo : tampoco en este campamento habia fuentes ni pozos ; pero el agua del Azmir satisfacía ámpliamente las necesidades de nuestras tropas.

Todavía el ejército pudo ilustrar estos desconocidos lugares ganando otra victoria, además de la del día 9. No escarmentado el enemigo con el cañoneo que habia sufrido en este día, también el 12 vino, á las dos de la tarde, en gran número, á acometer nuestras trincheras, de las que solo le separaba la laguna del Azmir. Colocado el Cuartel General sobre la colina que dominaba á esta laguna, pude ver muy á mi sabor la gallarda apostura de los ginetes árabes, que envueltos en los flotantes pliegues de su blanco albornoz, recorrían el campo para estimular el ardor algo entibiado de la chusma de los Kabilas. Una batería de cañones rayados que se colocó delante de nosotros, vino á castigar su atrevimiento con terrible fuego : la puntería de nuestros artilleros habia llegado á ser admirable, y donde quiera que la bandera agitada por los jefes de Kabila llegaba á organizar un grupo, allí iba una granada á dispersarlo, reventando con mortal estrépito. Esta acción concluyó como todas ; una brillante carga á la bayoneta dada por los cazadores de Arapiles y Llerena, entre los cuales descollaba la figura heroica del General Prim, vino á barrer de enemigos nuestro frente, y todavía se les fué persiguiendo largo trecho en su desbandada fuga.

Nuestra pérdida en este día fué poco considerable, pues se redujo á 1 muerto y 90 heridos, que fueron asistidos aquella noche en los hospitales de tiendas, pasando al día siguiente á bordo del *Torino* : con ellos fueron también á este buque-hospital, tres moros heridos que nuestros soldados

habian recojido piadosamente , y á quienes los oficiales de Sanidad prodigaron los más solícitos cuidados : uno de ellos, que venia herido en el vientre , falleció en la tienda-hospital; los otros dos fueron á recobrar la salud bajo el cielo de Málaga.

Al dia siguiente nuestro ejército se aprestaba á hacer la última etapa de aquella marcha homérica , cuyas jornadas habian sido otras tantas victorias : aquella marcha lenta , sí , pero segura y vigorosa , como procedente de una resolucion tan firme como inmutable.

El sombrío perfil del Cabo Negro, que levantaba en el mar su cabeza de roca coronada por una blanca atalaya , habia limitado hasta entonces nuestro horizonte , siendo como una cortina de montañas que encubria á las miradas profanas del cristiano la ciudad santa , Tetúan , esa ciudad descada por todos nosotros y de ninguno conocida. Todos , pues , ansiaban descorrer ese velo , todos se afanaban por contemplar un nuevo horizonte. Así , á las tres de la madrugada del dia 14 , el ejército abatía sus tiendas y dejaba para siempre el campamento donde tan rudas pruebas habia tolerado : pasaba el Azmir sobre un puente de ramaje y otro de barcas construidos en su desembocadura , y sus legiones marchaban unas en pos de otras por las blancas arenas de la playa , seguidas de su estensa *impedimenta*.

Árdua era la empresa que iba á acometer en aquel memorable dia : para salvar las alturas del Cabo Negro era preciso atravesar un largo desfiladero , y sabido es que tales pasos han sido á veces sepulcro de grandes ejércitos. Si 400 Espartanos habian logrado detener , en las Termópilas , la invasion de un Xérxes , si un puñado de Eus-Karos , en Roncesvalles , destrozó el ejército vencedor de Cárlo-Magno , ¿qué

no podria hacer en el Cabo Negro, su suelo pátrio, el inmenso ejército agareno ! Pero en esta ocasion se habian trocado los papeles. Leónidas asaltaba las Termópilas, Xerxes las defendia, y la victoria ciñó su laurel á la frente de los bravos, no á la cumbre de las rocas.

Apenas llegaba nuestra vanguardia al pié del Cabo, los moros abandonaron un Castillejo y un aduar que allí tenian para combatir en la montaña: las tres ó cuatro miserables cabañas que formaban ese aduar, nos daban una triste prueba del atraso en que vejeta el desgraciado pueblo que en ellas se abrigaba; una pared de adobes sin ventana alguna, cubierta con una gran techumbre de cañizo y palma, absolutamente igual á las que construyen los salvajes de las islas de la Océania, tales eran las viviendas que veíamos en mitad del siglo XIX y á pocas leguas de Europa. Sin embargo, estas miserables cabañas se aprovecharon para constituir un hospital, donde pudieron recojerse al abrigo de la lluvia los heridos de aquella jornada.

Mientras tanto nuestras tropas coronaban ya las primeras alturas; pero tras de ellas encontraban otras y luego otras más altas aun: el teatro de este combate era un bosque, si no espeso, suficiente para abrigar al enemigo, y en tan desierto lugar, apenas si habia abierta alguna estrecha senda entre la espesa maleza; y como si de suyo no fuera bastante árduo tal terreno, una copiosa lluvia vino á hacerle más difícil y á aumentar el trabajo de nuestros soldados.

Sin embargo, todo lo vencian estos, nunca desmayaba su ardor para tomar un monte tras otro monte; pronto empezó á retumbar en los ecos del desfiladero el estampido de los cañones rayados de montaña, y despues de mil prodigios de valor y de heroismo, á los últimos rayos del sol poniente,

pudieron los españoles contemplar, desde lo más alto de la montaña, la hermosa llanura de Tetúan que, cual verde alfombra se extendía ante su vista, con sus plateadas lagunas y sus blancas casitas.

Desde que empezó á formalizarse el fuego, se envió órden al *Barcelona* de estar dispuesto á recibir heridos, y yo hube de volver á su bordo. En efecto, el *Torino*, que tenia los heridos de los anteriores combates, pudo aun recibir unos cincuenta del de este día, con los cuales ya lleno salió para Málaga: todos los demás fueron acogidos en mi buque hospital. Ya he dicho que los heridos se reunían en el hospital de segunda línea establecido en el aduar; así que cuando á media tarde se verificó su traslacion al hospital flotante, me encontré en menos de una hora con 164, entre oficiales y soldados.

La entrada súbita de tantos heridos iba acompañada de la confusion que en tales momentos es inevitable, y que este día se acrecentaba con la molestia de la lluvia, que seguía cayendo á mares; hubiéranse inundado las salas del sollado, cuya escotilla era preciso tener abierta para la entrada de las camillas, si el Capitan del buque no hubiera tenido el buen acuerdo de tender encerados que nos protejieran algo: las lanchas de todos los buques de guerra que se habian puesto en requisicion, venian llenas de heridos, sentados los que podian, tendidos aun en sus propias camillas los más graves, y todos envueltos en sus mantas, aguardando el momento de que les tocára abordar á la escala, con una resignacion que solo en el soldado español se encuentra, y tanto más meritoria, cuanto que su falta hubiera sido muy excusable en presencia de crueles sufrimientos.

Toda la dotacion del buque hospital trabajaba en tales

casos con un celo infatigable: los marinos, como más prácticos, subían á los heridos por la escala, y ya sobre cubierta los entregaban á los enfermeros, que recojiendo sus armas y equipo, los conducían hasta dejarlos desnudos y acomodados en su litera: los practicantes vigilaban su conduccion y colocacion, y tanto el Sr. Contralor como los oficiales de á bordo, estimulaban el celo de sus respectivos subordinados: con tan eficaz concurso pronto quedaron arreglados todos los heridos, y pude empezar á pasar la visita general, despues de haber atendido, segun entraban, á los de mayor gravedad.

Mi tarea fué análoga á la que ya he descrito al referir el dia de los Castillejos, reducida en su mayor parte á la extraccion de proyectiles que los mismos soldados pedían con afán, pues deseaban á todo trance ver en sus manos el plomo que les habia herido; y no me costaba poco trabajo el persuadir de la inconveniencia de esta operacion á aquellos en quienes la bala contenía una hemorragia, ó se hallaba tan profunda, que habia de ser peor el remedio que la enfermedad.

Hubo tambien que reducir algunas fracturas, que por cierto, son doblemente difíciles en las estrechas literas de un buque: así tuve que colocar, tendido en el suelo sobre un colchon, á un jóven Teniente que traía fracturado el muslo derecho. Había además algunas heridas penetrantes de vientre, de la mayor gravedad, entre ellas la de un Comandante.

Á media noche tuve la satisfaccion indecible de ver dormir á casi todos aquellos infelices soldados, á aquellos héroes, que cargados con sus armas y abrumados con su equipo habian estado trepando por los montes bajo el fuego de los moros y una lluvia deshecha, sin otro alimento que el café que habian tomado á las tres de la mañana, hasta que una

bala, aumentando sus miserias, habia venido á darles el triste descanso del hospital.

Como quedaban aun vacantes unas treinta literas, y no habia en bahía otro hospital que el mio, se dispuso que permaneciera con la escuadra para atender á cualquiera contingencia, en vez de salir inmediatamente para el litoral, como la vez pasada.

Al día siguiente se aumentó nuestra escuadra con los vapores que conducian las fuerzas de la division, que venia al mando del General Rios. Oficiales y soldados, apiñados sobre la cubierta, pasaron todo aquel día contemplando aquellas costas, antes tan ignoradas, ahora tan célebres, y ardiendo en deseo de verse en tierra para compartir los peligros y laureles de sus hermanos. Aquella division venia á llenar el doloroso hueco que la peste y las balas habian abierto en el ejército durante dos meses de campaña, y su presencia reanimaba todos los espíritus, mostrando que mientras hubiera españoles siempre estaria completo el ejército de África.

Mientras tanto la escuadra hacia sus preparativos para la expedicion que habia de tener lugar al siguiente día, y que combinada con la ya verificada toma del Cabo-Negro, nos habia de hacer dueños de la llanura de Tetuán. Los botes y canoas no cesaban de traer y llevar órdenes; aumentábase de continuo el número de velas con los lanchones de guerra, jabeques, cañoneras y demás fuerzas sutiles que llegaban de Algeciras; repartióse la marinería de guerra en los buques mercantes, viniendo doce marinos y un cabo al *Barcelona*. El silvido del pito del contra maestre, se mezclaba con los toques de corneta de los batallones embarcados; y todos sentíamos esa emociou inquieta y agitada que produce la perspectiva de una grande empresa.

Á los primeros albores del día 16 de Enero, tres cohetes disparados desde el vapor almirante dieron la señal de marcha, y cuando el sol mostró en el Oriente su radiante disco, iluminando con purpurinos cambiantes las verdes olas, un espectáculo magnífico, embriagador, vino á alegrar mis ojos y estasiar mi mente. La escuadra doblaba en correcta formación la punta del Cabo-Negro; aquellos numerosos buques cubiertos con su penacho de humo, engalanados con la bandera nacional, que se mecía serena y vencedora en lo alto de los mástiles, en la mesana y en la popa, ostentando en sus robustos costados las terribles bocas de sus cañones, mientras sobre su cubierta centelleaban impacientes las bayonetas de los nuevos soldados, se deslizaban magestuosos sobre las ondas, tomando posesion por España de las aguas de Tetuán. Al ver tantos buques, cañoneras, vapores de guerra, mercantes y transportes, entrar formando una inmensa media luna, desafiando el poder de los sectarios de Mahoma, ¡cómo no acordarme de Lepanto! ¡Cómo no ver cernerse sobre nuestras cabezas las sombras satisfechas de D. Juan de Austria y de Cervantes!

Al paso que el mar me ofrecía tan grandioso espectáculo, mis ojos no se saciaban de contemplar el nuevo horizonte que ante ellos se abría, el panorama brillante que se les presentaba. Era una fértil llanura, una vega sin fin, esmaltada de bosquecillos, encerrada en un vasto anfiteatro formado por las montañas teñidas de un color violeta; y allá en el extremo del horizonte, engarzada en tan hermoso cuadro, se destacaba esplendente de blancura sobre el azul cobalto del cielo, Tetuán, la ciudad deseada, que aparecía á nuestra vista, apoyando en la falda de la Sierra-Bermeja su cabeza coronada por las torres de su Alcazaba, reclinando su cuerpo en una

alfombra de jardines, y bañando sus piés en las ondas del caudaloso Guad-al-Jelú. Allí estaba á nuestros ojos como una Susana sorprendida en el baño, mostrándonos toda su ambicionada belleza; allí estaba como una bandada de albas palomas, posada al pié del Atlas colosal; la blancura deslumbradora de sus casas y minaretes brillaba á nuestros ojos como la de las ciudades de Méjico á los de los soldados de Hernan Cortés. Todos los que han descrito este momento, han exclamado con el Tasso:

Ecco apparir Gerusalem si vede:

y en efecto, nada mejor puede hacer comprender nuestra emocion, que traer á la memoria la que sintieron los compañeros de Godofredo al divisar las torres de la Ciudad Santa de los cristianos.

Tres cañonazos retumbaron en la bahía, y tres balas rasas fueron, como un guantelete de hierro, á reventar en las paredes del fuerte, pero nadie contestó á este reto. El fuerte Martin, en cuya plataforma asomaban por las ventanas las negras bocas de siete cañones, las baterías de tierra armadas con otros cinco, y las empalizadas que defendian la costa, todo permanecia silencioso y aterrado, como si las proas de nuestras naves llevarán la cabeza de Medusa que adornaba el broquel de Palas. Ya un destacamento de marinos corria al asalto del fuerte, mientras las primeras compañías de la division Rios empezaban á formar en las arenas de la playa por donde desemboca el rio de los Judíos, y las lanchas cañoneras cruzaban la barra del Guad-al-Jelú, apresando los cárabos que allí se encontraban. Pocos momentos despues gallardeaba sobre el fuerte Martin la bandera española, saludada por los hurras de la marina y los vivas del ejército, al paso que un vasto incendio devoraba las empa-

lizadas y demás obras de defensa con que los moros habian contado evitar el desembarco que tan felizmente acababa de verificarse. La division Rios corrió á apoderarse del edificio de la Aduana, y al mismo tiempo empezaron á llegar á la playa las fuerzas del grueso del ejército, que bajaba de las alturas del Cabo-Negro, donde habia estado dispuesto á caer sobre la espalda del enemigo, si este hubiera tratado de oponerse al desembarco.

Nuestro primer deseo fué entonces el de recrearnos en la contemplacion de nuestra nueva conquista, tomando posesion de ella y gozando al reflexionar que era ya española aquella playa, momentos antes enemiga. El fuerte Martin, torreon blanqueado, que se alzaba entre un bosquecillo de pitas sobre la rojiza arena, tiene la singularidad de carecer de puerta; asi que hube de trepar por la escala de cuerda que habian clavado los marinos para llegar á la ventana ojival que hace veces de aquella: pronto estuve en la plataforma, donde aun se veian los andamios puestos por los moros para reconstruir las atalayas que tenia en sus cuatro ángulos, y habian sido destruidas por el bombardeo de nuestra escuadra: allí estaban aquellos viejos cañones de hierro, y desparamados por el suelo los montones de balas de todos calibres, que pensarian lanzar sobre nuestros buques: y por último, encontrábanse en el espesor de los muros algunos angostos y oscuros corredores, en cuyo extremo se abria el brocal de un algibe, que asi podia dar agua á los defensores de la fortaleza como sepultura á cualquiera víctima que en aquel antro penetrára.

El edificio de la Aduana estaba muy lejos de corresponder á la grandiosa idea que de sus proporciones se nos habia dado, pues no era sino un conjunto de construcciones diver-

sas, mezcla de casa de labor y casa fuerte, construido en el sitio donde el pequeño río Alcántara desemboca en el Guadal-Jelú. ¿Y por qué había de ser de otra manera, cuando sus exiguos almacenes han de ser anchurosos para el reducido número de mercancías que aquel país sin industria necesita depositar en ellos? pues solo el trigo que del Riff afluye á la Aduana de Tetuán para ofrecerse á los especuladores de Gibraltar, puede tener allí alguna importancia. Unicamente encontramos en ella algunas pieles curtidas y una gran cantidad de azulejos de colores y dibujos arabescos, para revestir paredes ó pavimentos de mosaico; pero tambien aparecia retratado el carácter apático del pueblo musulman, al ver que si no se encontraban libros de comercio ni registros de entrada y salida, hallábamos en cambio unas tazas que aun contenian café, y un precioso ejemplar del Koran en 8.º sobre vitela y adornado de preciosos arabescos de oro y azul. El Director de aquella Aduana no sabia derecho comercial ni partida doble, pero sabia gozar y orar; era, pues, un buen musulman.

En este mismo dia desembarcó tambien el primer Jefe de Sanidad del ejército, que no bien restablecido de su enfermedad, habia venido á bordo del *Bretagne* á incorporarse con el Cuartel general, donde durante la marcha habia desempeñado sus funciones el segundo Jefe D. José Santucho.

Al dia siguiente 17 se divulgó la voz de que pronto iba nuestro ejército á dar un golpe de mano para apoderarse de Tetuán, y por infundada que fuera esta especie, llegó á cobrar tanto crédito, que todos los oficiales que con heridas leves estaban á bordo de mi buque-hospital, volvieron, llevados de su entusiasmo, á incorporarse á sus filas, sin aguardar su completa curacion; entre estos se contaban mi paisano el Co-

mandante Barace, modelo de valor y sufrimiento, un Capitán del regimiento de Toledo, contuso en el pecho, dos jóvenes oficiales del batallón cazadores de Chiclana, heridos leves, y otro que después adquirió cierta celebridad, el Teniente Rocamora.

También ocurrió en este día un suceso que llamaría trágico-cómico, si no se tratara de un cadáver. Había fallecido á bordo un soldado que tenía una herida penetrante de vientre, y hubo que pensar en su entierro. Aunque consultando yo sobre este asunto días antes al malogrado Sr. Vicario general, me había este dicho que el mar era sepultura eclesiástica, y tal vez preferible á la de aquella tierra infiel, me repugnaba mucho el arrojar al agua un cadáver envuelto en un saco y con una bala de cañón, mientras estuviere cerca de tierra. Parecíame que este hecho había de afectar de una manera muy triste á todos los heridos que de él habían de tener noticia, y no me resolvía á entregar á la voracidad de los tiburones los gloriosos despojos de un héroe; así que á boca de noche hice colocar el cadáver en una lancha, y un cabo de sala con cuatro enfermeros fué á tierra á darle sepultura. Según el relato que á su vuelta nos hicieron azorados, parece que á la sazón en que estaban escavando la huesa, á cierta distancia de las trincheras del campamento, según yo les había prevenido, vieron levantarse en la oscuridad algunos blancos fantasmas, que gritando con gutural acento, dieron presto á conocer su calidad de fantasmas moros; los enfermeros, que se veían pocos y desarmados en tan solitario paraje y á oscuras, abandonando el cadáver, corrieron á ampararse de nuestras avanzadas, refiriendo lo que acababan de ver y oír. Cuando volvieron al fúnebre sitio, acompañados por una patrulla mandada por

un oficial, ya los moros habian desaparecido, y pudo llevarse á cabo la interrumpida sepultura.

A medida que iba prolongándose la estacion en bahía del buque hospital, iba acreciendo mi trabajo de una manera abrumadora. Todas las heridas habian entrado en el período de supuracion; era preciso levantar todos los apósitos y practicar una ó dos curas diarias á cada hombre. El que conozca cuánto tiempo absorbe este trabajo en un solo herido, comprenderá que, á pesar de la ayuda de mis cinco practicantes, la visita de 160 heridos me habia de absorber todo el dia, y aun este no habia de ser suficiente; así es que mi visita, comenzada por la mañana y solo interrumpida á las horas de comer, para tomar de prisa algun alimento, apenas si concluía al anochecer.

La necesidad de tener la cabeza baja y el cuerpo doblado, para curar á los que ocupaban las literas inferiores, me llegaba á producir vahidos, que me obligaban á apoyarme para no caer. En fin, aquel trabajo se iba haciendo cada dia más imposible. Al mismo tiempo temblaba yo al considerar los peligros de que se veía amenazada aquella muchedumbre de enfermos, hacinados unos sobre otros en un estrecho sollado. Por más que las mangueras ventiláran las salas, por más que se cuidára de la limpieza, aquel gran número de heridas en supuracion no podia menos de infectar el aire; y ¿quién hubiera podido contener los estragos de un tífus ó de una gangrena hospitalaria, si en tales condiciones se hubieran desarrollado? Espanta el pensar en los horrores de que entonces hubiera sido teatro mi buque-hospital. Así, pues, sospechando que en medio de los notables sucesos y graves atenciones de aquellos dias, se hubiera olvidado el destino del hospital flotante, fuí el dia 18 á hacer presente nuestra

situacion al E. M. General, y volví á bordo con la órden de salir para Málaga aquella misma noche : noticia que llenó de júbilo á todos los pobres heridos, que tanto ansiaban verse entre los amorosos cuidados de la madre pátria.

A las once de la mañana del dia 19 dábamos fondo en la bahía de Málaga, y sus habitantes salian presurosos al muelle á recibir á sus nuevos desvalidos huéspedes, con la cariñosa compasion de que tantas pruebas han dado en esta campaña.

Cuatro dias hubo de detenerse el *Barcelona* en aquel puerto para hacer carbon y aguada, pues sobre todo esta última nos hacia suma falta: el Contralor Sr. Ibañez aprovechó este tiempo para hacer lavar todas las ropas y colchones del hospital flotante, limpiándose y ventilándose al par las salas que habian ocupado los heridos; y yo pude visitar despacio los hospitales militares de la Merced y la Victoria, que gracias al celo de los señores primeros médicos Martinez Montes y Gorria, estaban en el mejor estado, y el de San Julian que, como único en su clase, merece especial mencion.

Este establecimiento creado y sostenido por unas cuantas Señoras de la mejor sociedad malagueña, á cuyo frente figuraban las señoras de Heredia y de Loring, era un verdadero hospital de lujo, con cuarenta camas para oficiales. Nada se habia escaseado, ni en lo necesario ni en lo supérfluo, para que los heridos encontráran allí todo el *confort* imaginable. Estaba al cargo de un médico civil, y prestaban su solícita asistencia á los heridos las señoras patronesas, auxiliadas por las hermanas de la Caridad. Así que aquello era para el que llegaba herido de África, *pasar del infierno al cielo*, como me decia el pobre Teniente que traía el muslo fracturado. Sin embargo, en el dia en que fui allí á visitar

á los hermanos Madan, oficiales del regimiento de la Princesa, heridos en Cabo Negro, observé que el deseo de proporcionar ventajas á los heridos llegaba á ser algo indiscreto; pues reparé que á las once se repartió á todos indistintamente una copa de vino generoso con bizcochos, que seguramente seria excelente para quien estuviera sano, pero no tanto para quien tuviera fiebre. Advierto, no obstante, que este es un hecho aislado, del que no me atreveré á deducir nada, y máxime cuando esto en vez de ser falta era sobra; era un exceso, no un defecto.

Por fin, el dia 22 llegó la deseada hora de que el *Barcelona* picára las anclas y saliera en demanda de la bahía de Tetúan: y digo que esa hora era deseada, porque con grande sorpresa habia observado en mí la realizacion de un fenómeno psicológico que es propio de la vida militar. Era una transposicion moral, que me hacia ver como única patria la tierra que conquistaban nuestras tropas; concentraba el cariño que se tiene á la ciudad natal en las blancas tiendas de aquel campamento ambulante, sobre el cual flotaba nuestro oriflama glorioso, y en medio de los goces de la civilizacion con que me brindaba Málaga, me hacia sentir nostalgia por el África.

CAPITULO VI.

Campamento del rio Martin.—El Mercado.—Recrudescencia del cólera.—Evacuación de enfermos.—Sus malas condiciones.—Medidas paliativas.—Su ineficacia.—Aspecto de la vega de Tetuán.—Dias hermosos.—Noches serenas.—Llegada de Sidi-Ahmet.—Accion de los llanos de Tetuán.—Caballería Sanitaria.—El regimiento de Zaragoza.—Médicos heridos.—Herida del Sr. Brigadier Dolz.—La reputacion del Médico.—Carga final.—Los muertos en el campo.—Los heridos.—Una visita al prisionero Eliú-Said.—Los Voluntarios Catalanes. Preparativos de batalla.

El ejército español se habia parado para tomar aliento, sentando sus reales á la sombra del fuerte Martin: su campamento se estendia desde este fuerte á la Aduana, distantes entre sí dos kilómetros: limitábanlo por la izquierda las ondas del rio Chuz, rio Martin ó Guad-al-Jelú, que todos estos nombres lleva, y por la izquierda casi llegaban sus trincheras al riachuelo Sorgh ó rio de los Judíos. La inmensa llanura de dos leguas de diámetro que separa á Tetuán de la playa, debió estar en alguna remota época ocupada por las aguas del Mediterráneo, que al retirarse progresivamente han dejado allá sus huellas de arena y mariscos. El terreno que ocupaban las tiendas españolas era un verdadero arenal, con alguna que otra laguna de aguas estancadas, por más que en algunos sitios, tales como la orilla del

rio, se hubiera ya depositado una capa de tierra vegetal cubierta de yerba. La proximidad de la mar y el rio, juntas con el calor del clima, enjendraban una abundante evaporacion, y la vasta planicie que por todas partes nos rodeaba, hacia que el campo fuera muy castigado por los vientos, sobre todo por los del E. y del O., que en ciertas horas del dia levantaban nubes de arena que encapotaban la vista, principalmente en la inmediacion de la Aduana y en la playa.

Tampoco en este campamento teníamos fuente alguna; pero nos surtian de agua abundante y de buena cualidad dos pozos que habia en el fuerte Martin y otros dos en la Aduana: las del Guad-al-Jelú no eran potables en aquel sitio, participando ya bastante de las sales del mar. Así, todo pesado, este campamento ofrecia, en cuanto á las condiciones locales, mejor situacion que ninguno de los anteriores, y ya en él se practicaron las zanjas comunes; en punto empero á su policia dejó algo que desear, pues nadie habrá que no recuerde que los animales muertos quedaban sin enterrar, tanto en la playa como en las cercanías de la Aduana, exhalando en derredor del campamento los infectos miasmas de su putrefaccion.

La estabilidad de este campo hizo que á él afluyera un gran número de comerciantes, atraidos además por la franquicia del puerto, decretada por el General en Jefe, quienes trayendo de Algeciras y Gibraltar géneros y comestibles, llegaron á constituir en la orilla del rio un mercado muy concurrido; y esto, que fué un bien, en cuanto proporcionó al ejército calzado y ropa blanca, permitiéndole igualmente variar su alimentacion con algun pescado fresco, huevos y sobre todo la verdura y fruta, de que por tanto tiempo habia

carecido, fué un mal en cuanto que á favor de la ninguna vigilancia, suministró al soldado bastantes embuchados y licores de pésima calidad.

Las tropas de la division Rios estaban acampadas en las cercanías de la Aduana; y sucedió con ellas lo que con todas las demás que sucesivamente habian ido pisando el suelo africano; esto es, que no tardaron en ser visitadas por el cólera, á pesar de que en el antiguo ejército eran ya muy reducidos los casos de este mal, y en pagar á esa terrible epidemia el fúnebre tributo que todas las demás le habian rendido. Con este motivo volvieron á adquirir gran desarrollo las conducciones de coléricos á Céuta, que diariamente se hacian en los buques-correos. Por decoro de todos, quisiéramos prescindir de referir el modo con que estas conducciones se hacian; pero al tomar la pluma hemos contraído el compromiso de sacrificar toda clase de consideraciones en aras de la verdad. ¡Ojalá que la vista de estos males sea parte para que otra vez no se repitan!: esa será la mayor recompensa de este humilde trabajo.

Al tratar de la organizacion de los hospitales flotantes, dijimos que se habian preparado con destino á hospitales de coléricos dos hermosos vapores, el *Cataluña* y el *Ville de Lyon*, que turnando en el servicio hubieran satisfecho muy holgadamente las necesidades sanitarias del ejército, si no se hubieran distraído de su verdadero objeto y empleado en el transporte de tropas, esos buques que tenian á su bordo 900 camas y el correspondiente personal y material de Sanidad. Así, durante todo el mes de Enero, los invadidos del campamento eran trasladados á los hospitales de Céuta, en los vaporcitos que por cualquier otro motivo tenian que ir á esa plaza.

Estos buques fueron el *Mallorquin*, el *Negríto*, el *San Servando*, el *San Bernardo*, el *Bretagne*, el *Pensamiento*, el *Vigilant*, y no sabemos si algun otro más. Todos ellos carecían de las condiciones necesarias para este servicio, viéndose obligados los pobres enfermos á ir sobre cubierta, sin precaucion ninguna, espuestos al frio y á la inclemencia, y llevando por cama las tablas del buque, completamente privados de asistencia facultativa y sin enfermeros ni sirvientes que pudieran dársela de otra clase. En tan triste situacion tenian que permanecer cuatro ó seis horas, cuando menos, pues, aunque la travesía se hacia en dos, debe agregarse el tiempo que se empleaba en el embarque y desembarque, amen de otras dilaciones inevitables. De esta suerte no es de estrañar que siempre fallecieran algunos antes de salir del buque. ¡ Ah cuán triste y amarga debia de ser la agonía de estos desgraciados, al verse morir en tan completo desamparo y abandono !

Tan deplorable estado de cosas llamó, por fin, la atencion de quien podia remediario; pero en vez de tomar entonces una medida radical y muy sencilla, como hubiera sido el mandar que los dos hospitales flotantes de coléricos, entráran á desempeñar las funciones á que desde fines de Diciembre anterior estaban destinados, se limitó á poner algunos paliativos, que hicieron menos sensible el mal, pero sin lograr evitarlo.

Ya á fines de Enero se dispuso: que no se verificára cada dia sino una traslacion de enfermos á Céuta, en atencion á ser grande el conflicto que se originaba en esta plaza, con la llegada imprevista de dos ó más buques cargados de enfermos sospechosos; sucediendo á veces que aquella se verificaba despues de entrada la noche, y siendo in-

minente el caso en que los desgraciados enfermos tuvieran que quedarse tendidos en el muelle; que los enfermos se reunieran para las diez de la mañana en una tienda hospital, colocada en la playa cerca del fuerte Martin, para pasar al buque que aquel día se encargára de su traslacion, el cual se conoceria por una bandera amarilla izada en el palo mayor; que á dicho buque pasára tambien un oficial de Sanidad con un practicante, para acompañar en su travesía á los enfermos; y por último, decia la orden general del 30 de Enero, que para los que fueran invadidos despues de la salida del transporte, se volvieran á levantar en todos los cuerpos de ejército las tiendas-hospitales, que, algunos de ellos habian recojido al llegar á este campamento, creyéndolas innecesarias.

Laudables eran ciertamente estas disposiciones, pero ninguna de ellas alcanzaba á remediar la falta primordial, que consistia en que los enfermos pasáran cuatro ó seis horas en las condiciones más contrarias para su alivio, y sin asistencia alguna. Sin asistencia digo, porque el médico, que nombrado por turno entre los de las planas mayores, iba con los enfermos, se encontraba allí cruzado de brazos y tenia que limitarse literalmente á acompañarlos, no siendo sino un pasajero más. ¿De qué sirve que un profesor vea á un colérico, si no hay medicinas que darle, porque no hay botiquin? ¿sino puede mandarle acostar, porque no hay cama ni enfermeros? ¿si no puede siquiera librarle del aire frio, porque no hay cámara en el buque ó se encuentra llena? El papel de aquel médico hubiera llegado á ser ridículo, si no hubiera sido tan penoso; porque para el corazon del médico es triste, es tristísimo, presenciar los dolores de este, el agravamiento de aquel, la agonía del de más allá, sin poder aliviar á ningun-

no, sin poder emplear las benéficas armas que su ciencia le ha proporcionado.

Así que, por hacer algo, cuidaban todos los oficiales de Sanidad encargados de estas comisiones, de llevar consigo algun frasquito de éter, y mandaban preparar en la cocina del buque, á sus propias expensas, la infusion de té necesaria para suministrar una bebida antiespasmódica á los enfermos más graves. Otra medicacion hubiera sido inútil, por más que se llevára botiquin; pues de poco ó nada sirven los remedios si no se dán en buenas condiciones, y la primera de todas era sustraer al enfermo del frio y la humedad, lo cual como ya hemos dicho era imposible.

¡Tambien á mí, por desgracia, me ha tocado alguna vez desempeñar este servicio; tambien yo, cruzado de brazos junto al palo mayor, he tenido el dolor de contemplar á unos cien infelices tendidos sobre cubierta, mal envueltos en su pobre manta, apiñados unos contra otros, de manera que era imposible acercarse á uno sin pisar á muchos, sufriendo el relente crepuscular, sintiendo las náuseas del mareo mezcladas á las de su terrible enfermedad, molestados por el balance y rociados de vez en cuando por las rachas de agua que lanzaba sobre cubierta la mar alborotada!.....

Al mismo tiempo que se adoptaban las providencias que hemos enumerado, se disponia que los cuatro hospitales flotantes se dedicáran esclusivamente para heridos, dotando á los dos dispuestos para coléricos, del material quirúrgico que para su nuevo empleo habian menester; pero esto no impidió que ambos buques continuáran sirviendo para transportar efectos de guerra, y el *Ville de Lyon* se empleára despues en traer los Camellos de Orán.

Ese sistema de conduccion de enfermos, lo decimos con

dolor, continuó practicándose hasta el fin de la campaña, en las mismas deplorables condiciones con que lo hemos descrito; pero digamos también que en manera alguna pueden echarse en cara al cuerpo de Sanidad tan sensibles desaciertos. Se ha querido privar á este Instituto de todas sus atribuciones, se le ha querido dar un carácter puramente consultivo, se ha querido arrebatarle toda autoridad propia, encerrándole en la atmósfera ideal de las prescripciones terapéuticas, y los resultados de este sistema *afrancesado* se tocan en los hospitales de Cénta y en los buques de coléricos. ¡Ojalá que tan triste demostracion no pase desapercibida! ¡Ojalá llegue algun dia á comprenderse que nadie tanto como el médico, puede interesarse por el soldado enfermo, y que á nadie más que á él debe estar confiada la satisfaccion de *todas* sus necesidades! Es verdad que en tal caso el médico miraría más al número de soldados que se curáran en un hospital, que á los reales y céntimos que para ello se gastáran; pero la Nacion española ha dado demasiadas pruebas de grandeza, para que nadie pueda atreverse á regatear en su nombre la salud y la sangre de sus hijos.

Esta segunda mitad del mes de Enero, que se empleó en fortificar el campamento y desembarcar en la Aduana las grandes cantidades de víveres y pertrechos de guerra necesarios para el sitio de una plaza fuerte, permitieron gozar de algun descanso al ejército. Ya no existia la continua alarma de otros campamentos, abundaban los víveres y los géneros de Europa; á las continuas lluvias habia sucedido el buen tiempo, y aquella hermosa vega se vestia con la vegetacion rápida y exuberante que hacian brotar de aquella fértil tierra los ardientes rayos del sol; la primavera en África estaba presentándose con todo su esplendor.

Yo también descansaba entonces, teniendo la satisfacción de ver completamente vacío mi hospital flotante, y podía aprovechar aquellos hermosos días para gozar con el aspecto de aquella naturaleza, que tan magnífica se ofrecía á nuestra contemplación. Así, unas veces remontaba en una canoa las apacibles aguas del Guad-al-Jelú, desde la agitada barra donde sobre bancos de arena luchaban sus ondas azules con las verdes del mar, hasta la Aduana, donde fondeaban las lanchas cañoneras y donde se desembarcaban los formidables morteros, las bombas colosales y todos los medios de destrucción que componían el tren de sitio.

Otras veces recorría á caballo las estensas llanuras de la vega; el cielo, sin una nube, ostentaba su purísimo azul; las montañas de Sierra Bermeja que cerraban el horizonte, se veían envueltas en esa neblina vaporosa nacida del calor, en medio de la cual brillaban las blancas casas de Tetuán, y las innumerables tiendas enemigas que, como una bandada de palomas, se asentaban en las faldas de *Djebel-el-Ahmar*, Sierra Bermeja, en derredor de la sombría torre de Djilalí.

Yo gozaba al pasear por aquellas llanuras, ya por entre las lagunas, sobre cuyas muertas aguas asomaban su cabeza los juncos y espadañas, ya por los arrecifes de arena, ya por aquellos verdes prados cubiertos de césped, donde crecían las anémonas y los ranúnculos, junto al palmero enano, al cactus espinoso y las pitas colosales, cuyas hojas carnosas aprovechaban los ingenieros para construir figuinas.

¡Qué animado y pintoresco estaba entonces nuestro campo! Allá en los puentes del río Alcántara nuestras avanzadas con el fusil preparado; al otro lado del río algunos centinelas de caballería, que inmóviles como estatuas ecuestres, atisbaban con la carabina en punto los movimientos del ene-

migo; más acá los Ingenieros y soldados de infantería que cantando alegremente construyen las baterías de faginas y arena del fuerte de la Estrella; y entre las calles que dejan las tiendas, una multitud de soldados con pintorescos uniformes, entre los cuales pasean los vivanderos pregonando sus mercancías y dando á esta escena todo el aspecto de una de esas bulliciosas romerías á que tan aficionado es nuestro pueblo.

Y si hermoso era el espectáculo de los días, no menos sublime era el que se gozaba por las noches. Cuando en el silencio de aquellas noches serenas, solo turbado por el rumor de las ondas que besaban amorosas los costados del buque, ó por el cadencioso chasquido de los remos de algun bote, que en medio de la oscuridad se deslizaba sobre el mar, contemplaba yo desde el álcazar de popa el magnifico aspecto del Mediterráneo dormido bajo el dosel de estrellas que tachonaban el firmamento; cuando veía al astro de la noche ostentando su creciente sobre Tetuán, en la misma forma que le llevan las banderas musulmanas, rielando sus argentinos rayos sobre la rizada y tranquila superficie del mar, como una inmensa estela de luz, mi espíritu quedaba absorto ante un espectáculo tan bello, para elevarse instintivamente á la adoracion de su Creador.....

Veía en la tierra y en el mar millares de luces que parecian el reflejo de las del cielo; las innumerables hogueras del campamento cristiano, y más allá, en las alturas de la sierra, las del infiel; los farolitos que se balanceaban en las vergas de todos los buques de la escuadra, y allá á lo lejos, perdido entre la bruma, el intermitente destello del faro de Céuta. Las músicas militares alegraban á esa hora á nuestros soldados, y la brisa me traía en sus alas, con aquellos acordes ecos, mil

recuerdos de la vida civilizada, que sumian mi mento en un Occéano de melancólica dulzura. Eran aquellas impresiones la realizacion de lo que el poeta imagina de las noches de Venecia; sino que aquí la laguna era el Mediterráneo, la góndola un navío, la mandolina cien bandas militares, y la belleza tapada. ¡Tetuán!

Pero todas estas plácidas ideas nacidas de la contemplacion de la naturaleza, hubieron de apartarse de mi mente el 31 de Enero, ante las terribles y encontradas emociones de otro dia de combate.

El ejército de Muley-el-Abbás se habia reforzado con nuevos contingentes, que al grito de la guerra santa venian entusiastas desde las provincias más remotas del imperio á rechazar á los cristianos que invadian el *Garb* (1). Al frente de estas tropas venia otro hermano del Emperador, Sidi-Muley-Ahmet, y su llegada era la que el dia 26 se festejaba en el campamento de Djlalí, con las grandes salvas que tanto llamaron entonces nuestra atencion. El dia último del mes de Enero hubieron de creer llegada la hora de probar si la fortuna de las armas era más propicia á Sidi-Ahmet de lo que hasta entonces se habia mostrado con su hermano Muley-el-Abbás, y resueltos á arrojar al mar al ejército cristiano, bajaron los moros de las cumbres de la Sierra Bermeja, estendiéndose como una inundacion por toda la llanura, y llegando á romper el fuego con nuestras avanzadas antes del medio día.

Habiéndose dispuesto que los heridos que resultáran se recojieran en el *Torino*, tuve yo la satisfaccion de poder asistir á este combate, incorporándome con el Cuartel general en

(1) Algarbe, el Oeste.

elfuerte de la Estrella. Era la vez primera en que todas nuestras tropas podian entrar en fuego en la estensa línea que presentaba el enemigo: el dia era hermoso, y el sol radiante contemplaba desde el azul hemisferio aquella lucha que debió recordarle las que hace cinco siglos pudo alumbrar en los campos de España. El General en Jefe recorria sin cesar el frente de batalla, llevando á todos los cuerpos del ejército su poderosa inteligencia; y yo contemplaba al paso el magnífico aspecto de nuestras tropas, que ora diseminadas en guerrillas, ora haciendo descargas cerradas, ora aguardando serenas en inespugnable cuadro el ímpetu feroz de la decantada caballería árabe, mostraban en todas partes la ardiente intrepidez en tantas victorias adquirida.

Algun rato permanecimos con la artillería, que destroza-ba el centro de la línea enemiga con su nutrido fuego: á cada estampido del cañon nuestros caballos se estremecian; el resplandor de la pólvora daba un colorido fantástico á los ginetes, y cuando el humo se disipaba, veíamos reventar una granada entre los grupos de moros, que huian agitando al viento sus blancos alquiceles. El número de estos era muy considerable, y parece que se batian este dia con mayor orden y mejor direccion de la que hasta entonces habian demostrado.

Pronto me llegó ocasion de tener que ejercer mis funciones: dos escuadrones de la brigada de Coraceros habian dado una carga á las masas de moros que venian sobre nuestra derecha: pero despues de salir arrollándolos con ímpetu brillante, viéronse nuestros ginetes atascados en unas lagunas, desde cuyas orillas les hacia el enemigo un vivo fuego de espingarda. Pudieron rehacerse, sin embargo, los escuadrones, pero pronto vimos volver á los soldados trayendo sobre el

arzon de la silla á sus compañeros heridos. Dispuso el Señor Sub-Inspector Santucho que yo ayudára al primer Ayudante médico de la brigada, Sr. Serra Borrás, á hacer la primera cura á todos estos, y con la mayor brevedad les pusimos el apósito necesario. Un Comandante traia una pierna fracturada, y en los demás observé que predominaban las heridas graves de vientre, que no suelen ser frecuentes en la caballería, y que aqui se esplicaban por la caída de los caballos.

Tambien me hizo reflexionar la manera con que los ginetes habian retirado sus heridos, pareciéndome muy buena: un solo hombre con su caballo bastaba para sacar á un herido, en vez de los cuatro que requiere una camilla. ¿No seria, pues, conveniente que hubiese secciones de sanitarios montados, cuyo arzon llevára algun sencillo mecanismo para mayor comodidad del herido? ¿Qué sistema igualaria á este en rapidez y economía de brazos? Esto seria completamente nuevo, pues aunque á las compañías de Sanidad, en Austria, van afectos algunos ginetes, no tienen otra mision que la de explorar el campo y señalar á los infantes el sitio donde yace un herido.

Mientras esto sucedia en la derecha, Zaragoza, mi antiguo regimiento, demostraba en la extrema izquierda que era digno de conservar el renombre que durante la guerra civil se habia grangeado. Tuvo en este memorable dia dos oficiales muertos y sesenta heridos de todas clases; su Coronel D. Narciso Ulibarri seguia á caballo, á pesar de que habia recibido en el vientre una contusion de bala, y el médico que estaba allí restañando tanta sangre, hubo de caer tambien herido de un balazo en la cabeza: era el primer Médico Don Joaquin Usua, y cuando los soldados le vieron pasar en una camilla, privado de sentido y derramando sangre, pudieron

creer que habian perdido al que tantos consuelos les prodigára; felizmente, despues que cesaron los efectos de la conmocion cerebral, se vió que la herida no era tan grave; pues la bala habia pasado rozando la region mastoidea derecha sin alcanzar el cráneo: se habia salvado providencialmente.

No fué este el único herido que aquel dia tuvo el cuerpo de Sanidad: tambien el segundo ayudante D. Vicente Lafuente recibió un balazo en una pierna, estando curando á los heridos de su regimiento; pero ni uno ni otro quisieron separarse de las filas pasando á un hospital; ambos prefirieron curarse en sus tiendas para no abandonar el servicio que les estaba encomendado.

Continuaba resonando en aquellas llanuras el estrépito de la fusilería y las espingardas, y esta vez tambien el enemigo usaba contra nosotros el fuego de la artillería. En lo alto de Djilalí y en el campamento bajo, resonaba con pausado intervalo el hueco estampido de sus cañones; pero felizmente no correspondian los resultados á la cantidad de pólvora empleada, pues sus balas rasas no llegaron á herir ni á uno solo de nuestros soldados.

Mientras tanto nosotros íbamos en pos del General en Jefe, vadeando lagunas, pasando arroyos y atravesando por entre jarales y malezas, para detenernos de vez en cuando en los puntos donde era más reñida la contienda. En una de estas ocasiones, los moros, que estaban ocultos en unos jarales, de los que solo nos separaba una pequeña laguna, hicieron una descarga que vino á herir al Sr. Brigadier Dolz del Castellar, Comandante General de Artillería, estando al lado del General en Jefe; al mismo tiempo se sintió contuso en una sien el Capitan de Artillería Sr. Saavedra, y otras varias personas del Cuartel General. Como yo me encontra-

ba á la sazón inmediatamente detrás del Sr. Brigadier, tan pronto como le ví caer sobre el cuello de su caballo, salté del mio y me apresuré á asistirle. Apenas le quitamos la gorra, pude ver que habia recibido un balazo en mitad de la frente; la sangre corria sobre su blanco bigote, y sus facciones venerables se cubrian de palidez. Todo hacia presumir que la herida habia sido mortal; pero pasando á examinarla, tuve la satisfaccion de ver que la sonda no penetraba más de dos líneas, tocando con ella el hueso coronal íntegro si nó intacto. El Sr. Subinspector Santucho y el Sr. Mayor Merino Lopez presenciaban esta operacion, y pudieron corroborar la exactitud de mis apreciaciones. Declaré pues, que ni la bala habia penetrado ni fracturado el cráneo, y que salvas las contingencias tan frecuentes en las heridas de cabeza, mi pronóstico no podia menos de ser favorable; hice una cura simple; el herido fué trasladado al hospital de la Aduana, y yo volví á montar á caballo.

No he podido menos de consignar aquí detalladamente este suceso, porque despues del lisonjero diagnóstico que yo habia formulado ante todo el Cuartel General, se supo que por la noche habia agravado sobremanera el estado del Señor Brigadier, habiendo aparecido los fenómenos de contusion cuando estaba en el hospital flotante *Torino*, y que el Sr. Jefe facultativo de este hospital creía que la bala estaba en lo interior del cráneo. Mucho hubo de sufrir mi espíritu en los dias subsiguientes, hasta que el completo y breve restablecimiento del herido, merced á las acertadas sangrías que le practicaron en el hospital flotante, vino á demostrar que no me habia equivocado. ¿Si por desgracia hubiera sucumbido á los accidentes consecutivos de la herida, cómo persuadir á nadie de que yo la habia examinado bien? Y sin embargo, á

tales golpes está sujeta siempre la reputacion del médico.

Nuestro General en Jefe no se habia alterado al ver la muerte tan cerca de sí; y es que este jefe no desprecia las balas, hace más, no las escucha, y sin hacer nunca alarde de valor personal, estaba siempre en los puntos de mayor peligro: así continuaba con su habitual sangre fria examinando las posiciones del enemigo, y disponiendo el desenlace del combate.

Poco despues las cornetas, los tambores, las músicas y los clarines de toda una division, hacian sonar el toque de ataque, que allí llamábamos *polka de Prim*, y á su mágico acento se lanzaban á la carga las tropas electrizadas, sobre las masas de moros que ocupaban las colinas de nuestra derecha. Los batallones y los escuadrones subian en correcta formacion por aquellas alturas, como una oleada de bayonetas; entonces el General en Jefe se lanzó en medio de las tropas, victoreando á la Reina y aclamado por ellas; un momento despues formábamos todos en aquellas alturas arrebatadas á la morisma, contemplando desde allí toda aquella llanura en nuestro poder, mientras el enemigo se refugiaba otra vez en las alturas de Sierra Bermeja. Terminado así el combate, aquellos heróicos soldados se recogian poco despues á buscar en sus tiendas el alimento y el descanso de que tanto necesitaban.

No todos volvian; tambien este dia habia tenido que contemplar el triste espectáculo del que queda sin vida en el campo de batalla. Una de las veces que cruzábamos por la llanura, llamó nuestra atencion un bulto blanco que se veía tendido á lo lejos entre unos jarales, y que así podia ser moro como cristiano: indicó el Sr. General Ustariz si estaria muerto ó solo herido, y yo me separé del Cuartel General

para ir á averiguarlo. Tuvo la bondad de acompañarme el Baron Iena, uno de los oficiales prusianos comisionados por su gobierno, y al llegar al objeto que buscábamos, me encontré con que era un soldado de caballería á quien habian desnudado: me apeé del caballo y por el velo glutinoso que en su córnea se presentaba, pude convencerme de que su muerte databa ya de algunas horas. Nunca me he habituado á este espectáculo, ni creo que se habitúe nadie: siempre se ha entristecido mi ánimo al pensar que aquel soldado ha muerto oscuro y desconocido; al pensar sobre todo en su madre que le llora, y aun al ver los cadáveres enemigos que junto á él estaban, recordé que tambien ellos la tendrían.

Nuestras pérdidas, sin embargo, no habian sido muy considerables relativamente á la duracion é importancia del combate: teníamos unos 200 heridos, todos los cuales habian sido curados en el campo por los oficiales de Sanidad de los regimientos y de las planas mayores. En seguida se trasladaron á la Aduana, donde se habia establecido un hospital de segunda línea, en el cual se rectificaban y completaban las curas, y concluida la accion, dos vaporcitos remolcadores, el *Tarraconense* y el *Bulldog*, que por su corto calado, de pié y medio tan solo, se habian traído para el servicio de la ría, tomaron en la misma Aduana á los heridos y los trasbordaron al vapor *Torino*. En este buque-hospital se les continuó prodigando la asistencia necesaria, y al dia siguiente salió á dejarlos en Algeciras. Además, unos cuantos heridos habian pasado en botes al vapor hospital *Cataluña*, y recibieron en él los socorros de la ciencia.

Dos dias despues tuve ocasion de visitar á uno de los prisioneros que habíamos hecho en este glorioso combate: llamábase Eliú-Said y era hijo del Algaid-Mohamed-ben-Jmad, jefe

de caballería. Mi amigo Ferrer le curaba una ligera herida que tenia, y con este motivo subimos ambos una mañana al reducido aposento que en el fuerte Martin ocupaba este prisionero. Era un jóven en cuyo semblante apenas apuntaba el bozo de un ligero bigote; su mirada era dulce, redondeadas sus facciones, ovalado el rostro, y la nariz solo tenia de aguileña lo indispensable para caracterizar su raza; pero lo más notable de este semblante, lo que más simpático le hacia, era la expresion de modestia y castidad que en él dominaban: era la timidez de la doncella reunida á la fuerza del guerrero.

Estaba sentado sobre una estera y envuelto en los pliegues de su blanco albornoz, que tanta nobleza dá á las figuras árabes: al decirle Ferrer que yo tambien era *tubibb* (médico), puso su mano sobre el pecho y luego en sus labios; yo le tendí la mia, y sentándome en el suelo entablamos muy pronto una animada conversacion mímica.

Desde luego comprendí que este moro era muy superior en educacion á los que hasta entences habia visto. Ofendíase de que creyéramos que los soldados de Muley-el-Abbás cortaban las cabezas á los heridos, diciendo que eso se quedaba para los bárbaros de Ányara; pero hizo el diablo que al hojear poco despues mi album se detuviera el buen Eliú muy regocijado al encontrar una vista del boquete de Ányara, que al punto reconoció con la mayor sencillez, y no pudimos menos de comprender, y decírselo, que tambien él habia estado con *aquellos bárbaros*.

Concluida nuestra cura y conversacion, le regalé una vista de un vapor (*scaff*) que le habia gustado mucho, y guardó luego en el libro de oraciones que traia en un saquito pendiente de la cintura: volvió á llevar sus manos al pecho y labios: nos despedimos diciéndonos *salá malicú* (la paz con-

tigo), y salí del fuerte haciendo votos por que esa raza tan robusta y tan hermosa llegára pronto á recibir la luz de la civilizacion y del cristianismo que le llevaban nuestras banderas.

En la tarde del 3 de Febrero tuve ocasion de presenciar otra escena que me conmovió hondamente. Estaban saltando á tierra los voluntarios catalanes: su robusto aspecto, su enérgica actitud, su pintoresco traje, llamaban la atencion de todos. Yo consideraba al fijar allí mis ojos en aquellos gorros frigos, símbolo en otro tiempo de nuestras discordias, unidos hoy á los rosos, y muy pronto á las boinas, la hermosa fusion de opiniones que esta guerra habia proporcionado al país, y me felicitaba al ver reunidas para la gloria de España aquellas fuerzas que con fiero encono desgarraban antes sus entrañas.

Mientras tanto habían formado los tercios en la playa, y el General Prim, á caballo, los arengaba en su enérgica lengua, y electrizaba sus ánimos con el recuerdo de lo que hicieron los Almogabares en Oriente. Entonces me creí transportado á un campamento de la antigua Roma, y creí oír á un Procónsul arengando á las cohortes; porque esta escena entre un público militar, en un país conquistado, con un campo enemigo al frente y con la esperanza del tremendo combate para el dia siguiente preparado, adquiria todas las condiciones que á lo bello hacen sublime.

La órden general de este dia nos habia hecho saber que al inmediato era preciso ir á buscar al enemigo en sus campamentos atrincherados y artillados. Disponíanse los grandes aprestos que empresa de tamaña importancia requeria, y no eran pocos los que hacia el cuerpo de Sanidad, previendo que el éxito indudable de esta jornada habria de com-

prarse á gran costa de nuestras tropas. Yo volví; en virtud de esto, á mi buque-hospital, al que tocaba esta vez el primer turno, y todos aguardamos con ánsia que amaneciera ese dia que iba á decidir la suerte de la campaña.

CAPITULO VII.

El 4 de Febrero.—Otro Levante.—Gran batalla.—El servicio sanitario.—Rasgos de algunos médicos.—Una amputacion sobre el campo.—*La España Médica y el Medical Times*.—Calma el tiempo.—La barra del rio Martín.—Tetuán se rinde.—Las huertas.—Una ciudad saqueada.—Nobleza de nuestros soldados.—Los hebreos y los moros.—Sangriento misterio.—Embárcanse los heridos.—El cólera á bordo.—Arribo á Cádiz.—Trasbordo de los heridos.—La gratitud del soldado.—Entusiasmo popular.—Regreso á Tetuán.—Adiós al mar.

Amaneció el memorable dia 4 de Febrero: el sol que más tarde habia de alumbrar tantas proezas, estaba cubierto de densos nubarrones: la niebla envolvía con su manto la ciudad y los campamentos enemigos: la mar estaba alborotada y el terrible viento de Levante, empezaba á balancear las jarcias de la escuadra. Las tropas españolas habian ya levantado sus tiendas, y formadas en batalla aguardaban las órdenes de su jefe.

En medio de aquel sombrío aspecto de la naturaleza y en aquella espectacion muda y solemne, ¡quién podia dejar de pensar en que aquel dia, muchos de sus compañeros, de sus amigos, iban á dejar de existir! ¡Quién no veía al través de su fantasía al ángel de la muerte, ir marcando con signo fatál las frentes de sus predestinados! ¡Quién, en lo ín-

timo de su alma, podia comprimir la idea de si tambien él pertenecería al número de estos !

Y no se crea, sin embargo , que estos pensamientos pudieran influir desfavorablemente en el valor de nuestros guerreros; antes bien, llevando al ánimo las impresiones religiosas, les daban el valor sereno y concienzudo del cristiano, que ha vencido siempre al ímpetu físico y feróz del salvaje.

Ya que en aquel gran dia no me era posible acompañar á nuestras tropas en la empresa colosal que acometian, esperaba, cuando menos, ser testigo de su heroismo , y poder al mismo tiempo que ellas aclamar el triunfo; pero aun esta satisfaccion me fué vedada. El Levante malhadado nos sofocaba con su aliento, y mientras el ejército español rompía su marcha en busca del enemigo, todos los buques de la escuadra dejaban las aguas de Tetuán , para ir en demanda de algun puerto. El ejército de África, como el de Hernan Cortés, se encontró con que habia quemado sus naves. Lleno de dolor hube de ir yo tambien dando tumbos con el *Barcelona*, hasta encontrar un refugio tras del Peñon de Gibraltar, y al revés de Luis XIV que en el paso del Rhin

«se plaint de sa grandeur qui l'attache au rivage,» maldecia yo mi pequeñez, que así me ataba á las tablas de un buque en tan solemnes circunstancias.

No pude, pues, ser testigo de aquella gloriosa jornada, en que se vieron renovadas las de las Navas y el Salado; no pude ver cómo el valor y la estrategia de unos cuantos españoles rompieron, desbarataron, deshicieron y pusieron en desordenada y afrentosa fuga los grandes ejércitos del Imperio de Marruecos, acaudillados por dos hijos del Profeta. No pude presenciar aquellos ordenados movimientos de

las tropas, aquel cañoneo colosal, ni aquella carga universal, frenética, entusiasta, fulminante, que en treinta y dos minutos, arrollándolo todo, nos hizo dueños de cinco campamentos con sus trincheras artilladas, sus tiendas y cuanto en ellos se contenía. Si el actual emperador de Marruecos cree que en Isly no le vencieron los franceses, sino una legión de *djenuns* (diablos) que con traje de tales le asaltaron, ¡qué podrán decir sus hermanos de esta jornada, que oscurece las glorias de aquella!

Todos los que componían el ejército español fueron héroes aquel día, y en este número se cuentan los oficiales de Sanidad, que tantas muestras dieron allí de que reúnen, como decía el duque de Orleans, la serenidad del sábio al valor del soldado. Todos los oficiales médicos de los cuerpos acompañaron á sus batallones al asalto, curando á los heridos apenas caían; los médicos de brigada llevaban sus hospitales de sangre ó ambulancias detrás de la línea de combate, y el hospital de tercera línea, establecido en la Aduana, recojía á los heridos durante las dos primeras posiciones de la batalla. Al verificarse la tercera, que fué la más empeñada y sangrienta, ya aquel estaba demasiado lejos, y el Médico en jefe mandó instalar otro en una de las casas de campo próximas á la trinchera del campamento de Sidi-Ahmet, que se llamó la *Casa Blanca*, aunque todas allí lo eran. Así fueron asistidos con el mayor orden y oportunidad, los 500 heridos que tuvo el ejército, sin que á pesar de ser tal su número, se notara la menor falta de recursos ó asistencia sanitaria.

Muchos rasgos de denuedo se vieron en los médicos del ejército: el que lo era en jefe D. Leon Anél, estaba postrado en su tienda y mal convallecido del cólera; pero encon-

trando en el férreo temple de su espíritu las fuerzas que á su cuerpo faltaban, dejó el lecho, para que sus asistentes le montáran sobre su caballo, y permaneció todo el día al lado del General en Jefe, dictando las disposiciones oportunas para la mejor asistencia de los heridos. El ayudante médico Ferrer, que acompañaba al General García, fué uno de los primeros que con este jefe entraron, sable en mano, por las trincheras del campamento bajo. El primer Médico del Cuartel General, Sr. Bernard y Tabuena, tuvo herido su caballo; y médico era también, aunque no iba con carácter de tal, el desgraciado Sr. D. Pantaleon Ulibarri, Correo de gabinete, á quien una bala en el cráneo, dejó sin vida en los momentos mismos en que nuestra bandera ondeaba triunfante en lo alto de la torre de Djilali.

También fué en este día cuando tuvo lugar uno de esos sucesos en que más grandiosa aparece la medicina militar; en que más campean las cualidades del valor y la sangre fría que han de reunir sus adeptos: ese día hubo que practicar una grande operación quirúrgica entre el fragor de la batalla: era la primera que en esta guerra ocurría con tales condiciones, y cupo la gloria de ejecutarla felizmente á mi querido amigo el Sr. D. Cesáreo Losada, ayudante médico del Cuartel General. Cuando se instalaba el hospital de sangre en la *Casa Blanca*, se le presentó Vicente Martal, soldado de la 8.ª compañía del batallón Cazadores de Chiclana, con una herida de bala en el brazo derecho, acompañada de fractura conminuta del húmero y considerable hemorragia: reconocida en consulta con los primeros Médicos Sres. Sanjurjo y Bernard, la necesidad absoluta de la amputación, procedió el Sr. Losada á practicarla por el tercio superior, con la destreza que ya tenía acreditada en el hospital de Madrid.

Es digno de notarse, á propósito de este hecho, que habiendo la redaccion de la *España Médica* ofrecido regalar una caja de amputacion al primer oficial de Sanidad, que en esta campaña tuviera ocasion de practicar una amputacion de miembro ó ligadura sobre el campo de batalla ó en los hospitales de sangre, dedicó el *Medical Times* un artículo á lamentar las piernas y brazos que se iban á sacrificar por los médicos españoles al afan de ganar la tal caja; buena prueba, como decia *La España*, de que en Inglaterra no hubiera sido prudente hacer este ofrecimiento. Pero los cirujanos militares españoles confirmaron en esta ocasion la noble fama de mesurados y sensatos de que gozan, y por más que todos deseáran señalarse obteniendo la honorífica recompensa que heinos mencionado, ninguno creyó encontrar la oportunidad de hacerlo, hasta que en esta, que fué una de las últimas batallas de la campaña, se presentó este caso con una indicacion indisputable de amputar sin demora.

En la tarde del día 5 vino á alborozar nuestros ánimos la noticia del triunfo que el ejército habia alcanzado, y aunque la mar estaba mala, todavía salió el *Barcelona* con el vapor de S. M., *Vulcano*, donde iba el Almirante Bustillos para las aguas de Tetuán, con objeto de procurar el embarque de los heridos que estaban reunidos en el edificio de la Aduana, convertido en hospital provisional.

La rada de Tetuán ofrecia á mis ojos una perspectiva nueva: sus aguas desiertas no sostenian más buques que los dos que estaban dando fondo: la marejada proseguia impetuosa y la barra del rio Martin presentaba una vista amenazadora. La playa donde habia estado el campamento se hallaba solitaria, y solo en el fuerte Martin se veian algunos soldados. El alto silencio, interrumpido solo por la im-

nente voz del mar embravecido, hacia más solemne aquella escena.

Miró el capitán á la barra, y al verla dijo que no podía en conciencia mandar á nadie á salvarla, pues tal empresa era de muy dudoso éxito. Sin embargo, el Sr. Perez, oficial tercero del *Barcelona*, se brindó á intentarla y yo á acompañarle. Escojiéronse cuatro remeros de los más robustos, y se echó el bote al mar. Poco despues estábamos ya en la barra, y á fé que al ver su aspecto, á pesar de mis ardientes deseos de saltar en tierra, casi me arrepentí de haberme comprometido en tan arriesgada aventura.

Grandes murallas de agua ambulantes formaban un laberinto, en cuyo centro se balanceaba nuestra débil barquilla; unas veces huíamos á todo remo de una de esas moles de agua que venian sobre nosotros, otras nos deslizábamos como saetas en la cumbre de una ola, para venir de repente á caer de plano cuando aquella se desplomaba deshaciéndose en espuma. Empezamos á desembarazarnos del sable y de las ropas, para estar dispuestos á salir á nado; pero mientras tanto regia el Sr. Perez el timon con una destreza admirable, oponiendo siempre la popa á las olas, y los remeros cubiertos de sudor luchaban con el mar: gracias á la habilidad de aquel y la energía de estos, salimos incólumes de aquellas líquidas termópilas, y empezó á deslizarse nuestra barca por las aguas tranquilas del Guad-al-Jelú. Estos trabajos y esta osadía iban á encontrar una recompensa que nos las hiciera dar por muy bien empleadas.

No solo se habian conquistado los campamentos enemigos en la batalla del 4, sino que tambien la ciudad de Tetuán iba á ser otro trofeo más de esa gran victoria: sus moradores, abandonados por los hermanos del Emperador, ha-

bian solicitado la clemencia de los cristianos vencedores, y á la hora en que yo pisaba la playa, Tetuán se rendia á discrecion. Mis ojos se clavaron en lo alto de la blanca Alcazaba, y pronto pude ver con lágrimas de entusiasmo y gozo, aparecer allí el orillama español. (Despues supe que aquella bandera era la del regimiento de Zaragoza).

Sin reparar en la distancia, ni en que estaba á pié, eché á correr hácia Tetuán, ansioso de disfrutar las primicias de esta nueva conquista, y despues de trasponer la Aduana, atravesar los puentes del Alcántara y recorrer las llanuras por donde habia andado el dia 31, llegué á las trincheras del que habia sido campamento de Muley-Ahmet. Aun estaba allí la tierra escarbada por las granadas y balas rasas: allí estaba aun teñido de sangre el pantano que atravesaron los bravos cazadores de Alba de Tormes y los voluntarios catalanes al asaltar la trinchera: allí estaban los 8 cañones enemigos: allí estaban sus tiendas blancas con arabescos azules que hoy son nuestras: allí veía, en fin, todos los gloriosos trofeos de nuestras armas.

Estaba ya en las huertas de Tetuán y tomé el camino que por entre ellas guia á la ciudad, y que por cierto presentaba el aspecto más pintoresco, encerrado entre vallados de elevadas cañas, sobre las cuales asomaban sus verdes hojas los naranjos y los limoneros: aquí encontraba un ameno bosquecillo, en medio del cual se destacaba una blanca casita de campo; allá un pozo; acullá una fuente bajo un elegante kiosko, que brindaba á combatir con su fresca los ardientes rayos del sol de África; y otra vez huertas y otra vez casitas, hasta que al cabo me encontré en una calzada y apareció de lleno ante mi vista la deseada ciudad, la ciudad santa del Imperio Moghrabí. A la derecha se alzaba una

colina llena de sepulcros blanqueados, como aquellos de que nos habla el Evangelio; allí salieron tres hebreos aclamándonos con el grito de ¡viva la Reina! y poco después penetraba en la ciudad por el arco de herradura que ellos llamaban *Bab-el-Okla*, y nosotros puerta de la Victoria.

¡Pero qué espectáculo tan desolador fué el que entonces se ofreció á mi vista! El entusiasmo del triunfo hubo de ceder el lugar á la compasión, al ver que aquella desgraciada ciudad había sido saqueada y talada, en el furor de la derrota, por los mismos que no habían sabido defenderla. Todas aquellas calles angostas y solitarias estaban sembradas de ropas y papeles, de muebles rotos y de arcas abiertas; todas las casas tenían sus puertas descerrajadas á achazos, todas las tiendas estaban robadas, con las puertas fuera de sus goznes: en medio de tal destrozo algunos cadáveres concluían de dar á este cuadro todo el horror que llevaban consigo los desastres de la guerra en las épocas más bárbaras de la historia. ¿Estos desgraciados serían heridos del día 4, que habían podido arrastrar su agonía hasta las calles de Tetuán, ó habían sido víctimas de los desórdenes del nefando saqueo que allí revelaba todo? No lo sé; pero uno de esos cadáveres me impresionó vivamente, porque era el de un verdadero Goliat; no he visto jamás hombre tan fornido y colosal; llevábanle entre cuatro judíos, y me pareció ver en esto una alegoría del poder brutal del islamismo que salía de aquella ciudad, para dejar paso á los soldados de la civilización.

¡Bien merecen ese nombre los nuestros! Si grandes los había visto en el combate, más grandes los ví en el triunfo: ni un desmán, ni un atropello cometieron, antes por el contrario, animados por el fuego de la caridad, los que ha-

bian aterrado á la Guardia negra, entraron en Tetuán socorriendo el hambre de los sitiados con la racion de galleta, que era cuanto llevaban en sus mochilas para su sustento. ¡Oh, no hay palabras con que elogiar á los soldados españoles! Y no se diga que fué hija de la falta de cebo tan laudable conducta: poco quedaba que saquear; pero á ese poco no tocó nadie; más ocasion incentiva habia para licencia y escesos de otra clase, y sin embargo, ni un solo soldado llegó siquiera á intentarlos.

La poblacion hebrea salia por todas partes con obsequiosa solicitud á saludar á los españoles: hombres, mujeres y niños, cubiertos de harapos, nos referian conmovidos las horribles escenas que la vispera habian sufrido ó presenciado, y nos acogian como á sus salvadores: y ¡cómo no nos habian de inspirar una compasion profunda, si además de ver en su color y en su rostro la raza europea, oíamos de sus lábios con sorpresa indecible la armoniosa lengua de Castilla, tal como la hablaban nuestros mayores! Eran hijos de los judíos españoles que la intolerancia arrojára en otro tiempo de nuestro suelo, y á pesar del transcurso de los siglos y la distancia, habian conservado piadosamente ese idioma de una en otra generacion, vivo recuerdo de su antigua pátria.

El traje de los hebreos era más ceñido que el de los moros; no usaban las blancas vestiduras flotantes que caracterizan á estos: su *tarbuk* (gorro) era negro y no rojo: vestian una especie de bata de paño, y los rabinos cubrian su cabeza con un velo morado. Las mujeres usaban un traje muy parecido al de las jitanas de Andalucía; pero observé, sobre todo en los muchachos, que están bastante sujetos á las enfermedades de la piel, pues ví á muchos afectados de

tiña. No sucede otro tanto en los moros, y esto me probó que habia sido Mahoma entendido higienista al imponerles como precepto, las repetidas y minuciosas abluciones.

Busqué por todas partes á la poblacion musulmana y apenas si la encontré, pues en su mayor parte habia abandonado sus hogares, huyendo al interior: solo habian quedado los argelinos que, más conocedores del carácter europeo, sabian la generosidad con que usan los cristianos de la victoria, y algunos ancianos musulmanes, de plateada barba, que envueltos en su blanco albornoz y coronados con el turbante, estaban sentados en las calles, viendo pasar las oleadas de *giaurs* (infeles) que invadian la Ciudad santa. En su rostro sereno é inmutable no se pintaba el menor movimiento de sorpresa; silenciosos cual otras tantas estátuas del fatalismo, contentábanse con mirar al cielo, pronunciando la fórmula de la resignacion más absoluta, *estaba escrito*.

No me cansaba de recorrer aquellas calles tan angostas y tortuosas, aquella plaza del *Zoco* tan abrasada, aquella *Alcaiceria*, de cuyos tenduchos saqueados se ésparcia por la atmósfera el aroma penetrante de la canela y especias que allá se vendian. Visitaba las mezquitas y los *marabuts* (ermitas) tan numerosos en esta ciudad, donde entre los arcos de heradura y el emblemático arcon que simboliza la *Kaaba*, daban todavía sus postrimeros trémulos fulgores las lámparas encendidas por algun piadoso santón. Al contemplar en todo lo que á mi vista se presentaba, aquella arquitectura arábiga, aquellos trajes orientales, aquella civilizacion tan primitiva, al ver como presente y vivo todo aquello que no conocia, sino en las ruinas que nos habia dejado la edad media, sentia una emocion desconocida; no sé si creía ver un pueblo

de mómias resucitadas, ó si me creía yo transportado allá, á siglos muy pasados.

Pero aun me faltaba presenciar otra escena que concluyera de hacerme ver los horrores que habian caido sobre esta desolada poblacion. Al penetrar en una casa que conjeturaba estuviera desierta, como todas las que hasta entonces habia visto, llamó de repente mi atencion una persona que se encontraba tendida en una cama, ó mejor tablado, que hay en todas las habitaciones; era una mujer que apenas tendria 25 años, su rostro algo enjuto, su nariz aguileña, su cabellera negra como el ala del cuervo, y más que todo su color moreno mate algo bronceado, no me dejaban duda de que era mora. Pero el brillo febril de sus grandes ojos que con la mirada fija en el cielo, parecian no apercibirse de mi presencia, la contraccion que oprimia sus lábios y se retrataba en todas sus facciones, me dieron á conocer que estaba enferma. Toméla el pulso y lo encontré pequeño, irregular, nervioso: dijela entonces en árabe, que yo era médico, *ana tubibb*, y pareció oirme; pero la débil ráfaga de razon que iluminó su rostro, se apagó al instante para volver en seguida á su anterior inmovilidad: aquella pobre mujer estaba sufriendo un terrible paroxismo nervioso, cuya terminacion podia ser fatal.

Miré al aposento buscando algo con que socorrer á la enferma, y entonces eché de ver que en el suelo habia grandes manchas de sangre, cuyo rastro seguia por la escalera hasta el patio: era indudable que la casa en que yo me hallaba, habia sido teatro de alguna horrible escena que habia dado al traste con la razon de aquella desgraciada. ¿Habia visto morir á su marido, á su padre ó á su hermano? ¿Seria aquella sangre de alguno que, herido el dia 4 pudo ar-

rastrarse hasta su casa, ó se habria cometido algun crimen por la abandonada soldadesca árabe? ¡Misterio es este que nadie me podrá revelar: yo salí de aquella casa para indicar á la guardia civil lo que habia visto: trasladóse segun me informé aquella desgraciada al hospital y en él murió!

La proximidad de la noche me obligó á salir de Tetuán, aunque todavia mi curiosidad sobrescitada no estuviera satisfecha, y me volví á bordo con la mente llena de los espectáculos y de las emociones que habia tenido en este memorable dia, tan glorioso para la madre patria.

El dia 7 la mar estaba ya en calma y los vaporcitos remolcadores pudieron trasladar á los heridos, del hospital de la Aduana á los flotantes: con ellos se llenaron el *Torino* y el *Barcelona*, y aun creo que quedaron cincuenta para el *Ville de Lyon*. Me encontraba, pues, por la tarde con 190 heridos á bordo: nunca se habia visto el buque tan atestado, pues no quedaba vacante ni una litera, y con esta triste y preciosa carga hizo rumbo aquella noche para Cádiz, pasando así por delante de Tánger los vencedores de Tetuán.

En este viaje no se me presentaba ocasion de ejecutar tantas operaciones como en los anteriores, pues ya en el hospital de la Aduana se habian verificado todas las que reclamaban una indicacion inmediata, y mi encargo se hubiera reducido á hacer algunas curas y mudar algunos apósitos, si una imponente circunstancia no hubiera venido á hacerle más penoso. Gran parte de mis heridos pertenecian á los tercios catalanes; que habian preferido venir á este hospital atraídos por el nombre del vapor, *Barcelona*: estos bravos habian desembarcado el dia 3, habian sido heridos el 4 y se embarcaban el 7; pero habian bastado estos cuatro dias de permanencia en África para que tambien ellos pagá-

ran á la influencia colérica el doloroso tributo que habia exigido de cuantas tropas habian pisado aquel suelo cruel.

Al pasar mi primera visita á los heridos, tuve el dolor de ver que unos veinte de ellos estaban atacados de la formidable epidemia: catalanes eran casi todos; pero habia sin embargo, en este número, algunos de la infantería de línea. Se repetian, pues, para mí las desgarradoras inquietudes que hube de devorar ántes en el vapor *Cid*, y se repetian más acerbas, por cuanto aquí no me era posible aislar á esos desgraciados como allí lo habia hecho: no pude hacer más, sino dedicarme con marcada preferencia al auxilio de estos infelices; luchar sin aflojar un instante con aquel mal terrible, y procurar por todos los medios posibles una reaccion.

Aunque mis estudios particulares acerca del cólera me dan la conviccion de que no es contagioso, como esta opinion se encuentra aun en minoría en el mundo médico, vigilaba yo sobre todo á los demás heridos amontonados en aquellas salas, temeroso de percibir en ellos algun sintoma de la propagacion de esta enfermedad, que en tal caso pudiera haber producido á bordo de aquel buque una catástrofe espantosa, á cuya sola idea se me erizaban los cabellos; pero felizmente no fué así, ni hubo más invadidos que los que ya lo estaban al entrar en el sollado.

En aquella azarosa noche seis de estos desgraciados dieron su alma á Dios, y sus cadáveres depositados en el castillo de popa, y cubiertos con un toldo fueron á recibir en España cristiana sepultura. Solo pudo templarse el dolor que me causó tan considerable pérdida, al ver reaccionados y en bastante buen estado á los demás invadidos, merced á los cuidados que se les prodigaban. Los practicantes que

tenia á mis órdenes, me ayudaron con el celo que ya en otras ocasiones habian acreditado , y tambien debo hacer mencion del Sr. Surroca que, aunque allá se encontraba en clase de pasajero, y sin obligacion de ningun género , se consagró, impulsado por su humanidad y patriotismo, al cuidado de sus desgraciados compatriotas.

En la mañana del 8 dimos fondo en la bahía de Cádiz ; pero el *Torino* habia llegado antes que nosotros, y con los heridos que habia traído estaban casi llenos los hospitales de esta ciudad : se dispuso , pues, que los míos continuáran su viaje á Sevilla , y con este objeto vino á tomarlos el vapor *Rápido*, con un profesor civil que los asistiera en la travesía.

Al recibir esta orden hice presente á la autoridad superior militar, que algunos de mis enfermos no se hallaban en estado de poder continuar el viaje, antes por el contrario, necesitaban verse cuanto antes en la cama de un hospital ; tuve el gusto de que esta observacion fuera atendida , dejándose á mi discrecion el designar los que debian quedar allá, y de esta manera los que iban reaccionados del cólera pudieron ingresar en los hospitales de Cádiz, además de los señores oficiales que tambien lo habian solicitado.

Arreglado esto, hubo que proceder á la trabajosa operacion del transbordo de los heridos : atracado el *Rápido* á nuestro costado, los íbamos sacando por la escotilla, tendidos en sus camillas ; esta operacion se hacia izándolos por medio de una cámbria, y era preciso que yo la dirigiera personalmente, para evitar á los heridos y fracturados los roces y choques que tan molestos y perjudiciales pudieran serles, así que no podia menos de invertirse bastante tiempo en esta operacion : con todo, por la tarde quedó comple-

tamente terminada, y yo libre de la inmensa responsabilidad que sobre mí pesaba.

Nunca se borrarán de mi memoria las afectuosas pruebas de gratitud que al salir del buque me dieron algunos de los heridos, porque son para el corazón del Médico, el bálsamo que templó los sinsabores añejos á su profesion, y su más dulce recompensa. Nadie en este punto igualará tampoco á los soldados españoles; su espíritu sencillo y no viciado por los refinamientos de la falsa civilizacion, abriga siempre grandes sentimientos y no hay gratitud que pueda compararse con la que ellos sienten por el menor beneficio que reciban. Otras misiones más brillantes que la del Médico hay en el ejército, lo son casi todas; pero ninguna proporciona á los suyos la purísima é inefable satisfaccion que inunda el corazón del hijo de Esculapio, cuando el guerrero que ha conservado á la patria le llama *padre*, y quiere en la efusion de su gratitud besar las manos que le han curado. ¡Oh que mision tan noble y tan grandiosa es la nuestra! Cuando así la considero, cuando miro los altos deberes que nos impone, no puedo menos de preguntarme si he sabido llenarlos; si he dedicado á su cumplimiento toda la abnegacion, toda la energía, toda la actividad que ella requiere, que las madres españolas esperan, que el soldado merece!...

Mientras permanecíamos en la bahía ocupados de este modo, la ciudad de Cádiz presentaba un aire de fiesta; en las torres y en los miradores ondeaban mil banderas, las campanas, cuyo sonido habíamos olvidado en África, vibraban bulliciosas en el viento, mientras á intervalos regulares el solemne estampido del cañon, cien veces repetido, saludaba la gran victoria que consiguieran nuestras armas. Al anochecer salté en tierra y pude ver á un pueblo tras-

portado de gozo y alegría, que olvidando sus discordias se entregaba al entusiasmo que le inspiraban las glorias de la patria.

Y cuando poco después asistía á la función oficial que se celebraba en el teatro, contemplando á la luz esplendente del gas, el brillo de los prendidos y aderezos de las damas, al oír el crujido del raso y la seda de sus vestidos, al ver los aéreos encajes que rodeaban sus mórbidos brazos, que reclinados sobre el terciopelo del antepecho de un palco, sostenían unos gemelos de nácar, ó un ramillete de flores, al ver en mi derredor todos los adelantos de la vida civilizada, al disponer de todos sus refinamientos, al volver á respirar esa atmósfera artificial, pero deleitosa del mundo elegante, perfumada por el triple aroma del arte, del lujo y de la belleza; vida que yo había casi olvidado en la ruda de campaña; atmósfera casi nueva; mundo casi perdido, donde yo me sentía advenedizo, y que contemplaba con la sencilla curiosidad de un hombre de la naturaleza, del indio trasladado á los salones de Versalles desde los bosques del Niágara; al contemplar todo esto, no podía menos de preguntarme á mi mismo si eran verdad ó ensueño, las escenas terribles que en los dos días anteriores me habían conmovido, si realmente había recorrido las calles silenciosas y las casas abandonadas de una ciudad talada por los furios de Marte; si realmente había atravesado los mares en un buque donde las Parcas invisibles venían entre nosotros: y al retratarse á un tiempo en mi mente con enérgico contraste, escenas tan horribles al lado de otras tan plácidas, al mezclarse en mis oídos los gritos del dolor y los ayes de la agonía con los cánticos alegres y las corteses lisonjas murmuradas á media voz al reflejarse en mis ojos los trajes desgarrados de nues-

tro ejército y los elegantes de las damas de Cádiz, no podía menos de absorberme en mil extrañas reflexiones, con cuyo pesado relato no debo fatigar á mis lectores.

El día 10 saludaba desde el mar por última vez á la hermosa Gades, para regresar á Tetuán. Las salas de enfermos del *Barcelona* iban ahora convertidas en almacenes de pólvora, y remolcábamos además una goleta con el mismo cargamento. Venían de pasaje algunos oficiales y entre ellos mi amigo el primer ayudante médico San Juan, que destinado al ejército de Filipinas, queria aprovechar el tiempo que habia de pasar esperando embarque, prestando sus servicios en el ejército de África.

Los marinos daban vueltas á proa para levantar el ancla entonando su melancólico canto; se habian izado ya los botes y la escala; el timonel estaba agarrado á la rueda del timon con la vista fija en la bitácora y el oido atento á las órdenes del Capitan; la chimenea empezaba á lanzar la espesa nube del coke, mientras la válvula daba salida al blanco vapor entre silvidos; un momento despues aquella máquina se estremeció y recostado en la borda, pude contemplar una vez más á las olas del mar agitarse á los golpes del hélice, rompiéndose en círculos de blanca espuma que mezclada al verde esmeralda del mar, le asemejaba á una masa colosal de malaquita.

Pude seguir los caprichosos giros de las blancas gaviotas, mensajeras de la tierra, que cruzaban en ráudo vuelo, mojando en las ondas saladas las puntas de sus alas, y mis ojos se maravillaban al contemplar la prodigiosa agilidad de un rebaño de delfines, que navegando de conserva con nuestro buque, luchaban con él en velocidad: alegres y juguetones estos habitantes del líquido elemento, parecian compla-

cerse en hacer ante nosotros alarde de su destreza, saltando en la espumosa estela que trazaba la quilla, y mostrándonos ora el azul sombrío de su espalda, ora los plateados reflejos de su vientre; y subía de punto el interés con que los mirábamos, al oír de boca del *nostramo* de á bordo la afeccion que los marinos les profesan, teniéndoles por amigos suyos, fundada en las leyendas de los delfines que han salvado á algun hombre caído al mar, luchando con el tiburón que se aprestaba á devorarle, ó de los que desempeñando una obra de misericordia, han ido empujando hasta la playa el cadáver de algun náufrago que flotaba en alta mar.

Íbamos surcando las aguas del Occéano, y yo presentia que era aquel el último viaje que habia de hacer en el hospital flotante, en aquella nave que en las costas del África, habia estado prestando el servicio que en tiempo de las Cruzadas hacian en las de Siria las negras galeras de la hospitalaria orden de Malta; iba á dejar de prestar mis auxilios á los heridos, en aquel buque donde tantos habia tenido á mi cuidado: iba á dejar el mar, ese elemento cuya inconstancia tantas veces me habia contrariado; pero como no hay para mí separacion que no sea penosa, le miraba entonces con cierta impresion de tristeza, que bañaba mi alma en dulce melancolía.

Reclinado sobre el alcázar de popa donde tanto habia meditado, recorrian mis ojos aquella oscura superficie envuelta en la neblina crepuscular, donde corrian como rebaños de blancos carneros los penachos de espuma que coronaban las ondas: y queriendo sumerjir mis miradas en el pié-lago profundo, venian á mi memoria las poéticas creaciones con que le pobló la mitología griega, y parecíame ver entre sus abismos de esmeralda á los tritones que, caballeros en sus

hypocampos, hacían resonar el eco de las vocinas; á las graciosas Nereidas reclinadas en la nacarada concha donde nacen las perlas; y hasta en los murmullos del agua creía escuchar el dulce coro de las Ninfas Oceánides, hijas innumerable de la fecunda Thétis, que salían de las ondas sacudiendo en rocío de perlas la humedad de sus verdes alas, para volar á las cumbres del Caúcaso, deseosas de dar algun consuelo á las torturas de Prometeo encadenado.

Pensaba que el mar ha sido siempre el camino de la civilizacion, y que por sus sendas siempre borradas, se han verificado esas grandes emigraciones que han cambiado la faz de la humanidad; y veía pasar en mi fantasía al costado de mi buque las pesadas naves de los Fenicios, las galeas Cartaginesas, las triremes de los Romanos, las carabelas de Colón, los galeones del Turco y los navíos de España.

Recordaba todos los panoramas sosegados ó terribles, apacibles ó peligrosos que desde aquel buque habia contemplado, todos los cambios que en la fisonomía del mar habia sorprendido, placenteros unos dias, enojados otros, pero siempre sublimes; y al despedirme de él, aparecian á mis ojos más grandiosas que nunca sus brillantes magnificencias, y no podia menos de decirle con mi poeta favorito.

*Thou glorious mirror, where the Almighty's form
Glasses itself in tempests; in all time
Calm or convulsed—in breeze, or gale, or storm
Icing the pole, or in the torrid clime
Dark-heaving; —boundless. endless, and sublime—
The image of eternity —the trone
Of the Invisible; even from out thy ltime*

*The monsters of the deep are made; each zone
Obeys thee; thou goest forth, dread, fathomless alone (1)*

Entre tanto iba el *Barcelona* surcando, entre las tinieblas de la noche, las agitadas ondas del Estrecho, y á la mañana siguiente fondeaba otra vez en la rada de Tetuán, tan conocida yá para nosotros.

(1) ¡Oh, espejo glorioso donde la faz del Altísimo se refleja en la tempestad;! siempre, ora en calma, ora agitado, rizado por la brisa ó binchado por el huracan, helado en el polo, tenebroso en la tórrida zona; ilimitado, infinito, sublime; tú eres la imagen de la eternidad, trono del Invisible; de tu légamo se forman los mónstruos del abismo todas las regiones te obedecen. y tú marchas terrible, insondable y único.

(Biron; *Childe-Harold*, canto IV, estr. CLXXXIII.)

CAPITULO VIII.

Consagracion del primer templo católico en Tetuán.—Llegada de nuevos oficiales de Sanidad.—Su escasez en la Península.—Patriótica actitud del cuerpo de Sanidad.—Relevo del personal de los hospitales flotantes.—La casa de Mohamed Barischa.—Su descripcion.—El canto del Muezzim.—Un hebreo con el cólera.—Caridad de nuestros soldados.—Nueva fase de la campaña.—El campamento del Sur.—El campamento de las huertas de Tetuán.—Malas condiciones de esta ciudad.—La policia sanitaria.—Los hospitales de Tetuán.—La mezquita.—El hospital de los Moros.—la casa del Rey —El Consulado británico.—Los barracones de la Aduana.—El Mayor Vía.—Defectos administrativos.—Estado sanitario del ejército.

Llegué á Tetuán á tiempo de poder presenciar un suceso cuya sublimidad y grandeza no podia menos de conmover el corazon de los que á él asistieron , grabándole profundamente en su recuerdo. Era la inauguracion solemne del culto cristiano , cuyas magestuosas ceremonias se celebraban por primera vez en aquella tierra infiel ; y para eso iba á convertirse en templo católico la mezquita que habia en la gran plaza de Tetuán.

Todo concurrió para dar á este acto el esplendor que le correspondia ; el sol de África reverberaba sus rayos en las armas de las tropas que , formadas en masa , llenaban los ámbitos estensos de la plaza de España : al frente de ellas el General en Jefe, con su brillante estado mayor, estaba con

la espada desnuda, en religioso y marcial ademán: era celebrante el venerable jefe de los misioneros de Tánger, el malogrado P. Sabater, cuya elevada estatura, luenga barba y hábitos de capuchino, tan bien cuadraban al carácter de aquella desusada escena. ¡Cómo no creerse transportado á los tiempos en que nuestras antepasados, al conquistar las ciudades de Andalucía, consagraban al Señor como primicias de la victoria las mezquitas, que aun hoy son catedrales, en Toledo, en Córdoba y Granada!

Dos pueblos diversos, dos distintas religiones nos contemplaban entonces: los descendientes de Ismael, los sectarios de Mahoma, desde los ángulos de la plaza; los descendientes de Judá, los Mosaístas, coronando los terrados de las casas; y cuando llegó el momento augusto de la consagración, cuando á los ecos solemnes de la marcha real hincaron su rodilla los soldados españoles, rindiendo á la Magestad divina los hierros de sus banderas, sus bayonetas y sus espadas; cuando entre las nubes de incienso que subían lentamente por la serena atmósfera se elevó hasta el trono del Dios de los ejércitos la oración de diez mil guerreros que le daban gracias por las victorias que su diestra les había concedido, ¡oh! en aquel momento solemne, mahometanos y hebreos hubieron de esclamar que nadie sabía adorar al *Dios único* como le adoraban los cristianos.

Al día siguiente se repitió esta religiosa ceremonia, para rogar á Dios por el eterno descanso de los mártires que habían cimentado con su sangre las victorias que celebrábamos; de los que habían exhalado su postrer aliento con su última gota de sangre en los bosques de Anyara ó en las arenas de la costa, y de los que habían agonizado víctimas del cólera en los hospitales de Cádiz, muriendo,

como Moisés, sin haber logrado pisar la tierra prometida.

En estos dias llegaron de la Península nuevos oficiales de Sanidad para encargarse de los hospitales. No quedando ya en España sino un número muy reducido de primeros médicos, y estando ya servidas casi todas sus plazas por médicos civiles y por auxiliares, habia sido preciso á la Direccion General, disponer que pasáran al África los primeros ayudantes más antiguos que servian en los colegios militares y cuerpos sedentarios. A poco que las necesidades de la guerra aumentáran, veíase ya el dia en que no quedara en España un solo oficial de Sanidad; y sin embargo, todos se apresuraban á marchar al puesto que el honor les señalaba.

Nunca podrá elogiarse bastante la patriótica actitud que durante toda la campaña presentó este cuerpo, antes tan poco apreciado, y á quien se disputaba mezquinamente su carácter militar: no hubo uno solo que se escusára de ir allí, donde la humanidad y la patria le llamaban; todos recibieron por el telégrafo su orden de marcha, y todos se apresuraron á cumplimentarla con la mayor rapidez: todos trocaron contentos su traje de paisano por el uniforme de campaña, y renunciando á los goces de la familia, á la tranquilidad del hogar, á su clientela y á la posicion que su mérito científico les habia creado en la córte ó en las capitales de provincia, todos volaron á las costas de Andalucía.

Muchos de ellos eran ya de edad algo avanzada; la mayor parte habian quebrantado su salud en la guerra civil, prestando servicios cuyo agradecimiento no habian conocido; todos necesitaban hacer crecidos desembolsos para ponerse en pié de guerra, para adquirir caballo, etc.; y para todos el ir á campaña representaba, no solo la pérdida de

afecciones y comodidades que para todo militar trae, sino además una pérdida pecuniaria de su clientela abandonada, que solo él experimenta; pero nada de esto pudo entibiar el ardor santo de que, como españoles y militares, se sentían inflamados, y así el cuerpo de Sanidad puede tener la gloria, que tal vez no tendrán todos, de que *ni uno solo* de sus individuos faltara al llamamiento que en tan críticos instantes dirigía la patria á sus soldados.

Con la oportuna llegada de estos nuevos profesores, pudieron dotarse de una manera definitiva los hospitales flotantes y relevar á los que sacados de los cuarteles generales los habían estado sirviendo hasta entonces. Yo ví llegar por fin el deseado momento de poder dejar la vida de marino, para la cual me sentía cada vez con menos vocación, y el día 15 pude entregar la jefatura facultativa del vapor *Barcelona* al Sr. D. Miguel Gaspar: el Sr. Volart se encargó del *Ville de Lyon*, el Sr. Caballero del *Cataluña*, y del *Torino* el Sr. Alegret.

Despídime, pues, del Capitán y Oficiales del buque, del Contralor Sr. Ibañez, y de todos los demás empleados, á quienes consagro aquí un afectuoso recuerdo; diriji una mirada de adiós á aquel pequeño camarote y á aquellas tablas donde tantas y tan distintas emociones había sufrido, y seguido de un enfermero que llevaba mi exiguo equipaje, atravesé las llanuras de Tetuán para trasladar mis errantes penates á la ciudad morisca, donde iba á esperar el nuevo destino ó comisión que la suerte quisiera depararme.

Fuí directamente á pedir hospitalidad á mi antiguo Coronel, hoy Brigadier D. Narciso Ulibarri, quien me la dió tan amable y cumplida como suya, en la casa de Mohamed-Barischa, que desde el primer día ocupaba: tenía allí por

comensales al primer Médico D. Joaquin Usua y al Capitan Bote, hijo de un antiguo jefe de Sanidad; hallábanse tambien allí los Sres. Brigadieres Souza y Berruezo, que desde el Serrallo habian venido á hacer una escursion por esta ciudad.

Esta casa era una de las buenas, tal vez de las mejores de la ciudad, y aunque abandonada por sus moradores, habíase librado completamente de los estragos del saqueo: conservaba todo el mueblaje y efectos, pues aquellos en su fuga, que debió ser precipitada y súbita, solo habian podido llevarse sus valores y alhajas: allí encontró mi Coronel todo lo demás, y todo hasta las amplias provisiones de la despensa, se conservaron religiosamente intactas. Mohamed-Barischa era un rico comerciante, y habia reunido en su casa la mayor suma de lujo y comodidades que en aquel país se conocen, y creo que su descripcion no ha de carecer de interés para mis lectores, pues todas las casas de Tetuán están construidas bajo el mismo modelo, y sin otra variacion que la de sus dimensiones y la mayor ó menor riqueza de los adornos.

En un angosto y oscuro callejon sin salida, formado por paredones donde no se abria ni una sola ventana, se encontraba la puerta, baja y maciza, dominada por un torno de madera, á través de cuyos agujeros podia el moro suspicaz examinar al que llamaba á sus umbrales. No porque se abriera la puerta podian miradas estrañas profanar aquel doméstico santuario: era preciso atravesar un pequeño vestíbulo para encontrarse en el *alfagia*, patio cuadrado que forma el centro de la casa: su pavimento y las columnas que sostenian el balconcillo que corria por el piso principal, estaban revestidos de lustrosos azulejos: á cada lado

habia un grande arco de herradura que daba á un aposento, y toda la luz se recibia por la abertura superior del patio, cerrada por un enrejado de hierro, sobre el cual venian á posarse los pajarillos.

El grato murmullo de una fuente de dos caños que corria á un lado del patio, era lo único que turbaba el silencio de aquella mansion; así que al penetrar en ella, no podia menos de percibirse esa sensacion de calma y de misterio que se siente en los claústros.

Una estrecha y elevada escalera daba paso al piso principal y último de la casa, que tenia la misma disposicion que la planta baja: allí estaba el *harem*, que era para nosotros el salon. Su gran puerta de dos hojas tenia en cada una de ellas un postigo bajo, cortado, como todo, en arco de herradura, que daba entrada al salon largo y estrecho, *tarbea*, provisto de gruesas alfombras, y cuyas paredes estaban revestidas hasta vara y media de altura, por una tela de seda que á modo de tapicería colgaba de un friso de madera pintada, colocado á aquella altura. Constituian el principal adorno del testero de este salon, una docena de espejos antiguos con grandes marcos dorados, que ocupaban toda su longitud, hallándose el mayor en medio, y yendo los otros en disminucion por ambos lados: en lo alto de las paredes, blanqueadas con *algez* (yeso), habia unos lindos aparadores de madera pintada, donde se ostentaban algunas ricas vajillas de porcelana inglesa. A entrambos lados de la puerta habia unas ventanitas tambien en arco arábigo, notables por los delicados relieves (*ataurique*) que revestian sus maderas, y que tambien adornaban á los delgados solivos (*alfardas*) en que se apoya el techo. En ambos extremos del salon, dos arcos estalácticos (*cozs*) venian á formar

dos pequeñas alcobas, en una de las cuales se veía la cama de aparato provista de gran número de colchones, aunque sin ninguna sábana, y coronada por un suétuoso dosel de brocado, que terminaba en una pequeña cúpula con campanillas.

El mueblaje consistía en grandes arcones cubiertos de arabescos de oro y colores (*ataujia*), y en algunos de los cuales se veía de relieve la media luna y la estrella, que simbolizan la fe de sus moradores. No había sillas, pero sí cojines redondos de damasco ó de piel, y algunas mesillas de la misma forma, que parecían banquillos, y solo podían servir para sostener las tacitas microscópicas donde se tomaba el café; por último, algunos pebeteros de bronce venían á dar el sello de voluptuosidad á este lugar.

En lo alto de la casa había un terrado, rodeado por un pretil bastante alto, que es el único sitio donde pueden espaciar algo su vista las moras de buena familia, y por eso sin duda encontramos allí algunos tiestos de albahaca.

Tal era la casa del rico Mohamed-Barischa, tipo sin duda del *confort* musulmán. Cerca de allí estaba la gran mezquita, y cuando en la hora del *fedjer*, se abrían mis ojos para contemplar el espectáculo que me rodeaba, oía en el minarete vecino la voz del *muezzin* que llamaba á los creyentes á la oracion, recitando en una salmodia lenta y monotoná el *yafsa* ó sea los primeros versículos del Korán. Los soldados encontraban en aquél canto gran semejanza con la *caña* de Andalucía; y en efecto, la sencillez del acorde indefinidamente repetido, y la prolongacion trémula y estensa de las notas finales, que parecían ir á perderse en alas del viento, daban á conocer que la *caña* era también una armonía oriental y primitiva. Todo era árabe en derredor de mí,

y mi imaginacion se complacia al verse transportada á otra civilizacion que hasta entonces solo habia entrevisto en las brillantes descripciones de los poetas.

Durante los cinco dias que allí permanecí, tampoco me faltó ocasion de ver algunos enfermos de la ciudad: llamáronme para asistir á un hebreo, y al llegar á su casa, en el barrio de la Judería, pude ver que estos infelices viven hacinados en el recinto que los moros les han señalado, y designan con el nombre de *Melaj* (tierra maldita): en cada casucha habitan por lo general dos ó más familias, y como estas son tan numerosas, encontré el patio y la habitacion llenos de niños y mujeres desarrapados y súcios.

El enfermo se llamaba David-Ben-Minaya, y era natural de Fez: estaba atacado del cólera, y á los quejidos que los calambres le arrancaban habian entrado en la casa cuatro de nuestros soldados, quienes en vez de alejarse con el natural recelo que esta enfermedad inspira, se constituyeron desde luego en enfermeros suyos, poniéndose á hacerle friegas mientras uno iba á llamarme. Nada me estrañó en nuestros soldados tan generosa conducta; pero no pude menos de recordar allí la parábola del Samaritano.

Felizmente el mal se presentaba con una forma algo benigna; no habia gran frialdad, y merced á los medios empleados, al dia siguiente estaba fuera de cuidado. Los medicamentos se le habian facilitado gratuitamente en la botica del hospital militar; así que aquella familia hebrea ensalzaba con lágrimas de gratitud la bondad de los cristianos, aunque yo les advertí que en ello no vieran más que el cumplimiento de un deber de nuestra religion, que nos manda hacer bien á amigos y enemigos.

Resuelto muy á mi satisfaccion el nuevo destino que ha

bia de desempeñar, pasé á vivir en una de las tiendas de Sanidad del Cuartel General, para compartir con mi amigo el Sr. Losada las funciones de ayudante de órdenes del Excelentísimo Sr. Jefe superior de Sanidad.

Mientras tanto la campaña habia entrado en una nueva fase: Muley-el-Abbas habia solicitado la paz, y sus emisarios iban y venian á nuestro campo, discutiéndose las proposiciones en repetidas conferencias. El armisticio tácito que estos tratos nos imponian, se aprovechaba para reunir los víveres y pertrechos necesarios á la continuacion de la guerra; y el descanso que á las tropas proporcionaba no podia menos de influir favorablemente en su salud. Los campamentos que entonces ocupábamos, y que fueron los más duraderos de la campaña, estaban en las condiciones y situacion que voy á referir sucintamente.

El segundo cuerpo, como más avanzado, habia plantado sus tiendas en la gran meseta que se estiende al Sur de Tetuán, por donde están las puertas del Cid y de los Reyes Católicos, resguardada en un lado por la sierra Bermeja, terminada por el otro en un elevado escarpe, á cuyo pié corre el Guad-al-Jelú, y desplegándose por delante el valle de Benisidel, encajonado entre la sierra Bermeja y las vertientes del Atlas que forman el monte Simir, donde se veía fronterizo el pueblecito enemigo llamado *Jamir*. El terreno era de rocas silíceas, con abundantes canteras y escavaciones, hijas unas del trabajo del hombre y otras de los esfuerzos de la naturaleza.

Aunque la mayor parte de esta meseta plana no se habia prestado al cultivo por la condicion pétreo de su suelo, presentaba en los linderos de la sierra grandes muestras de fertilidad en algunas amenas huertas, y llamaba entre estas

la atención una que había pertenecido al Gobernador de Tetuán, y que servía ahora como de sitio de recreo para los oficiales del segundo Cuerpo: yo la visité una tarde en compañía de mi amigo el Sr. Castor de Caunedo, jefe del batallón cazadores de Arapiles, y al respirar aquella atmósfera embalsamada por el penetrante aroma que exhalaban los bosquecillos de naranjos y limoneros, de nopales y cinamomos, admiraba la esplendidez de la naturaleza y pensaba en lo que podía ser aquel país, cuando los dones y pujanza de esta se acrecentáran con las luces de la civilización.

El tercer cuerpo de ejército, el Cuartel General y la artillería, habían sentado sus reales al N. de Tetuán, entre las puertas de la Reina y de la Victoria, en las colinas que desde la falda de la sierra Bermeja van declinando y acaban en la dilatada vega de Tetuán: todo este terreno estaba cultivado y constituía las huertas, cuyo ameno aspecto hemos descrito en otro lugar; pero con la permanencia en ellas de tan considerable número de hombres, no tardaron en desaparecer casi todos los árboles frutales, que eran en inmenso número; los setos de caña, y hasta los límites de las heredades hubieron de borrarse; de tal modo, que aun á sus antiguos dueños les habrá de ser difícil deslindarlos, en lo que ganarán no poco los *Kadis* y los *Thalebs* que hayan de dirimir tan contencioso asunto.

El suelo ofrecía lechos de arenisca floja que contenían cantos rodados é incrustaciones de conchas, alternando con algunas fajas de arcilla y cubiertos con una capa de *humus* de vara y media de espesor: la lujosa vegetación y la más directa exposición al mar, hacían que este campamento fuera más húmedo que el del segundo Cuerpo. En ambos se encontraban muchos pozos y algunas fuentes de agua pota-

ble, procedente de las filtraciones de la sierra Bermeja, siendo de notar en algunas de ellas el sabor algo sulfuroso que dejaban.

La division de reserva, que mandaba entonces el General Mackenna, seguia en los alrededores de la Aduana, hasta que relevada en ese sitio por la legion Vascongada, pudo venir á colocar sus tiendas al lado de las del tercer Cuerpo.

A pesar de que en estos campamentos se continuaba sufriendo las intemperies de aquel inconstante clima, su buena situacion y ventilacion los hacian bastante sanos, y no dejaban envidiar á los que todavía vivian bajo un lienzo, la suerte de los que se alojaban en Tetuán. La division Rios era la que habia ocupado esta plaza desde el dia de su rendicion, y los batallones que la componian se habian distribuido por la poblacion, alojándose unos en el barrio de los Judíos y acuartelándose otros en las casas que habian abandonado los moros.

Pocas condiciones higiénicas ofrecia esta ciudad: pues si bien es cierto que sus calles, angostas y tortuosas, pueden en verano preservar á sus habitantes de los ardores del sol, no lo es menos que impiden la ventilacion y conservan una humedad sombría. Todas estaban bien empedradas; desconocida empero de todo punto la policia sanitaria, presentaba aquella ciudad un aspecto deplorable á los ojos del médico higienista. En casas y calles se veían montones de inmundicia, acumulados por el transcurso del tiempo ante la inercia musulmana: los mataderos y las numerosas fábricas de curtir pieles, colocadas en el centro de la poblacion, habian sido otros tantos focos perennes de putrefaccion: en las casas de los hebreos, lóbregas y húmedas, se apiñaba una poblacion pálida y linfática, y todas se resentian del aban-

dono y desórden propios de una plaza tomada por asedio.

Solo habia allí una condicion de cultura digna de elogio; y esta era tanto más estraña, cuanto que todavía son muy pocas las ciudades que en España la tienen: aludo á la distribucion de aguas que, corriendo por toda la poblacion en cañerías de barro, permitian que hubiera fuentes abundantes en casi todas las casas; pero despues de haber hecho los moros una obra de tanta grandeza, se contentaron con la frescura que les proporcionaba y no les ocurrió utilizarla para el aseo de su poblacion por medio de la circulacion continúa.

Algo de esto nos sucedia tambien á nosotros en época no muy remota; pero hoy han variado mucho las cosas, y conocedores de este importante ramo de administracion pública, lo hemos introducido allí, siendo uno de los beneficios más notables, entre los muchos que deberá Tetuán á la dominacion española, la inauguracion de su policia urbana.

La infatigable actividad del malogrado General Rios, que como hijo de médico, sabia estimar los consejos de la ciencia en lo que valen, hizo que desde luego empezáran en grande escala los trabajos para el saneamiento de la poblacion, planteando el barrido y limpieza de las calles y casas, apartando los establecimientos insalubres, abriendo calles anchurosas que dieran aire y luz á sus habitantes, y erigiendo el alumbrado público.

Sin embargo, no debe admirarnos este atraso de la policia urbana entre los musulmanes, si atendemos al género de vida que estos llevan; allí, donde la condicion de la mujer no redimida por el cristianismo, es la de *cosa*, más bien que de *persona*, sin derechos propios en edad ninguna, y relegada al harem de su dueño, que no esposo, la

vida social es casi desconocida, probando así que solo la mujer puede crear y sostener las relaciones múltiples de nuestra sociedad civilizada. Así es el individualismo el rasgo característico de la sociedad árabe: cada hombre necesita allí muy poco de los demás, y por consiguiente tiende á aislarse en su casa, que los celos convierten en una prision: natural es, pues, que trate de reunir en esta toda la mayor suma de lujo y de comodidades, y que considerando á las plazas y calles solo como el camino de su casa, y no como uno de los teatros de su existencia, se cuide muy poco de embellecerlas. Desconocidas las reuniones nocturnas, pues los cafés solo de dia están abiertos; no habiéndose soñado aun en bailes ni en teatros, cada cual se encierra en su casa á la hora del *moghreb*, y no tiene nada de extraño que no exista un alumbrado público que habia de ser del todo inútil.

No fué menos difícil la creacion de hospitales en Tetuán: apenas esta plaza cayó en nuestro poder, se pensó en organizar un gran hospital capaz de admitir dos mil enfermos, para que así no tuvieran estos que ir á buscar su remedio en los de Céuta ó el litoral de España; pero pronto hubo que desistir de esta lisonjera idea, al examinar el modo de llevarla á cabo, pues no habia en toda la ciudad edificio ni establecimiento público, que para tal objeto pudiera, ni aun con mucho trabajo, habilitarse: todas las construcciones arábicas eran mezquinas, raquíticas y sin ninguna de las condiciones deseadas. Hubo, pues, que continuar el sistema de las traslaciones de enfermos, tal como hasta entonces se habia venido verificando, y se redujeron las proporciones del hospital de Tetuán á las de un depósito en el que recibieran asistencia aquellos enfermos que por la gravedad de su

estado ú otras circunstancias, no pudieran ser embarcados.

En los primeros dias sirvió para este objeto una mezquita pequeña que se halla en el frente S. de la plaza de España, donde los enfermos se acostaban sobre unos jergones tendidos en el suelo; pero luego empezó á reformarse para hospital el edificio que los moros tenian destinado al mismo uso, y donde se habia alojado el batallon de Bailén el dia en que se rindió la plaza.

Lamentable era el aspecto que aquel dia ofrecia este hospital: habiéndose llevado el ejército enemigo á todos los heridos que en él tenia, habian quedado desiertas sus habitaciones, donde el aire estaba infestado por el hedor insupportable que se exhalaba de montones de trapos súcios y ensangrentados: algunos cadáveres yacian en medio del patio, y para dar á este cuadro el carácter más horrible, un árabe jóven de bronceada piel, crespo pelo y mirada estraviada, desnudo completamente y sentado en un rincon, dominaba como un chacal en un cementerio, aquella escena de desolacion y podredumbre. Era un inofensivo monomaniaco, para quien la caridad de los cristianos sucedió á la de los árabes, sin que él se apercibiera más que de un cambio de color en los que le daban de comer.

Este edificio tenia un gran patio cuadrado, el mayor de Tetuán, alrededor del cual corrian dos galerías de arcos, una en la planta baja y otra en la principal; pero sus habitaciones eran escasas, reducidas, oscuras y cortadas por tabiques y pilastras sin plan ni direccion alguna. Fué, pues, preciso abrir ventanas y puertas, derribar tabiques y hacer otras obras; y de esta manera pudieron resultar varias salas regulares, capaces de admitir hasta trescientas camas, las dependencias de la farmacia, una buena cocina, un cuarto

de guardia para el personal, y aun reservarse un departamento, bien que reducido, para la colocacion del parque sanitario, que se trasladó de la Aduana. Se agrandó este establecimiento abriendo comunicacion á las casas vecinas, donde se pusieron en casos de necesidad camas para Sres. Oficiales. Prestaban el servicio facultativo en este hospital los señores D. Santiago García Vazquez, D. Mariano Andreu, D. José de Muro y D. Severo F. Mora, haciendo el de guardia por turno los oficiales de Sanidad de los cuerpos de la guarnicion.

Se habilitó más tarde para hospital de coléricos el edificio que se encontraba situado frente al anterior, y que tenia unas espaciosas galerías, que sin duda habian servido de almacén; pero adolecia de la grave desventaja de ser un local sombrío y húmedo.

Tambien se pensó en convertir en hospital la casa ó palacio del Rey; pero esta construccion, una de las más interesantes para el artista, por la belleza de su anchuroso patio revestido de pintados azulejos, de sus arabescos y artesonados, no se prestaba, á pesar de sus vastas dimensiones al objeto deseado, y solo se aprovechó en casos de necesidad extrema, tendiendo entonces jergones por el suelo de las estancias.

De la misma manera provisional y transitoria se adaptó para hospital de oficiales el consulado inglés, que por su estension y buenas condiciones era una de las pocas casas particulares que pudieran utilizarse para tal objeto.

Admitida la continuacion de las evacuaciones de enfermos, hubo que establecer en la Aduana un depósito, donde estos pudieran con menos molestía aguardar el embarque, que á veces se dilatava por el estado del mar ó cualquiera

otra circunstancia ; y para ello se construyeron dos grandes barracones de tabla , con 200 camas de banquetillos , con un jergon y una manta : prestaban el servicio facultativo en este hospital de depósito los oficiales de Sanidad de las plazas mayores de las divisiones que ocuparon sucesivamente la Aduana ; el de administracion, un oficial de este cuerpo, y el de enfermeros los soldados sanitarios de dichas divisiones y alguna vez obreros de Administracion.

Creo que nunca llegó á dotarse de camas más que uno de estos barracones , así que cuando en uno ó dos dias no habia embarque , llegaba á acumularse un escesivo número de enfermos, y era preciso interponer una crugia de camas en el centro, con gran molestia de todos los demás. Tambien sucedia que la lluvia se filtraba á través de las juntas de la techumbre y caia sobre los enfermos, cosa que hubiera podido evitarse facilmente, cubriendo aquella con algunos encerados de los que tienen los buques. Pero de todos modos es innegable que los barracones dieron buenos resultados, y creo que este sistema de construccion es, además de económico, el que mejor puede reunir las cualidades de amplitud y ventilacion, tan necesarias en los hospitales ; y debe recurrirse á él en campaña, siempre que, como en Tetuán sucedia, no se pueda disponer de edificios adecuados.

Tales eran los hospitales de Tetuán , para cuya creacion y sostenimiento tantos obstáculos tuvo que vencer el cuerpo de Sanidad , en una poblacion donde se carecia de todo. Si altas dotes de actividad é inteligencia pudo demostrar en la organizacion de los hospitales de Céuta el Sr. Martús, no menos acreditó en Tetuán el mayor D. Jaime Vila, jefe de todos los de esta plaza : enérgico, constante, *in fati-*

gable, no cesaba de hacer presentes á las autoridades superiores las numerosas necesidades de aquellos nacientes establecimientos; su sensible corazón se enternecía al ver los padecimientos que la escasez de ciertos recursos imponía á sus enfermos; y yo le he visto deplorar con lágrimas en los ojos la falta de atribuciones, que obliga al Médico á someter á fórmulas de espedienteo, y adjudicaciones de competencia asuntos que reclaman la aplicación inmediata de un eficaz remedio.

Porque preciso es confesar que en estos hospitales, lo mismo ó tal vez más que en los de Céuta, hubieron de sentirse las consecuencias de alguna imprevisión administrativa: el cuerpo de Sanidad había cuidado de que no faltáran practicantes; pero se encontró con que se carecía completamente de enfermeros, y no se podía, como en Céuta, recurrir á los presidarios; faltaba material de hospitales, hasta el punto de tener que tender jergones por el suelo, y haberse de aprovechar la manta que consigo traía el soldado; faltaban vasijas, y no sé como hubiera andado el servicio de alimentos, si la Providencia no hubiera enviado á Tetuán dos señoras, hermanas de la orden Tercera del Cármen, que con una buena mujer de Estella, que allá se fué también dispuesta á matar moros ó ayudar á los cristianos, estuvieron constantemente al frente de la sola y única cocina de los hospitales militares. Cuando esto faltaba, no es de estrañar que tampoco pudiera verificarse el lavado de las ropas, y así llegó el caso de que no se mudáran en más de quince días.

Y esto sucedía, á pesar de hallarse encargado del servicio administrativo de estos hospitales, el Comisario de guerra Sr. Oloriz, persona á quien no he tenido el honor de tratar, pero cuyo celo y actividad están bien acreditados en

aquellos hospitales: de poco empero podian servir las relevantes cualidades y las mejores intenciones que este señor poseía, si se estrellaban todas en la carencia de recursos que debian haberse preparado de antemano.

Esto mismo nos prueba que la falta no está en las personas, sino en el sistema. Entre las infinitas y heterogéneas atribuciones que la Administracion militar tiene en nuestro país, preciso la es dedicarse al desempeño de unas con preferencia al de otras: así, en esta campaña se ha dedicado principalmente á su mision más genuina é importante, al suministro del ejército; y consignamos aquí con la mayor satisfaccion, que los alimentos y bebidas que se han facilitado á las tropas durante toda la campaña, han sido tan abundantes y de tan buena calidad como los pueda dar la nacion más rica y adelantada; hecho es este que honra mucho á nuestra Administracion, y que habrá influido no poco en la buena salud de que han gozado las tropas; pero en punto á hospitales, creemos que no los ha atendido en el mismo grado, pues á escepcion de algunos jefes encargados de su inspeccion superior, en todos ellos se ha hecho representar por los auxiliares ó factores que, como empleados interinos, no pueden tener el conocimiento del servicio que en tan importante ramo se requiere.

Tal estado de cosas daba frecuentemente lugar á que los oficiales de Sanidad ejercieran de hecho, si no de derecho, ciertas funciones que son en nuestros reglamentos del resorte de la Administracion, porque como me decia en una ocasion el Sr. Brigadier Souza, tan conocedor de este asunto por la minuciosa inspeccion que hizo en los hospitales de Céuta, «cuando el médico no tiene atribuciones, debe tomárselas, si es para hacer el bien del soldado enfermo.»

El estado sanitario de las tropas durante el mes de Febrero fué relativamente lisonjero, pues si bien en la division Rios continuaba la epidemia colérica, atacando principalmente á la infantería de marina y batallon de América, que eran los que últimamente habian llegado, el resto del ejército se veía libre de sus estragos, presentándose en ellos tan solo alguno que otro caso suelto. No se veían aparecer las enfermedades comunes en la proporcion normal que á tan grande reunion de hombres correspondia: las fiebres intermitentes, que tanto habian afligido á los franceses en Argelia, se manifestaban aisladas y sin ningun carácter de gravedad: la disentería, tan temida en todo campamento, se mostraba en forma benigna y en reducidas proporciones, merced á la buena calidad de los alimentos que se suministraban al soldado: las afecciones *especiales* que tan crecido contingente arrojan á nuestros hospitales militares, eran allí completamente desconocidas.

Así, pues, se reproducia allí el hecho notable, observado en otras guerras, de que las tropas en campaña disfrutáran mejor salud que en guarnicion, y solo nos perseguia la desgracia de ver de cuando en cuando aparecer en nuestras filas el azote de la epidemia, cuya sombría perspectiva venia á turbar los cálculos más halagüeños.



CAPITULO IX.

Llegada de los tercios Vascongados.—Inspeccion de su parte sanitaria.—El personal.—El material.—Su plana mayor médica.—Estado atmosférico.—Incertidumbre.—Salida de la Sra. Duquesa de Tetuán.—Llegada del primer cuerpo á Tetuán.—La accion de Samsa.—El hospital de sangre.—Me estravio en la Sierra Bermeja.—Feliz encuentro.—Grandioso panorama.—El pueblo de Samsa.—Llego á Tetuán.—Los heridos.—Los Oficiales extranjeros.—Los médicos Prusianos.—Otra vez los parlamentarios.—Traje de sus soldados.—Chispazos del cólera.—Nuevas alarmas.—Los mogataces del Riff.—Preludios de guerra.—Renovacion del material sanitario.—Las artolas.—La silla-mochila.—El reposito del cuartel general.—¡A Tánger!

En los últimos dias de Febrero una nueva hueste española habia sentado su pié en las playas africanas: era el contingente de las provincias Vascongadas que al mando del General Latorre, acudia á coadyuvar á la empresa nacional, participando de las glorias y sufrimientos de sus hermanos. Sentaron sus tiendas-conicas en los arenales de la Aduana, y al dia siguiente de su llegada, tuve el honor de acompañar al Excmo. Sr. Médico en jefe, que fué á revistar el estado sanitario de esta division.

No le habian desatendido por cierto las provincias hermanas, antes puede decirse que venia en esta parte hasta con lujo. Cada tercio tenia un médico, voluntario tambien, E

con la categoría de segundo ayudante provisional, y de entre los soldados se sacaron los practicantes necesarios: tampoco faltaba un farmacéutico que, aun cuando iba en clase de sargento, se encargó allí del servicio facultativo que le correspondía; se había organizado también en cada tercio una sección sanitaria, compuesta de hombres robustos elegidos para la conducción de las camillas.

El material se componía de camillas muy buenas, aunque algo pesadas y demasiado escasas para las necesidades que la experiencia había ya demostrado en el ejército: los cuatro botiquines habían sido construidos espresamente en París, y eran si bien completísimos bajo cierto respecto, de una distribución considerablemente inferior á la que se ha adoptado en nuestro ejército; contenían demasiados productos farmacéuticos, cuya mayor parte había de ser innecesaria, y esta abundancia cedía en detrimento de la parte de material quirúrgico, que es la más importante en campaña. Observé, sin embargo, un detalle que creo digno de imitarse, y era la disposición de los bastes en que se cargan los botiquines, en el espesor de los cuales se habían practicado dos cavidades muy á propósito para llevar una gran cantidad de hilas y vendajes: construcción muy ingeniosa que permite, sin aumento de peso ni volumen, acrecentar el material de curación que se lleva en una carga.

El personal de la tropa me pareció escogido, pues se componía en su mayoría de hombres robustos y no demasiado jóvenes, y yo, como navarro, no podía menos de sentir alegría al ver aquellas boinas, al contemplar aquellos rostros donde se pintaban la honradez y el valor sereno, al oír los acentos del idioma euskaro, el primero que balbucearon mis labios cuando comencé á hablar.

El Sr. Director de Sanidad quedó muy satisfecho en esta inspeccion, y dispuso, además del aumento de camillas, que dos oficiales del cuerpo pasáran á hacer el servicio de plana mayor en la división Vascongada , nombrando para este cargo al primer médico D. José Zorrilla , y al segundo ayudante D. José Guerrero y Scarnicia.

Muy nublada y fria se mantuvo la atmósfera por toda la semana primera del mes de Marzo , durante la cual el viento de Levante volvió á cortar nuestras comunicaciones marítimas, y vino á concluir con una lluvia torrencial, que por espacio de dos dias nos tuvo encerrados en nuestras tiendas, rodeados por el fango en que se habia convertido la tierra de las huertas en que acampábamos.

Mientras tanto continuaban, á la par que las conferencias de paz, los preparativos de guerra , y si por una parte veíamos venir periódicamente á los emisarios de Muley-el-Abbás , por otra observábamos que se activaban los trabajos del camino de Tánger, y llegaban los camellos que habian de llevar nuestra *impedimenta* , en el caso de avanzar al interior del país. Entre tan encontradas apariencias , difícil era formar un juicio exacto de la solucion que el porvenir nos reservaba ; pero dos hechos ocurridos en los primeros dias de este mes vinieron á robustecer las probabilidades belicosas.

El dia 2 tuvimos el honor de acompañar hasta la playa á la Excelentísima señora Duquesa de Tetuán , que con su médico el Doctor Frau , volvia á Madrid despues de visitar aquel país, tomando posesion por las españolas de nuestra nueva ciudad , y demostrando á sus primitivos moradores que no eran inexactas las tradiciones que acerca de la galantería de los cristianos les hayan trasmitido sus abuelos de

Granada. Alguna vez tuve que ir con el Sr. Director de Sanidad al palacio del rico Arsini, donde los duques se hospedaban, y al ver por una parte á la dama española recibiendo en el salon el homenaje de respeto que la tributaban los jefes del ejército, mientras por otra contemplaba, á través de un velo, los blancos contornos de las mujeres de Arsini encerradas en el harem, donde pasan el dia tendidas sobre las alfombras, en una ociosidad moral y física, que acaba por entorpecer todas sus facultades, reflexionaba que si estas desgraciadas podian todavía pensar, habian de establecer una comparacion muy triste, entre la brillante condicion de la cristiana y la degradada en que ellas viven. Aun las hebreas que, ataviadas con sus más vistosas galas, fueron reunidas á saludar á la esposa del General vencedor, debieron sentir algo parecido, pues por más que su existencia sea bastante más libre y feliz que la de las musulmanas, no alcanza ni con mucho á la emancipacion moral y religiosa efectuada por el cristianismo.

El dia 5 vimos llegar por tierra al General Echagüe, que con la mayor parte del primer cuerpo de ejército, venia desde Céuta á tomar parte activa en las futuras operaciones de la campaña. Acamparon estas fuerzas al Sur de Tetuán, poniendo sus tiendas delante de las del segundo cuerpo, mientras la brigada Elio quedaba encargada de mantener por sí sola los reductos del Serrallo.

Pocos dias tardó en terminar la inaccion en que habiamos permanecido desde la toma de Tetuán, volviendo á resonar los aires con bélico alarido, y á correr la sangre española en aquellos pintorescos campos. Continuaban todavía los tratos para la paz, y estábamos muy ajenos de esperar una funcion de guerra, cuando el dia 11 de Marzo

subimos, acompañando al General en Jefe, á oír la misa en nuestra iglesia de Tetuán, en donde todos los domingos se celebraba á las once de la mañana. Pero mientras asistíamos al Santísimo Sacrificio, se recibió noticia de que algunos moros se presentaban en ademan hostil delante de los campamentos del Sur: así que, apenas terminó la misa, marchó el Cuartel General á las avanzadas del primer cuerpo.

Cuando llegamos, ya las guerrillas estaban tiroteándose con los moros en el valle, y gran número de estos se corría por las alturas que de ambas partes le forman, pero especialmente á las de la derecha, ó sean las de la sierra Bermeja, constituyendo una estensa línea de combate y amenazando envolvernos por nuestra derecha. Para evitar esto, dispuso el General en Jefe que algunas fuerzas del primer cuerpo se apoderáran de las alturas que por esta parte pudieran dominarnos, mientras las del General Prim contenían al enemigo en su avance por la izquierda.

Sentados en el suelo en el centro de la línea, contemplábamos los del cuartel general la gallardía y gentileza de que hacían alarde los árabes. Estaba su caballería formada en el centro del valle, y de allí se destacaban al frente algunos ginetes, que á galope tendido y agitando al viento su blanco albornoz y su espingarda, venían á dispararla, para retroceder en seguida como habían venido: estaban haciendo la *fantasia*, especie de danza pírrica y ecuestre, que caracteriza muy bien los instintos poéticos y guerreros de esa raza hoy tan atrasada.

Íbase viendo que el número de infantes era crecidísimo, y oíase de vez en cuando aquella gritería salvaje, gutural, que habíamos percibido ya en otras ocasiones, y que tan

atronadora como ahora era, daba á entender que teníamos en frente á algunas de las kabilas más feroces del Imperio. Eran en efecto las tribus del Riff que, orgullosas con sus proezas de Melilla, venian á turbar las negociaciones, jactándose con la esperanza de lograr que siquiera una vez perdieran terreno los invasores nazarenos; pero el fuego de una batería de artillería establecida en el centro de nuestra línea, empezó á destruir sus ilusiones, y una carga de caballería dada en nuestra izquierda, vino á limitar sus progresos por aquella parte. Contenida de este modo y paralizada la briosá embestida del enemigo, nos convertimos en agresores á nuestra vez, y las tropas españolas fueron de una en otra posición barriendo el frente de enemigos, con los mortíferos fuegos de la fusilería y los cañones rayados, que iban sembrando á lo lejos el terror con sus granadas.

Desde el principio del combate habia yo tenido el sentimiento de volver á ver nuevos heridos que reclamaban los auxilios de la ciencia, y para asistirlos se habia instalado en el cuartel general del campamento del primer cuerpo un hospital de sangre, al cargo del primer médico D. José Forns. Cuando ocupamos la segunda posición, comprendió el Excmo. Sr. Médico en jefe, que las proporciones del combate iban á ser considerables, y que la persecución del enemigo y su tenaz resistencia podian alejar bastante á las tropas: por ambos motivos conceptuó conveniente dar también mayores dimensiones al hospital de sangre del primer cuerpo, que habia de ser el depósito de donde se evacuáran luego los heridos á los hospitales de Tetuán, y hacer que fueran á compartir el trabajo del Sr. Forns los oficiales médicos de las brigadas de artillería.

Encargado yo de transmitir sus órdenes, volví atrás

para recorrer las baterías y llegué al hospital de sangre á tiempo que en él entraba herido mi apreciable amigo el señor Varela, Comandante del regimiento de Borbon: despues de haber transmitido al Sr. Fornas las órdenes del Sr. Director, me detuve para ayudarle en la extraccion de la bala y cura del Sr. Varela: la bala estaba profundamente situada sobre un hueso plano, de modo que su extraccion presentaba dificultades que se vencieron con toda felicidad, y una vez concluida la operacion monté á caballo para volver á incorporarme con el cuartel general.

Nadie que no lo haya experimentado podrá figurarse lo difícil que es el volver á encontrar un cuerpo ó fuerza cualquiera en un combate, una vez separado de él; así que al salir del hospital de sangre estaba yo muy lejos de creer que me habia de ser, no solo difícil, sino hasta imposible, el dar con el cuartel general; y sin embargo, eso ni más ni menos fué lo que me aconteció.

Cuando llegué al sitio donde habia dejado al E. M. del General en Jefe, habia adelantado ya nuestra línea de combate, y mi vista no alcanzaba á divisarle por ningun lado: me agregué entonces á la division de caballería que marchaba por la falda de las montañas; pero cuando llegó á formar en el llano, ví que tampoco allí era más afortunado: volví, pues, á trepar por una montaña y luego á bajar por entre riscos para pasar á otra, y así seguí avanzando hasta que en el último límite encontré un cuartel general; pero tampoco este era el que yo buscaba, sino el del General Prim: marché un rato con este cuartel, y pude saber que el del General en Jefe debia estar más á la derecha en la cumbre de unas montañas muy elevadas que de allí se veían, y sin aguardar más, eché yo solo en aquella direc-

cion. Las montañas cuyas faldas recorría estaban solitarias, y únicamente encontraba algunos camilleros que pasaban con un herido, ó algunos cadáveres que entre aquellos jarales y malezas habían empezado á dormir el sueño eterno.

Allí se me agregó un soldado de lanceros, que ordenanza de algun jefe, se había estraviado tambien por aquellas sierras, y con esto dejé ya de verme solo en tal aventura. A fuerza de trepar llegué á encontrarme al cabo de buen rato en la deseada cumbre de la sierra Bermeja; pero tambien la encontré desierta y solitaria: el sol se había puesto ya y el lejano rumor de las cornetas que ánimaba á nuestros soldados en las cargas á la bayoneta con que acababan de arrollar á la morisma, me hicieron conocer que me había alejado mucho de nuestra derecha, y que estaba completamente fuera de la línea del combate, esto es, en pais enemigo.

A pesar de la mala situacion en que me encontraba, no pude menos de detenerme algunos momentos para contemplar el magnífico espectáculo que á mi vista se estendia: un mar de montañas ondulaba bajo mis piés; veía á un lado las escarpadas cumbres del Atlas gigantesco, iluminadas por los últimos y brillantes fulgores del crepúsculo, y el Mediterráneo por un lado y el Occéano por otro, venian á cerrar el horizonte de este grandioso panorama: la tibia luz del crepusculo, y el silencio fatídico que me rodeaba daban á este cuadro las proporciones de la inmensidad sublime, melancólica.

Más hubiera prolongado aquella vaga contemplacion si mi escudero, que no debía ser grande aficionado á los cuadros de la naturaleza, no hubiera venido á sacarme de ella, a-

virtiéndome que la noche se nos echaba encima á toda priesa; que la accion debia estar terminada, y que lo más razonable era tratar de ponernos pronto en cobro, y ver si podíamos dar con algun camino que á Tetuán nos guiára. Prudente era el dictámen, y no habia más sino comenzar desde luego á ponerlo por obra; así que volvimos grupas, no ya por el camino que habíamos traído, sino por otro que creí nos habia de llevar más presto á donde deseábamos.

Largo trecho tuvimos que andar por la meseta de la sierra cubierta de jarales, entre los que ningun camino ni senda se distinguia, hasta que al cabo de buen rato vinimos á encontrar el pueblecito de Samsa, cuya posicion, al abrigo de una roca tajada en forma de anfiteatro, es una de las más pintorescas que conozco. Con esta vista se disiparon mis recelos, pues habiéndome fijado por la mañana en la situacion de este pueblo, podia ya calcular con certeza la direccion en que habíamos de encontrar á Tetuán.

Evité, sin embargo, el pasar por el pueblo, pues aunque era amigo al parecer, habia sido ocupado la víspera por los kabilas, que habian sostenido un encuentro con algunas fuerzas del primer cuerpo, y siguiendo los bordes de un torrente seco, fuimos, aunque con gran trabajo, bajando de la montaña hasta tropezar con un riachuelo, que yo habia vadeado algunas horas antes con la division de caballería; volvimos á vencer otra colina, á vadear otro arroyo, y al cabo dimos en un camino, por el cual seguimos resueltamente, hasta que nos vino á dejar en medio de un laberinto de huertas y bosquecillos de naranjos que nos indicaron la proximidad de Tetuán: por fin, en aquel paraje encontramos algunos soldados que iban conduciendo los cadáveres de dos de sus compañeros, y á cosa de las diez de la noche lo-

gré verme en una de las puertas de Tetuán, en la de los Reyes Católicos.

Allí estaban los hebreos, con hachones encendidos, aguardando la llegada del General en Jefe, el cual al volver del combate, se habia detenido para visitar con el Sr. Anél el resto de los heridos depositados en el hospital de sangre del primer cuerpo: solo quedaron allí unos 50 de los menos graves, que pasaron la noche acostados sobre la paja en las tiendas del hospital; los demás, que con los espresados ascendian á 200, habian sido ya trasladados á Tetuán, donde despues de haberse llenado las salas del hospital central, hubo que convertir á toda priesa en hospitales la casa del Rey y el Consulado inglés, para colocar 60 soldados en aquella y 11 oficiales en este, tendiendo jergones en el suelo, hasta que dos dias despues pudieron pasar á los hospitales flotantes, que los trasladaron á España.

Entre los heridos de esta jornada se contaban dos de los oficiales estranjeros que, comisionados por sus gobiernos, representaban á casi todas las naciones de Europa, excepto la Inglaterra, en el cuartel general del ejército de África. Llevados del ardor del combate, no siempre podian limitarse á estudiarle, sino que varias veces tomaron en él parte activa: así que, este dia se incorporaron al escuadron de caballería á tiempo que iba á darse la brillante carga que tuvo lugar á la izquierda de nuestra línea, siendo herido en ella el Baron Jena, Capitan de la Guardia Real Prusiana, y contuso uno de los oficiales de Baviera: este hubo de quedar en el hospital del Consulado, y aquel, que habia recibido un balazo en la mano, que atravesaba las carnes sobre el segundo hueso metacarpiano y la primera falange del dedo pulgar, volvió al cuartel general, cabiéndolo-

me la satisfacción de ser yo el encargado de su tratamiento (1).

Entre todas estas comisiones extranjeras, ninguna tan completa como la de Prusia; formada por distinguidos oficiales de todos los cuerpos del ejército, no se había olvidado al de Sanidad, como en otras partes sucede, sino que iba representado muy dignamente por el Doctor Henrici, profesor del Instituto Médico Militar de Federico Guillermo, y por el Doctor Roberto Lucius, joven oficial de Sanidad de la caballería de la Guardia Real; y aunque una enfermedad impidió al primero llegar al mismo tiempo que sus compañeros al teatro de la guerra, no le privó de estudiar después allí mismo toda la organización y recursos de nuestro servicio sanitario. Ambos profesores, que por cierto llevaban el mismo uniforme que los demás oficiales prusianos, y usaban las charreteras como distintivo de su grado, supieron, por sus distinguidas prendas de carácter é instrucción, captarse las simpatías de cuantos les trataron. Este reconocimiento de la jerarquía que el servicio sanitario debe tener en los ejércitos, hecho por una nación tan esencialmente militar como la Prusia, tiene una importancia que no pasará desapercibida para nadie, sin necesidad de que yo la encauzca.

Si mucha había sido nuestra sorpresa con esta agresión de los moros, no fué menor la que al día siguiente tuvimos al ver entrar por el cuartel general á sus parlamentarios, como si tal cosa no hubiera sucedido: traían por escolta cua-

(1) Debo consignar aquí públicamente mi profunda gratitud por la esplendidez con que el gobierno de S. M. Prusiana, ha recompensado estos pequeños servicios, honrando mi pecho con el Águila Roja, cuyo título é insignias me ha regalado.

tro ginetes de rey, *bukaris*, uniformados con *tarbuk* encarnado, *chilaba* blanca y por encima de ella un *albornoz* azul turquí, *saragudl* (zaragtielles) blanco y habuchas amarillas; su armamento consistía en la espingarda y un alfanje ó sable que ellos llaman *skin*. El traje de los jefes solo se diferenciaba en que llevaban botas altas de marroquí amarillo, sin suela, y por encima de ellas las babuchas, un albornoz blanco, además del azul, y turbante blanco en la cabeza; su armamento era el mismo que el de la tropa, fuera de la mayor riqueza de la espingarda y el sable, á los cuales se añadía un puñal ó cuchillo corto, *shibula*, muy adecuado para cortar cabezas. Sus lábios confirmaron la gran pérdida que el día anterior habían sufrido las kabilas, y que entre sus muertos se contaba el General Cerid-er-Hac que había mandado la acción; sinceraron á Muley-el-Abbás de aquella agresión; quedaron reanudados los tratos, y volvieron á cobrar algún crédito las esperanzas de paz.

Mientras tanto, y no obstante la salud general del ejército, el lívido espectro del cólera continuaba pendiente como otra espada de Damócles sobre nuestras cabezas; había empezado á manifestarse, aunque no con grande intensidad, en la división Vascongada, para que ni una pisara el África sin pagarle su cruel tributo, y en el resto del ejército aun hacia de vez en cuando cortas, pero terribles apariciones.

Así, en la noche del 16 de Abril fué arrebatado por esa epidemia en pocas horas el Sr. Comandante General de artillería, que ocupaba una de las tiendas del cuartel general; y en la misma noche hubo otros dos casos alarmantes en los oficiales de artillería que cerca de aquel acampaban. También vi morir en pocas horas, por aquellos días, á uno de los brigaderos que teníamos para el servicio del cuartel ge-

neral; pero en este podia tomarse como causa determinante de la enfermedad, el uso de alimentos nocivos y el haber pasado todo un dia espuesto á los rayos del sol sobre las húmedas arenas de la playa. Tampoco en los casos anteriores faltaba este ó el otro esceso en la comida, á que achacarlo; pero tales razones, que solo sirven para satisfacer la *causalidad* del público, están muy lejos de llenar las reglas del criterio médico

Tambien los dias 19 y 20 tuvimos alarma, motivada por los grandes grupos de moros que aparecian frente á nuestras avanzadas del Sur; en ambas se trasladó el cuartel general á las trincheras, y en el segundo de estos dias hubo que disparar unos cuantos cañonazos, hasta que los moros, que venian por el monte Simir, se retiraron por entre los bosquecillos de naranjos que rodeaban al pueblecito de Hamir.

En este dia se nos ofreció tambien ocasion de presenciar un espectáculo muy nuevo: al atravesar la plaza de Tetuán con direccion á las avanzadas, vimos pasar corriendo una seccion de veinticuatro moros que, mandados por el intérprete Mr. Dejean, iban á batirse por nosotros; eran unos Riffiños que se habian pasado á nuestras filas en Melilla: vestian el pintoresco traje blanco de su país, que hacia resaltar más lo atezado de sus rostros: la mayor parte de ellos estaban airosamente envueltos en el *haik* blanco; pero todos llevaban en el hombro un lazo donde brillaban los colores de nuestra bandera, del pabellon por el cual iban á combatir. Al ver este pequeño núcleo de hijos del África batirse á nuestro lado, vislumbé entre las nieblas del porvenir el dia venturoso en que esta raza desgraciada se regenere á la luz del cristianismo y la civilizacion, que con nuestras banderas

penetraba entonces por aquel país sumido en la barbarie.

Estas frecuentes alarmas, estos repetidos alardes de hostilidad, daban bastante á conocer que si Muley-el-Abbás y con él la pequeña parte ilustrada del imperio, habian comprendido ya lo estéril de la resistencia, todavía no habia penetrado esta conviccion en la gente que ocupando el interior del país se encontraba alejada de los estragos de la guerra. Nos íbamos, pues, á ver en la sensible necesidad de dar nuevas muestras de nuestro poder, y de la firmeza de nuestros propósitos, que aun á los más ciegos hicieran abrir los ojos. Habíamos tomado la Ciudad santa; era preciso tomar tambien la Ciudad impura, la Gomorra del Moghreb, Tánger en fin: y con esta conviccion, al paso que se consumian para satisfaccion de la conciencia, los últimos trámites de las negociaciones, se activaban los aprestos para emprender una nueva campaña, que no dudábamos habia de ser para las armas españolas tan gloriosa como la primera.

El cuerpo de Sanidad militar tenia que tomar una buena parte en estos aprestos, pues la primera campaña habia casi agotado el material sanitario repartido á los cuerpos del ejército. Así, empezó por trasladar el parque sanitario desde la Aduana donde estaba, al hospital militar de Tetuán; allí volvieron á proveerse del material de hilas y vendajes los botiquines de batallon, de brigada y aun los de cuarteles generales; allí tambien confluyeron todos los cuerpos de infantería á renovar el material de transporte, trocando las camillas desvencijadas ó deshechas y recibiendo otras nuevas, en cambio de las muchas que por los accidentes de la guerra se habian extraviado.

Observóse entonces que las camillas del modelo austriaco eran las que en mayor proporcion se habian inutilizado

por el uso, viniendo esta condicion de fragilidad á disminuir las ventajas que en un principio se les habian atribuido. Las camillas del modelo Anél habian resistido perfectamente, aunque debe tenerse en cuenta que estaban construidas de madera de *majagua*, y esto aumenta su precio al par que su solidez.

Entonces se dieron tambien camillas á los tercios Catalanes que carecian de ellas, y así quedó renovado en dos dias todo el material sanitario del ejército, recogándose en el parque para su aprovechamiento todo el que en la campaña se habia deteriorado.

Es de sentir, sin embargo, que la escasez de acémilas no permitiera aumentar el tren de transporte á lomo, aprovechando todas las artolas que en el parque habia, pues solo se conservó para la nueva campaña el tren de veinticuatro artolas que en la primera habia acompañado al cuartel general.

Tambien acababa de recibirse entonces en el parque de Tetuán, una docena de las sillas-mochilas, inventadas por el laborioso Sr. Rodriguez jefe del hospital militar de Madrid. Esta invencion mereció los mayores elogios de los profesores extranjeros que allí pudieron verlas; pues sin aumentar el peso de una mochila ordinaria, ha sabido el Sr. Rodriguez encerrar en ella una silla de acero, que desplegada ofrece todas las comodidades para la traslacion de un herido que no esté en inminente peligro de muerte, y tiene además la inapreciable ventaja de exigir tan solo dos hombres, en vez de los cuatro que requiere una camilla. Es de sentir que tan útil invento no hubiera llegado al África más pronto y en mayor número, pues creemos que los resultados de su experimentacion, si no hubieran alcanzado á supri-

mir por completo las camillas, las hubieran cuando menos dejado reducidas al transporte de los heridos más graves.

Hubo asimismo que llenar el repuesto sanitario del cuartel general, del cual se surtian en campaña todos los botiquines del ejército, cuando algun artículo se agotaba, siendo como un depósito intermedio entre estos y el parque: componíase, lo mismo que en la primera parte de la campaña, de dos botiquines (*cantines*) de medicina y otros dos de farmacia, del modelo adoptado en Francia para la Argelia, en los cuales iban todos los productos quirúrgicos y medicamentos necesarios; y de unas cuantas cajas de repuesto quirúrgico de hilas y vendajes procedentes de los donativos patrióticos: iban también algunas cajas de instrumentos quirúrgicos, sin embargo de que cada botiquin de brigada estaba provisto de su respectiva caja de amputación.

El día 21 vinieron por última vez los parlamentarios del enemigo, trayendo la nueva respuesta del Emperador á las condiciones que España le imponía.

Aunque estos debates diplomáticos tenían lugar á veinte pasos de nuestras tiendas, tan desconocidos eran para nosotros sus detalles, como para los habitantes de Europa; pero por más que el secreto se guardára, tenía el asunto sobrada importancia para que dejára de trascender hasta nosotros algo de la verdad, entre las muchas patrañas que corrian en los círculos que á la lista de la tarde se formaban en la plaza de Tetuán, convirtiéndola en un animado mentidero.

Así, podíamos saber que los moros se habían prestado desde luego á hacer todas las concesiones relativas á Céuta, cuya negativa había dado origen á la guerra; pero les había costado mucho el persuadirse de que después de ha-

berla provocado, debian indemnizarnos alguna cantidad por las muchas que para ello iba gastando España. Admitida por fin la indemnizacion en principio, y no pudiéndola entregar al contado, pretendian nos contentáramos para el pago con sola su promesa, evacuando desde luego la plaza de Tetuán: díjose tambien, aunque no sé si con fundamento, que habian llegado á ofrecer la garantía de la Inglaterra; pero el General en Jefe deshechó todas estas proposiciones, insistiendo en la garantía más positiva de la posesion de una plaza del Imperio, aunque diciéndoles que si tenían en tanta estima la de Tetuán por sus condiciones religiosas, nos seria indiferente cualquiera otra de igual importancia, aunque de estas careciera. Este fué el único punto sobre que versaba la diferencia, pues todas las demás ventajas del tratado, relativas á las franquicias para el comercio y las misiones, estaban aceptadas desde luego.

No se trataba, pues, como en España se llegó á persuadir la opinion pública, de que Tetuán quedára para siempre incorporado á la corona de España, ni nos hubiera convenido en manera alguna tal pretension. Si la nacion española estaba en situacion de emprender una guerra de conquista, y necesitaba estender su actual territorio, Tetuán por sí solo era muy poco para tan grande objeto, pues la posesion de esta plaza no nos hubiera dado nunca la del país. Abandonada por sus moradores y sitiada en permanencia por las tribus limítrofes, cuando no por las tropas del Emperador, solo hubiera sido un presidio más en África; el peor de los presidios, por ser el único que no podia comunicar directamente con el mar, para recibir víveres y pequeños refuerzos; el más costoso para el Erario, por el improductivo gasto de la numerosa guarnicion que habia de exigir; pues los

cálculos que sobre los rendimientos de su aduana y su vega se han hecho, quedarían destruidos desde que abandonadas una y otra por los naturales del país, y no ofreciendo sino peligros continuos á los colonos europeos, se viera desierta aquella é inculta esta. En una palabra, Tetuán por sí solo es poco como colonia y es mucho para presidio.

Todas estas reflexiones nos hacíamos allí, al ver entrar y salir los parlamentarios y pedir mapas al Estado Mayor, ó plumas de caña que nos indicaban la necesidad de alguna firma árabe, datos que solían abrir ancho campo á nuestras conjeturas; pero este día supimos muy pronto el resultado de la entrevista. Había sido imposible todo arreglo, á pesar de la sinceridad con que por nuestra parte se procedía; las negociaciones quedaron rotas, y era preciso fiar otra vez á la suerte de las armas la decision de la contienda.

Racionáronse las tropas para seis dias; se repartió al soldado doble munición de guerra: dictó el General en Jefe el órden de la marcha, se aprestaron los camellos, que conducidos por árabes de Argel, habían de llevar nuestros bagajes, y en todos los campamentos volvió á reinar esa animación bulliciosa, esa actividad impaciente que precede á los grandes dias de una campaña.

Se trataba de hacer una marcha acelerada que en cuatro ó seis dias nos pusiera delante de los muros de Tánjer, calculando que no había que sostener otro combate que el que el enemigo nos presentára en el Fondak, donde tenía Muley-el-Abbás su cuartel general. Se pensó en hacer esta marcha á la ligera, suprimiendo las tiendas grandes y haciendo que hasta los Generales empleáran la tienda saco del soldado; pero no fué posible realizar esta idea, por la necesidad que había de llevar con el ejército las provisiones

de boca y guerra, una vez que íbamos á quedar completamente aislados en el pais enemigo, hasta que al llegar á las playas del Occéano encontráramos allí otra vez el apoyo protector de la escuadra de operaciones.

Tambien nos íbamos á privar del poderoso auxilio de la artillería, no llevando más que las baterías de montaña, y haciendo que las demás se trasladáran por mar á la ensenada de Jeremías.

Todos nos disponíamos á emprender una nueva era de calamidades y combates, confiando en que la proteccion del Dios de los ejércitos no desampararía tampoco entonces á las banderas del ejército cristiano en África, y en que las haria flotar sobre las mezquitas de Tánger, como flotaban ya sobre las de Tetuán.



CAPITULO X.

Levántanse los reales—Aspecto del campamento.—Marcha del ejército.—Empieza el combate.—Carga del Cuartel general.—Los primeros heridos.—Los voluntarios Catalanes.—Un hospital de sangre.—Me agrego al General Prim.—Paso del puente sobre el Buceja.—Las tiendas enemigas.—El monte de los olivos.—Combate desesperado.—Lucha en el aduar de Amsál.—La Guardia negra.—Los cohetes á la Congreve.—Terrible desgracia.—Una amputacion en el fuego.—Alto en Vad-Rás.—El descanso del médico.—Mi expedicion nocturna.—El aduar de Amsál.—Un hospital improvisado.—Revista funeral.—Horrible espectáculo.—Un resucitado.—La agonía de un héroe.—El cadáver de un Jefe.—¿Qué es la gloria?—Solferino y Vad-Rás.—Juicio de los extranjeros.—Conducta de los Oficiales de Sanidad.—Sufrimientos del soldado.—Los heridos en Tetuán.

A las cuatro de la madrugada del dia 25 de Marzo, el estruendo de un cañonazo disparado en la Alcazaba de Tetuán, vino á turbar el silencio de la noche; y á su sonora voz de mando, el ejército de África se puso en pié. Todos á una, desde los campamentos del Sur hasta los de la Aduana, salimos de nuestras tiendas para contemplar, por última vez quizá, los lugares que íbamos á dejar: habia llegado la hora de marchar, y en los semblantes, serenos pero reflexivos, de todos, se observaba que aprovechaban aquellos solemnes momentos para dirigir desde lo íntimo de su conciencia una oracion al cielo y un recuerdo á España.....

Un momento despues, todas aquellas tiendas que formaban una ciudad populosa, habian desaparecido como por ensalmo, y en el lugar que antes ocupaban, veíase á los soldados cargar con grande estrépito sobre las acémilas nuestro domicilio ambulante; nuestros exíguos equipajes, que eran allí toda nuestra hacienda; los sacos que contenian los víveres, en los cuales se cifraba entonces la tranquilidad de nuestro porvenir, y los cajones de los diversos pertrechos necesarios.

Todo el ejército tomaba el café matutino, previendo unos que seria nuestra única comida por aquel dia; no sospechando otros que era la última que hacian, porque para ellos no habia de haber mañana..... y en todo el campo reinaba la agitacion, el movimiento y la confusion en tales casos inevitables.

Una espesa niebla envolvía todos nuestros campamentos en un manto húmedo y sombrío; pero en medio de su oscuridad brillaban con resplandor siniestro los innumerables incendios con que nuestros soldados destruian sus cocinas y barracas de ramaje, los setos de cañas y todo aquello que hasta entonces les habia servido, pero que ahora tenian que abandonar. Sobre el fondo de estas hogueras, perdidas en la niebla, se destacaban las sombras de los grupos de soldados que se calentaban en su derredor; era un espectáculo fantástico, digno prefacio de las emociones que en aquel gran dia nos estaban reservadas.

Al poco rato, cuando aun no habia amanecido, montó á caballo el General en Jefe y fuimos tras de él, para colocarnos á la cabeza del ejército, que por todas partes habia emprendido la marcha: aquí encontrábamos á los batallones Vascongados, allí á los del General Rios, más allá los del

segundo cuerpo, que silenciosos iban marchando hácia el Sur de Tetuán; los escuadrones de caballería, los pesados carros de la artillería, y las interminables recuas de mulos y camellos que llevaban los bagajes, constituían una caravana de gigantescas proporciones. Al ver aquellas masas de hombres armados, aquel aluvion de guerreros, que marchaba á través de una nacion, impulsado por una idea, no podia menos de recordar á los cruzados en Palestina, á los hebreos en Egipto, á todas esas grandes peregrinaciones históricas que la Providencia impone á las naciones.

Ordenadas ya las huestes al Sur de Tetuán, segun de antemano estaba prevenido, permanecimos un buen rato á su cabeza aguardando impacientes á que se disipára algun tanto la oscuridad que nos rodeaba, antes de entrar por el país enemigo.

No salió fallida esta esperanza; el sol vino á rasgar los velos de la húmeda niebla que nos le encubria, y brilló esplendoroso con el ardor propio de aquel clima, para alumbrar las proezas de la gran jornada que se preparaba. Las tropas que mandaba el General Rios, entre las cuales estaban los Vascongados, se internaron entonces por nuestra derecha para ir flanqueando las cumbres de la sierra Bermeja, mientras el resto del ejército, con el primer cuerpo por vanguardia, seguia por el ameno valle que riegan en caprichosos giros las ondas del Guad-al-Jelú.

No esperábamos combate para aquel dia, persuadidos de que el enemigo habia de preferir aguardarnos en las formidables posiciones del Fondak, donde por largo tiempo habia estado acumulando sus medios de defensa; pero no bien habia comenzado nuestro movimiento, cuando el eco de los tiros que empezaban á sonar aislados en diversos pun-

tos de la línea, nos dió á entender que el enemigo estaba al frente dispuesto á estorbarnos el paso. Era que una misma idea habia presidido á la direccion de ambos ejércitos, y que no sospechando los moros que tan presto nos moviéramos, habian querido atacarnos en nuestros mismos campamentos: y así, lo que esperábamos fuere una marcha más ó menos trabajosa, vino á convertirse en la batalla más reñida y sangrienta de cuantas en esta campaña se han sostenido.

El estruendo de la fusilería iba creciendo rápidamente, y el General en Jefe se dirigió al sitio donde más intenso se escuchaba, á tiempo que una parte de los cazadores de Cataluña, al llegar á la cumbre de una montaña se encontraba sorprendida por una considerable fuerza de moros, que al mismo tiempo que ellos la habian tomado por la opuesta falda: la desproporcion numérica, que era inmensa, y lo impensado del encuentro, hacian muy desventajosa la posicion de nuestros cazadores: no les quedaba otro recurso que ceder el campo ó ser completamente destrozados.

En aquel instante supremo en que se presentaba á nuestros ojos lo que nunca habian visto, esto es, una superioridad, siquiera momentánea, del enemigo, todos nos estremecimos, y un grito de rabia brotó de todos los pechos. El General en Jefe desnudó su espada gritando ; *Viva la Reina!* y al verle y al oírle, todos los que le acompañaban, instintivamente y sin que nadie lo mandára, se lanzaron á galope, tirando de los sables, al sitio de la desigual pelea.

Era un brillante escuadron el que entonces cargaba, y todos, así españoles como extranjeros, así los oficiales de armas como los de Sanidad, iban convertidos en soldados para decidir de aquel trance supremo: yo sentia entonces la em-

briaguez del combate, la energía del valor colectivo, comprendiendo lo invencible, lo omnipotente de esos arranques de heroísmo, al ver la avalancha de acero que tan veloz se desplomaba sobre los que por un momento pudieron haberse creído triunfadores.

Pero la emoción marcial que entonces hacía hervir la sangre de mis venas, se hubo de disipar cuando al llegar á la cumbre me hizo ver Mr. Dejean á un pobre soldado que, tendido entre unas zarzas, pedía auxilio con lastimosas voces. Entonces me acordé de que el médico nunca debe olvidar que lo es, y envainando mi sable, que para nada hacía falta, salté del caballo para cumplir con mi verdadera misión.

El que la reclamaba era un pobre niño de unos doce años, corneta de Cazadores de Madrid, que cuando subía tocando ataque, se había visto derribado por una bala; á un lado estaba por el suelo su corneta destrozada, al otro su carabina y su rós, y el pobre niño caído de espaldas sobre su pesada mochila, entre unos jarales, sin fuerza para moverse, solo podía pedir por Dios que no se le dejara allí al alcance de los moros, y acordarse de su madre, de su pobre madre!

Yo no contaba allí con ninguno de los practicantes del cuartel general, que teniendo que ir á pié no habían podido seguirnos; pero afortunadamente, llevaba siempre en las cañoneras de mi montura una buena provision de hilas y vendajes, y con ello pude ponerme á curar desde luego. La bala había penetrado por debajo de la comisura de los labios, y recorriendo un caprichoso trayecto subcutáneo, se presentaba sobre la nuca: la extraje inmediatamente y tranquilizando con esto á aquella pobre criatura, le puse á toda priesa un vendaje.

Aun no habia concluido, cuando ya estaba pidiendo mis auxilios uno de los cazadores que se habian visto sorprendidos por la morisma; la cuchillada de algun ginete árabe, habia desprendido una gran parte de la piel de su cráneo que venia colgando: esta herida, de aspecto horrible, era felizmente poco peligrosa, no habiendo llegado á interesar el hueso; pero al recibirla, sin duda habia querido quitar con sus manos el golpe que le amenazaba, y traia cortados cuatro dedos de la mano derecha. A pesar de tener tales heridas, este hombre no se quejaba: hicele tambien una cura apresurada, pues el lugar en que estábamos no permitia otra cosa, y dejando á un soldado el encargo de buscar una camilla que se llevara al corneta, volví á montar para incorporar-me al cuartel general.

Este, que se habia dispersado con el motivo que he referido, iba reuniéndose otra vez en torno del General en Jefe, que desde una pequeña altura contemplaba cómo iba la accion por la izquierda, despues de haberla restablecido á la derecha. Nuestro ejército iba siguiendo la orilla izquierda del rio; pero las sinuosidades de su curso, que le han valido la denominacion de *Jelú*, cerraban mucho en algunos trechos el espacio que le separaba de las montañas de la sierra Bermeja.

En una de estas angosturas se hallaba entonces nuestro ejército, y mientras los ingenieros allanában las rocas que dificultaban el paso á los carros de la artillería, los Catalanes habian pasado el rio, y se encontraban en revuelto combate con las fuerzas enemigas, que desde la orilla derecha nos hostilizaban. Una brillante carga de los cazadores de la Albuera vino á ayudar á los bravos Catalanes en su empresa; pero cuando los blancos jaiques desaparecieron, vi-

mos que el campo quedaba sembrado de gorros colorados. En efecto, la pérdida de los Catalanes habia sido considerable, y por disposicion del Sr. Inspector jefe de Sanidad, se instaló en el campo y cerca de aquel sitio, un hospital de sangre, servido por el Sr. Castell, secretario del Sr. Director, y por el Sr. Losada, su ayudante de órdenes. Antes de llegar á este hospital recibian los heridos Catalanes la primera cura de su médico, el segundo ayudante D. Juan Buixó, que se habia establecido en el cáuce del rio, resguardado por el escarpe de la orilla.

Salvado este difícil paso, continuó el ejército su marcha, y con este motivo fuí, por órden del Sr. Director, á decir á los Sres. Castell y Losada, que dejando el hospital que habian establecido, al cargo de la plana mayor sanitaria de la primera brigada que á aquellas posiciones se adelantara, volvieran ellos al cuartel general. Pero cuando con este objeto regresábamos Losada y yo, nos hallamos con que aquel se habia internado por las montañas de la derecha: escarmentados con lo que me habia sucedido el dia 11 por aquellos mismos lugares, desistimos de la idea de ir en su busca, y nos incorporamos al Estado mayor del General Prim, poniéndonos á la disposicion del digno jefe de Sanidad del segundo cuerpo, el subinspector Carreras.

De esta manera llegamos al hermoso puente que está sobre el rio Buceja, donde el enemigo habia organizado otra vez su resistencia; pero tambien allí tuvo que ceder al ímpetu de nuestros soldados, y no tardó mucho el General Prim en mostrarse al otro lado del puente. Nosotros le pasamos tras de él, y nos encontramos en el valle de Benisider, que se abre á la derecha sobre el que hasta entonces habíamos seguido, formando con este un ángulo casi recto: por

un lado le cierran las alturas de la sierra Bermeja, donde aparecían ya las tropas del primer cuerpo con el cuartel general, y en cuyo extremo debía aparecer después el General Ríos, que venía rechazando á los moros por la estrema derecha. Por el otro lado y frente á estas alturas, se levantaba una série de montañas con algunos bosques y aduares, ocupadas por el enemigo, y tras de las cuales se divisaban ya las blancas tiendas de su campamento.

Entonces se vió suspendida la batalla por algunos momentos, pues los moros, después de perder sus posiciones del río, iban á tomar otras en la altura, y el segundo cuerpo ganaba terreno pasando el río. La infantería iba por el puente y la caballería atravesaba el Buceja, que por su poco raudal y su lecho de piedra, es fácilmente vadeable por aquel sitio, sin otra dificultad que la que pueden ofrecer los elevados escarpes de las orillas que le encajonan. Había callado el estruendo de las armas en estos momentos de tregua, y respiro; era medio día y el sol se hacía sentir con bastante fuerza, así que todo el que podía, aprovechaba la ocasión de refrescar sus labios en las aguas del río, y yo tuve tiempo para trasladar á mi álbum un cróquis del puente de Buceja.

Apenas acabaron de pasarle las tropas del segundo cuerpo, y sin aguardar á que bajáran las de la estrema derecha, nos dirigimos desde luego sobre las colinas que teníamos al frente, ocupando con poca ó ninguna resistencia las más bajas. El General Prim se estableció con su Estado mayor en una de ellas, donde crecían algunos añosos olivos, por entre cuyos ramos, emblema de paz, silbaba como un terrible sarcasmo el plomo homicida. Al dejar este sitio nos abandonaron los moros una camilla, ó mejor dicho unas

andas muy ensangrentadas, que por ser la primera que en esta campaña les veíamos, llamó mucho mi atención.

Entonces pudieron temer los moros por la seguridad de su campamento, y no queriendo volverse á quedar al raso como el día 4 de Febrero, al mismo tiempo que empezaban á levantar sus tiendas á toda priesa, para poderlas poner en salvo, cargaron el grueso de sus fuerzas sobre las que por allá les asaltaban, y si todo aquel día habian dado muestras de un arrojo y bravura extraordinarios, en aquel momento se acrecian estas prendas con toda la feroz energía de la desesperacion.

Desde aquella colina donde la sombra de los olivos nos preservaba del intenso calor del día, pude contemplar las escenas más terribles y sangrientas de esta gran jornada. Por la derecha algunos batallones disputaban, á la bayoneta y palmo á palmo, la posesion de una montaña cubierta de bosque bajo, á los ginets de la Guardia Negra, á esos feroces guerreros que bajo la proteccion del santo musulman *Bu-Karí*, organizó el emperador Ismael, el Neron de Marruecos. Algunos de estos *Bu-Karís* se metian desesperados por entre nuestras tropas, con la seguridad de perder la vida, pero con la esperanza de saciar antes la sed de sus cimitarras. A veces lograban, en un acceso de furia, reconquistar parte del terreno que habian perdido, y entonces el combate singular se empeñaba de una manera espantosa. Nunca se borrarán de mi memoria las terribles escenas que allí hube de presenciar, pero pocas me afectaron tanto como la desastrosa muerte que ví dar á un pobre soldado. En una de esas bruscas acometidas de la Guardia Negra, hubo de quedar el pobre entre ellos: acababa de llegar á la cumbre, rendido y abrumado bajo el peso de su mochila, de su tienda, de sus

seis raciones y de sus sesenta cartuchos, abrasado por el ardiente calor del sol y jadeante por el cansancio de todo el día; así que cuando se vió envuelto por los enemigos, ni aun fuerza le quedaba para morir matando, y allí fué degollado el infeliz á la vista de todos nosotros.....

No menos encarnizada se sostenia la lucha á nuestro frente: allí estaba el aduar de Amsál asaltado por nuestras tropas, y heroicamente defendido por un número inmenso de moros, favorecidos por el abrigo que las chozas del aduar y los árboles del bosque les presentaban. Los batallones de Navarra y los escuadrones de Coraceros penetraron tres veces, con ímpetu admirable, por el aduar, sufriendo entre las chozas una fusilería á boca de jarro, pero dos de ellas tuvieron que refluir ante la desesperada resistencia del enemigo.

Y mientras esto sucedia por nuestro frente, he aquí que vemos desembocar por el extremo del valle á un enjambre de caballería enemiga, con el objeto de colocarse entre el puente de Buceja y la posición que ocupábamos, separándonos así del resto del ejército, que todavía estaba á la parte de allá del Buceja, dejándonos envueltos por todas partes, y teniendo que atender á tres frentes de ataque.

Muy critica en verdad era en este momento la situación de las fuerzas que mandaba el General Prim, pero no lo bastante para arredrar el ánimo firme de los que allí sostenian una verdadera lucha de gigantes. Se habia dispuesto que aquel día acompañára la batería de cohetes al segundo cuerpo, y ni con el don de profecía pudiera haberse dictado medida más oportuna. En efecto, apenas los escuadrones de la Guardia Negra comenzaron con brioso ademán su carga por la llanura, cuando salió del monte de los Olivos una ráfaga de fuego que rasgando el aire con violento estrépito, vino á reven-

tar en medio de las masas enemigas; la batería de cohetes habia roto el fuego, y por algunos momentos pudimos presenciar un espectáculo tan fantástico como terrible. Los cohetes, arrastrando su estela de fuego, se seguian sin interrupcion, y literalmente barrian la estensa llanura; el áspero silbido con que salen, y la repetida detonacion con que mueren, las aclamaciones de nuestros soldados, la algazara de la morisma, y el fuego y el combate que por los otros dos frentes continuaba encarnizado, daban á aquella escena un aspecto sobrenatural, que llevaba los ánimos hasta el paroxismo de su marcial exaltacion.

Los ginetes moros, dicho sea en su honor, aun quisieron resistir por algunos momentos aquella súbita y precipitada lluvia de fuego; pero aterrados, y creyendo tal vez que los cristianos disponian á su antojo de los rayos del cielo, volvieron grupas y fueron á galope á ocultarse tras de las colinas de donde habian salido.

Libres ya por esta parte, se concentró todo el esfuerzo sobre el Aduar de Amsál, cuya posesion tan tenazmente disputaba el enemigo; pero todavía era nuestra situacion bastante apurada, para que el General García, que llegó entonces á donde nosotros estábamos, mandára que la brigada del General Cervino, que á la sazón pasaba el puente, viniera á la carrera á reforzar á las tropas del segundo cuerpo que en tan empeñado lance se veían. Entonces aconteció un hecho quirúrgico notable. Las piczas rayadas de la brigada de montaña estaban desde el monte de los Olivos lanzando granadas sobre las masas moras que se apiñaban sobre el Aduar; pero por una desgracia tan lamentable como imposible de preveer, segun parece, hubieron de correrse las espoletas de una ó dos granadas, haciéndolas caer y reventar en medio

de los soldados españoles que asaltaban aquel pueblo.

Pronto supimos en el cuartel general que un desgraciado, mal herido por una de estas granadas, requería auxilio, é inmediatamente marché á prestárselo, encontrándole tendido en el suelo junto á las pequeñas huertas que cercan la entrada del aduar. A primera vista pude conocer lo grave del caso, y la probabilidad de tener que hacer alguna grande operacion quirúrgica; así que fui á buscar á mi amigo señor Losada: al mismo tiempo que nosotros llegó por otro lado el digno primer médico de brigada D. Juan Faura, y juntos examinamos al desventurado Ezequiel To' ar, cabo segundo del regimiento de Navarra, que tal era y así se llamaba el herido.

Tenia este sobre la rodilla derecha una herida como de dos pulgadas de estension, y otra que no bajaba de cinco, en la region crural del mismo lado, producidas ambas por dos cascos de granada; pero á pesar del horrible aspecto de estas heridas, podian calificarse de leves si se comparaban con la que en su brazo derecho tenia. Fracturados en conminutos fragmentos los dos huesos del antebrazo, muy cerca de su articulacion con el húmero, dejaban colgar inerte el miembro, ennegrecido y destrozado; habia bastante hemorrágia, y aunque la articulacion parecia estar íntegra, la mortificacion de los tejidos se estendia por encima de ella.

A dos palabras se limitó nuestra consulta: unánimes en creer indispensable la amputacion, tambien lo estuvimos para juzgar que no admitia dilacion alguna. Poco á propósito para operacion tan grave era el lugar en que nos encontrábamos, allí donde tan próximo se oía el fragor del combate en el Aduar, donde las granadas continuaban pasando sobre nuestras cabezas, y donde nos hallábamos espuestos al fuego de

cuantos tiradores moros que estaban diseminados por el bosque que habia á la izquierda del pueblo. Pero nuestra conciencia nos aseguraba que la operacion era el único medio de salvar la vida de aquel soldado; no teníamos camilla que permitiera retirarle á lugar más defendido; nuestro deber, pues, estaba muy marcado, y nadie se detuvo en aquel momento á considerar las circunstancias que ahora espongo á sangre fria.

El Sr. Faura, como más antiguo y caracterizado, tomó el cuchillo, y ayudándole Losada y yo, se ejecutó en unos 10 minutos la amputacion del brazo, por su tercio superior y método circular. En nada dañó la estraordinaria brevedad que en tales casos se requiere al buen cumplimiento de las reglas quirúrgicas, pues todas se atendieron cumplidamente, y hasta el apósito conveniente se aplicó de tal manera que pudo llegar á Tetuán sin haberse alterado. Curáronse tambien, con no menor presteza, las grandes heridas de la pierna, y dejando al herido sobre la yerba, mientras podia proporcionarse una camilla, volvimos á tomar nuestros caballos é incorporarnos con las tropas que por allí pasaban, y eran las del General Echagüe (1).

Mientras tan ocupados andábamos con nuestra amputacion, habian llegado al sitio del combate los primeros batallones de la brigada Cervino, y con este auxilio se habia logrado forzar completamente la posicion, cabiendo al batallon de Cazadores de Baza la gloria de ser uno de los primeros que ostentaron sus capotes azules sobre la disputada altura que domina por la derecha al aduar de Amsál. Poco despues el resto del ejército habia pasado el Buceja por diversos puntos,

(1) Dos meses despues se contaba Ezequiel Tobar entre los convalecientes del hospital de Tetuán.

y cargaba en toda la estension de la línea de batalla al enemigo, que habiendo conseguido poner en salvo sus tiendas, iba á refugiarse en los atrincheramientos del Fondak.

Nosotros traspusimos aquellas montañas tan reñidas, y nos detuvimos en su opuesta falda, dominando á otro pequeño valle que parece se llama Uadagrás, Gualdrás ó Vadrás, y dió su nombre á esta batalla. Dijose entonces que esta palabra queria decir, vertida al castellano, lo mismo que valle de los Abrojos ó Espinar; pero yo me inclino á creer que esta interpretacion no debe ser del todo exacta, y que ha de ser más propia la ortografía de *Guadalrás* que no la de *Vad-rás*, generalmente, adoptada por ser la que se empleó en el parte oficial de esta batalla. Si así fuere, podria, segun dictámen que he oido espresar á un erudito, traducirse por *rio cabeza ó cabeza de rio*, etimología muy aplicable al riachuelo que corre por aquel valle, y que pude en efecto ser cabeza ú origen del Guad-al Jelú. Como quiera que sea, yo me inclino á esta opinion, teniendo en cuenta que en los primeros dias todos unánimes pronunciaban ese nombre principiándolo con el diptongo gutural de *Guad* (rio), y variando solo en si habia de constar de dos ó tres sílabas, diferencia que solo consistia en la absorcion ó pronunciacion del artículo *al, el*.

La tarde empezaba á declinar, y habia terminado la gran jornada, que no sospechábamos fuese la última de esta campaña. Trasmitióse la orden de acampar, y todos, tendidos sobre la yerba, comentábamos los sucesos del dia, gozando de esa satisfaccion íntima que dá la victoria, y que este dia se acrecía en razon de lo reñida que habia estado; felicitándonos los que habíamos salidos ilesos, pero sabiendo á cada momento la muerte ó la herida de algun amigo ó conocido. Desde que habia cesado el ruido atronador de la refrie-

ga y no veíamos enemigos en frente, habia comenzado á calmarse tambien la exaltacion moral y física que sostiene y engrandece al hombre en los combates; así que todos esperábamos ya con cierta impaciencia la llegada de los bagajes, para poder tomar el alimento y descanso que tan necesario hacian las fatigas de un dia de batalla, de calor intenso y de sed abrasadora, pero no siempre llega tan pronto para el médico la hora del descanso, ni para él concluye la batalla con la desaparicion del enemigo.

Bien pude convencerme de ello en esta ocasion, pues á punto que oscurecia envió un parte el E. M. de la division de caballería al cuartel general, de que en el aduar habian quedado un centenar de heridos que carecian de asistencia. Inesperado era este suceso, dispuesta como estaba la traslacion de todos los heridos que debian ya para aquella hora hallarse cerca de Tetuán, pues con objeto de proteger esta operacion, se habia ordenado que la division del General Mackenna cubriera el camino; más como el parte procedia de conducto autorizado, resolvió el Sr. Médico en jefe que el señor Losada y yo con cuatro practicantes marcháramos inmediatamente á hacernos cargo de aquellos heridos hasta la mañana siguiente.

No era fácil empresa la de encontrar entre las sombras de la noche, y en medio de un país desconocido, aquel aduar que distaba del cuartel general cosa de media legua, y estaba cubierto por un monte lleno de bosque; me eché á pesar de eso á andar á la ventura, y por donde mejor me parecia, cuando en medio del camino encuentro al Intendente General Sr. Moradillo, que al saber cuál era mi objeto, me enseñó á lo lejos un aduar que devoraban las llamas y donde le constaba que no habia heridos. Aumentá-

ronse con esto mis dudas, y hube de desandar lo andado para volver á buscar mejores noticias en el E. M. de la caballería y otra vez en el cuartel general.

Pocas fueron las que pude obtener, pero supe cuando menos, que habia varios aduares, y tomando por ordenanzas dos húsares que dijeron conocer el camino del aduar de Amsál, me fuí decidido á averiguar lo que hubiera en este asunto. Venia conmigo el Sr. Ayudante del Intendente para proveer á los recursos administrativos que pudieran hacer falta en aquel problemático hospital, y echamos á andar otra vez por entre aquellas breñas.

Pavorosa es la noche en un país enemigo, y más imponente que el fragor del combate y el tronar de los cañones nos parecia aquel silencio sepulcral, que permite escuchar el quejido de la brisa entre las hojas, amedrentando aquella oscuridad donde solo se destacan semejanando fantasmas los árboles del bosque ó las vecinas rocas. Íbamos atravesando por los jarales sin encontrar senda alguna que pudiera guiarnos: nuestros caballos ya rendidos con el trabajo del día tropezaban á cada paso, y por más que andábamos, aun no se divisaba nada que pudiera revelar la proximidad de un lugar habitado.

En esto el caballo de uno de los húsares que nos guiaban, cayó en una quebrada y al mismo tiempo un fregonazo brilló entre las tinieblas; ¿sería disparó de algun enemigo emboscado en la maleza, ó de alguno de nuestros escuchas engañado por el uniforme blanco de los húsares? Así, podia ser lo uno como lo otro, y de todas maneras nuestra posición era bastante crítica; pero aquí sucedió como siempre que el mal arrecia cuando concluye. En efecto, al apartarnos de la quebrada del terreno, despues de levantarse el

ordenanza que en ella habia caido, dimos con una senda cuyo hallazgo nos pareció providencial, y la seguimos sin investigar siquiera á dónde nos llevaria, ¡tan cansados estábamos de vagar por entre malezas!

Al poco trecho mi caballo se detuvo con súbito estremecimiento. Un bulto informe estaba atravesado en el camino: era el cadáver de uno de nuestros soldados: más allá tropezamos en otro y otros: las jaras y matorrales sujetaban entre sus espinas algunos girones de ropa arrancados á los que, heridos, habian querido ocultarse entre su espesura; así un turbante ensangrentado formaba una estensa línea blanca que designaba la direccion en que su dueño habia huido: la mayor parte de los cadáveres que allí habia eran de moros, pero entre ellos se reconocia el de alguno que otro español: allí dormian juntos y unidos en el frio regazo de la muerte los que tan rudamente se combatian algunas horas antes; la paz habia llegado para ellos, ¡la paz del sepulcro!

Este terrífico y doloroso encuentro me dió á conocer que estaba ya cerca del aduar de Amsál, y realmente así era, pues á los pocos minutos el ¡*Quién vive!* de un centinela vino á alegrar nuestro espíritu poniendo punto á la soledad y aislamiento en que nos habíamos visto: pasamos la trinchera y me encontré entre las casas del aduar, ocupado por una brigada del segundo cuerpo. Mi primer cuidado fué preguntar por los heridos, y supe que en efecto habian quedado allí algunos, por no haber sido posible trasladarlos á Tetuán; pero su número no pasaba de 30, y lejos de hallarse faltos de asistencia facultativa, como se habia anunciado, se la dispensaban muy cumplida los Sres. Faura y D. Tomás Merino, Médicos de la plana mayor de la divi-

sion de D. Enrique O'Donnell que ocupaba el aduar.

Así, pues, eran innecesarios mis servicios; pero con todo resolví quedarme á pernoctar en aquel sitio, temeroso de vagar errante por aquellos montes toda la noche. Ni mi compañero Losada ni los practicantes que con él habian partido consiguieron dar con el aduar, y su ausencia me tenia con gran recelo, hasta que al dia siguiente supe que despues de andar perdidos largo trecho pudieron tenerse por contentos al volver á caer en el cuartel general.

Deseoso de ayudar en algo á los dignos profesores que cuidaban de los heridos, salí á recorrer el aduar por ver si habia alguno que aun estuviera por recojer. Era este pueblo una informe aglomeracion de casuchas hechas de piedra y barro, de un solo piso y cubiertas con una gran techumbre de cañizo y palma; por dentro estaban groseramente blanqueadas, pero no por fuera; en una de las mayores que tenia un patio en medio, al cual se abrian tres ó cuatro habitaciones, que mejor merecerian el nombre de cuadras, se habia constituido el hospital, donde se acostaban los heridos sobre una cama de cañizo y palma, que con tal objeto se habia arrancado de las techumbres; tambien habia alguno que otro oficial herido en otras casuchas del aduar.

La posesion de aquellas miserables chozas, indignas del último pastor europeo, habia sido disputada aquel dia con el más terrible encarnizamiento, y al quedar por nosotros, se habia encontrado el suelo sembrado de cadáveres de cristianos y de moros, no solo en sus alrededores y en sus calles, sino hasta en los más recónditos sitios de las chozas: estos cadáveres habian sido recojidos todos en un extremo del pueblo, y allá me fuí con el fin de examinarlos.

Estaba yo solo con un soldado que llevaba un farolillo, cuya macilenta luz temía á cada paso ver morir á impulsos del viento frio que soplaba: era cerca de media noche, y á intervalos aparecía la luna entre nubarrones, para iluminar tibiamente la pirámide de cadáveres que yo contemplaba con el corazón oprimido de dolor. Todos habían muerto en combate desesperado; todos revelaban en las inmóviles facciones de su lívido rostro las terribles convulsiones de su agonía: sus ropas estaban destrozadas, y hasta la tierra señalaba en caracteres de sangre los detalles de la lucha sostenida cuerpo á cuerpo.

El espectáculo de esta carnicería humana era tan feroz como repugnante; pero muy recompensado me creí de lo que con verle había sufrido, al encontrar entre aquellos desgraciados uno en cuyas pupilas lucía aun, siquiera apagándose, un rayo de existencia: le toqué y estaba yerto, me detuve sobre él, y al cabo sentí una sensación de gozo inefable al percibir el remoto latido de una arteria: ¡vivía! ¡vivía! Más feliz, más orgulloso con este descubrimiento, que con el de un nuevo Mundo, me apresuré á hacer que sacáran de allí á aquél infortunado y le trasladáran al hospital: después de haberle hecho fricciones, que le reanimaron, pudo pronunciar algunas palabras, y volvió á tener la conciencia de sí mismo; pero malhadadamente su herida era muy grave, y temo que solo haya tenido ocasión de prolongar por muy poco tiempo su vida.

Después de dejar en el hospital á este desventurado, tipo del dolor y de las desgracias sobrehumanas que pueden sobrevenir al soldado, fuí á una choza donde me dijeron que agonizaba un oficial de Coraceros del Rey, de los varios de este escuadrón que allí dieron su vida en holocausto

de la patria. En su exterior no aparecía herida alguna, y sin embargo, se moría irremisiblemente; la ciencia en aquel caso se veía fatalmente obligada á cruzarse de brazos, no tenía ni un remedio, ni un paliativo que darle; practicarle una sangría y colocarle en una posición menos incómoda era cuanto por él podía intentarse. La bala había penetrado por uno de sus ojos, casi sin herir los párpados, é ido á alojarse dentro del cerebro destruyendo su masa, como harto bien me lo indicaba por desgracia el ronco estertor característico de esta clase de heridas. Aquel héroe desgraciado que agonizaba en el suelo de una cuadra, era de arrogante figura, y yo le había conocido cuando en mejores días brillaba en los salones del mundo; ahora estaba privado de conocimiento, pero sus movimientos instintivos le hacían unas veces llevar su mano á la cinta de San Fernando puesta sobre su corazón, otras peinar la barba. ¡Oh, qué elocuentes eran estos movimientos en aquel sitio y á aquella hora, y qué océano de tristes y horribles reflexiones suscitaron en mi mente!

En el mismo establo se veía más allá el cadáver de un Teniente Coronel, cuya cabeza había cubierto alguno piadosamente con la esclavina de su poncho: yo la levanté y contemplé un rostro de una blancura cárdena que me dió á conocer había muerto por herida del corazón; que estaba desangrado; pero aquel rostro estaba surcado por cuchilladas feroces: conocíase que se habían necesitado muchos moros para matar á aquel ilustre héroe, que habría sucumbido solo al número. Había vuelto á cubrirlo, cuando el soldado que me acompañaba leyó en alta voz el número que el cadáver tenía en los botones de su uniforme, y al oírlo volví á descubrir á aquel rostro y entonces conocí en él al

Teniente Coronel Goiri, que dos dias antes habia estado á visitarme en mi tienda, ¿cuál estaria cuando yo no le habia reconocido!

Terminada mi fúnebre expedicion volví al hospital con el alma abrevada de amargura, por el horrible y repugnante espectáculo que acababa de contemplar aquella noche. Al ver el tristísimo reverso de las medallas de la gloria; al pensar en la sangre que se habia derramado, en las lágrimas que á mares se habian de derramar por ella; al premeditar en tantas ilusiones deshojadas, en tantas existencias tronchadas por la muerte, cuando más lozanas crecian; en tantos corazones de madres para quienes la felicidad habia concluido; al evocar esa tremenda pirámide de agonía y do dolores, de sangre y de lágrimas, de luto y desolacion, la gloria me pareció un fantasma sangriento, y tuve á la guerra por la mayor de las calamidades.

Solo una reflexion me consolaba: la fé me decia que aquellos desgraciados no solo eran víctimas del honor militar, sino tambien mártires de su religion y de su pátria, y que ya la bondad infinita habria recompensado en otro mundo mejor su heroico sacrificio.

En el hospital pude proporcionarme un sorbo de café, único alimento que tomaba desde el café del amanecer; pero ¿quién podia quejarse de esta pequeña privacion, cuando tantos dolores devoraban otros?

Dando, pues, gracias al Altísimo desde lo íntimo de mi alma, por la proteccion que me habia dispensado en aquel dia de gloria y de horror, me tendí en uno de aquellos establos, para descansar algo mi cuerpo fatigado, hasta que el melancólico sonido de la diana vino á despertarme, cuando ya rayaba en el horizonte la tibia luz que precede á la au-

rorra. Cobrando entonces mi caballo volví al cuartel general, mientras los heridos del aduar se disponían para ir á Tetuán, aprovechando la marcha de un convoy que iba á traer municiones.

Tal fué la gran batalla de Vad-rás, que con tan tremendo esplendor vino á cerrar esta gloriosa campaña: los partes oficiales declaran que tuvimos en ella 140 muertos, 956 heridos y 213 contusos; así el cuerpo de Sanidad había tenido que prestar sus auxilios á unos 1,500 hombres en el espacio de un día; y á pesar de lo crecido de su tarea supo cumplirla de una manera admirable.

Proporcion guardada con la fuerza combatiente, nuestras bajas de este día fueron tan considerables como las que la Francia sufrió en Solferino; y sin embargo, en Vad-rás no había al anochecer del día 23 ni un solo herido que estuviera por curar, mientras que en Solferino hubo algunos á quienes no llegaron los socorros médicos hasta pasados tres días (1). Esta reflexion ó hacer á algunos oficiales es-

(1) El Dr. Bertherand, que en la jornada de Solferino estableció en Castiglione un hospital de tránsito para los heridos que no podían llegar á los definitivos de Brescia, describe así, en sus Cartas sobre la campaña de Italia, el considerable trabajo de que se veía sobrecargado.

«Todas las casas particulares fueron invadidas, y por la noche ya la ciudad entera no era más que un vasto hospital!... Desde el medio día las amputaciones se sucedían continuamente en San Luiggi, y no había sido imposible apartarme de allí ni un instante, á pesar de las repetidas llamadas que me dirigían de todas partes una porción de generales, jefes y oficiales, la mayor parte de los cuales evocaban los recuerdos de una amistad nacida en las gargantas del Atlas en Kabilia. Por fin, á las cinco de la tarde pude consagrar algunos minutos á los generales Ladmirauf y Dieu, á cinco coroneles y catorce oficiales de varias graduaciones, que así en el hospital civil, como en las casas particulares, reclamaban la primera cura.

»Sin embargo, en vista de lo avanzado de la tarde, las operaciones se iban haciendo difíciles y aun peligrosas para la estraccion de balas y esquirlas. Decidí, pues, que hasta la mañana del día siguiente nos dedicáramos exclusivamente á los heridos que aun estaban por visitar....

»A las seis de la mañana volvieron á emprenderse las operaciones quirúrgicas.

tranjeros que habiendo ido con el Dr. Robert Lucius, de la comision prusiana, en la madrugada del dia 24, á visitar el hospital de Amsál, y lo encontraron ya vacío, admirando la organizacion de nuestro servicio sanitario, que permitia al ejército verse tan pronto desembarazado de todos sus heridos.

Este resultado tan glorioso para el cuerpo de Sanidad militar se habia conseguido merced al celo de sus jefes y oficiales, que curaban los heridos apenas los veían caer: en todas partes se les habia visto despreciar el peligro para salvar la vida de un soldado, aunque fuere á costa de la suya propia, y la imágen bienhechora de la ciencia se ostentaba serena y tranquila en medio del fuego y de las balas. El cuerpo de Sanidad supo señalarse aquel dia, confirmando así el alto concepto que en esta campaña habia merecido del ejército entero. Yo debiera y quisiera consignar aquí los nombres de todos sus individuos; pero no pudiendo hacerlo, me limitaré á los de D. Francisco Esteve y Soriano, del segundo batallon de la Albuera, que sacó su caballo mal herido por un balazo en el pecho, y del Dr. Robert Lucius, oficial de Sanidad del ejército prusiano, que tambien tuvo ocasion de demostrar que la ciencia de la salud es enteramente cosmopolita.

«Nuestra situacion habia empeorado con la llegada de algunos convoyes de prisioneros austriacos, la mayor parte de los cuales venian heridos. Por una casualidad, feliz para nosotros, se habia cogido tambien al enemigo una ambulancia completa, con sus 16 médicos, 54 enfermeros y todo el material. Inmediatamente dispuse que nuestros colegas prisioneros se dedicáran á curar á sus compatriotas, mision que desempeñaron con el mayor tacto y abnegacion.»

En otra parte de la misma obra dice este autor, al hablar del auxilio que al cuerpo de Sanidad militar francés prestaron los médicos civiles italianos, que nadie puede apreciar tan dolorosamente la escasez de médicos, como los desgraciados que al dia siguiente de un combate imploran una cura en premio de su sangre generosamente derramada.

Tambien es digno de especial mencion el rasgo de don J. Puente, practicante del cuartel general, que venia con el Sr. Losada y conmigo, el cual viendo á un sargento de infantería acosado por tres ginetes enemigos, se lanzó en su auxilio, y pudo salvarle dando muerte á uno de los moros, entre la gritería de estos y las aclamaciones de las tropas, que al presenciarse este hecho heróico, gritaban ¡viva el paisano! (1).

Las tropas pasaron todo este dia sin más alimento que el café que por la mañana les habia servido de desayuno; habian tenido que sufrir una sed intensa, hasta tal punto que el mismo General en Jefe, abrasado por el calor del sol y las emociones del combate, hubo de esclamar una vez, que daria cualquier cosa por un vaso de agua: habian tenido que estar marchando todo un dia y tomando montañas á la carga, abrumados bajo el terrible peso de su mochila, de su tienda, de sus raciones para seis dias y de 70 cartuchos; pues solo los soldados de la division Rios iban aligerados de este enorme peso.

En tales condiciones queda el soldado aniquilado, porque no hay fuerzas humanas que á tanto resistan, y creo que esto debe evitarse á cualquier precio. El baron Ackermann, de la Guardia Real de Suecia, me decia, hablando de esto, que él habia acompañado al General Martimprey en su última expedicion contra los Beni-Suasen, y que nunca habia visto al soldado francés batirse con mochila.

El considerable número de heridos hizo que este dia se sintiera algo la escasez de medios de transporte; pero mer-

(1) Eran muy contados los practicantes que vestian el uniforme de su clase: la mayor parte de ellos vestian de paisano, llevando únicamente en la gorra el emblema del cuerpo de Sanidad.

ced á la renovacion de camillas que se habia verificado en todos los cuerpos, y al estremado celo de los soldados sanitarios, no llegó á originarse ningun conflicto, y reunidos y bien aprovechados todos los medios de traslacion, pudieron pasar á Tetuán en el mismo dia de la batalla casi todos los heridos.

A su llegada á esta plaza, no solo todos los hospitales quedaron llenos, sino que fué preciso instalar otros nuevos; pero el celo de los profesores de Tetuán satisfizo sus necesidades, sin desatender lo más mínimo, hasta que dos dias despues pudieron embarcarse en los hospitales flotantes todos ellos, á escepcion de los más graves.

Las heridas de este dia no presentaron ningun carácter especial que pueda hacerlas notables para la ciencia; así que solo mencionaré una contusion que por su rareza es difícil que pueda volver á observarse nunca. Me refiero á la que recibió el intérprete Mr. Dejean, hallándose entre el cuartel general, por una bala que al pasar le sacudjó un rudo golpe en el ojo derecho, produciéndole una coloracion cárdena y un desgarró del iris, pero sin destruir en lo más mínimo la córnea ni los párpados, á pesar de la inmensa delicadeza de estas partes. Contusion es esta, que solo puede esplicarse suponiendo que la bala disparada al alto bajaba concluyendo de trazar su curba parabólica, y á su paso fué por un instante tangente con el globo del ojo herido: la elasticidad de este órgano pudo tambien influir favorablemente en este caso, evitando su ruptura; pero de todos modos se necesita un concurso tal de circunstancias para producir esta contusion, que, como ya he dicho, no es fácil que en mucho tiempo vuelvan á verse reunidas.

No concluiré este capítulo sin hacer mención de un epi-

sodio que, aunque para la generalidad de los combatientes debió pasar desapercibido, pudo llegar á ser muy novelesco. Cuando las tropas del General Prim estaban empeñadas en el asalto de las alturas de Amsál, vimos por la parte del llano á un ginete árabe separarse de los suyos, y venir hasta el pié del monte de los olivos, donde estábamos con el General Prim, haciéndonos señales y ademanes como si nos invitara á que bajáramos: pensando estábamos si trataría de pasarse á nuestro campo, cuando él nos sacó de dudas disparando su espingarda, y demostrando así que estaba muy lejos de ser moro de paz. Entonces se permitió á algunos soldados de un batallón de cazadores que estaba situado en lo alto de nuestra colina, que ensayáran contra él la puntería de sus carabinas; pero él al ver esto se colocó fuera de tiro y volvió á reunirse con los suyos.

Algunos dias despues, supimos que este moro era uno de los jefes parlamentarios que con sus compañeros, habia pasado en casa del General Rios la noche del dia en que quedaron rotas las conferencias: al despedirlos por la mañana, el General les dió la mano diciéndoles, que así como hasta entonces se habian tratado como amigos, si se encontraban en el campo se matarian en buena lid como caballeros; el jefe moro habia tomado esta frase al pié de la letra; así que al ver un Estado Mayor en aquella altura, y creyendo fuera el del General Rios, vino á retarle á singular combate.

Si hubiera podido dar á conocer que tal era su deseo é intencion, no hubiera faltado de seguro quien respondiera allí por el General Rios, y tendria entonces la batalla de Vad-rás un episodio caballeresco, que si bien era muy frecuente entre moros y cristianos cuando estos sitiaban á Granada, son

de todo punto desconocidos en los ejércitos modernos, desde que la invencion de la pólvora y los adelantos de la táctica vinieron á desterrar la proeza individual, á la que antes se encomendaba la solucion de los combates.



CAPITULO XI.

Descanso en Vad-Itás.—Bandera blanca.—Los fugitivos de Tetuán.—Desolacion en el campo moro.—El cañonazo de leva.—Aprestos de batalla.—Ahmed-el-Chebli.—La conferencia de la paz.—Consulta médica de Muley-el-Abbás.—Aspecto y traje del Kalifa.—La herida y su tratamiento.—Recuerdo histórico.—Una carta de Muley-Soliman.—¡Viva la paz!—Regreso á Tetuán.—Los moros de paz.—Un *tubibb*.—Instrumentos quirúrgicos.—Regreso á España.—Licenciamiento de los buques hospitales.—Abundancia en el parque sanitario.

Dispuesto se hallaba el ejército español á continuar su marcha el dia 24; pero el General en Jefe creyó prudente darle un dia de descanso despues de las fatigas del anterior, y antes de lanzarse sobre las atrincheradas gargantas del Fondak, cuya posesion nos habia de abrir las puertas de Tánger. Era tambien necesario este intervalo, así para los reconocimientos que habia de practicar el Estado Mayor, como para reponer, de los almacenes de Tetuán, las municiones que la vispera se habian consumido, ya que desde el dia siguiente en que la division Rios regresára á Tetuán con los heridos que resultarán de la batalla del Fondak, íbamos á quedar aislados y sin comunicacion alguna, hasta que lográramos plantar nuestras tiendas en la playa de Jeremias.

Estábamos, pues, contemplando el montuoso paisaje que sobre el valle de los Abrojos se estendia, cuando vimos flotar á lo lejos una bandera blanca y penetrar poco despues en nuestro campo á los conocidos parlamentarios marroquíes. Injustos fuimos entonces; pero tan triste idea teníamos ya de su buena fé, que su presencia vino á escitar la indignacion en todos, aunque quedára contenida por el respeto debido al carácter sagrado de un parlamento.

El General en Jefe les reiteró sus condiciones, y no accedió á conceder plazo alguno, anunciándoles que á las seis de la mañana siguiente continuaria el movimiento del ejército; que hasta esa hora admitiria aun la aceptacion pura y simple de todas las condiciones que ya conocian; pero que desde el instante en que se pusieran en marcha, siquiera los primeros soldados de la vanguardia, ni aun esta aceptacion seria bastante, y podian volverse atrás si la traían, en la seguridad de que era ya tarde. Con esto los vimos marcharse sin concebir esperanza alguna de que volvieran. Y sin embargo, muy diverso hubiera sido mi juicio á haber tenido conocimiento entonces de la terrible escena ocurrida la víspera en el campamento enemigo, que más tarde me refirió con vivos colores un renegado.

Parece que á media legua de nuestro campamento, en el sitio que llaman *Ain-Djedida*, se encontraba toda la poblacion fugitiva de Tetuán, que habia abandonado sus hogares siguiendo al ejército marroquí despues de la batalla del 4 de Febrero. Allí estaban bajo miserables tiendas, amontonados hombres y mujeres, ancianos y niños, con sus camellos y sus rebaños, con todo lo que habian podido llevarse en su fuga, sufriendo las mayores privaciones y miserias.

Cuando este pueblo desterrado vió, en la mañana del 23, á sus guerreros dirigirse animosos á la reconquista de Tetuán, debió lucir en sus espíritus la dulcísima luz de la esperanza; pero ¡cuán terrible y dolorosa sería su decepcion al ver al poco rato volver en retirada las nubes de guerreros en cuyo esfuerzo habian fundado su última ilusion; cuando al mirarlos rechazados de una en otra posicion, hirió tambien sus ojos el siniestro esplendor de las bayonetas de los nazarenos que coronaban las cercanas alturas; cuando vieron levantar apresuradamente las tiendas de su ejército; cuando se encontraron con dos mil heridos, cuyos lamentos desgarraban el alma! ¡Oh! el que esto me referia debia tener el corazon harto endurecido, despues de apostatar de su religion, de su pátria y su familia; y sin embargo, este hombre se estremecia aun, al recordar aquella tarde pavorosa, en que á los ayes de los heridos se unia el llanto de los pequeñuelos, en que hasta los hombres más fieros y salvajes derramaban lágrimas, y en que las mujeres mesándose los cabellos é hiriendo el aire con sus gritos de dolor, querian ir todas á implorar de rodillas la clemencia de los cristianos!

El mismo califa Muley-el-Abbás, al retirarse descorazonado por el convencimiento de una derrota, tanto más sensible cuanto que no podia achacarla á la falta de valor en sus soldados; al contemplar á la caida de la tarde esta escena de horror y desolacion, con el corazon recto y noble que todos le reconocen, debió afectarse profundamente y desear á toda cósta el fin de aquella guerra que tantas calamidades atraia sobre sus pueblos.

La situacion del kalifa debió ser entonces exactamente igual á aquella en que el grande Esquilo representa á Xér-

xes, cuando al volver derrotado de Salamina es recibido por los ancianos y las mujeres de Persia, que entre desgarradores lamentos le dicen: «Estas son las aclamaciones» con que acompañaré tu regreso, gritos funestos, cantos lúgubres, gemidos lamentables como el himno doloroso de los maryandíneos.... ¿Dónde están tus amigos tan numerosos antes? ¿Dónde los que á tu lado combatían?...» Ese magnífico final de la tragedia de los *Persas*, donde vemos aparecer ante la tumba del gran Darío á un rey abatido y á un pueblo desolado, exhalando en solemne diálogo el fúnebre treno de sus lamentaciones, deplorando á un tiempo las desgracias de la nación y las de las familias; ese terrible miserere donde el restaurador de la tragedia griega agota el diccionario del dolor, con todos los gritos que pueden surgir del alma de un rey que llora su pérdida grandeza, y de la de una madre que llora la muerte de sus hijos; esta terrible escena, acaecida hace veintitres siglos en Susa, debió repetirse en la tarde del 25 de Marzo sobre las áridas rocas del *Ain-Djedida*.

A las cuatro de la mañana del 25 el estampido de un cañonazo retumbó con lúgubre estruendo en los cóncavos ecos de las montañas de Vad-Rás: parecía la voz inexorable del destino, que nos mandaba marchar en busca de nuevos triunfos al través de nuevos horrores. Poco era lo que habíamos descansado en aquella noche fría, acostados sobre la yerba húmeda, y desvelados por los tiros que se disparaban en las trincheras; pero un momento después estaban abatidas todas las tiendas, y nos ocupábamos en cargar de nuevo nuestros bagajes. ¡Cuántos de los que entonces contemplaban el rojizo disco del sol que aparecía majestuoso sobre las cumbres del Atlas, no le verían ponerse!...

Habíamos tomado el café ; todos los aprestos estaban terminados ; el jefe de Sanidad había dispuesto que aquel día se aumentára el numero de practicantes de cartera en el cuartel general ; las seis iban á dar ; toda esperanza de acomodo era ya ilusoria. Las cumbres del Fondak nos aparecian como un monumento de nuestras glorias , pero tambien como un sepulcro de muchos héroes , y todos aguardábamos ya impacientes la órden de marcha , cuando hé aquí que de improviso aparece entre nosotros un ginete árabe que venia desgarrando los hijares de su caballo alazán , cubierto de sudor. Era el Hadj-Ahmed-el-Cheblí , kadi de la caballería , el más simpático de los jefes enemigos , el que representaba á nuestros ojos el tipo del moro caballeresco , del Almanzor de las justas de Granada. Las condiciones estaban aceptadas , y solo faltaba que conferenciáran los jefes de ambos ejércitos ; aplazóse , pues , la marcha ; descargáronse los bagajes , y todos quedamos aguardando el resultado de los sucesos que se iniciaban.

A cosa de las nueve bajó al valle el duque de Tetuán con todo su Estado Mayor y un escuadron de coraceros por escolta , mientras por el opuesto lado aparecia el Califa del Algarbe con gran número de ginetes árabes , envueltos en blancos alquiceles , á los cuales precedian tres banderas rojas y la verde del Profeta , que señalaba la presencia de un príncipe imperial. Adelantáronse ambos jefes para reunirse en la pequeña tienda que al efecto se habia levantado , y nosotros hubimos de detenernos á unos doscientos pasos de distancia.

Contemplaba yo entonces aquel pequeño y escondido valle , ya histórico , donde á la sazón se debatian los intereses de dos ejércitos , de dos naciones , de dos razas , de

dos religiones: sabíamos que la honra nacional estaba en manos que la sabrían mantener muy alta, y así podíamos tranquilamente hacer votos por la paz, bien seguros de que la que allí se concertára no podía menos de ser honrosa.

Mientras tanto el calor del sol se hacia sentir con estremada fuerza en aquella encañada, y todos andábamos con nuestros caballos del diestro, buscando entre las lozanas mieses la sombra de algun árbol ó la frescura del riachuelo que entre mimbres y cañaverales corria sobre un lecho de limpios guijarros por un lado del valle. Un religioso silencio reinaba en la comarca toda, como si no hubiera allí uno en frente de otro dos ejércitos que todavía se llamaban enemigos.

La conferencia se prolongaba bastante para la ansiedad con que su resultado se esperaba, y cuando ya concluia, correspondió al cuerpo de Sanidad desempeñar tambien algun papel en esta escena histórica.

Despues de poner su firma al pié de las bases de la paz, manifestó el príncipe Muley-el-Abbássu deseo de consultar á algun médico español, acerca de una incomodidad que en su mano derecha sentia, é inmediatamente mandó el duque de Tetuán que se llamára á uno de los Médicos de su Estado Mayor. El primero que encontró el ordenanza fué el señor Santucho, Inspector graduado, segundo jefe de Sanidad del ejército, y persona que, así por sus conocimientos científicos, como por su afición á la lengua y literatura árabe, podia representar muy bien en aquella ocasion al cuerpo de Sanidad español: le acompañó el Sr. Boix, farmaeútico del cuartel general, llevando consigo algunos medicamentos, por si la aplicacion de estos fuera necesaria, y ambos entra-

ron en la tienda donde estaban solos los dos jefes con sus respectivos intérpretes.

Segun lo que aquellos señores me refirieron despues , se sentia en la tienda un calor muy intenso: estaba sobre la mesa el tratado, escrito en árabe y en español, y el príncipe sentado en uno de los *pliants* que amueblaban la tienda: brillaba en su rostro atezado la satisfaccion íntima que debía recrearle en aquel momento, haciendo más simpática la expresion de bondad y magestad que tan bien se aunan en su semblante: al verle no se puede menos de sentir una grande atraccion, unida á un profundo respeto. Vestia el traje talar que tanto ennoblece las figuras orientales, llevando una túnica de color lila , sobre ella un albornoz blanco y por encima de este otro de paño azul ; las capuchas de ambos colgaban á la espalda dejando desembarazada su cabeza, coronada por un amplio y blanquísimo turbante, sobre el cual se enroscaba en diez ó doce vueltas un cordon verde , única insignia de la alta gerarquía que le daba su nacimiento. Calzaba grandes botas de tafilete amarillo , en las cuales se conocia aun la señal del acicate , y como estas botas no tienen suela sino del mismo tafilete , solia colocarse, para andar, unas babuchas del mismo color que las botas.

Tal era el traje y aspecto del príncipe cuando se le presentaron los profesores españoles, y cuando por medio del intérprete empezó á relatar su padecimiento, que era el siguiente. Parece que en alguna ocasion antigua hubo de recibir un tiro de perdigon en la mano derecha, y uno de estos pequeños proyectiles quedó implantado en medio de la palma de la mano, embarazando mucho sus movimientos, hasta que por sí mismo se corrió á la raiz del dedo índice, de cuyo sitio lo estrajo en Tánger un médico francés ; pero

sin embargo de esto, continuaba sintiendo molestia en aquella parte, que á veces y sobre todo en los cambios atmosféricos, llegaba á dificultarle el uso de la mano en términos de no poder firmar.

Con estos antecedentes pasó el Sr. Santucho á examinar la mano herida, y aunque sospechaba la existencia de algun otro perdigon, como este no se manifestaba en lo más mínimo, creyó que no era el caso de proceder á una operacion que pudiera resultar inútil, y dictó en una consulta, que entendió el intérprete en lengua árabe, todos los medios que debian emplearse para obtener la curacion. Figuraba entre estos el uso de las aguas sulfurosas termales, y hubo alguna detencion y dudas en traducir esta frase al árabe: los profesores españoles sabian que en aquel país debian existir manantiales de esta clase, por las muestras que ya habíamos encontrado; pero con todo, hizo presente el Sr. Boix que en el cuartel general habia medios de poderlas preparar artificiales en el acto. No fué necesario, sin embargo, porque el príncipe recordó que las habia en efecto y le eran conocidas.

Concluida la consulta, preguntó el duque al Sr. Santucho si consentiria en acompañar al príncipe por algun tiempo, y en vista de su respuesta afirmativa hizo el ofrecimiento á Muley; pero este juzgó que no seria indispensable: tendió su mano al médico español, y diciéndole que desde entonces era su amigo, volvió á quedar solo con el duque y los intérpretes.

No era esta la vez primera que los príncipes de Marruecos confiaban su salud á médicos españoles, pues el año 1799, con motivo de la formidable peste que á este Imperio devastaba, pidió Muley-Soliman á nuestro Carlos IV le en-

viera un facultativo de su confianza , y habiéndola merecido el médico de familia D. José Antonio Coll , desempeñó su comision de tal manera, que dejó á todos prendados de su ciencia y su carácter; como lo manifestó el mismo Emperador en la carta que con este motivo escribió al proto-médico del rey de España, Doctor Masdevall y que testualmente decia así :

« Alabanzas á Dios único, no á la virtud ni al poder.—
 » Al sábio proto-médico José Masdevall, salud. Sabrás por
 » esta nuestra carta como llegó vuestro discípulo el médico
 » José Coll, al cual mandó vuestra córte á la mia, con de-
 » signio de asistir á mi persona y á las de mis vasallos. En
 » mis conferencias con él he observado es despierto y avisa-
 » do en su profesion, elocuente y eruditísimo, de una índole y
 » carácter apacible para tratar con los que á él venian, ricos
 » y pobres : finalmente hallamos que es como tu nos le pin-
 » tas y describes , y aun mucho más; por lo que juzgo que
 » debe ocupar el segundo lugar entre los médicos de la na-
 » cion española. Tambien nos han llegado las medicinas que
 » con él nos mandaste, con las que el Señor ha sido servido
 » dar la salud á mis vasallos: ; felices y dichosos dominios!
 » Con esto habeis hecho un bien tan considerable, como lo
 » ha sido vuestro cuidado y solicitud en procurarle, al cual
 » os estamos agradecidos y nunca se borrará de nuestra me-
 » moria. Si en adelante, pues, necesitásemos de médico no
 » será otro que vuestro discípulo José, este mismo que ha
 » venido á mi córte, cuyo carácter hemos admirado, y apro-
 » bado por su talento y erudicion: cual este deben ser los
 » profesores que pasan á las córtés de los príncipes; por
 » lo que es justicia premiarle, distinguirle, ascenderle, do-
 » blarle el sueldo y remunerarle sus talentos y sus servicios:

»lo que esperamos tengais presente, hagais y cumplais. A
»primero de Chamadi-elma de 1215 (24 de Setiembre de
»1800) (1).»

Poco despues se despedian ambos jefes, y al ver llegar al nuestro con la palabra *Paz* escrita en la satisfaccion que irradiaba en su semblante, le recibí su cuartel general con las aclamaciones más entusiastas y sinceras, que poco despues resonaban repetidas por todos los ámbitos del campamento.

Yo daba gracias al Altísimo que me habia dejado ver un dia tan feliz; pensaba en que ya no se reproducirian las terribles escenas que dos dias antes habia presenciado; en que ya no tendria que contemplar más horrores, ni oír más gritos de dolor, ni ver más sangre derramada, más miembros destrozados, más cráneos deshechos; pensaba en la inefable alegría de tantas madres, y veía sus preces subir al trono del Eterno como una columna de incienso; y al pensar en todo esto, mi corazon se dilataba de contento en tanta felicidad, despues de haberse contraído de dolor en tantas desgracias.

Las bases preliminares que para la redaccion del tratado de paz acababan de firmarse, nos daban como concesiones de territorio, todo el ensanche que para la plaza de Céuta se habia pedido, con lo cual puede decirse que sus actuales límites tienen una estension diez veces mayor que los antiguos; otro tanto para Melilla y demás presidios de la costa del Riff, y además el terreno necesario para establecer una nueva colonia en la costa del Occéano en Santa Cruz la Pequeña ó Agadir.

(1) Epidemiología española por el cirujano de exercito D. Joaquin Villalba.
—Madrid 1802.

Como concesiones morales para el aumento de nuestra influencia en aquel país, obteníamos la libre práctica de nuestra religion en el Imperio, la facultad, negada hasta ahora á todas las naciones, de que residiera en Fez el representante de España; todas las franquicias posibles para nuestro comercio, y un aprovechamiento de bosques en el Imperio marroquí, que tal vez pueda llegar á ser para nosotros una ventaja de valor inapreciable, cuando el aumento de vías férreas haya consumido nuestras maderas de construccion.

Y por último, lográbamos como concesion pecuniaria la indemnizacion de guerra valorada en 400 millones de reales, pagadera en cuatro plazos, y garantida por la ocupacion de Tetuán, que quedaba en poder de nuestras tropas hasta que esta cláusula recibiera su debido cumplimiento.

Estas bases eran exactamente las mismas que se habian debatido en las conferencias anteriores, y aun lejos de haberlas agravado por nuestra parte despues de la batalla de Vad-rás; todavía el General en Jefe las habia atenuado cuando al hacerle presente el príncipe Muley, lo crecida que para ellos era la indemnizacion de guerra que se veían obligados á aceptar, les rebajó generosamente en nombre de España una cantidad de 100 millones, quedando así reducida á 400, de 500 que eran antes.

Una vez admitido el principio de que la guerra que hacíamos en África no era de conquista, sino solo coercitiva y reparatoria del honor nacional, es indudable que estas concesiones satisfacian ámpliamente al objeto propuesto, y que es imposible pretenderlas mayores sin faltar á la justicia, cuyas sagradas y eternas nociones nadie menos que el vencedor tiene derecho á olvidar.

Sin que sea mi ánimo juzgar el tratado, sino solo consignar las impresiones que allí sentimos, debo decir, que lejos de tenerle por poco favorable, aun creíamos que pecaba del extremo opuesto en lo relativo á la indemnizacion de guerra. Sentíamos que España no apareciera bastante rica para pagar su gloria, conociendo que habia de ser punto menos que imposible el reunir esa considerable suma en un país donde tan atrasadas y pobres veíamos la agricultura, la industria y el comercio, únicas fuentes de riqueza de las naciones, y sabiendo ya que debian relegarse á la region de los cuentos maravillosos las fabulosas descripciones que del ponderado tesoro de Mekinez se hacian en Europa.

En cambio esperábamos se nos cediera algun puerto en el Occéano, de mayor importancia que la pesquería de Agadir; pero parece que si con previsora política llega á establecerse allí una buena colonia, cuando en tiempo más ó menos remoto vuelva España, obedeciendo á sus destinos, á hacer la guerra en África, encontraremos en Agadir un punto de seguro desembarco, desde donde alcancemos más pronto el corazon del Imperio, y que situado á corta distancia de las Canarias, donde pueden hallarse los depósitos de guerra, sea la gran arteria de nuestra invasion futura, como Céuta lo ha sido de la presente.

La cordillera magestuosa del Atlas que se estiende de mar á mar divide el Imperio marroquí en dos regiones completamente distintas, una al N. O., que es aquella en cuyo extremo hemos estado, y otra que inclinándose al S. va á perderse en la inmensidad del desierto. Las montañas que constituyen esa muralla divisoria están habitadas únicamente por tribus feroces de Berberes, no sometidos á autoridad ninguna, y que hacen aun más impenetrable esa

barrera natural que impide toda comunicacion directa entre esas dos grandes zonas del Imperio. Solo un camino hay que permita la circulacion entre Fez y Marruecos, y es el que saliendo de una y otra de estas ciudades llega basta las últimas colinas del Atlas, en la orilla misma del Occéano, para salvar en este punto extremo la inaccesible cordillera (1). Ahora bien; basta examinar el mapa para ver que Agadir está muy cerca de este punto, cuya importancia estratégica para la dominacion de Fez y de Marruecos no se escapó al Sultan Almanzor, tan conocido en nuestra historia, y para comprender que esta conquista no es de tan escaso valer como á primera vista aparece.

A las cuatro de la tarde emprendimos la retirada, para situarnos al otro lado del Buceja, que se habia señalado como límite divisorio de uno y otro ejército. Volvíamos á recorrer las llanuras que dos dias antes surcaban las balas, las granadas y los cohetes, y á cada paso encontrábamos un recuerdo.

Con frecuencia encontrábamos tambien grupos de moros de rey, que con la espingarda entre las piernas nos contemplaban pasar, sentados al borde del camino: estaban allí con la mision de impedir que los kabilas nos hostilizáran, y todos íbamos maravillados de la prodigiosa rapidez con que habia cundido entre los moros la noticia. Al medio dia habian salido cuatro ginetes moros, llevando cuatro líneas escritas por el califa, y ya era indudable que las habian transmitido á todo el bajalato de Tetuán. ¿De qué medios disponian para hacer tanto como hubiéramos hecho nosotros con los alambres del telégrafo?

(1) *Le Maroc contemporain*, par N. Cotte.

Al pasar por el sitio donde se habia establecido el hospital de sangre para los Catalanes , pudimos tristemente contemplar un monton de cadáveres que sin duda habian sido enterrados muy de prisa , pues entre la tierra removida aparecia acá una mano , allá una pierna , más allá una cabeza. Algunos estaban completamente descubiertos , todos desnudos y ya alterados por la descomposicion , ofreciendo á nuestra vista un espectáculo horrible, que parecia puesto allí providencialmente , para hacernos apreciar todo el valor de la paz.

Aquella noche acampó todo el ejército al Sur de Tetuán, y al dia siguiente volvieron á colocarse todas las tiendas en las mismas áreas que antes de nuestra salida ocupaban.

Ya entonces comenzamos á ver el nuevo espectáculo que nos ofrecian nuestros encarnizados enemigos de la víspera, que venian en grupos de ocho ó diez, con sus espingardas al hombro, á pascar entre nuestras tiendas. No tardaban mucho en verse rodeados de cristianos, que examinaban sus espingardas, mientras ellos, con ávida curiosidad y sencilla sorpresa, tenian en sus manos nuestros sables y revolvers, pues en su condicion guerrera nada más que las armas les parecia digno de su atencion. No habia en sus trajes uniformidad alguna, y sin embargo, eran moros de *rey*, segun decian con marcada complacencia.

Uno de ellos se me presentó como *tubibb* (médico), y aunque yo abrigaba desde el principio de la campaña gran deseo de conocer á alguno de estos, fué muy escasa la satisfaccion que me produjeron el aspecto y traje de mi pretendido colega, pues me parecia que habia de manejar mejor la espingarda que el bisturí, y ser más diestro en amputar cabezas de cristianos que miembros heridos. Con tan funda-

da sospecha hube de preguntar á los demás moros que con él estaban si en efecto le tenían por *tubibb*, y todos unánimes me lo aseguraron á voces, y aun me hicieron entender por señas que se pintaba solo para estraer muelas, cosa que para ellos debia ser sin duda el *nec plus ultra* de la habilidad quirúrgica.

Con todo eso, aun no lo hubiera yo creido del todo, á no ser por la espresion que se retrató en su semblante cuando yo desplegué ante sus ojos la cartera de mis instrumentos quirúrgicos: entonces conocí que aquel hombre rudo y salvaje tenia algo de médico, como se reveló el jóven Aquiles al ver una espada.

Demostrando, con esa viveza de voces y ademanes propia de los séres primitivos, la indecible admiracion que le causaban aquellos instrumentos (que en verdad procedian de una buena fábrica de Lóndres), queria á toda costa que yo le diera ó vendiera alguno de ellos, poniendo por intercesores á todos los oficiales del cuartel general que nos rodeaban, y añadiendo que si tal hacia seria yo *buono*, *buono*, y si no *falso*.

Ni aun pudo convencerle la dialéctica del jóven marqués de Ahumada, quien proponiéndole el partido de que me los trocára por su espingarda, y negándose él, alegando que no era suya sino *de rey*, le dijo que tampoco mi cartera era mia sino *de reina*. Por fin le regalé unas pinzas que tenia de sobra, y le cambié una lanceta por una navaja de afeitar, harto mellada, que con unas pinzas semejantes á aquellas tenacillas que antiguamente se usaban para tomar un ascua con que encender la pipa, constituian todo su arsenal quirúrgico.

Despues de haberle aleccionado sobre el modo de usar

los instrumentos que acababa de darle, le ví marcharse muy gozoso, mientras yo quedaba deplorando la suerte de los heridos marroquíes, si todos los *tubibis* á cuya asistencia se confiaban eran por el estilo del que acababa de conocer.

Entre tanto todo se nos volvía hacer cálculos sobre la época probable de nuestro regreso á España, que todos deseábamos: pues si bien dos dias antes estábamos dispuestos á ir, no solo á Tánger, sino hasta Fez, si preciso era, ahora que ya el drama habia perdido felizmente su interés, el deseo de volver á ver el cielo de la patria, de abrazar á nuestros parientes y amigos, se manifestaba más vehemente, ya que no le contenia la voz severa del deber.

No tardó en llegar esa hora para algunos, pues una vez que la paz estaba firmada, dispuso el General en Jefe regresáran á la Península todas aquellas personas cuyos servicios no fueran necesarios en la nueva situacion en que se colocaba el ejército; y en virtud de esta medida se espidieron los pasaportes á la mayor parte de los jefes de Sanidad que componian las planas mayores del ejército y brigadas, dejándolas reducidas al número estrictamente necesario, y lo mismo se hizo con los practicantes.

Tambien se decretó desde luego la supresion de los hospitales flotantes, quedando licenciados ó convertidos en transportes los cuatro vapores dedicados á este objeto, apenas dejaron en España los heridos de Vad-Rás. Y no porque no hubiera todos los dias muchos enfermos que trasladar á Céuta ó Algeciras, sino porque esto se seguia haciendo en los vapores-correos con las malísimas condiciones que ya en otro capítulo he señalado. Así quedó disuelta esa escuadrilla sanitaria, primer ensayo de su género en nues-

tro país, que tan buenos servicios habia hecho y que los hubiera prestado aun mayores, si nunca se la hubiera distraido del sagrado objeto á que estaba destinada.

Empezóse tambien á recojer desde luego en el parque sanitario de Tetuán y en el de la Aduana, todo el material de que habian estado dotados los buques y las planas mayores del ejército, viéndose entonces que aun quedaban recursos de curacion para otra campaña; ¡tan pródiga habia andado la caridad de las españolas!



CAPITULO XII.

La medicina árabe.—Su pasado ilustre.—Averroes.—Atraso actual.—Una conversacion con Hassem-el-Kamed.—Médicos del ejército marroquí.—Su manera de retirar los heridos.—Isaac Abucasis, médico hebreo.—La vacuna en Tetuán. Los médicos de Fez.—La ciencia sin la caridad.—Drogas árabes.—Visita al campamento marroquí.—La tienda de un jefe.—Visita de los enfermos moros.—El fatalismo.—Observancia del ayuno.—Cura de una herida.—Refresco.—Un Ayudante de Muley-el-Abbás.—La vida patriarcal.—Triste estado de la medicina árabe.—El islamismo y la civilizacion.—Buena salud en Marruecos.—La higiene del Korán.—Sencillez de costumbres.—Frugalidad.—Reflexiones sobre estas circunstancias

La terminacion de la guerra me presentaba ocasion de satisfacer la curiosidad, el anhelo que habia tenido durante toda ella por averiguar á qué altura se encontraba la ciencia de curar entre nuestros adversarios, y cómo tenian organizado en su ejército el servicio sanitario.

Habia observado ya, en cuanto á este, que jamás nos abandonaban sus heridos ni en poco ni en mucho número, á pesar de que en todas las funciones de guerra perdian terreno, posicion que dificulta mucho la retirada de los heridos; pero la escasez de prisioneros y la falta de poblacion

indígena en el país que conquistábamos, no había permitido averiguar nada respecto de estas cuestiones.

A pesar del estado de increíble atraso que este país revelaba en todas las esferas de la actividad humana, todavía me lisonjeaba yo con la esperanza de que el pueblo árabe conservára algunos reflejos de aquella esplendente luz con que iluminó la historia de la medicina, cuando envueltas las ciencias en el naufragio de la civilización romana y aventadas sus cenizas con las de la biblioteca de Alejandría, resucitaron en las célebres escuelas de Córdoba y Granada.

Yo esperaba que no fueran allí desconocidos los nombres de Rhasis, de Avicena y de Averroes, que tan gloriosos brillan en los frontones de nuestros anfiteatros médicos; que aun se leyeran allí el *Continente de Rhasis*, el *Almaleki* de *Aly-Abbás*, el *Taisyf* de *Aven-Zhor* el *Azaragi* de *Albucasis*, el *Colliget* de *Averroes*, libros en que la medicina arábica había consignado sus maravillosos adelantos.

Yo esperaba que alguna huella se conservára aun entre sus correligionarios, de los trabajos de Hasain-ben-Isac, el traductor de Hipócrates, del malagueño Ben-el-Beithar, tan célebre botánico; del gran cirujano Kalaf-ben-Abbás-Abulcassen, vulgarmente celebrado con el nombre de Albucasis; y del sevillano Abdelmalek-Ben-Zohr, á quien llamamos Avenzoar.

Yo sabía que el Imperio de Marruecos no había permanecido apartado en la edad media del progreso que la ciencia de curar había hecho en España, bajo la ilustrada dinastía de los Almohades, á cuyas escuelas pedían médicos los Papas, los reyes y los emperadores: yo sabía que en la Universidad de Fez había resonado la elocuente voz

del maestro de Averroes , Abú Baker Mohamed-ben-Bageh, que habia sido visir de Zaragoza ; de Mohamed-ben-Abdelmalek-ben-Thophilus, natural de Guadix, y médico de cámara del Emperador de Marruecos ; del zaragozano Obaidallá-ben-Ali-ben-Galendo, cuyas obras médicas forman una biblioteca ; del sevillano Avenzoar el jóven, del malagueño Mohamed-ben-Cassen-Alcarschita, el brillante médico poeta, que fué prefecto del hospital de Fez ; del judío español Jahacob-ben-Huziel ; y esperaba encontrar todavía algun recuerdo de tanta grandeza (1).

Esperaba sobre todo que no se hubiera borrado de la memoria de aquel pueblo la gran figura del cordobés Abulvalid-Mohamed-ben-Ahmad-Ehn-Roschd, á quien el mundo científico rinde homenaje con el nombre de AVERROES, porque este, no solo habia sido médico de cámara del califa de Marruecos Almanzor, sino que habia sido por muchos años legislador de este pueblo, reformando en él las leyes, la administracion y el gobierno, en el sentido de la filosofía aristotélica de que se habia empapado, hasta que la intolerancia feroz de los ulemas consiguió proscribirle, declarando heréticas varias de sus proposiciones, en un concilio mahometano.

Entonces se vió á ese grande hombre, desterrado al barrio de los judíos, colocarse los viernes á la puerta de la mezquita para recibir todos los improperios de la plebe, hasta que de Fez pudo volver á Granada ; pero cabiéndole en su ancianidad el consuelo de que el pueblo de Marruecos, arrepentido de su crimen, volviera á llamarle, devolviéndole el Emperador solemnemente todos sus grados y honores. Si

(1) Morejou.—Historia de la medicina española.

no como médico, debía este grande hombre haber sobrevivido como legislador.

Todo esto esperaba yo, pero fué bien poco lo que encontré. Bien es verdad que para formar un juicio exacto y completo, fuera necesario visitar algunas de las principales poblaciones del interior del Imperio, tratar con sus sabios, conocer su lengua y examinar sus libros; pero aunque nada de esto me fué dado, los datos que desde Tetuán pude adquirir, bastan para demostrar que el pueblo árabe ha decaído completa y absolutamente del rango que un día ocupára en la historia de la medicina, y que esta ciencia, en otro tiempo tan predilecta de los moros, se retiró de ellos al mismo tiempo que la civilización, para iluminar con su luz á la entonces hárbara Europa.

Conversando un día con Hassem-el-Kamed, intérprete de Muley-el-Abbás, y jefe de caballería, sobre el servicio sanitario de su ejército, supe que en efecto tenían médicos, *tubibb*; pero que no pasaban de nueve en todo él, siendo los seis de Fez y tres de Tánger, todos mahometanos, que habían estudiado su ciencia en la capital del Imperio. No sé si por patriotismo ó por convicción, teníanlos el Kamed en muy buen predicamento, y aun me decia que lejos de cortar como nosotros los miembros heridos, sabian sacar las balas y curar las heridas sin recurrir á amputaciones. Desde luego me aseguró que el que por *tubibb* se me habia presentado no era tal, sino meramente un aficionado, como habia muchos en el ejército en clase de soldados.

Preguntéle si llevaban camillas y me aseguró que no tenían ninguna, pues aquella que les tomamos en la batalla de Vad-Rás al penetrar en el monte de los olivos, y que me habia parecido muy pesada, debía ser unas andas que lle-

vaban para conducir el cadáver de algún jefe. Me dijo que su sistema para retirar los heridos, se reducía á que apenas caía uno, le tomara sobre sus hombros el que se hallara á su lado y saliera huyendo con él hasta ponerlo en salvo.

Este sistema de tan notable sencillez, pues no requiere distraer del combate más que un hombre por cada herido, me esplicó claramente la facilidad con que en todas las acciones los retiraban, y nos indica ya en qué sentido debe resolverse esta cuestion, una de las más importantes del servicio sanitario, y en la que es preciso estudiar alguna reforma que armonice las necesidades contrarias de retirar pronto á los heridos, y de distraer poca gente del combate. La silla-mochila del Sr. Rodriguez es un gran paso en esta senda; la caballería sanitaria, cuya organizacion he indicado en otro lugar, tal vez pueda ser otro adelanto análogo.

Por lo demás, solo la sencillez es de elogiar en el primitivo sistema de los moros, pues no es difícil conocer lo que habrán de sufrir la mayor parte de los heridos, y sobre todo los fracturados, al ser arrebatados de tal manera.

Tales fueron las noticias que se sirvió darme el intérprete general del Imperio; pero no contento con ellas, andaba yo buscando traza de poderlas adquirir más amplias, cuando la casualidad me vino á ofrecer ocasion de satisfacer algo más mi deseo, pues sucedió que estando yo cierto dia hablando con un hebreo que vendia drogas, se le acercó una mujer á consultar lo que convendria para un enfermo. Preguntéle entonces si era médico, y como dijera que sí, quise saber su nombre, y oí con sorpresa el de una de las lumberras de la medicina árábica: llamábase este hebreo Isaac Abucasis, era su familia oriunda de España, y se transmitia en ella la medicina de una en otra generacion. No ne-

cesité yo más para hacerle descendiente en línea recta del gran cirujano Albucasis, sin parar mientes en la diferencia de religion y en la lijera variante que del nombre hacia, achacando estas circunstancias al trascurso de los siglos, que á mayores cambios y mudanzas dá origen.

Probábase tambien la desemejanza que en cuanto á gustos y aficion suele haber entre padres é hijos, con la muy poca que nuestro Isaac tenia para el ejercicio de la cirujia, que la escasez de su ánimo no le permitia en modo alguno, siéndole preciso exaltarlo por bebidas espirituosas cada vez que habia de hacer la operacion de la vacuna, única que practicaba.

Con esto supe de paso que ya era conocido y usado en Tetuán el descubrimiento de Jenner ; pero solo entre la poblacion hebrea , pues los moros no la habian adoptado en manera alguna. Recíbense allí de Gibraltar los cristales que contienen este virus ; pero calculé que no estaba Abucasis muy enterado en la teoría de este método profiláctico , cuando al decirle yo que á la sazón teníamos dos variolosos en el hospital militar , me propuso que aprovecháramos aquella oportunidad para propagar el virus de sus pústulas: yo le advertí que esto seria inocular viruela y no vacuna, y que aun cuando este procedimiento (de las discretas por supuesto) se ha usado en algunos paises orientales, solo puede tolerarse por lo arriesgado en casos de extrema necesidad y absoluta falta de cow-pox.

Por este hebreo supe que los moros no tenían médicos en su ejército, en tiempos normales, y que solo cuando nosotros estábamos en el Serrallo habian enviado de Fez algunos que sabian sacar balas ; pero no los tenia Abucasis en

tan buen concepto como el Kamed , aunque tal vez, como en este el patriotismo, influyera en aquel el odio de raza, pues me aseguró que no sabian hacer amputaciones , y que de las balas solo estraian aquellas que por superficiales aparecian más accesibles, diciendo de todas las demás que ya habian salido. En apoyo de esta mala opinion que de ellos tenia, me citó algunos de los casos ocurridos en Tetuán, y entre ellos uno de gangrena en el brazo , en que el médico árabe se limitó á aplicar un gran emplasto de resina, dejando así que el mal corriera á su sabor, dando presto fin con el herido.

Me refirió que para las heridas incisas usaban esos *tubbib* algunos bálsamos, y más que todo el jugo de las hojas carnosas de cierta planta , que por la descripcion que de ella me hizo, conjeturo ha de ser la *balsamina*, bien conocida en nuestro país : que los moros tenian su hospital en el edificio donde habíamos establecido el nuestro , pero que se exhalaba de él una fetidez insoportable , y que los heridos moros entraban en Tetuán, despues de los combates, conducidos en asnos.

Tambien me dijo que en atencion al grande número de heridos y al muy reducido de los médicos, le habia preguntado el gobierno si sabia sacar balas ó conocia remedios interiores para curar sus heridas ó espulsarlas, y se gloriaba de haber respondido negativamente á ambas preguntas. Como si esto fuera poco, aun oí decir á otro curandero judío, que si á él le hubieran obligado á asistir á los heridos moros, se proponia aprovechar esta ocasion de darles veneno. Al oír espresada con la más cándida sencillez tan horrible idea; al ver así formulada en una frase, no la maldad de un individuo aislado, sino la perversion del sentido moral

en toda una raza , me acordé de que tambien el grande Hipócrates se habia negado fieramente á dar la salud á los sublitos de Artaxerxes , siendo este acto aplaudido como heroico en toda Grecia , y no pude menos de dar gracias al Cielo, que me habia hecho nacer en la única religion que enseña á amar á los enemigos.

Preguntándole yo con interés sobre el tratamiento que allí empleaban para las fiebres intermitentes , me dijo que él conocia y usaba el sulfato de quinina ; pero que los moros se limitaban en tal caso á colgarse del cuello unos amuletos *temáim* , donde iban escritos algunos versiculos del Koran , práctica que data desde Abdallá , hijo de Omar.

Con esto me despedí de mi colega hebreo, y como él acumulaba tambien el ejercicio de la farmacia , segun siempre ha sucedido en la infancia del arte de curar , le compré una muestra del *alfasog* , masa resinosa que se trae de Fez , para hacer emplastos madurativos , y otra de *gasul* , resina jabonosa , preparada en tabletas , que dicen aprovecha en las erupciones escamosas.

Adquiridas así de diversas fuentes estas noticias sobre el estado actual de la medicina arábica , me faltaba solo buscar ocasion de juzgarla por mí mismo en su práctica , y con tal objeto me resolví á hacer una visita al campamento de los moros. Convenido para ello con mi compañero el Sr. Ferrer , salimos una mañana en direccion al Sur de Tetuán , con ánimo decidido de hacer una atenta visita á nuestros nuevos amigos ; pero al dejar las últimas avanzadas del segundo cuerpo , no las tenia yo todas conmigo , pues hasta entonces no habia logrado hacerse proverbial la buena fé de aquellas gentes. Sin embargo , como ya era tarde para volver atrás , me decidí á llevar á cabo esta novelesca expedicion ,

y pronto nos encontramos frente á las tiendas árabes, por entre las cuales paseaba un gran número de los que hasta entonces solo habíamos visto como mortales enemigos. Solicitado y obtenido por señas el permiso para pasar, vadeamos un riachuelo que les servia de foso inundado, echamos pié á tierra y dejando los caballos á la guarda de mi buen Camilo, nos encontramos á merced de los marroquíes, que con ávida curiosidad nos cercaban.

Nos recibieron de la manera más afable, llevándonos desde luego á la tienda de su jefe, que creo se llamaba *Halifa*. Hallábase este, que era hombre robusto y de edad madura, envuelto en un gran *haik* blanco y arrellado en el testero de la tienda, sobre la alfombra que tapizaba su suelo; en su derredor se veían, sentados también á la oriental, otros seis jefes de atezado rostro y fiero aspecto, y á su lado estaba un *khodja* ó secretario que, armado de redondas antiparras, se ocupaba en escribir con el tintero en el suelo y el papel sobre la rodilla. Después de un doble saludo, hecho á la morisca y á la europea usanza, tomamos á ambos lados del jefe el asiento que nos ofrecía, que no era otro que la misma alfombra, y comenzamos á hablar, favorecidos por la circunstancia de que Halifa comprendía nuestro idioma, como fronterizo que había sido por bastante tiempo de nuestras Chafarinas. Dijimos desde luego nuestra calidad de médicos, ofreciéndoles nuestros servicios que aceptaron con satisfacción, llevándonos á visitar los enfermos que por las tiendas había, pues ellos carecían de *tubibb*, no siendo aquella sino una fuerza destacada del gran campamento de Muley-el-Abbás, que *decían* estaba en el Fondak.

Fuíme, pues, de tienda en tienda, y aunque, como era natural, no había allí sino enfermedades leves ó dolencias

crónicas, pude observar que predominaban bastante los afectos reumáticos, que en muchos se revelaban por la tumefacción pasiva de las articulaciones, y noté también, con este motivo, que aun no habían olvidado los médicos árabes la predilección que el gran Abul-casem tenia por el cauterio, pues ví en varios de los que me consultaron, la marca del hierro candente con que les habían *labrado* en ambos lados de las rodillas, segun se practica en veterinaria.

Algunos comentadores del Korán creen, sin embargo, que esta operacion no es lícita, apoyándose en que Mahoma la desapruueba, porque recurrió á ella sin obtener resultado; y una de las condiciones que, segun la tradicion han de tener los 70,000 musulmanes que entrarán en el cielo, sin que se les pida cuenta de su vida, es la de no haber sufrido la cauterizacion; pero sin duda que en Marruecos se acepta la opinion contraria de otros espositores, fundada en que el mismo Profeta aplicó el cauterio para contener una hemorrágia á Sád-ben-Maaz.

No existe esta divergencia respecto de la aplicacion de ventosas escarificadas, cuyas señales encontré tambien en varios individuos; pues el Profeta ha dicho: «Si algo hay que verdaderamente cure entre vuestros medicamentos, es el *midhjam* ó sea el escarificador.» Así es que recurren con frecuencia á esta práctica, haciendo el vacío en la ventosa por medio de la aspiracion del aire (1).

El Profeta recomendaba las ventosas á todos los que se le quejaban de dolor de cabeza, «lo mejor que podeis ha-

(1) Así esta como las demás citas de los comentadores del Korán que hago en este capitulo, están tomadas de la obra que con el titulo de *Medicina del Profeta* escribió el cheik, el iman, el ulema, el sábio Djelal-ed-din-Abú-Soleiman Daoud, y ha traducido del árabe al francés el Dr. Perrou.—Argel 1860.

cer para curaros, es emplear las ventosas y observar la templanza;» prohibía que se aplicaran estando el estómago lleno: «las ventosas en ayunas son medicamento, y despues de comer son un mal,» y preferia ciertas épocas del mes: «el que se aplique ventosas en los dias 17, 19 y 21 del mes, se preserva de toda enfermedad», proposicion muy absoluta, que sus comentadores reducen á sus justos límites añadiendo: «de las que puede enjendrar la plétora sanguínea.»

Habia tambien algun lumbago y odontalgía, y ví á un anciano jefe afectado de disuria.

Tambien llamó mi atencion un jóven soldado que no se acercaba á consultarme, pero en cuyo macilento rostro y amarillas conjuntivas descubrí, que estaba devorado por la fiebre intermitente; le llamé y al reprenderle con afabilidad su abandono, me dijo sencillamente: «yo morir:» creia que así estaba escrito y procuraba no contrariar en manera alguna los decretos de Alá. Logré convencerle de que podia y debia curarse; pero cuando quise que en el acto tomára la quinina que le dábamos, temeroso de que su fatalismo le llevara á no hacerlo, si á su arbitrio se dejaba, tropezó con una nueva dificultad, de que yo me habia olvidado, y era que estábamos en el Ramadan, en que hasta el aspirar humo es prohibido.

En vano quise yo convencerle de que no habia sido tal la mente del Profeta al dictar su ley, pues no me tuvo sin duda por autoridad muy ortodoxa en teología musulmana, y me dijo que si yo le dejaba aquella medicina, la tomaria á la hora del moghreb, cuando el sol se ocultára sobre aquella montaña (y me la señalaba), pero no antes, aunque en ello le fuere la vida. Hube de ceder ante tan ejemplar devocion, y dejándole el remedio, terminamos nues-

tra visita, volviendo á sentarnos en la tienda del jefe.

Despues he sabido que ya los ulemas han previsto este caso, y lo resuelven diciendo: «que es licito seguir las prescripciones de un médico no musulman, siempre que ordene medicamentos no prohibidos por la ley de Mahoma; pero que no deben observarse si mandan sustancias ilícitas, tales como el vino. Tampoco se observará la prescripcion que haga *romper el ayuno*, abstener de ayunar ó de rezar, etc., pues que esto solo debe cumplirse cuando lo ordene un musulman de rectitud en la fé y que conozca la medicina.» No es, pues, de estrañar el poco efecto de la argumentacion que yo empleaba para persuadirle de lo contrario.

El *Halifa* me mostró una herida de bala que habia recibido en una pierna, y se encontraba ya en vía de cicatrizacion: tenia aplicado á ella un emplasto hecho con bulbo de cebolla: yo le hice una cura con cerato simple, y viendo lo necesitados que de material de curacion estaban, les regalé todas las hilas y vendas que solia yo llevar en las cañoneras de mi montura. Cuando alguna piadosa española hacia aquellas bilas, muy lejos estaria de imaginar que vinieran á parar en tales manos; pero seguro estoy de que no desaprobaria mi conducta en esta ocasion, pues felizmente ya no necesitaban hilas los cristianos.

Nos obsequiaron luego trayendo una tetera de plata y dos pequeñas tazas de porcelana, para que bebiéramos una infusion fria, muy parecida á la del the, pero que debia contener además yerba-buena, luisa y algunas otras hojas aromáticas: esta bebida nos pareció deliciosa, y ellos se escusaron de acompañarnos á tomarla, con motivo del Ramadan.

A la sazón vimos apearse del caballo y entrar en la tienda á un jefe jóven, de aire elegante, de semblante simpático y resuelto: creo que debía ser un ayudante de Muley-el-Abbás, cuyo nombre pronunció al entrar, y después que comunicó el mensaje que traía, nos saludó afable y se sentó con nosotros. Todos los moros que en la tienda estaban nos le presentaron como á uno de sus valientes, y no les desmentía, en verdad, el aspecto del recién llegado. También cautivó mi atención la finura de los modales de aquel jóven, sorprendiéndome que conociera cierta delicadeza de maneras, que solemos creer privativas de la vida civilizada. Así, deseando examinar mi sable, no me lo pidió sino después de desceñirse su alfanje *squin* y ponerlo en mis manos, presentándomelo por la empuñadura y no por la punta.

Al verme sentado en aquella tienda morisca, entre aquellos hombres de venerable barba, envueltos en su sencillo albornoz de lino blanco, con las piernas desnudas y el pié descubierto; al contemplar, á través de la puerta de la tienda, el azul brillante de aquel cielo; al ver cruzar por delante de nosotros á los negros, que con un turbante rojo, ostentaban casi desnudos su piel de ébano y sus fornidos músculos; al contemplar este cuadro tan oriental que entonces me rodeaba, resucitó en mi mente la vida nómada y sencilla de los tiempos primitivos; viví por un instante con los patriarcas de que nos habla la Biblia, y creí ver á Abraham ó Ibrahim rodeado de su numerosa descendencia.

Por fin, nos despedimos de nuestros huéspedes, dándonos muestras de recíproca estima; fuimos al grupo de moros que con mi asistente mantenían conversacion tirada, volvimos á montar, y recibiendo las más afectuosas demostracio-

nes de aquellos soldados, que nos instaban á que allí nos quedáramos, regresamos á nuestro campo.

A esto se reducen los datos que acerca de la medicina de los árabes pude recojer, y aunque son ciertamente escasos, bastan, sin embargo, para dar á conocer el estado de lamentable atraso, de completa infancia á que aquella ha vuelto, tras del glorioso apogeo á que en otro tiempo llegara. Todo se ha olvidado, todo se ha perdido, sin que haya quedado ni un destello de la luz que brilló en las aulas de Córdoba y Granada.

Mucho tiempo hace que Chafei, doctor de la ley musulmana y fundador de uno de sus cuatro ritos, lamentaba, al ponderar las excelencias de la medicina, que los musulmanes hubieran abandonado su estudio y decía: « Hemos »perdido la tercera parte de la ciencia humana; nos hemos »dejado reemplazar por los cristianos y por los judíos, »puesto que estos nos esceden ya en este arte sublime.»

Esta exclamacion antigua es cada dia más exacta, pues ni esperanza puede quedar de que la medicina arábiga llegue á salir de su letargo, y se haga en el porvenir digna de su pasado, una vez que el islamismo es incompatible de suyo con todo progreso, absoluto en sus dogmas é intransigente en sus preceptos: regido por una teocracia que resume todos los poderes, es como un círculo de hierro, incapaz de prestarse al menor ensanche, donde perecen asfixiados los adelantos intelectuales. El fatalismo, por otra parte, que convierte al hombre en un autómatas, matando en él toda iniciativa, toda actividad, es la invencible rémora que detendrá el progreso científico en las sociedades musulmanas, y la medicina más que ninguna otra ciencia, pues desde el instante en que se cree que el éxito de las enfermedades no

ha de ser otro que el que *está escrito*, inútil y absurdo es buscar medicamentos, y mucho más si, como dijo el Kalifa Ali, «el mejor medicamento es el Korán.»

Cierto es que la mayoría de los doctores de la ley han opinado que «el medicarse en los casos de enfermedad, es cosa tolerada y autorizada»; pero algunos, como Ahmed y el-Mourouzi, añaden: «que es más meritorio y elevado el abstenerse de tratamiento», y aun, que el tomar medicinas no es compatible con el principio de la confianza en Dios. Creemos que son más lógicos con su sistema religioso los que, como el cheik Abú el Darda, responden á los fieles que le proponen llame á un médico: «El médico, con su medicina y sus medicamentos, no alcanzará á variar mi destino»; y de esta opinion era tambien el célebre Abú-Bekr, sultan de Marruecos, y el primero de ellos que tomó el título de «príncipe de los creyentes», *Emir-al-Momenim*, *Miramamolín* de nuestras crónicas, que aun hoy siguen usando sus sucesores.

Pero dejando estas previsiones y ateniéndonos solo al estado actual del pueblode Marruecos, debo decir, que si tienen pocos médicos, tampoco los necesitan en tanto grado como los países que disfrutan del estado actual de civilizacion. He adquirido la conviccion de que allí hay menos enfermedades, y que solo es debida esta ventaja al estado patriarcal en que allí se vive. Bastante influye en este resultado la estricta observancia de los preceptos del Korán, pues es sabido que Mahoma impuso como preceptos religiosos las reglas higiénicas más convenientes para los países cálidos, y las impuso de la manera más minuciosa y detallada. La privacion de la carne de cerdo, la del vino y de los licores espirituosos, habrán evitado muchas enfermedades: la exacta observancia de las diez prescripciones relativas al cuerpo,

que suponen reveladas al patriarca Ibrahím, y son el cortarse las uñas, arrancarse el pelo de las axilas, afeitarse el cuerpo, practicar la circuncisión, cortarse los bigotes á la altura del lábio, el uso del *kjol* ó sulfuro de antimonio, con que se dá un color azulado á los párpados, y que además del atractivo que presta á los ojos de las musulmanas creen favorece la vista; del *jenna*, con que se tiñen de rojo las uñas de los piés y de las manos; del *suak*, leño con que se limpian los dientes y perfuma el aliento, y más que todo, la diaria y repetida ablucion, *udú el seghir* y la grande ablucion, *udú el kebir*, que debe hacerse los viernes, no pueden menos de evitar las afecciones de la piel, que tan terribles serian con el desaseo en un país tan cálido.

Además de estos preceptos higiénicos, convertidos en ritos religiosos, ha dejado Mahoma á sus sectarios una coleccion de consejos higiénicos esparcidos en las conversaciones que recojieron sus primeros discípulos, y que el ya citado Soliman-Daud ha compilado en su medicina del Profeta.

Así, decia «el verdadero creyente no come más que para un intestino, mientras que el descreido come para siete intestinos.» «La sabiduría y la razon no son compatibles con un estómago repleto de alimento.» «Quien come poco bebe poco, quien bebe poco duerme con sueño ligero, y quien duerme con sueño ligero tiene dias llenos de bendicion.» «El que se detiene antes de la saciedad, aprovecha su alimento y conserva el corazon y el ánimo en estado de benéfica calma.» Tambien ha dejado acertados consejos acerca de los alimentos que deben asociarse, y de aquellos cuya reunion en una misma comida es bueno evitar.

Respecto de la bebida, que en los climas cálidos es tan

ocasionada á producir repentinas supresiones de la transpiracion, ha dejado minuciosos preceptos, así sobre la cualidad de las aguas, como sobre su conservacion en odres ó vasijas, y sobre el modo de tomarlas. « Bebed la mitad de lo que vuestra sed os pida, y así la digestion será más fácil. » « Bebed en tres veces y no en una sola, deteniéndoos en cada una de ellas para invocar á Dios, *Bism-Illáh.* »

Ha recomendado tambien el ejercicio saludable, diciendo: « Haced espediciones, buscad vuestra presa, viajad y estareis siempre sanos. » Ha dicho que no conviene dormir de dia, ni cuando una parte del cuerpo está al sol y otra á la sombra, ni echándose sobre el vientre; y reprueba la pereza, diciendo: « El sueño de la mañana detiene los beneficios del cielo. »

Ni desconoció tampoco la influencia que sobre lo físico ejerce lo moral, cuando elogiaba la igualdad de ánimo, diciendo, por una parte, en el Korán: « No me agradan los hombres de escesiva alegría »; por otra: « El que está rodeado de cuidados no tarda en enfermar »; y aconsejaba el mejor remedio para los sufrimientos morales, diciendo: « Si los cuidados os asedian, buscad ocupaciones que os los hagan olvidar. » « Cuando la tristeza te aqueje, no tienes más que armarte con tu arco y tus saetas. »

Pero ni aquellos preceptos ni estos consejos son privativos del islamismo: existen en todas partes, y han sido, con más ó menos fuerza, inculcados por todos los legisladores; y sin embargo, no en todas partes vemos que produzcan iguales resultados.

Así pues, creo que más que á estas reglas higiénicas se debe la salud en Marruecos á la sencillez y pureza de sus costumbres. Ellos no se han creado ese cúmulo de nece-

sidades ficticias , cuya privacion tanto nos atormenta, ni se han contaminado con los vicios de una civilizacion á medias. Ellos viven desde que nacen , segun el voto de la naturaleza , y sabido es que esta se contenta con poco; *natura parvo contenta*. Crecen robustos y fornidos en medio de los campos: la caza , la vida del pastor , la del labrador ó la del guerrero son los ejercicios en que desarrollan su poderosa organizacion fisica; libres del desenfreno de las pasiones, brilla en el enérgico semblante del jóven la modestia y la pureza , hasta que llega la época de que él constituya otra familia , que se educará del mismo modo. Allí es desconocido el cáncer de la inmoralidad que destruye nuestras sociedades , y desconocido tambien el azote que le castiga envenenando las generaciones en su origen: ventaja inmensa que no podemos menos de envidiar , y de la cual ha disfrutado nuestro ejército mientras ha estado en campaña.

Aquellos hombres , cuyo desarrollo físico nos ha admirado , le adquieren con la frugalidad más estremada : contentos con un plato de alcuzcuz y sin más bebida que el agua , solo amenizan su mesa con algun tasajo de carne , y las frutas refrigerantes que abundan en sus huertas ; al paso que su vestido sencillo , aun en las clases más elevadas , les hace invulnerables á las intemperies atmosféricas , habituándoles á ellas desde su infancia.

Esta sencillez , esta frugalidad propias de otras épocas de la historia , son la higiene práctica que les preserva de grandes enfermedades.

Líbreme Dios , sin embargo , de envidiar , ni por un momento , el estado de civilizacion de Marruecos ; pero ¿no podrian armonizarse las maravillosas conquistas que la inteli-

gencia humana va haciendo de dia en dia , con esa sencillez y pureza de de costumbres, de que tanto nos hemos alejado? Yo espero, como en otro lugar lo he dicho (1), que el progreso de la humanidad venga á resolver por sí mismo esta antinomia, y que la civilizacion, como la lanza de Aquiles sepa cerrar las heridas que haya abierto; pero mientras tanto no he podido dejar de señalar lo que he encontrado de bueno en el pueblo de Marruecos, lo que me parece digno, muy digno de imitacion.

Por desgracia, esto allí tambien durará poco, y esa organizacion patriarcal desaparecerá envuelta en las primeras convulsiones de la civilizacion que hemos tenido la fortuna de inaugurar en ese país, pues es sabido que siempre son los vicios los que primero se inoculan.

Más conquistas han hecho los ingleses en la India con el aguardiente que con la espada.

(1) Discurso sobre la influencia de la civilizacion en la salud.—Madrid 1836.



CAPITULO XIII.

El mes de Abril.—Recrudescencia del cólera.—Aumento de hospitales en Tetuán. Las mezquitas.—La casa del santón.—Los barracones.—Nuevas víctimas del cuerpo de Sanidad.—Fumigaciones en Tetuán.—Cambia su campo el segundo cuerpo.—Utilidad de esta medida.—Inacción.—Tres religiones.—La Semana Santa en Tetuán.—El Ramadán de los moros.—La Pascua de los hebreos.—Anécdota.—Hermoso aspecto del país.—Pascos por las huertas.—Suicidio frustrado de un moro.—Aumenta el calor.—Llegan los plenipotenciarios.—Última entrevista con Muley-el-Abbás.—Un descendiente del Profeta.—Preparativos de marcha.—Adios al Africa.—Desembarco en Alicante.—El triunfo en Madrid.—Conclusion.

Comenzó el mes de Abril muy lluvioso y vário, predominando los vientos de Poniente, y ya que la paz nos libraba de heridos, para que nunca el cuerpo de Sanidad pudiera lograr punto de reposo, hizo la desgracia que el casi olvidado cólera volviera con nuevo ímpetu á agitar sus fúnebres alas sobre el ejército, amargando así el contento que la conclusion de la guerra pudiera darnos.

El día 1.º de este mes corrieron rumores tan alarmantes sobre el estado sanitario de la division Vascongada, que el Sr. Inspector Anel creyó necesario examinarlo por sí mismo, y yo tuve la honra de acompañarle en esta visita; cambiándonos la satisfaccion de ver que si bien existian allí

algunos casos de tan terrible enfermedad , hallábase esta muy lejos de tener el carácter invasor , que tan alarmante se habia pintado.

Este azote, que tambien se habia manifestado en la guarnicion de Tetuán y en el campamento del segundo cuerpo, situado al Sur de esta ciudad, continuó, sin embargo, creciendo durante la primera semana de este mes, causando bastante número de victimas; y á consecuencia de esto volvió á sentirse la escasez de los hospitales en nuestra morisca ciudad, siendo necesario plantear todavía algunos nuevos.

Con tal objeto se registraron algunas de las buenas mezquitas que se habian dejado al culto mahometano, y principalmente la de la plaza de Sevilla; pero las unas por sus escasas dimensiones, otras por la multitud de columnas que las adornan, y otras por haber servido su piso como lugar de enterramiento, ello es que ninguna pudo ser de provecho, y hubo que apelar al recurso de colocar camas en la casa llamada del Santon y sus inmediatas, que estaban cerca del muro comprendido entre las puertas de la Reina y de la Victoria, comenzándose al mismo tiempo á construir dos hermosos barracones para enfermos, en la estensa huerta que tenia la mencionada casa del Santon.

Atribuyóse esta recrudescencia, y tal vez no sin razon, á la llegada de los reclutas que de España habian sido enviados, para reforzar algunos batallones de la guarnicion de Tetuán, pues por lo demás, habia disminuido bastante el ejército acampado en derredor de esta plaza, con la marcha de la division de reserva, la del primer cuerpo de ejército, la de la division de caballería, la de alguna artillería y pocos ingenieros. Pero sea cualquiera el motivo de este desas-

tre, sus resultados fueron fatales, y casi llegamos á temer que se renováran los peores dias de Diciembre.

Tambien el cuerpo de Sanidad pagó entonces triste tributo en aras de la comun desgracia, siendo víctimas predilectas de la epidemia que combatian, el digno primer Médico D. Antonio Muñoz Mendoza, el jóven Farmacéutico habilitado, Sr. Garcia Herreros, y varios practicantes de los hospitales de Tetuán. ¡Qué Dios premie en el cielo la heroica abnegacion con que estos mártires de la humanidad dieron su vida por salvar la de sus semejantes!

Por los dias 12 y 13 se hicieron en las plazas de Tetuán grandes fumigaciones, incendiando buena cantidad de pólvora, con objeto sin duda de purificar la atmósfera; pero sin prejuzgar ahora la virtud ó ineficácia de esta medida, que en último término no podia hacer daño, diremos, no obstante, que nos parece mucho más laudable la que con el mismo objeto adoptó por entonces el segundo cuerpo, y consistia en aumentar al doble la estension de su campamento, dejando grandes espacios entre unos y otros batallones, entre unas y otras tiendas. Coincidió con este cambio un descenso notable en la enfermedad reinante, y no seria disparate relacionar estos dos hechos, cuando tan recomendada se vé en todos los que han escrito de castramentacion médica, la frecuente mudanza de campo, y cuando las condiciones higiénicas de los nuestros debian entonces forzosamente resentirse del largo tiempo que habian estado inmóviles y de la escasa policia en que se los habia mantenido.

Mientras de dia en dia se aguardaba la llegada de los plenipotenciarios de ambas naciones, para que reunidos entendieran el tratado de paz sobre las bases firmadas en el valle de Benisider, el ejército de África se encontraba en

un estado de inacción, que hacia gran contraste con la agitación continua en que por tanto tiempo habia vivido. No tenia ya nada que hacer, ni tenia que temer nada, y casi se le hacia fatigoso aquello, y monotono esto: podia sin embargo, encontrar grato entretenimiento, aprovechando aquella época de tranquilidad para estudiar las costumbres del país que ocupaba.

Cabalmente, en aquellos dias, tres religiones distintas celebraban á un tiempo sus principales solemnidades en el recinto de Tetuán; y en la catedral, en la mezquita y en la sinagoga, tres pueblos diversos, tres razas distintas cantaban, cada cual á su modo y en su lengua, alabanzas al Dios único, que siquiera entre errores, tambien moros y judíos reconocian.

En efecto, nuestros soldados iban á arrodillarse todas las tardes en las reducidas naves de la antigua mezquita dedicada á Nuestra Señora de las Victorias, para celebrar los misterios de la gran Semana en que se conmemora la muerte del Salvador y la redencion del mundo. Solemnes y conmovedoras son estas augustas ceremonias, cuando se celebran bajo la inmensa nave de una de esas afiligranadas catedrales, que como monumentos de su piedad, nos ha legado la edad media; cuando á la magestuosa armonia del órgano, vemos resplandecer en el santuario, entre millares de antorchas, la Magestad Sacramentada, envuelta en columnas de incienso y rodeada de un clero, cuyas vestiduras de oro brillan con los rayos de la luz que atraviesan los pintados rosetones; pero más solemnes, más conmovedoras, eran para mí en aquella pobre iglesia y en aquella ciudad estraña.

Cuando en la oscuridad de aquellas moriscas naves, oía,

al murmullo de la fuente que antes servia para las abluciones del Muslim, la grave salmodia con que un coro de monjes de luenga barba, toscos sayal y piés descalzos, entonaba los tristisimos trenos de Jeremías; cuando veía á aquellos fieros soldados, cuya bravura conocia tan de cerca, venir en monton para humillar allí sus tostadas frentes, recordando la pobre iglesia de su remota aldea y repitiendo las oraciones que su madre en la infancia les enseñára; cuando pensaba en que aquella ocasion era la primera en que allí se celebraban tan augustos misterios, y que me cabia la fortuna de asistir á la inauguracion del cristianismo en aquella desgraciada tierra, robada tantos siglos á su luz, entonces mi alma se elevaba á comprender, cual nunca, la inmensa grandeza de nuestra religion sagrada, bañándose en el bálsamo consolador de la oracion.

Los moros por su parte, rendian culto á la divinidad, observando de una manera ejemplar el *Ramadan* (mes del ayuno). Se les habia permitido, dando una laudable prueba de tolerancia, que el cañon de la Alcazaba señalára las horas del *fedjer* y del *moghreb* (salida y puesta del sol), en cuyo largo intervalo se abstienen los sectarios del falso profeta, de comer, beber, fumar y de las relaciones sexuales, y pude cerciorarme por mí mismo de la escrupulosa nimiedad con que obedecen tan rígidos preceptos, por más que esta observancia pierda mucho de su mérito, al saber que su falta se castiga con palos, cárcel ó multa, segun disponga el Kadí. Y cuando ya el *Ramadan* se acercaba á su fin, para dar lugar á las fiestas del *Bairam*, redoblaba el fervor de las prácticas mahometanas, y en el silencio de la noche llegaba á nuestros oidos con regular intervalo el melancólico son de una bocina, con que el muezzin llamaba á los

creyentes desde el alto minarete de la gran mezquita.

Al mismo tiempo los hebreos se preparaban para celebrar la Pascua *de las tortas*, comiendo el pan azimo, y aseando para tal solemnidad hasta el último rincón de sus casas. Cuando llegaron los días de la Pascua, hicieron en aras de su religión el costoso sacrificio de cerrar las tiendas, renunciando así á sus ganancias, pues sabido es que la ley de Moisés prohíbe en tales días todo trabajo, el tocar dinero y aun el preparar la comida; de manera que se pasan la Pascua sentados en su estrado, donde podíamos ver vestidas con sus mejores ropas y engalanadas con ricas preseas, á las mismas que en el día de nuestra entrada salían andrajosas á pedirnos limosna.

Con motivo de esa abstención de todo trabajo y ganancia, que su ley les impone en tales días, voy á referir una anécdota que prueba, así la precocidad con que en los hebreos se desarrolla el amor al dinero, como el ingenio que demuestran cuando de adquirirlo se trata.

Estaba yo, el segundo día de la Pascua, de visita en la casa de un hebreo, y como siempre, me habían rodeado sus niños Jacob, Salomon, Jacila y Ragél. Admirado me hallaba yo de que aquel día no me pidieran cuartos, como solían, y espontáneamente ofrecí algunos al pequeño Salomon, que tendría unos seis años; pero mi sorpresa subió de punto al oírle decir que no podía tomarlos, citándome el texto de la ley que les prohíbe tocar dinero. Iba á guardármelos nuevamente, y estaba ya elogiando á sus padres la instrucción religiosa del niño, cuando este, que era hebreo y no podía resignarse á tan dolorosa pérdida, tuvo una idea luminosa y alzando la alfombra me dijo: « si quisieras dejar aquí esa moneda, yo la tomaría después de haber pasado

la Pascua.» Habia encontrado una sutileza escolástica, que conciliaba perfectamente el logro de su deseo y la observancia literal del precepto. «No en valde te llamas Salomon,» le dije, depositando mi moneda donde él me indicaba.

Segun se acercaba la hora de regresar á España, íbamos comprendiendo mejor la belleza del país que ocupábamos; ¡qué hermoso panorama se estendia á nuestra vista, cuando á la caída de la tarde salíamos todos de nuestras tiendas, haciendo de la calle del cuartel general un paseo concurrido, en el que solo faltaba la presencia de las damas! Tetuán destacaba sus blancos minaretes y los adarves de su Alcazaba, sobre un cielo enrojecido con las tintas de oro y púrpura que le prestaba el sol en su ocaso, entre las grandiosas masas de rocas que forman el pequeño Atlas y la sierra Bermeja, teñidos tambien sus picos de carmin y envueltos en una neblina de amaranto. A sus piés se estendia, como una inmensa alfombra de esmeralda, la fértil vega, cubierta toda por la vejetacion exuberante de aquel clima, esmaltada por las casitas de campo, los temples de los pozos y las tiendas de nuestro campo, que se destacaban sobre aquel fondo verde con sin igual blancura, para concluir en los abrasados arenales de la playa, donde el sol iluminaba con sus dorados reflejos los edificios del Fuerte y la Aduana; viniendo por último, á cerrar este magnifico cuadro la faja azul cobalto del mar, sobre el cual se balanceaban gallardamente los buques de nuestra escuadra.

Muchas tardes encaminábamos nuestro paseo por las huertas, contemplando cuán lozanas crecian las mieses, sin que el pobre labrador moro que las habia regado con el sudor de su frente pudiera recoger sus frutos. Las huertas estaban taladas, arruinadas las casas de recreo y los pinto-

rescos kioscos, los setos de cañas entrelazadas, habían sido pasto de las llamas, y solo se ostentaba sobre aquellas solitarias ruinas el cráneo de caballo que puesto en un palo, sirve, en el entender de los pueblos mahometanos, para preservar á los lugares de toda desgracia ó maleficio.

Cuando pasábamos por aquellos verdes prades donde brillaban las lustrosas corolas del boton de oro; cuando al pié de un kiosco arruinado, encontrábamos un rosal ó algunos alelíos, señalando que allí había existido una mujer, no podía menos de sentir una vaga melancolía, y pedir á Dios que nunca veamos la guerra por nuestro país.

Sin embargo, uno de estos paseos me presentó una aventura en que tuvimos ocasion de hacer una buena obra, siendo instrumentos de la Providencia para salvar la vida de un hombre. Iba aquella tarde con otros facultativos, los Sres. Bernard, Usua y Boix, por los llanos que delante del cuartel general se estendian á la izquierda del camino de Tetuán, cuando nos detuvimos á contemplar la sorprendente feracidad de una higuera gigantesca, que casi tenia más frutos que hojas, citándonos el Sr. Bernard lo que Caton había dicho de las higueras del África. Hubiéramos pasado de largo, si al notar que su tronco estaba encerrado entre dos arruinadas tapias, que tal vez en lo antiguo serian una casa, no hubiéramos observado que debajo de estas ruinas se abria un pozo rectangular, en cuyo fondo se distinguian dos arcos de piedra, que daban sin duda entrada á dos galerías subterráneas. Todos nos inclinamos á creer que aquel seria alguno de los *silos*, donde los árabes guardan sus granos, y ya íbamos á alejarnos, cuando creí vislumbrar en la sombra de la galería una forma humana tendida en el fondo. Inútil, fué llamarla y tirarla piedrecitas, pues á

pesar de todo continuaba completamente inmóvil. ¿Se habría cometido allí algun crimen?...

Al cabo nuestros ojos, habituándose á la oscuridad, pudieron percibir á un moro que, envuelto en su chilaba gris, estaba allí recostado. Despues de hablarle largo rato, sin obtener resultado, se decidió á respondernos con voz apagada, que al salir de aquel ~~antro~~ resonaba más lastimera. ¿Quiéres galleta? Le digimos y él respondió: «galleta no», ¿Pues qué quieres? repetimos, y la voz dijo: «morir....»

Convencidos de que aquel hombre no saldria de allí voluntariamente, salimos al camino, esperando encontrar algun acemilero que pudiera facilitarnos cuerdas con que bajar al pozo; pero la fortuna nos sirvió mucho mejor, haciendo que los primeros que pasáran fueran dos árabes de Argel de los que habian venido para cuidar de los camellos

Pronto entablaron un animado diálogo con su correligionario de la sima, quien decia que cansado de la vida, se habia metido allí resuelto á dejarse morir de hambre. Es un *sábio*, nos decian los argelinos, y habrá leído muchos libros, añadía filosóficamente uno de ellos. «Si eres pobre, le decian, sal, que los españoles te darán pan;» pero él se resistía á todos los ruegos, y fué preciso que uno de los argelinos, ágil como una pantera, bajára al subterráneo, y casi por fuerza le ayudára á salir, cosa que por sí solo no hubiera logrado nunca, segun estaban de abatidas sus fuerzas.

Cuando salió á la luz del dia, vimos á un árabe de edad madura, cuyo rostro pálido y demacrado revelaba profundos padecimientos: quisimos socorrerle con algun dinero, más no lo consintió en manera alguna, aceptando únicamente el pan que le ofrecian los de Argel: instámosle tambien para que viniera á nuestro campamento, pero él supli-

có se le dejara ir á *Murchell* (que así llamaba á la Aduana), y como sabíamos que por allá habia un puesto de moros de rey , no vimos inconveniente en acceder á su deseo.

Continuaba avanzando la estacion con alternativas rápidas de lluvia y calor , haciéndose este cada vez más notable, de manera que en todos los campamentos empezaron á construirse cabañas de ramaje , para evitar el intenso calor que dentro de las tiendas cónicas se sentia , mientras en las alturas del Serrallo , que definitivamente quedaban en nuestro poder , se construian barracas de piedra y barro , cosa en que hubiera sido bueno pensar desde el principio de la campaña , para evitar en algo las grandes humedades que el primer cuerpo habia tenido que sufrir durante el invierno.

El dia 20 vimos ya llegar á los plenipotenciarios de Marruecos, que eran *Mohamed-el-Katib*, anciano de plateada barba y rostro venerable , que venia envuelto en un triple albornoz blanco, y caballero en una mula , y el *Chebli*, tan simpático ya para nosotros. Comenzaron las conferencias desde el siguiente dia , y pudimos ver próximo el de nuestro regreso á España.

El dia 25 pude asistir á otra escena histórica, que me recordó la que un mes antes habia presenciado en el valle Benisider: fué la despedida de los caudillos de uno y otro ejército, que despues de haberse combatido lealmente, se daban la mano como caballeros.

A cosa del mediodia llegó á nuestro campo un jefe con doce ginetes árabes , para anunciar que el Kalifa del Algarbe esperaba ya en el lugar designado para esta última entrevista, que era casi al final del valle que al Sur de Tetuán se estiende. El General en Jefe acompañado de todos los

demás Generales y de todos sus Estados Mayores, marchó con tan vistosa comitiva, y esta vez no vino la etiqueta á mantenernos alejados de la tienda árabe, donde estaban en congreso uno y otro jefe con los respectivos plenipotenciarios, sino que pudimos desde luego reunirnos con la numerosa comitiva árabe que al príncipe acompañaba.

Veíanse tambien, como la vez primera, los pendones encarnados de la caballería marroquí y la bandera verde del Profeta; á la puerta de la tienda estaba Muley-el-Abás con el mismo traje que en otra ocasion he descrito; á ambos lados formaban dos filas con respetuoso ademán los jefes de kabilas, de semblante atezado y fiero y talar vestidura y detrás se estendian en inmenso semicírculo los ginetes de la guardia negra, con el *tarbuk* rojo y el blanco albornoz.

Pero nada escitó tanto este día nuestra atencion, como la presencia de un individuo árabe, á quien todos ellos tributaban el más rendido homenaje; y que sin embargo, no debia ejercer cargo público, puesto que no entró en la tienda de los jefes.

Era un jóven mulato de fisonomía poco animada, en la cual se pintaba únicamente esa espresion de indiferencia triste que vemos en los retratos del Sultan Abdul-Medjid. No llevaba barba, y solo un lijero bigote sombreaba su labio un tanto abultado: tampoco vestia el traje tradicional de los musulmanes, sino que habia consentido en muchas de las concesiones que ha hecho aquel Sultan á la moda europea: así, no ceñia su frente el respetable turbante, sino solo el *tarbuk* rojo; y en vez del amplio albornoz blanco, llevaba un *caftán* de paño azul, cuya forma se aproximaba bastante á la de nuestro gaban. Mantenianse en pié detrás de él

dos gentiles hombres de raza blanca, y uno de los cuales hablaba bien el castellano, que vestían un magnífico traje griego de paño negro bordado de oro en todas las costuras, y llevaban á la cintura hermosos revolvers del sistema Adams.

Todo se nos volvia preguntar á los moros quién era aquel personaje, y unos nos decían que era un *scherriff*, otros que un *santo* y yo vine á comprender en último resultado, que era un descendiente directo del Profeta ó de Alí, que ocupaba en la costa de Marruecos la alta gerarquía que sus riquezas y nacimiento le daban, sabiendo también que habia hecho un viaje á París, donde habria adquirido la modificación europea de su traje y servidumbre.

Sea lo que fuere, los moros le consideraban con un respeto extraordinario, y nosotros vimos con sorpresa á muchos ancianos jefes de kabila, arrodillarse á sus plantas, para besar la orla de su caftán, sin que él se dignara dirigir una mirada siquiera á los que tan rendido homenaje le tributaban. Profunda compasion me inspiró el espectáculo de esta *antropolatria*, de esta adoracion á un hombre que, ni por su edad ni por su aspecto, manifestaba haber contraído méritos personales que en manera alguna le pudieran hacer merecedor de esas ni de mucho menores honras.

Mientras duraba la conferencia, que fué larga, anduvimos mezclados moros y cristianos en amigable consorcio, y no nos faltó ocasion á los médicos del cuartel general, de dar algunas consultas, sirviendo de intérprete, ora el alcalde de Tetuán, ora algun otro moro que conociera nuestro idioma, hasta que al caer la tarde salieron los jefes de su tienda, y estrechándose por última vez la mano el Duque y el Kalifa, unos y otros montamos á caballo, y salimos en opuesta di-

reccion, despues de dar Muley-el-Abbás el grito de *Alá akbar* (Dios es grande), que fué repetido con entusiasmo por los árabes.

Al dia siguiente de esta solemne despedida, se organizó el ejército de ocupacion que habia de quedar en Tetuán y en Céuta, para que el resto pudiera volver á España: con este motivo hubo que designar tambien el personal de plana mayor de Sanidad, que era necesario agregar al de la division del General Rios, para subvenir á las atenciones del aumento que este recibia, y de los hospitales que iban á quedar organizados en aquella plaza, que en garantía de la indemnizacion de guerra debíamos conservar por algun tiempo.

Yo fuí encargado de acompañar como Médico á la seccion del cuartel general que habia de ir con el Excmo. Señor General en Jefe á su regreso á la Península, y con tal motivo, al caer la tarde del dia 27, me embarqué á bordo del vapor *Helvetie*, y contemplé por última vez con ávida mirada, el hermoso panorama que presentaba la llanura de Tetuán.

Al decir «adios» á aquel país que se presentaba tan hermoso, iluminado por los rojizos esplendores del sol Poniente, al escuchar los acordes de la música de los Vascongados que se deslizaba por el Guad-el-Jelú, en una barca acompañando al General, y al oir los cañonazos con que la *Princesa de Asturias* le saludaba, cruzaron veloces por mi mente todos los sucesos de aquella campaña, recordé todos los sufrimientos y todas las alegrías que en aquel país habia tenido, todas las emociones terribles ó gratas que me habian afectado, todos los peligros que en la tierra y en el mar me habian amenazado, y desde lo profundo de mi co-

razon se elevó un himno de gratitud á la Providencia que me habia preservado, y me dejaba ver la hora de volver á mi pátria, á mi familia, á mis amigos, cuando tantos otros desgraciados habian quedado para siempre en el suelo africano.

En efecto, cuarenta horas despues pisaba el muelle de Alicante, donde cinco meses antes me despedia de España, entre los frenéticos aplausos, los vivas, y los festejos con que un pueblo entusiasmado aclamaba al vencedor de Marruecos, haciendo de nuestro viaje á la córte un prolongado triunfo.

Habia dejado ya de presenciar desgracias y oír los desgarradores acentos del dolor, el estruendo del combate y el triste silencio de los hospitales; ya todo era en mi derredor jubilo y alegría, himnos de triunfo, cantos de victoria, y cuando el día 11 de Mayo acompañé por la última vez al General en Jefe, no para ir á una batalla, sino para recibir en la capital de España los testimonios del cariñoso entusiasmo con que la pátria premiaba á los que tan alta habian sabido sostener la honra de su bandera en las playas africanas; cuando en medio de aquella multitud inmensa que con lágrimas de placer nos recibia, embriagada por el júbilo y alborozo que en la atmósfera se respiraba, y resguardados del sol por la lluvia de flores que caia sobre nuestras cabezas, contemplaba á aquellos heróicos soldados, á quienes yo habia visto ir tantas veces á la muerte, marchar entonces coronados de laurel, y con el gozo pintado en su rostro curtido por el sol de África y por el humo de la pólvora; á mis pobres heridos, cuyos lamentos habia yo escuchado cuando yacian dolientes en el duro suelo, ir ahora en los carruajes de nuestra aristocrácia, y cuando delante

de los balcones del Real Palacio, veía desfilár á las secciones sanitarias llevando en sus hombros aquellas benéficas camillas, tantas veces cubiertas de sangre y ahora coronadas de laurel y saludadas por S. M. la Reina, lo mismo que las banderas, cuando ví toda esta série de escenas que tanto contrastaban con las que hasta entonces habia presenciado, daba por muy bien sufridos todos los peligros y sinsabores de la campaña, y creía que nada me quedaba que desear en el mundo, despues de haber visto tan gloriosos dias.

Con esta grandiosa ceremonia quedaba disuelto el ejército de África, y coronada esa gloriosa epopeya de seis meses en que España supo demostrar al mundo, que en el pecho de sus hijos vive eterno é imperecedero el fuego sacrosanto del patriotismo, y que cada vez que al honor de su pabellon se atente, florecerán los laureles de Sagunto y de Numancia, de las Navas y Lepanto, de Bailén y Talavera, como han reverdecido hoy con las grandes victorias de Vadrás, de Tetuán y Castillejos.

«No vive el hombre solo de pan» ha dicho la Escritura, y esta máxima es tan aplicable á las naciones como á los individuos: aquellas como estos necesitan, si han de alcanzar la perfeccion de su desarrollo, atender tanto á sus intereses en el órden moral como en el órden físico, porque solo en la armonía de unos y otros, pueden satisfacer la doble actividad, cuyos horizontes se abrieron al ser humano desde que la palabra del Creador reunió en él al barro terrestre con un destello inmortal emanado de la divina esencia. Como los individuos en la historia de las naciones, tienen estas tambien misiones providenciales que cumplir en la historia de la humanidad, y ¡ay de ellas si atentas solo al desarrollo de sus intereses materiales, des-

oyen la voz divina que las llama en las horas de la abnegación y el sacrificio! Desgraciado mil veces el pueblo que prefiere atesorar riquezas antes que ganar gloria, y que por cuidar de su comercio descuida su honra; el que respirando una atmósfera metalizada, y con los ojos vueltos siempre hácia la tierra, considera á las nobles palabras de gloria y pátria como frases vacías de sentido, y apaga la llama sagrada del entusiasmo que crea los héroes, con los frios cálculos de la aritmética mercantil.

Ahora bien, España en lo que va de siglo ha verificado grandes adelantos en su esfera industrial; escava canales, traza ferro-carriles, construye fábricas, abre puertos, tala minas, crea Bancos, emite papel, acuña moneda, fleta buques, explota sus bosques, mejora sus ganados, hermosea sus ciudades, acrece su lujo, aumenta su producción, ensancha sus transacciones y marcha en la senda de la prosperidad material, siguiendo de cerca el ejemplo de otras naciones.

Pero al paso que tales progresos hacia en el orden material, sentíase en el mundo moral decaída del rango que la corresponde, y que en otras épocas ha alcanzado. Apenas si resonaba su voz en el congreso de los pueblos y la estimación en que se la tuviera, dependía tan solo de la benevolencia con que se la juzgára, suponiéndola cualidades morales que era preciso acreditar, apenas la ocasión de hacerlo se presentára.

La ocasión ha llegado, y España no la ha dejado pasar desapercibida: la voz de la Providencia nos ha llamado, y como el centinela siempre vigilante, España ha respondido con la entereza y el brio que nacen de la convicción del propio valer.

No bien repuesta todavía del daño que la produjeran intestinas luchas, empezaba á ver sonreír á sus ojos la aurora de la paz y el bienestar: y podía temer con razon que quedarán arruinados para siempre esos cimientos de su prosperidad tan trabajosamente asentados; que su comercio y su industria volvieran á su antigua ruína, su crédito se perdiera y su naciente marina se aniquilára; que el ejército arrebatára otra vez los brazos que reclama la agricultura, dejando á esta madre de la produccion sumida en un total desamparo; que grandes naciones, que ora con desden ó con ojeriza la miraban, ayudáran á su ruína, ó cuando menos la contempláran indiferentes; pero España no se ha detenido un momento ante estas consideraciones, que la puslanimidad pudiera dictarle bajo el manto de la prudencia. Había oído una voz providencial que la mandaba ir al Africa, y sin atender á consideraciones materiales, sin investigar si había de ser más pobre ó más rica, sin tener en cuenta opiniones ajenas, inadmisibles en asuntos tan personales como la honra, sin esperar el beneplácito de nadie, se ha declarado potencia de primer orden, y ha marchado al África á buscar en el esfuerzo de su brazo el desagravio de su honor.

No necesito hacer nueva mencion del entusiasmo escitado en toda España al solo anuncio de tan grande empresa, pues ya en el curso de esta narracion he tenido ocasion frecuente de consignarlo y de hacer ver sus resultados; pero reflexionemos por un momento en la suma de entusiasmos individuales que le componian; descompongamos ese sentimiento nacional en millones de sentimientos; recordemos esa suma de exaltaciones parciales, de aspiraciones vehementes á lo bello, á lo sublime, que elevándose hasta el lirismo

constituyen el diapason del entusiasmo de un gran pueblo ; profundicemos esos millares de afecciones sublimadas por la grandeza del asunto; veamos á las madres que abrazan á sus hijos , á los padres que les animan , á las esposas que entre lágrimas les sonrien , á los niños que les envidian , á los ancianos que sienten renacer su historia ; y además de esta inmensa esplosion de un mismo sentimiento en millones de corazones , veamos tambien á todas las cabezas y todos los brazos coadyuvando á un mismo empeño , ofreciendo y dando para la guerra de África , la Reina sus joyas , el estadista sus cálculos , el hacendista sus créditos , el médico su ciencia , el escritor su pluma , el vate su lira , el sacerdote su bendicion , el rico su oro , el pobre su óbolo , el anciano su consejo , la mujer su cariño , el jóven su brazo , todos su corazon , todos su sangre , rindiendo así tributo en aras de la patria , cual hijos fieles que en hora suprema se agrupan en torno de venerada madre ; y al evocar todos estos innumerables actos de amor y de generosidad , de patriotismo y de abnegacion , de desprendimiento y de denuedo , no pueden menos de aparecer las frentes de todos los españoles iluminadas con esa auréola de simpatia que rodea á todo lo que es poético , á todo lo que es noble , á todo lo que es grande , y de comprenderse cuánto ha debido ganar España , cuánto ha debido purificarse , cuánto ha debido sublimarse en el órden moral , durante ese período esplendente de nuestra historia contemporánea. Todos hemos amado más , todos hemos valido más durante esos dias en que saliendo del carril prosáico de la existencia ordinaria , hemos vivido juntos la vida espiritual y afectiva del entusiasmo , comulgando en las fuentes sagradas de la belleza moral .

Las naciones que nos contemplaban , han visto que la Es-

pañña de hoy sabe llevar dignamente el glorioso legado que le trasmitió en la historia la España de otros tiempos : y dando un mentís á los que viéndola desvalida la creyeron degenerada, ha demostrado á la faz del mundo que puede evocar, sin que la afrenten, los heroicos hechos del Cid y de Guzman, de los Gonzalos y Cisneros, porque los manes de estos héroes ilustres han vuelto satisfechos á sus tumbas, despues de contemplar renovadas sus proezas en las proezas de sus hijos. Ha demostrado que los españoles de hoy sabrian reconquistar su nacionalidad como los españoles de Pelayo, y al renovar así los laureles más brillantes de su tradicion histórica, ha hecho ver que todavía puede blasonar de firmeza en los castillos, y de valor en los leones que adornan esas banderas que otra vez han tremolado vencedoras, sobre los adarves de una ciudad morisca.

Pero ha hecho más: no solo ha demostrado que tiene el brio y la pujanza que heredára de sus padres, sino que á estas prendas, que son iguales hoy que en la edad media, sabe reunir todos los progresos, que así en la ciencia de la guerra como en las demás, ha podido traer la civilizacion creciente de este siglo. Fieros en el combate, magnánimos en las adversidades, sufridos en las penalidades, hábiles en sus maniobras, prudentes en sus designios, firmes en sus resoluciones, pero generosos en el triunfo, tolerantes y compasivos con el vencido, no han dado pretesto á que escritores envidiosos de nuestra gloria intenten empañarla con los recuerdos de crueldad y fauatismo con que se han querido afean nuestras guerras de América y de Flandes.

Hoy la Europa, por medio de sus representantes militares, ha podido juzgar la organizacion de nuestro ejército, en el terreno y en el trance en que más podia aparecer cual-

quier defecto, y ha visto que en él llevábamos todos los progresos que la ciencia moderna ha suministrado al arte de la guerra, desde las carabinas Minié, las balas Nessler, los cañones rayados y las pilas de Bunsen, medios poderosos de destruccion, hasta los puentes á la Virago, los telégrafos eléctricos, los tram-vias de los Ingenieros, las conservas alimenticias de la Administracion, las artolas, el cloroformo, el percloruro férrico y el coaltar de la Sanidad; probando que si España es brava como el siglo XV, tambien es ilustrada como el siglo XIX.

Inútil es ponderar cuánto ha ganado nuestro ejército en esta campaña, donde ha podido acrisolar las prendas que en estado latente le adornaban: cuánto han podido aprender allí todos, desde el General hasta el soldado, en ese campo de la práctica y la esperiencia, sin las cuales valen tan poco las especulaciones teóricas que en cátedras ó en libros, pudieron estudiarse; cuánto ha crecido la energía física y moral de nuestras tropas, bisoñas ayer, hoy veteranas; aquella por el sufrimiento de tantas inclemencias vencidas, esta por la confianza que nace de tantas victorias ganadas.

Y si todo el ejército ha ganado en esta campaña, no poco es el adelanto que ha tenido el servicio sanitario, como parte integrante del mismo. Además de haber adquirido la esperiencia en la práctica militar, de que la mayor parte de sus individuos carecia, por razon de su juventud ha podido juzgar en ese mismo é infalible terreno de la esperiencia, los progresos que en lo científico y en lo material se han propuesto en Europa en estos últimos tiempos, y adoptar los más convenientes para cuando puedan repetirse análogas circunstancias. Ha logrado tambien probar con la lógica irrecusable de los hechos, cuánta es su importancia en la

organizacion de los ejércitos modernos, como elemento de conservacion de las tropas en campaña, alcanzando los más lisonjeros testimonios del aprecio de generales y soldados, de nacionales y extranjeros.

¡Ojalá que este entusiasmo no sea pasajero, y no decaiga la legítima importancia del servicio sanitario desde el punto y hora en que su necesidad deja de ser apremiante! ¡Ojalá no se disuelvan en el olvido los grandes elementos que con esta ocasion se han reunido, ni pasen desapercibidas las lecciones de la esperiencia, y hayamos de recurrir, cuando llegue el caso de sostener otra campaña, á nuevos ensayos, á nuevos tanteos, que siempre sensibles, son altamente dolorosos cuando se trata de la sangre y la salud de los defensores de la pátria!

Mas no porque yo enumere las ventajas morales y materiales que al país y al ejército ha podido dar esta campaña, se me vaya á tener por un extraño apóstol de la guerra: lejos de mí tan absurdo intento. Antes bien creo que si tales ventajas hemos logrado de la guerra, debidas son únicamente á que ha sido justa; porque cuando esta cualidad falte, cuando no sea requerida por la justicia, de un modo evidente, claro, incuestionable, la guerra solo puede ser la mayor de las iniquidades.

No es fácil que se borren nunca de mi memoria las horribles escenas que hube de contemplar en la noche de Guadrás, y quisiera el cielo que todos los que rijen á las naciones, las hubieren contemplado una vez, porque de seguro esclamarían, como Napoleon I en Eylau, al recorrer el campo de batalla, que «aquel espectáculo es el más á propósito para inspirar á los príncipes el amor á la paz, el horror á la guerra.» Desgraciadamente son pocos los que pueden

presenciar tales horrores, y la muchedumbre ciega, envidia á los que vuelven coronados de laureles, sin acordarse de los desgraciados que han dejado su vida en los campos.

No, no es la apología de la guerra la que me he propuesto al relatar sencillamente las impresiones que en mi ánimo han producido sus magnificencias y sus horrores, al contemplarla por primera vez en las montañas del Moghreb. No han faltado ni faltarán voces elocuentes para cantar los brillantes episodios, los fulgurantes esplendores de la guerra; yo, por la índole misma del papel que en esta campaña desempeñaba, he procurado consignar más ese otro lado oscuro y sombrío de una campaña, esas innumerables privaciones y dolores, esas miserias y esas desgracias, esos lamentos y esos ayes desgarradores, cuyo eco débil y moribundo se ahoga entre el estruendo de los himnos que celebran el triunfo; y al dar aquí punto á estas Memorias, escritas día por día entre las más terribles emociones, en las cumbres del Serrallo, y en las de Benisider, en la tierra, en la mar, en las chozas de un aduar ó en la tienda agitada por el huracan, sin saber nunca si podria continuarlas, y mucho menos concluir las, no puedo menos de repetir los votos que en otra ocasion hiciera para que, si está escrito en los decretos del Destino que algun dia se hayan de abrir otra vez en nuestra pátria las puertas del templo de Jano; si el clarín de Marte ha de sonar desde las encumbradas crestas del Pirineo hasta las columnas de Hércules, si las banderas que tremoláron vencedoras sobre los muros de Roma y de Tetuán, y en los campos de Pavía y de Vad-Rás, se han de agitar ansiosas de nuevos laureles, al frente de las legiones españolas, plegue á Dios que entonces estemos de tal manera preparados, que no se vea nuestro ejército diezmado

por esas epidemias, más terribles mil veces que el plomo enemigo, ni se acrezca el daño que produce el contrario con el que nace del descuido administrativo y de la inobservancia de los preceptos higiénicos, para que así las medallas de nuestros triunfos militares no tengan el fúnebre reverso que graban en todas ellas las lágrimas ardientes de los huérfanos desvalidos y de las acongojadas madres.

FIN.

18 JY63

ERRATAS.

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
22	49	pebleyos	plebeyos
65	26	comunicar	comunicarla.
68	1	creyeren	creyeron
72	15	D. Antonio	D. Juan Bautista
72	21	Mayo	Mayól
76	7	inteligente, iniciativa	inteligente iniciativa
83	6	pasar mientes	parar mientes
124	21	civizacion	civilizacion
163	30	<i>ltime</i>	<i>slime</i>
217	1	cuantos	unos cuantos
227	3	Amsál, y lo	Amsál, lo
237	25	runirse	reunirse
264	23	preceptos : regido.	preceptos, regido

18 JY63

Este libro se vende a 250 rs. en Madrid en la calle de las
Indias, núm. 20. En la librería de D. Juan de la Cruz,
calle del Príncipe, núm. 12.

ENCICLOPEDIA DE CIENCIAS MÚLTIPLES

Y DE LAS ARTES

DE CIENCIAS MÚLTIPLES DE AGRICULTURA Y GANADERÍA

Se publica esta obra en 12 tomos, cada uno de 400 páginas en
formato de folio, con 100 grabados y 1000 figuras, con un
precio de 250 rs. cada tomo. El precio de los 12 tomos es de 3000
rs. en el extranjero, y de 2500 en el interior.

Las ciencias que se tratan en esta obra son: Agricultura, Ganadería,
Pesca, Caza, Minería, Artes y Oficios, y Comercio.

Esta obra es de gran utilidad para los agricultores, ganaderos,
y comerciantes, y para todos los que se dedican a estas ciencias.

El autor de esta obra es D. Juan de la Cruz, y se publica en
Madrid en la librería de D. Juan de la Cruz, calle del Príncipe,
núm. 12.

ENCICLOPEDIA DE CIENCIAS MÚLTIPLES

DE LAS CIENCIAS MÚLTIPLES DE LA AGRICULTURA Y GANADERÍA
Y DE LAS ARTES Y OFICIOS

Esta obra es de gran utilidad para los agricultores, ganaderos,
y comerciantes, y para todos los que se dedican a estas ciencias.

ENCICLOPEDIA DE CIENCIAS MÚLTIPLES

DE LAS CIENCIAS MÚLTIPLES DE LA AGRICULTURA Y GANADERÍA
Y DE LAS ARTES Y OFICIOS

Esta obra se vende á 20 rs. en Madrid en la calle de Jardines, núm. 20, cuarto 5.º, y en la librería de Bailly-Bailliere, calle del Príncipe, núm. 11.

ENCICLOPEDIA DE CIENCIAS MEDICAS.

ó COLECCION SELECTA

DE OBRAS MODERNAS DE MEDICINA Y CIRUGIA.

Se publica cada quince dias por cuadernos de 64 páginas en 4.º español, buen papel y tipos nuevos y elegantes, con su correspondiente cubierta de color. El precio de cada cuaderno es de 4 rs. en toda España, 5 en el extranjero y 6 en Ultramar.

Las suscripciones pueden hacerse por cuadernos ó por trimestres, á razón de 4 reales los primeros y 22 los segundos, en España.

Para mayor órden en la administracion, no se remitirá cuaderno alguno cuyo pago no esté satisfecho anticipadamente.

Se garantiza la terminacion de toda obra emprendida.

Las suscripciones y pagos pueden hacerse directamente en la administracion, calle de Jardines, número 20, cuarto 3.º. Las libranzas, letras y cartas-órdenes vendrán á favor de D. Manuel-L. Zambrano, á quien se dirigirá toda la correspondencia.

Tambien pueden hacerse los pagos y suscripciones en la imprenta de don Manuel Alvarez, calle de la Espada, número 6, cuarto bajo izquierda; en la librería de Bailly-Bailliere calle del Príncipe 11, y en provincias en casa de los señores corresponsales de *La España Médica*.

Obras publicadas.

DE LAS METAMORFOSIS DE LA SIFILIS, investigaciones acerca de las enfermedades que la sífilis puede simular, y acerca de la sífilis en estado latente; por PROSPERO VVAREN.—Obra precedida del informe que motivó en la Academia Imperial de Medicina, y traducida, anotada y adicionada por D. JOSE AMETLLER Y VIÑAS. Un tomo. Precio 36 rs.

TRATADO DE QUÍMICA PATOLÓGICA aplicada á la Medicina práctica; por A. F. BECQUEREL Y A. RODIER. Traducido por D. TEODORO YAÑEZ Y FONT. Un tomo. Precio 36 rs.

En via de publicacion.

HISTORIA MÉDICA DE LA GUERRA DE AFRICA; por D. ANTONIO POBLACION Y FERNANDEZ.

HIGIENE TERAPÉUTICA, por M. RIBES, traducida por don PEDRO ESPINA.